



Kevlan

EL ESCOCÉS OSCURO

—• Serie Hermanos Mackintosh - 3 •—

ALISON DONOVAN

Kevlan

EL ESCOCÉS OSCURO

ALISON DONOVAN



Copyright 2024 de Alison Donovan

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Le prometió que la llevaría consigo hasta que estuviera a salvo, pero nunca imaginó que al hacerlo caería en los brazos de su enemiga.

Cautivo en el castillo de Lord Tremont, y a la espera de su ejecución al amanecer, **Keylan MacKintosh** no cree que pueda regresar junto a su clan. Pero la esperanza aparece ante él en forma de muchacha, al ofrecerle esta la libertad a cambio de un trato.

¿Podrá fiarse de una inglesa que guarda demasiados secretos?

Emmaline Addicot tiene un plan para escapar del matrimonio que su hermano: Lord Tremont, ha concertado contra su voluntad. Para ello le hace jurar al rebelde escocés que está prisionero en las mazmorras, que la llevará con él a las Tierras Altas Escocesas. Pero su plan no resulta tan sencillo...

...Porque lo único más peligroso que el viaje a través de la asediada Escocia, es el deseo que arde entre estos dos fugitivos la primera vez que se tocan.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

Capítulo 1

Escocia, 1297

Peligroso.

El aire frío, barrido por el páramo, zumbaba con la ominosa advertencia. Crudo. Premonitorio. Como el rebelde cautivo que merodeaba en su celda a solo unos pasos de donde se escondía Lady Emmaline Addicot. Cada uno de sus pasos era depredador. Cada respiración lanzada, un siseo desgarrado.

Aunque oculto en las sombras, con la distancia y el hierro separándolos, como la tormenta que aullaba fuera del castillo de Breac esa noche, la amenaza que exudaba este hombre era muy real.

Envuelta en su gruesa capa de lana, miró a Keylan MacKintosh, conde de Grampton. Solo un tonto se atrevería a cruzarse con el prisionero de su hermano.

Y ella estaba lejos de ser una tonta.

Le dolía en el pecho que su vida se hubiera desmoronado hasta ese punto. Deseó poder retroceder en el tiempo, que su padre y su madre aún viviesen y que su hermano, Fenton Addicot, vizconde de Tremont, no la hubiera traicionado. Pero a medida que el viento fresco, azotado por la tormenta, acariciaba su piel en una macabra caricia, sus deseos se fueron desmoronando uno a uno.

Emmaline tragó con fuerza. Las esperanzas, como los cuentos de hadas, eran para los inocentes. Para aquellos a los que les quedaba algo en lo que creer.

¿Cómo se atrevía su hermano a traicionar su promesa de permitirle elegir a su marido? Esa noche, Fenton lamentaría los arreglos que había hecho para que ella se casara con un conde vecino para reforzar lazos. Un conde conocido por sus abusos. Un conde cuya brutalidad le había causado la muerte a su última esposa.

Al oír el traqueteo de los barrotes, se centró en el escocés que acechaba su celda como un animal enjaulado. Aquí había un hombre que representaba la verdad, no las mentiras esgrimidas con un propósito interesado.

Un trueno ahogó las campanadas de maitines.

A través de la ventana opaca, oteó el cielo de la medianoche azotado por una lluvia dura y primaveral. Debía darse prisa. Con una respiración tranquilizadora, Emmaline se echó por encima la capucha y salió a la luz de las antorchas. Un leve rasguño sonó cuando su zapato tocó el suelo de piedra.

El rebelde escocés se giró para mirarla.

Un relámpago partió el cielo. El trueno gruñó a su paso. A través de una maraña de pelo negro, los ojos de lord Grampton, feroces como los de un lobo, se clavaron en los de ella.

Un temblor la sacudió de forma tan potente como el siguiente estallido del trueno. Su mente le ordenó retroceder.

Ella resistió.

El impulso de protegerse la cara de su mirada abrasadora la aturdió. A lo largo de su vida, su padre le había dado la libertad de estudiar junto a sus compañeros, y la había animado a decir lo que pensaba.

Nunca la presencia de un hombre, y mucho menos su mirada, la había intimidado. Era ilógico que este prisionero pudiera hacerla sentir algo con una simple mirada.

Pero estando a solos unos pasos, con esa mirada oscura de guerrero clavada en la suya, su cuerpo tembló. Debía su reacción a los nervios. Y con razón. Por la formidable estatura del rebelde, su mirada mordaz y su postura arrogante, poco había de seguro en el escocés. Y con órdenes de que lo ahorcaran al amanecer, debía de estar desesperado.

Como lo estaba ella.

La exigencia de Fenton de que cediera a sus dictados y se casara con el conde vecino resonó en su mente. Dio la bienvenida a la ira, abrazó la emoción que durante el último mes, desde el regreso de su hermano, había mantenido intacta su cordura.

Ya estaba bien de cavilar sobre el pasado. Ella se aseguraría de que su hermano pagara por su codicia. Perdería no solo la poderosa alianza que su matrimonio concertado le habría proporcionado, sino también a esta preciada rebelde escocesa, una noble de alto rango en las filas de William Wallace. Una pérdida que no le valdría a su hermano más que la ira del rey Eduardo.

Con la cabeza alta, se acercó a un palmo de la puerta de la celda. Un relámpago iluminó la cámara.

Se había movido, las manos en las caderas, los pies ahora apoyados en una postura agresiva.

—He venido a liberarte. —El trueno retumbó, esta vez más cerca, un ominoso telón de fondo a su tranquila oferta.

El conde permaneció en silencio, su expresión cruda de desconfianza.

El rebelde dudaba de ella. Ella así lo esperaba. Dios no lo permitiera si descubría que lord Tremont, su enemigo jurado, era su hermano.

Al oír el tintineo de las llaves, sus ojos se entrecerraron.

Emmaline levantó el pesado anillo de hierro a la luz de la antorcha barrida por el viento.

—Te liberaré. A cambio, debes aceptar escoltarme hasta el clan de mi madre en las Tierras Altas.

En silencio, Lord Gris escudriñó el corredor hasta donde yacían los guardias desplomados contra la pared.

—Los he drogado.

Unos ojos tan negros como los del propio diablo se clavaron en ella.

—¿No me temes, muchacha? —Su voz, oscura y amenazadora, se enroscó alrededor de ella como un puño.

—No —mintió.

—Entonces eres una tonta.

—No, soy decidida. —Inspiró lentamente, negándose a traicionar lo mucho que la inquietaba su presencia. Ella había tratado con ese tipo de arrogancia antes, guerreros que evaluaban a su enemigo y luego utilizaban la debilidad de su oponente para atacar.

En este enfrentamiento, ella decidiría su propio destino. Y en este caso, el de él.

Emmaline levantó la llave que abriría su celda. La luz de la antorcha acarició el trozo de hierro martillado.

—¿Estás de acuerdo?

—¿Cómo sé que esto no es un truco?

—No lo sabes —respondió ella—. No sabes nada de mí, salvo que tengo la llave de tu libertad.

En silencio, unos ojos sagaces la evaluaron mientras debatía su oferta.

La arrogancia del escocés la sorprendió. Estaba encarcelado en la mazmorra de su hermano sin esperanza de escapar, su ahorcamiento fijado para el amanecer, y aun así vacilaba.

De nuevo la imagen de un lobo pasó por su mente. Un depredador. Un hombre que protegía a los suyos, costara lo que costase. Lo que él no entendía, y nunca podría entender, era que ella tenía tanto que perder como él, incluida su vida.

—Quiero tu palabra de que me llevarás cuando te libere —exigió ella, haciendo una mueca de dolor interior por la desesperación que se deslizaba en su voz—. No creo que tengas otra opción.

Él se irguió hasta alcanzar toda su estatura.

—Tienes mi palabra, y la palabra de un escocés es sagrada.

La inquietud la recorrió de arriba abajo. Su declaración resonó más como una amenaza que como una promesa. Como si tuviera tiempo para debatir la conveniencia de liberar al rebelde. Debían marcharse antes de que apareciera otro guardia.

Antes de que pudiera convencerse de que su mal concebido plan era realmente una tontería, hizo un gesto al peligroso escocés para que retrocediera.

—Aléjate de la puerta.



Keylan MacKintosh se quedó quieto, intrigado por aquella mujer que se atrevía a darle órdenes. Un músculo apretó su mandíbula mientras estudiaba a su improbable salvadora. Era hermosa. Como un hada a la que se le hubiera prohibido abandonar el Otro Mundo, se erguía ante él con orgulloso desafío.

Su pelo dorado como el ámbar sujeto detrás de la cabeza en un áspero nudo servía para enmarcar la fina curva de su rostro, una boca que prometía pasión y unos ojos seguros ensombrecidos por secretos.

¿Por qué se atrevería esta muchacha a liberarlo para que la escoltara a las Tierras Altas? ¿Acaso no se daba cuenta de que era el prisionero máspreciado de Lord Tearlach? ¿Ignoraba que si el vizconde se enteraba de su ardid, sería ahorcada?

Por todos los dioses, algo andaba mal. Pero fuera quien fuese esta muchacha, vendería su alma por una oportunidad de libertad.

Y de venganza.

La imagen de Liam le quemaba el alma. Su amigo de mayor confianza, un hombre con el que había crecido, un hombre que había sido nombrado caballero a su lado... y su traidor.

Si no hubiera presenciado cómo Liam permanecía junto a lord Tearlach mientras los hombres del vizconde se llevaban a Keylan, habría defendido el honor de Liam frente a cualquier acusador.

Además, Keylan había sido testigo de cómo los caballeros del vizconde masacraban sin piedad a los escoceses que no habían tenido oportunidad de escapar. Luego, los ingleses los habían dejado pudrirse.

La furia recorrió a Keylan. Podía perdonar a Liam muchas cosas, pero no esto. Una vez libre del castillo de Breac, advertiría a William Wallace y a su clan de la traición de Liam.

Entonces, encontraría a Liam. Y lo mataría.

Sacudiéndose el mareo de la tortura que le habían servido los hombres de Tremont para descubrir dónde se escondía William Wallace, Keylan apretó la cara contra los barrotes y escudriñó el pasillo en busca de cualquier señal de trampa.

Los guardias, como afirmaba aquella misteriosa mujer, permanecían desplomados contra la pared.

Keylan se retiró hacia las sombras y dio a la mujer una distancia que creyó que ella consideraría segura.

Durante una fracción de segundo, la mujer vaciló, como si debatiera consigo misma lo acertado de su decisión. Solo el ligero temblor de su respiración desmentía su calma exterior.

—Abre la puerta —le ordenó.

Los ojos vacilantes lo miraron. Con una exhalación, se concentró en la puerta.

Cuando la llave forjada raspó en la cerradura, la habitación empezó a desdibujarse. Luchó por aclarar su visión.

Empujó la puerta. Keylan se lanzó hacia delante.

Con un grito, la mujer empujó la puerta hacia atrás.

Le arrancó los barrotes de hierro de las manos, la arrastró al interior e inmovilizó su cuerpo con el suyo contra la pared de piedra. Antes de que ella se diera cuenta de su intención, él le arrancó la daga de la vaina.

La indignación cubrió su rostro.

—¡Me diste tu palabra!

—¡Silencio! —gruñó, esforzándose por recuperar el aliento y alejar la herida palpitante de su costado derecho. Un calor pegajoso rezumaba por su carne. El tajo que había restañado con tela se había abierto. Keylan escrutó sus alrededores.

El corredor permanecía vacío.

—¡Suéltame!

Aunque iba vestida con una gruesa capa, esta no podía ocultar su esbelto cuerpo ni sus tentadoras curvas. Su cuerpo enfebrecido se agitó con interés.

—He dicho silencio —advirtió Keylan, debiendo la respuesta de su cuerpo al agotamiento. Bien comprendía él la agitación incitada por los deseos de la carne. Las necesidades nublaban el juicio agudo de uno y dejaban a los hombres racionales con el sentido común de un asno. Una vez que la lujuria se despejaba, las emociones de un hombre quedaban destrozadas y la mujer desaparecía.

Habían pasado muchos años desde que una muchacha había despertado en él esa profundidad de conciencia. Y con cada uno, un frío recordatorio de la penitencia por las malas decisiones tomadas.

Como si ella percibiera sus caprichosos pensamientos, el miedo parpadeó en sus ojos.

—¡He dicho que me sueltes!

—Shhhh...

Ella clavó las uñas en sus brazos mientras luchaba por liberarse.

Keylan atrapó sus manos y las apretó contra la pared por encima de su cabeza, con su cuerpo temblando por el esfuerzo.

—No te haré daño —le espetó, condenando en silencio sus acciones, que dejaron sus cuerpos extendidos en un apretón íntimo.

—¡Si no me sueltas, gritaré!

Él le agarró las muñecas con una mano, movió la otra para amortiguarla, pero al verse parcialmente libre, ella le clavó el codo en la costilla magullada. Maldiciendo, él volvió a agarrarle la muñeca y la sujetó, con la cara a escasos centímetros de la suya.

Ella abrió la boca para gritar.

En una decisión puramente táctica, él le tapó la boca con la suya.

El disparo de lujuria en su interior fue inmediato.

La muchacha se quedó inmóvil, como aturdida por su atrevimiento, y luego se retorció

para liberarse.

Él la sujetó con fuerza. Keylan inclinó la boca y profundizó el beso.

Sus forcejeos se debilitaron. Ella aguantó, sin devolverle el beso, pero sin resistirse.

Él rozó su lengua con la de ella, suave, seductora, queriéndola totalmente perdida en la sensación. Y había acertado. Su boca era el pecado mismo. Su sabor, una suavidad que atraía a un hombre de vuelta a por más.

Rodó con la marea de sensaciones, una mezcla de calor, de su propia desesperación y necesidad. La celda que lo rodeaba se desvaneció, los dolores que le golpeaban también se desvanecieron mientras se perdía en el beso. Con un suave gemido, se inclinó contra él y comenzó a devolverle el beso, vacilante, insegura, como una flor que se atreviera a abrirse bajo los primeros rayos del sol.

La torpe inexperiencia de sus esfuerzos, los pequeños jadeos de placer al mover sus labios contra los de él, lo sedujeron con tanta eficacia como si fuera una cortesana experimentada. Su mente se nubló mientras su cuerpo tomaba el control total.

Deseoso de tocarla, de saborear el aterciopelado barrido de su piel bajo sus dedos, de llevarla al límite antes de hundirse en sus sedosas profundidades, soltó una de sus muñecas.

La llamada de un guardia resonó en la distancia.

Keylan se soltó, con el pulso acelerado, la sangre caliente, y volvió a agarrarle la mano. Se quedó mirando a la seductora mujer, aturdido, asombrado y todavía deseándola.

¿Qué demonios acababa de pasar? Había querido silenciarla. Evitar que hiciera que todos los caballeros del castillo corrieran a las mazmorras. Pero la necesidad se había derramado a través de él en un torrente abrasador, sofocando incluso su dolor, y por un momento se había ahogado voluntariamente.

Tampoco pasó por alto el deseo que aún ardía en sus ojos, llamas que carcomían su control y lo invitaban a volver.

El pulso en la base de su cuello se aceleró.

—Nuestro trato —siseó ella—, era que me acompañaras a las Tierras Altas, nada más.

Si la situación no fuera tan grave, se habría reído. Ahí estaba ella, atrapada por un guerrero armado que la doblaba en tamaño, ¿y se atrevía a discutir?

Pero en eso tenía razón. Él había dado su palabra. Para su buena suerte, era un hombre de principios.

Apretando los dientes contra el dolor y deseando que su cuerpo se calmara, Keylan la soltó y dio un paso atrás. No estaba seguro de qué reacción esperar de ella, pero el hecho de que se limpiara la boca con el dorso de la mano como si su sabor le pareciera asqueroso no era algo que conviniera a su orgullo.

La cogió por los hombros y la arrastró hasta situarla a un palmo de su pecho. El macho que había en él le exigió que reconociera el calor que había surgido entre ellos. Independientemente de su reproche inicial, si la tocaba ahora, con su respuesta voluntaria de momentos antes, podría

seducirla.

Otro guardia llamó a lo lejos.

Con los ojos muy abiertos, miró hacia el pasillo. Su expresión preocupada lo convenció de que sus instintos eran correctos; ella estaba involucrada en algo más que un simple complot para asegurar su huida.

El último de sus deseos huyó.

—¿Quién eres? —Aunque pronunciadas en voz baja, sus palabras estaban impregnadas de amenaza.

Silencio.

—Dímelo o te juro que te dejaré dentro de la celda y me marcharé.

El pánico brilló en sus ojos.

—Me diste tu palabra de que me llevarías.

—Sí, dije que te llevaría a las Tierras Altas, pero no para ser utilizado como presa de uno de los retorcidos juegos de Lord Tremont. ¡Tu nombre!

Ante la mención del vizconde, su rostro palideció.

—Emmaline. —Lanzó otra mirada nerviosa hacia la mazmorra—. Si nos descubren...

Otro guardia llamó, esta vez más cerca.

—Parece que está buscando a sus guardias drogados. —Keylan la cogió de la mano—. Ven.

—¡Espera!

Apretó el agarre y la arrastró por el pasillo.

La muchacha luchó contra él.

—¡Por ahí no! Debemos usar el pasadizo secreto.

Keylan giró sobre ella, se estremeció por el tirón de su herida.

—Si valoras tu vida, será mejor que esto no sea una trampa.

Ella sacudió la cabeza.

—Quiero mi libertad tanto como tú.

Y por una razón inexplicable, ya fuera la obstinada elevación de su barbilla o la desesperación de su voz, Keylan la creyó. No es que fuera a decírselo. Ni bajaría la guardia.

—¿Hacia dónde? —le preguntó.

—Hacia las escaleras.

Miró más allá de los guardias inmóviles y de los escalones que conducían a la torre del homenaje, hacia más allá de la mazmorra. Luego le clavó una mirada escéptica.

—No hay nada más que el final de la mazmorra.

—El pasadizo solo lo conocen unos pocos.

—¿Unos pocos?

—No hay tiempo para debates.

—O para la traición. —La muchacha le aguantó su dura mirada. Tenía agallas, tenía que reconocerlo. Keylan asintió—. Ve delante.

Ella intentó liberar su mano, pero él la sujetó con fuerza.

—Suéltame.

—No hasta que estemos a salvo.

La frustración brilló en su rostro.

—Te estoy ayudando a escapar.

—Sí, por razones que ocultas.

Ella le lanzó una mirada fría, luego se dio la vuelta y empezó a andar.

La brisa fresca se fundía con el hedor de la mazmorra, proporcionándole un toque de aire fresco. Pero para él era el paraíso, cortando las náuseas que amenazaba cada una de sus respiraciones. Empujó hacia delante. La adrenalina lo mantenía erguido al igual que sus pensamientos de venganza.

Se mantuvieron en las sombras mientras avanzaban por el pasillo. Parpadeos errantes de la luz de las antorchas cortaban el gris turbio, iluminados periódicamente por otro relámpago.

Pasaron junto a los guardias inconscientes, desplomados en el estrecho pasillo. La respiración de los hombres uniforme, sus cuerpos enredados en posiciones imposibles. La muchacha había afirmado que los había drogado. En esto, había dicho la verdad. Aun así, persistía la duda sobre sus intenciones. ¿Por qué había huído la muchacha del castillo en la oscuridad de la noche?

Varios pasos más allá se detuvo.

—Aquí.

El sudor cubrió su cuerpo mientras apoyaba las piernas para estabilizarse. Oteó la pared. Iluminada por una antorcha colocada dentro de un candelabro, cada piedra labrada yacía encajada en su sitio con pericia, ni una grieta ni fallo alguno que sugiriera una entrada.

—No veo ninguna puerta.

Ante la ronca afirmación de lord Grampton, Emmaline posó la mano sobre una piedra anodina de aproximadamente la altura de la cintura. Con un ligero empujón, el panel de piedra oculto giró hacia dentro.

El aire viciado se precipitó al exterior. La vela que había dejado encendida en el interior chisporroteó en una danza loca. Luego la llama se estabilizó y abrazó la abertura dentro de su suave resplandor.

Un sordo retumbar de trueno resonó cuando ella miró al conde, cuya mirada estaba clavada en ella con recelo. ¿Como si ella esperara algo diferente? Desde que la había visto por primera

vez, no la había observado más que con duda depredadora.

Excepto cuando la había besado. Un sutil borde de excitación había oscurecido su mirada, un elemento tan básico como la necesidad de aire.

Los recuerdos de su mirada acalorada la invadieron, una atracción urgente que exigía una respuesta. Su sabor oscuro, una pura esencia masculina que anulaba cualquier otro pensamiento.

Nerviosa, hizo desaparecer su efecto sobre ella. Lord Grampton era un hombre demasiado peligroso como para bajar la guardia. Dios no lo quisiera si se enteraba de que era su hermano quien lo había encarcelado, torturado y luego condenado a la horca. Necesitaba mantener la cordura. Aunque estaba debilitado por las palizas, sus ojos brillaban con inteligencia. Eran los ojos de un guerrero entrenado para fijarse en el más mínimo detalle, un hombre que manejaba su mente con tanta destreza como su espada.

Ella debería haberse anticipado a que le preguntara su nombre. Temblorosa, le había dado al rebelde su verdadero nombre. Gracias a Dios que él no lo había reconocido.

Eso lo atribuyó a su deteriorado estado. Aunque era un luchador experimentado, varias veces le había sorprendido tambaleándose desde que habían salido de la celda. El brillo del sudor en su rostro delataba el esfuerzo de cada uno de sus pasos.

Después de las brutales palizas que había soportado desde su llegada al castillo de Breac hacía quince días, se asombraba de que pudiera mantenerse en pie, y mucho más caminar. Otro testimonio de su fuerza.

Y una prueba de que el escocés era peligroso.

¿Se había equivocado al liberarlo para que buscara venganza contra su hermano? Aparte de no fiarse de él, con sus heridas iba a retrasarla. No, la pérdida por parte de Fenton de su valioso prisionero compensaba con creces cualquier desafío que se le presentara.

¿Cuánto tardaría Fenton en darse cuenta de que ella estaba detrás de la huida de lord Grampton? Ofuscado en la búsqueda del escocés, seguramente no pensaría en ella, ni su hermano se daría cuenta si no aparecía por la mañana para romper su ayuno. Le había dicho a su criada que se sentía mal, para informar a Fenton de que permanecería en su cámara para descansar, lo que le daría más tiempo.

Tiempo suficiente para estar a una legua de él y de sus despreciables edictos antes de la mañana.

Lord Grampton la instó a continuar.

—Adelante.

Seguida por el escocés, Emmaline se adentró en el túnel secreto.

El conde cerró la puerta tras de sí con un suave golpe. La luz de las velas parpadeaban en un pulso firme; su mirada nunca se apartó de la de ella. Tampoco le pasó desapercibido cómo su cuerpo temblaba por el esfuerzo.

La repugnancia la invadió ante el frío abuso de Fenton.

—¿Puedes salir?

Un hálito de sonrisa rozó la boca del conde, pero no había nada cálido o amistoso en su expresión.

—Sí, con o sin tu ayuda.

La ira la envalentonó.

—Después de todo lo que he arriesgado, ¿crees que te abandonaría?

Las cejas negras se fruncieron en un ceño áspero.

—¿Exactamente qué has arriesgado, muchacha?

—Al liberarte he arriesgado mi vida.

Su agarre se tensó en la mano de ella.

—¿Por qué? O debería preguntar, ¿por quién?

Ella apretó la mandíbula. Aunque era un hombre intimidante, pronto aprendería que ella no era una mujer que se dejara llevar por las amenazas.

—Mis razones son mías. Pero ten la seguridad de que no conspiro contra ti. Lo único que deseo es escapar del castillo de Breac y llegar al clan de mi madre en las Tierras Altas. —Él abrió la boca para replicar, pero ella negó con la cabeza—. No te diré nada más. Si deseas hacer más preguntas, solo conseguirás perder tu tiempo.

El escocés la observó como un halcón que aprecia a su presa. Entonces, su agarre se aflojó.

—El tiempo revelará si realmente dices la verdad. —Sus sombrías palabras reverberaron en la fracturada oscuridad.

Un escalofrío la recorrió. Era un hombre que lograba sus objetivos sin importar los medios. Pero ¿era un hombre que daba con el corazón por aquello en lo que creía?

¿Un hombre como su padre?

Emmaline se quedó mirando las fuertes líneas de su rostro enmarcadas por el parpadeo de la luz de las velas y las sombras, la curva de sus labios aún apretados en una línea dura y la ira que nunca abandonaba del todo sus ojos.

Incluso enfrentándose a la certeza de una sentencia de muerte, lord Grampton se había mantenido firme. Era fuerte. Poderoso. Desafiante.

Un rebelde hasta el final.

Por muy peligrosa que fuera su presencia, ella no podía evitar respetar su confianza en sí mismo, su seguridad perfeccionada tras años de enfrentarse a la adversidad y, lo que era más importante, de superarla en su lucha por conseguir la libertad de Escocia.

Y que Dios la ayudara, tampoco podía olvidar la respuesta de su cuerpo a su tacto, ni la absoluta devastación de su beso. No, se negaba a pensar en ninguna de las dos cosas. Una vez que escapara del castillo de Breac, su vida sería guiada por su propia mano. No por hombres como su hermano que detentaban y ejercían el poder para su propio beneficio. Ni por ese escocés, que poseía la capacidad de conmover su alma.

Sonó un grito lejano.

Lord Grampton la estrechó entre sus brazos y le tapó la boca con una mano. La luz de las velas vaciló ante el rápido movimiento. Otro grito le hizo mirar hacia la puerta.

El ruido metálico de las botas de los hombres sobre la piedra resonó con un eco apagado.

Unos pasos golpearon frente a la puerta y luego se desvanecieron.

Ella hizo girar y la fulminó con la mirada.

—¡Mentiste!

Ella sacudió la cabeza.

—Solo han descubierto que te has escapado. No te buscarán en este túnel.

—¿No? —La luz de las velas brilló en la punta de la daga que le había quitado en la celda. Apretó la afilada hoja contra su garganta—. Si valoras tu vida, muchacha, será mejor que reces para que ellos no me encuentren.

El rebelde aseguró la daga en su cinturón, cogió la vela y se volvió hacia el camino de tierra. Con el eco de los gritos de los guardias llenando la mazmorra hasta más allá, la arrastró hacia la oscuridad.

Capítulo 2

Con la adrenalina a tope, Keylan aspiró otra bocanada del aire viciado que impregnaba el túnel mientras arrastraba a su cautiva a su lado. Ignoró el martilleo de su cabeza y cómo a veces se le nublaba la vista. A cada paso, se desvanecía el sordo estruendo de los guardias que lo buscaban por la mazmorra.

La luz de las velas iluminaba el oscuro camino plagado de telarañas e hilillos de humedad ribeteados por el crecimiento. Siguió caminando. Nada importaba salvo lograr su objetivo.

La venganza.

Por Dios, la tendría.

Las imágenes del estoico silencio de Liam mientras había permanecido junto a Lord Tremont, el recuerdo de los otros rebeldes escoceses siendo arrastrados de la reunión secreta, asolaron su mente. Como malditas ovejas conducidas al matadero.

Gracias a Dios, sus hermanos, Neilan y Keir, se habían separado de él el día anterior al ataque y habían cabalgado con William Wallace para reunirse con Robert Wishart, el obispo de Glasgow. De no haber muerto en la matanza, ellos también habrían sido torturados por información rebelde y condenados a la horca.

La repugnancia se apoderó de Keylan cuando pensó en el Parlamento celebrado por el rey Eduardo en Berwick el verano anterior. Había ordenado a prominentes terratenientes, burgueses y eclesiásticos escoceses que le juraran lealtad y luego firmaran y pusieran sus sellos como prueba. El Rollo del Trapero no era más que pergamino garabateado con los nombres de quienes carecían de espina dorsal para luchar por la libertad de su país o de quienes firmaron bajo coacción.

Numerosos nobles enredados en la causa rebelde habían firmado sin intención de apoyar a la corona inglesa, entre ellos el obispo Wishart de Glasgow y Robert Bruce, conde de Carrick. También estaban aquellos que, como él y William Wallace, se negaron a firmar, mal que les pese a las consecuencias. Los rumores de que el rey Eduardo se había regodeado aquel día al ver a cada escocés firmar el pergamino avivaron la ira de Keylan. Como para echar sal en una herida supurante, antes de dirigirse al sur de Inglaterra, el rey había nombrado al conde de Surrey como gobernador de Escocia y a Hugh Cressingham como tesorero.

Confiado en haber sofocado la última resistencia de los rebeldes, el rey Eduardo había cabalgado hacia casa para ocuparse de la agitación provocada por Flandes.

El bastardo inglés creía haber conquistado Escocia, haber destruido la voluntad de lucha de su pueblo. Había cabalgado desde suelo escocés, dejándoles nada más que peones a los que dar órdenes.

Pero se equivocaba.

Los escoceses nunca cesarían en su batalla por reclamar su libertad. La mujer a su lado dio un suspiro cansado.

Keylan la miró y un nuevo pensamiento le vino a la mente.

—¿Dijiste que deseabas ir a las Tierras Altas para estar con el clan de tu madre?

En el parpadeo de la luz de las velas, unos ojos recelosos se encontraron con los suyos.

—Sí.

—Eres inglesa.

Ella vaciló.

—A medias. Mi padre lo era.

—¿Lo era?

—Está muerto.

La sospecha se hizo patente ante su afirmación, pero su expresión desconsolada proclamó que sus palabras eran ciertas.

—Lo siento. —Ella se encogió de hombros, pero él vio la emoción en su rostro que ella intentaba ocultarle. Comprendía demasiado bien el dolor que suponía perder a un padre, y de las responsabilidades derivadas de tal pérdida—. ¿Y tu madre?

—Muerta también.

—¿Cómo? —preguntó él, ablandándosele un poco el corazón.

—No importa.

Por la frialdad de su respuesta, sí importaba, pero revelar el motivo haría astillas el duro exterior que ella había construido cuidadosamente a su alrededor. Una fachada que él también se había forjado por pura necesidad. Sin embargo, cualquier similitud entre sus vidas terminaba ahí. Los retos a los que se había enfrentado distaban mucho de la existencia mimada de la que había disfrutado esta noble.

Sus dedos se enroscaron en la palma de su mano. Keylan intentó ignorar la suavidad de su carne, cómo el terciopelo de su piel presionaba contra la aspereza de su mano callosa, y con qué facilidad podía imaginar sus dedos sobre su cuerpo en una caricia sedosa. Aunque ella lo había besado como una sirena, él había saboreado su inocencia.

¿Quién era esta noble? Y lo que era más importante, ¿qué la había impulsado a liberarlo?

Aunque iba envuelta en una capa de lana de estambre, su servicial atuendo no ocultaba ni su refinada forma de hablar ni su porte regio.

La inquietud se apoderó de él. Aunque la había acusado de participar en el retorcido juego de Lord Tremont, quizá para liberarlo por la emoción de la persecución, su acusación no tenía sentido. La diversión del Sassenach al capturar a Keylan se había erosionado hasta convertirse en furia, cuando se había negado a divulgar cualquier información bajo tortura sobre William Wallace o los planes de los rebeldes.

Lo que había llevado a Tremont a ordenar que colgaran a Keylan al amanecer.

Si el vizconde no estaba detrás de sus acciones, ¿entonces quién? Su petición de que la escoltara hasta las Tierras Altas sonaba extraña. Una noble que necesita protección no buscaría a un hombre golpeado hasta casi derrumbarse. Ella lo había elegido con un propósito distinto.

—¿Emmaline?

—¿Sí?

—Nada, solo quería saber si efectivamente ese es tu verdadero nombre.

El rojo manchó sus mejillas.

—¿Quieres pruebas de que no te miento? —Ella sacudió la cabeza—. No te preocupes. No espero nada más de ti que tu juramento de escoltarme a las Tierras Altas. —Ella miró hacia delante y continuó caminando a su lado.

Si tan solo fuera tan sencillo creerla. La vida de miles de personas estaban en juego. Sería un tonto si aceptara palabras dadas fácilmente. No, él la observaría, escucharía si ella tropezaba y exponía su verdadero motivo.

Mientras caminaba, un escalofrío sacudió su cuerpo, luego otro. Se obligó a continuar, con cada paso castigaba un poco más sus músculos ya maltratados. Le soltó la mano. Lo último que deseaba era revelar su deteriorado estado, pero necesitaba prepararse para lo peor. Si era posible, trazar un plan antes de desmayarse.

—Una vez que estemos a salvo lejos del castillo de Breac —dijo Keylan—, debemos escondernos.

Emmaline lo estudió un largo momento.

—Tus heridas te están ralentizando. Lo siento. ¿Cuánto tiempo más crees que podrás continuar?

La sinceridad de sus palabras lo cogió desprevenido, pero no necesitaba su compasión.

—No dudo de mi capacidad para viajar si es necesario.

—Nunca dudo de hombres como tú.

Inseguro de si ella le hacía un cumplido o no, ignoró su afirmación. Su opinión importaba poco. Después de entregarla a las Tierras Altas, no volvería a verla.

La vela chisporroteó.

—Alto. —Keylan le lanzó una mirada de advertencia y protegió la vela con la mano libre. La llama tembló, luego creció. La luz vacilante apenas iluminaba un palmo ante ellos. Aunque no quería que ella viera su debilitamiento, su necesidad de asegurarse de que ella no saliera disparada influyó en su decisión.

La alcanzó.

Ella se puso fuera de su alcance. Dentro del manto de luz amarillenta, la indignación chispeó en su mirada.

—¿Crees que retenerme es necesario?

—Sí. —Su desafío lo intrigó. Dio un paso adelante y la cogió de la mano—. No correré

riesgos hasta que los muros del castillo queden muy lejos. —Cuando se tratara de ella, él seguiría siendo precavido. Aunque la verdad sonaba en sus palabras, las preguntas sobre sus motivos le rondaban la cabeza.

Con un suspiro frustrado, relajó su mano dentro de la de él.

—Hay varios giros peligrosos por delante. Deben tomarse con cuidado.

Levantó la vela.

—Entonces ve delante.

Una orden dada, reflexionó Emmaline, por un hombre cómodo con llevar la iniciativa, independientemente de la tarea. Pero en esto, compartían el mismo objetivo: escapar. Ella comenzó a avanzar, y Lord Grampton mantuvo el paso a su lado.

Una rata se escabulló ante ellos y luego desapareció en la oscuridad. Bordearon fragmentos de cerámica esparcidos en el siguiente recodo.

—El castillo de Breac es una fortaleza escocesa. O lo era —dijo Lord Grampton.

—Así me informaron —replicó ella, consciente de que el escocés sondeaba en busca de información. Emmaline olvidó añadir que el traslado se había producido hacía doce años, cuando el rey Eduardo se había apoderado del castillo de Breac y se lo había otorgado a su padre por su incondicional apoyo a la corona.

Salvo un año después, con la muerte de la reina Margarita, la Doncella de Noruega, que se había comprometido a casarse con el heredero del rey Eduardo, Eduardo de Cavernarvon, la división había atravesado Escocia.

Recordó el disgusto de su padre por aquellos de linaje indigno que se habían presentado alegando que era su derecho de nacimiento acceder al trono. Luego, cómo su padre se había puesto en el punto de mira del rey inglés al apoyar a Robert Bruce, señor de Annandale, en su intento de reclamar el trono escocés.

Emmaline estaba orgullosa de la postura de su padre por apoyar lo que creía justo. Los últimos años habían dejado al descubierto la verdadera ambición del rey Eduardo; no asegurarse de que Escocia obtuviera un rey, sino convertirse en su soberano.

Tras la captura y el saqueo de Berwick, la batalla de Dunbar y la sumisión del rey Juan ante el rey Eduardo, el soberano inglés había logrado su objetivo.

Su padre creía en la justicia, algo que el soberano inglés parecía pasar por alto.

La tristeza la invadió al recordar al pueblo masacrado por el objetivo egoísta del rey Eduardo. Gracias a Dios, su padre y su madre no habían vivido para ver la ciudad de Berwick arrasada, incluidos todos los hombres, mujeres y niños. Y una vez terminada la masacre, los caballeros ingleses habían incendiado el trágico montón de cuerpos.

La matanza sin sentido aún ardía en su corazón. ¿Cómo podía un hombre ansiar tanto el poder como para arrebatar una vida, especialmente la de un niño inocente? Ella podría perdonar muchas cosas, pero nunca aquello.

El rey Eduardo se había atrevido a afirmar que el saqueo de Berwick era una victoria, pero

en su corazón había sido una profanación.

¿Había sospechado su padre de los oscuros planes del rey Eduardo para conquistar Escocia? Si era así, tenía sentido que hubiera mantenido su creencia en secreto.

Un secreto que nunca había compartido con Fenton, un hijo que tenía en estima al rey inglés y sus cáusticos métodos para hacerse con el poder, un hijo que compartía el rasgo de codicia del rey inglés. Características que ella despreciaba.

Deslizó una mirada disimulada hacia Lord Grampton, un rebelde que se oponía a la carnicería del rey Eduardo, un escocés que se atrevía a arriesgarlo todo por sus creencias.

Aunque peligroso, este hombre poseía las cualidades que ella había admirado en su padre, pero ni sus cualidades ni sus similitudes con el hombre al que ella había admirado cambiaban el duro hecho.

En la mente del escocés, ella era el enemigo.

Poco importaba cómo la viera él. Una vez que llegara al pueblo de su madre en las Tierras Altas, sería libre de vivir la vida que eligiera.

A Emmaline le dolió el corazón al contemplar los robustos muros de piedra que le ofrecían una vía de escape. Echaría de menos el castillo de Breac, los recuerdos hechos a lo largo de los años, las risas compartidas.

Pero no a su hermano.

Después de la traición de Fenton, ya no tenía su respeto.

O su amor.

Lord Grampton se adelantó con intención depredadora.

—Me buscarán por los túneles, ¿verdad?

—Con el tiempo —concedió Emmaline, clavando sus ojos en su mirada suspicaz. Una vez que su hermano hubiera descubierto su ausencia junto con la del escocés, Fenton los buscaría en cada rincón del castillo, incluyendo los pasadizos ocultos—. Pero no porque esté aliada con el vizconde de Tremont —añadió, sorprendida por la importancia de que el conde de Grampton la creyera.

—¿No? ¿Entonces por qué?

Por mucho que deseara explicárselo, por su seguridad, no le diría nada más.

Ante el silencio de ella, una sonrisa tan fría como peligrosa bordeó su boca.

—Tienes secretos, muchacha, pero has elegido al hombre equivocado para engañar en este juego al que juegas. Antes de que termine nuestro viaje, conoceré todos y cada uno de ellos.

La tensión la invadió.

—El único juego que se juega es el que tú concibes dentro de tu mente.

Él gruñó.

—¿No debería parecerme una improbable coincidencia tu aparición la víspera de mi ahorcamiento?

—¿No deberías dar gracias porque arriesgué mi vida para salvar la tuya?

Unos ojos vivos de sospecha la estudiaron.

—Arriesgaste tu vida, pero no por mí.

—Tal vez —admitió, sacudida interiormente al descubrir que ya no estaba motivada solo por su determinación de detener los planes de su hermano. A pesar del escaso tiempo que había pasado con este poderoso lord escocés, se sentía atraída por su fuerza y su tenacidad para luchar por aquello en lo que creía. Comprendió por qué los hombres seguían al conde sin dudarlo. Y lo que era más desconcertante, se descubrió a sí misma preocupándose de que viviera.

Al doblar la siguiente curva, la luz de las velas dejó al descubierto un montón desordenado de rocas que formaban un muro. Emmaline se detuvo. Un derrumbe. Madre mía. Su ruta más directa para escapar estaba arruinada.

El conde se volvió hacia ella con el ceño ominoso.

—El túnel está bloqueado.

—No lo sabía. Lo juro.

La estudió durante un largo momento, miró hacia donde el camino se había dividido varios pasos atrás.

—¿Adónde lleva el otro túnel?

—A los acantilados. Pero la ruta serpentea por el castillo y tardaríamos horas en recorrerla. Con solo una vela para guiarnos, debemos elegir una ruta más corta.

—¿Y cuál sería?

—Debemos pasar por los establos, escabullirnos entre los guardias y entrar en otro túnel que conduce a los acantilados. —Hizo una pausa—. Pero te advierto que es un camino traicionero.

—¿Más traicionero que volver a la mazmorra? No, correré el riesgo. —Su mano tembló al darse la vuelta, con la vela en alto.

Ella captó el brillo del sudor que goteaba por su rostro, la rigidez de su andar. No podía preocuparse por él, ni por los sentimientos que le inspiraba. Para cada uno de ellos, el destino deparaba un camino diferente. Nunca Keylan podría representar más que una venganza contra su hermano.

—Lo conseguiré —dijo él como si percibiera su duda.

El hilo de su voz le advirtió que no discutiera. Pero la determinación no empujaría a unos músculos agotados ni a una mente febril. Con su mano firme alrededor de la suya, mantuvo el paso mientras él se dirigía de nuevo hacia el otro túnel y rezó para que logran escapar.



El fresco aroma del heno impregnó la fresca ráfaga de aire cuando Keylan abrió el tablón, desvaneciéndose el tenue matiz del humo de la vela apagada.

Un caballo relinchó, otro se agitó. La lluvia golpeaba el tejado de madera. Frunció el ceño ante el siguiente trueno. La tormenta haría más peligroso su viaje, pero sus estruendos les proporcionarían cobertura.

¿Habían encontrado sus hermanos el lugar de reunión donde él y sus hombres habían sido traicionados por Liam? ¿Estaban ahora desafiando las inclemencias del tiempo en su busca? ¿O Neilan y Keir aún no habían regresado de su encuentro con William Wallace y el obispo Wishart?

Odiaba no saber nada. Hasta que no hubiera viajado al menos dos días a pie, no podría tener noticias. Peor aún, una vez que él y Emmaline escaparan del castillo de Breac, los hombres de Tremont estarían rastreando el bosque en su busca, aumentando el peligro para sus hermanos.

Keylan buscó en los establos a través de los listones. Nadie trabajaba dentro.

—Ven. —Keylan tiró de ella hacia delante. Manteniéndose en las sombras, se arrastró por el cuidado establo.

—Estás temblando.

La preocupación en su voz le hizo condenar la debilidad de su cuerpo y su aguda vista.

—Sigue avanzando. —Avanzó con cuidado de no perder de vista a nadie dentro del patio.

Estalló un relámpago. Los truenos rodaron a su paso. La lluvia de momentos antes aumentó hasta convertirse en un aguacero.

—Poned más hombres en el camino de ronda —ordenó una voz de mando desde las cercanías.

Keylan se aquietó. Tremont. Una voz maldita que reconocería hasta la tumba. La mano de la mujer se apretó contra la suya.

—¿Lo conoces? —exigió en un áspero susurro.

—Por supuesto. Es el señor del castillo de Breac.

Sí, pero los nervios de su voz indicaban un vínculo mucho más estrecho.

—¿Es tu amante?

Las delicadas fosas nasales se encendieron.

—Lo desprecio.

La verdad se derramó a través de sus palabras, pero el instinto le aseguró que ella le ocultaba algo más. Aun así, una parte de él encontró consuelo en que ella no conociera el tacto de Fenton.

—Mantente agachada y callada. —Con cuidado de no sobresaltar a los caballos, avanzó despacio, utilizando la lejana luz de las antorchas como guía mientras serpenteaban por los establos.

—Quiero que vuelvan a registrar cada rincón del castillo de Breac, —retumbó la voz de

Fenton, esta vez más cerca—. ¡Ellos deben estar aquí!

Tremont había descubierto su huida. Quería haber recorrido varias leguas antes de que descubrieran su ausencia.

Keylan se inquietó. El impacto de las palabras del vizconde lo hizo estremecerse. Se volvió hacia la noble.

—¿Ellos? —preguntó, la suavidad de su pregunta cargada de amenaza.

—No podrías haber escapado solos —susurró Emmaline.

Tenía sentido, pero estaba lejos de calmar su instinto de que algo andaba muy mal.

—Hemos registrado todos los edificios, mi señor —gritó una voz de hombre.

—No me importa —vociferó Lord Tremont—. Registradlo todo de nuevo. Por Dios, tenemos que encontrarlos esta noche. —El golpeteo de los pasos se desvaneció cuando sus caballeros se dispersaron, corriendo a cumplir la orden de su señor.

El chapoteo del agua en un charco sonó cercano.

—Alguien viene. Deprisa. —Keylan se dejó caer al suelo y rodó hasta un escondite. Emmaline lo siguió.

Una vez dentro, Keylan levantó un montón de heno.

—Entra. —Ella se arrastró bajo el montón y él se unió a ella.

El bayo dentro del establo pataleó y resopló. Los pasos se hicieron más fuertes.

Keylan apretó la mano sobre su daga.

—Ho, Blanchard —retumbó una profunda voz masculina—. ¿No te gusta la tormenta? —La luz de las antorchas parpadeaba sobre el montón de paja que había sobre Keylan mientras protegía a Emmaline con su cuerpo. Le puso un dedo sobre los labios.

Ella asintió.

A través de las briznas de heno, divisó al caballero mientras frotaba el cuello del bayo. Tras una palmada en la cruz, comenzó a recorrer la fila de establos en un barrido lento y metódico.

Pasaron largos momentos, cada uno de ellos robándoles la preciosa oscuridad que necesitaban para escapar. Con cada segundo que pasaba, el calor del cuerpo de Emmaline se fundía con el suyo. La suave calidez, impregnada de su aroma de mujer, estaba diseñada para seducir.

Keylan apretó los dientes con incredulidad. Con su cuerpo gritando por su tortura, uno pensaría que podía ignorar su olor, lo bien que se ajustaba contra él o el persistente recuerdo de su beso. Pero protegido por el telón de fondo de la lluvia que caía y atrapado entre la manta del calor del heno, era demasiado consciente de su presencia.

Una horrible maldición.

Unos pasos suaves crujieron sobre el heno cuando el caballero emprendió lentamente el regreso. Se detuvo una última vez ante el establo y levantó su antorcha en un lento barrido.

Como si estuviera satisfecho de que todo estuviera en orden, salió del establo hacia el aguacero.

—Todo despejado —anunció el caballero una vez fuera.

Desde lejos, Lord Tremont le ordenó que lo ayudara a registrar de nuevo la mazmorra.

Las voces de otros guardias resonaron en la lluvia torrencial mientras informaban desde los alrededores del castillo.

Keylan exhaló. Estaban a salvo... por ahora.

—Hemos estado demasiado cerca —susurró Emmaline.

Su suave aliento sobre su rostro le aseguró que sus labios estaban a solo un susurro de los suyos. La conciencia lo quemó y se endureció. La situación le resultaría divertida si, en realidad, no fuera tan grave. Aun golpeado y aferrándose a duras penas a la consciencia, a su cuerpo parecía no importarle.

Tragó saliva con fuerza, intentando ignorar que, si tan solo se inclinaba hacia delante, podría volver a saborearla y olvidar por un momento el dolor que lo asolaba.

—Debemos llegar al túnel antes de que vuelva el guardia —musitó.

—Lo haremos. —La convicción de sus palabras inspiró las suyas. Ella le apretó la mano contra el pecho.

Él se calmó, demasiado consciente de ella, peligrosamente.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin necesidad de que sus pensamientos se vieran nublados por el deseo.

—Nada.

Pero oyó el temblor de sus palabras, su deseo de decir más, y maldita sea, su preocupación. No quería que ninguna mujer se preocupara por él. Que se preocupara por un hombre que quería una mujer en su vida para algo más que el placer de una noche. Había aprendido bien los engaños de una mujer, una lección que su antigua amante le había inculcado con una claridad devastadora.

Keylan cogió la mano de la noble y se puso en pie de un salto. El tenderete se desdibujó a su alrededor. Apoyó los pies y aspiró profundamente.

—¿Lord Grampton?

—Keylan —siseó.

¿Keylan? Emmaline se quedó quieta, sorprendida por su oferta de familiaridad. Como si alguna vez fuera a entenderlo.

Él miró al horizonte. La lluvia empezaba a amainar.

—Muévete. —Dio un paso adelante, luego otro.

—No. Está demasiado lejos. Debemos volver al túnel antes de que te desmayes.

—No podemos volver. Es demasiado peligroso.

Era un hombre testarudo.

—Como si caerse de bruces en medio de los establos fuera seguro.

Los ojos de obsidiana se clavaron en los suyos.

—Estoy lo bastante bien para viajar.

Ni mucho menos, pero permaneció en silencio. Necesitarían toda la arrogancia del escocés para mantenerlo en movimiento.

Las antorchas iluminaban el patio superior, una extensión abierta donde Fenton y sus hombres entrenaban durante el día.

Señaló hacia la torre de piedra más alejada.

—El siguiente túnel está a través de una puerta dentro de la torre del arsenal. —Asintió mientras continuaban por el sendero.

Se escabulleron entre las sombras, manteniendo el muro como una cortina a sus espaldas, el fresco aroma de la lluvia primaveral llenando cada una de sus respiraciones. Ambos estaban empapados, pero al menos la lluvia borraría sus huellas.

Lanzó una mirada preocupada al escocés.

—Lord Tremont —llamó un guardia desde el camino de ronda de arriba.

Con una maldición murmurada, Lord Grampton se aplastó cerca de ella contra el muro de cortinas, con el pecho agitado.

Oculta entre las profundas sombras, Emmaline se asomó.

A lo lejos, su hermano apareció a la vista, luego se detuvo. Contuvo la respiración. ¿Los había visto Fenton?

Pasaron largos segundos, luego Fenton se giró y se dirigió hacia un guardia cercano, su zancada alargada por su furia demasiado familiar. La fuerte lluvia fracturó sus palabras.

—...¡Dímelo! —exigió Fenton.

—Sí, mi señor —respondió el guardia.

El miedo la desgarró. ¿Había oído lord Grampton que su hermano se refería a ella? Aterrorizada, miró hacia él. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera concentrado en combatir el dolor. Emmaline miró hacia Fenton.

Su hermano se giró y acechó hacia la torre del homenaje.

—Ve —ordenó Keylan en voz baja.

Ella le lanzó una rápida mirada, estremecida al ver que la observaba con inquietante interés. No le quedó tiempo para preguntarse el motivo. Ella asintió, agradecida cuando instantes después entraron en la torre del arsenal, luego se deslizó por el túnel y cerró la puerta.

—No tenemos vela —afirmó él.

—El túnel es corto y recto —le aseguró ella—. Lo conozco como la palma de mi mano. —Ante el ligero toque de él indicándole que guiara, ella se adentró en el ennegrecido pasadizo.

Envuelta en la oscuridad y abrazada por su aroma masculino, el entorno le pareció

extrañamente íntimo, a pesar del peligro. Ajena a sus pensamientos, a su musculoso cuerpo, que se tensaba a su lado, se concentró en su objetivo.

El silencio acompañaba a la oscuridad mientras viajaban. A lo lejos, Keylan captó el creciente sonido de la lluvia.

—Ya casi hemos llegado —dijo ella.

Oyó su preocupación, sus dudas de que pudiera alcanzar la seguridad del bosque, preocupaciones que también lo atormentaban a él. Pero que lo condenaran si se rendía.

Apretando los dientes, alargó la zancada.

A través de la abertura que tenía delante, unos toques de púrpura tocaban el cielo.

—Está amaneciendo —siseó como si fuera una maldición.

Ella lo miró, con los ojos cargados de preocupación a la vez que de esperanza.

—No esperarán que salgamos del castillo por este túnel.

Cierto, pero eso no eliminaba el peligro de que los vieran. En el borde del túnel, a la pálida luz, Keylan observó la empinada ladera quebrada por peñascos y arbustos. La soltó.

Ella miró su mano liberada, luego hacia él.

—¿Confías en mí ahora? Estamos fuera del castillo de Breac.

Él ignoró su destello de irritación y comenzó a descender por la empinada ladera. Una roca suelta lo hizo engancharse en un arbusto cercano; su cuerpo gritó al detenerse bruscamente. Se sujetó con fuerza.

Detrás de él, Emmaline bajaba con precaución.

Cada paso los acercaba más a un lugar seguro, pero con los tonos púrpura cada vez más claros en el cielo, en poco tiempo el sol rompería en el horizonte. Incluso con el escudo de la lluvia, si un guardia miraba hacia abajo, serían vistos.

Apretó los dientes, maldijo, pero paso a paso, descendió por las malditas rocas. En el fondo, el sudor cubría su cuerpo y su mente se arremolinaba mareada. Inspirando profundamente, se estabilizó.

Una mano suave le agarró el brazo.

—¿Keylan?

La ignoró y miró hacia arriba. El alba se cernía sobre el cielo, su luz expuesta se derramaba sobre el bosque que los rodeaba.

—Muévete. —Él avanzó dando tumbos.

Ella lo atrapó, luchando por estabilizarlo.

—Apóyate en mí. —Él vaciló—. ¡Tú orgullo no te salvará la vida!

Maldiciendo su debilidad, Keylan se apoyó en Emmaline mientras continuaban descendiendo. Su vida y, posiblemente, la de sus hermanos estaba en manos de esta mujer. Una mujer que guardaba secretos. Una mujer que llamaba a Tremont su señor.

Una mujer en la que nunca podría confiar.

Capítulo 3

Con cuidado, Emmaline caminó por el suelo sembrado de hojas y hierba, salpicado de parches de nieve. La rica fragancia de la tierra y la primavera ofrecía una mezcla tranquilizadora, pero hacía poco por aliviar su preocupación. Desde que habían entrado en el bosque, lord Grampton apoyaba más su peso contra ella, y su brazo alrededor de sus hombros perdía agarre.

Empezó a desplomarse hacia delante.

—¡Agárrate a mí!

La ira brilló en su rostro empapado de sudor. Su agarre se tensó. Sus pasos, aunque temblorosos, seguían el ritmo de los de ella.

—Lo haré.

Lo haría, pero ¿por cuánto tiempo? Por cómo temblaba, por la palidez de su rostro y la lentitud de sus movimientos, la única pregunta que le quedaba era cuándo cederían finalmente sus piernas.

Escudriñó sus alrededores, libres de la lluvia. La frágil luz del sol matutino se derramaba sobre las copas de los árboles, el calor del amanecer escaso frente a la niebla fría que se aferraba al aire. Pero con el cuerpo febril del escocés apoyado contra ella, apenas tenía frío.

Necesitaban encontrar un lugar donde descansar y, si era posible, encender un fuego para secar sus ropas. La frustración bullía en su interior. Con el bosque pronto plagado de hombres de Fenton en su busca, no podían arriesgarse.

El terreno se inclinó hacia arriba.

Keylan se detuvo, con la respiración agitada.

—Tenemos que seguir avanzando —dijo.

—Yo... —Cerró los ojos y luego los abrió lentamente. Unos penetrantes ojos verdes vidriosos de dolor la miraban con fijeza.

Bajo su intensa mirada, ella recuperó el aliento. Dentro de la mazmorra había creído que sus ojos eran negros, pero se equivocaba. Expuestos al sol, le recordaban a las esmeraldas bajo un cielo lleno de tormentas.

¿De dónde había salido ese tonto pensamiento? Como si tuviera importancia. Emmaline intentó empujarlo hacia delante.

Él no cedió.

Si se detenía ahora, no había forma de que ella pudiera cargar con él. Por favor, que no se desmayara.

—¡He dicho que sigas avanzando!

Con los dientes apretados, empezó a avanzar.

Paso a paso, de forma laboriosa, ascendieron la colina, cada movimiento cobrándose un peaje visible en el conde.

«Por favor, que llegue a la cima de la loma». Emmaline puso los ojos en blanco ante lo absurdo de su pensamiento. Aquí estaba ella, suplicando en silencio que diera unos pasos más cuando les esperaban días de arduo viaje, su camino plagado de montañas que hacían que esta elevación de tierra pareciera una broma mal contada.

Un viaje que, en las condiciones de lord Grampton, nunca terminaría.

Después de la actitud hosca y la desconfianza del conde, le estaría bien empleado que ella lo dejara desplomado contra una roca. ¿Y por qué no iba a dejarlo? Ella no le debía nada al rebelde. En todo caso, era él quien le tenía que dar las gracias por haberle salvado la vida.

No es que ella esperara su gratitud.

Emmaline contempló el vasto rollo de colinas que tenían por delante, un terreno que se erosionaría hasta convertirse en escarpados ángulos de roca y acantilados. ¿Podría llegar sola a las Tierras Altas? No a pie. ¿Por qué no había pensado en haber dispuesto que les esperaran caballos? Por otra parte, la posibilidad de sacar dos corceles por las puertas del castillo de Breac sin que Fenton lo supiera era casi imposible.

El bosque que tenía ante sí planteaba un desafío desalentador, con espesos rodales de olmos, fresnos, pinos y arbustos, animales salvajes y ríos por los que navegar.

El sudor corría por el rostro demacrado del rebelde mientras se esforzaba a cada paso.

La culpabilidad la azotó. Su hermano era responsable del sufrimiento de Keylan.

Este tropezó. Líneas de tensión se clavaron en su frente mientras avanzaba.

—Llevas un buen ritmo —mintió. Echó una mirada a sus espaldas. Pronto Fenton ordenaría a sus hombres buscar más allá de los muros del castillo. Con el paso del conde siendo apenas un gaseo, los caballeros de Fenton los encontrarían antes del mediodía.

El sol asomaba por encima de los árboles cuando por fin coronaron la colina.

Miró a Keylan. Líneas demacradas surcaban su rostro, su respiración entrecortada. Por mucho que debieran seguir avanzando, él necesitaba descansar. Ella empezó a detenerse.

Él la miró con el ceño fruncido y se soltó.

—Vete. —Le ordenó Keylan.

—Sin mi ayuda, es como si estuvieras muerto.

Una sonrisa tan fría como decidida tocó su boca.

—¿Muerto? Yo crecí aquí. A diferencia de ti, este bosque es mi hogar.

—Y si te dejo aquí —dijo—, tu tumba.

—Mejor que pudrirse en la celda de Tremont, o colgado de la soga del bastardo.

—En eso estamos de acuerdo. Por muy decidido, o testarudo, que seas, no llegarías ni a una legua antes de caerte al suelo. —Se puso las manos en las caderas—. Lo cual te vendría muy bien.

Sus ojos verdes se entrecerraron.

—Vete. No necesito que una débil inglesa me frene.

La ira se encendió en su interior.

—¿Débil muchacha inglesa? Podría haberte dejado en el calabozo para que murieras, o haberte abandonado en cualquier momento desde entonces.

—Dime —dijo con los dientes apretados—, ¿por qué mi libertad significa tanto para ti?

Ella apretó los labios.

—¿No contestas? —Keylan agitó la mano en señal de desestimación—. Has cumplido tu propósito. Márchate.

La indignación estalló a través de ella como aceite caliente vertido sobre el fuego.

—¿Mi propósito? Eres un gusano arrogante e ingrato. Quédate aquí entonces y muere. Te aseguro que no perderé ni un ápice de sueño por ello.

Emmaline giró sobre sus talones y se dirigió hacia el norte. «Dejemos que el fanfarrón se pudra en su orgullo propio. Que intente hacer el viaje por su cuenta. Sí, lo lograría... unos diez pasos antes de caer sobre su rostro obstinado y lleno de orgullo y desmayarse. Entonces los hombres de Fenton lo encontrarían. Y lo matarían».

Miró hacia atrás. Keylan no se había movido.

El irritante escocés permanecía en lo alto de la loma con un desafío inquebrantable. Intentaba parecer feroz, como si incluso en su debilitado estado, él solo pudiera enfrentarse a un contingente de hombres del rey Eduardo.

Se sosegó. Madre mía, su fiereza no era más que un engaño, lo que quedaba demostrado por su balanceo y su tono ceniciento. Y entonces ella lo comprendió.

Era un hombre inteligente. Se había dado cuenta de que, a su patético paso, era solo cuestión de tiempo que los guardias de Fenton los alcanzaran y la pusieran en peligro. La había enfadado para salvarle la vida.

¡Menudo patán!

Cómo se atrevía a ser noble e intentar protegerla cuando ella intentaba salvar su lamentable pellejo. Emmaline retrocedió furiosa. Al acercarse ella, su boca se dibujó en una mueca formidable. Una táctica amenazadora que su hermano también había intentado utilizar con ella.

Y había fracasado.

Irritada, le clavó un dedo en su musculoso pecho.

—Tu mirada feroz no funcionará conmigo. ¿Cómo te atreves a intentar manipularme?

Unos ojos brillantes, por culpa de la fiebre, se clavaron en ella.

—¿Como hiciste tú conmigo en la celda?

Su dedo vaciló, luego cayó. Culpable, pero esa no era la cuestión, tampoco le extrañó que él no negara la táctica que había empleado con ella. ¿Por qué tenía que ir él y hacer de todo esto un embrollo? Su plan era sencillo. Ella no había querido nada más de él que su escolta. Una vez que llegaran a las Tierras Altas, cuando ella se alejara de él, no habría vuelta atrás, no se acordaría de él. Él no significaba nada para ella. Nunca lo haría.

Excepto que ahora tenía que ir y ser noble con él.

—No soy una doncella de voluntad débil que saldrá corriendo a la primera señal de amenaza.

No, Keylan estuvo de acuerdo en eso a pesar de la bruma de dolor que asolaba su mente. Esta muchacha, mitad inglesa, mitad escocesa, tenía una columna vertebral que muchos hombres admirarían. Pero no podía decírselo, ni permitir que permaneciera a su lado. Si se desmayaba, no podría protegerla. Solo, se escondería en el bosque como había hecho muchas veces a lo largo de su vida. El descanso lo ayudaría a curarse. En cuanto al viaje, de algún modo llegaría a su hogar, el castillo de Rivenlochs, para enviar un mensajero que advirtiera a Wallace y a los demás rebeldes sobre Liam.

Keylan le lanzó una mirada amenazadora, una que había dejado a los escuderos temblando.

—Te dije que te fueras.

Los ojos lavanda brillaron con desafío.

—Lo hiciste, pero me quedo para ayudar a tu desagradecido y testarudo pellejo, ya que tu mente está obviamente embotada por la fiebre.

Atónito, se quedó mirando a esa pequeña mujer. ¿La muchacha estaba cuidando de él? Atraídas por su estatus o su riqueza, las mujeres nunca se preocupaban por él sin pensar en su beneficio personal. Ella se desdibujó ante él.

Él se concentró en ella, a duras penas. Ella lo agarró de la túnica.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito revisar tus heridas.

Tenía que convencerla de que se fuera antes de que se derrumbara.

—He cambiado de idea. No te escoltaré a las Tierras Altas.

La conmoción recorrió su rostro.

—Pero tú...

—Mentí. —Una falsedad, pero si eso la convencía para ir, que así fuera.

Se quedó boquiabierta. Empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo. Emmaline inclinó la barbilla.

—No te creo. Eres un hombre de palabra.

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé que estás al borde del colapso. En lugar de pensar solo en ti mismo, eres lo bastante honorable como para intentar persuadirme de que me vaya por mi propia seguridad.

Abrió la boca para hablar. Un zumbido vertiginoso lo asaltó. Keylan cerró los ojos para protegerse de la sensación.

Unas manos suaves le agarraron los hombros.

—¿Keylan?

La preocupación en su voz lo incitó a admitir su tenacidad. No, debe irse. Abrió los ojos, concentrado.

Una ráfaga de viento, cargada de la rica suavidad de la primavera, giró en espiral a su alrededor, levantando suaves mechones de su cabello dorado como el ámbar a la deriva. Era algo mágico.

El pensamiento sobrenatural giró en su mente como si hubiera bebido demasiada cerveza. Una sensación embriagadora que adormecía el dolor que golpeaba su cuerpo y hacía que los peligros que los rodeaban se desvanecieran.

Inhaló hondo, como si respirar su aroma purificara su mente, saboreando la frágil inocencia que ella llevaba como un manto. Le había parecido hermosa en la celda, pero con su rostro abrazado por los rayos dorados, sus mejillas sonrosadas contra su piel de marfil, parecía angelical. Hizo una mueca. Una ilusión, sin duda.

—¿Keylan?

La desesperación de su voz lo obligó a centrarse.

—¡No te me desmayes! —le exigió Emmaline.

Él la fulminó con la mirada.

—Sí, muchacha, continuaremos. —Con sombría determinación, Keylan se puso en marcha. Los músculos gritaban con cada uno de sus pasos. El sudor rodaba por él como si se hubiera roto una presa. Las imágenes de sus hombres masacrados lo impulsaban a seguir adelante.



El alivio se apoderó de Emmaline cuando Keylan empezó a avanzar. Su andar tambaleante no le importaba. Cuando había cerrado los ojos momentos antes, había pensado que se desplomaría.

El tiempo transcurría con dolorosa lentitud a medida que avanzaban. Con el paso de las horas, el sol se elevó hasta su cenit.

A lo lejos, crecía el rumor del agua. Los pájaros llamaban en los árboles verdes de brotes que pronto se desplegarían en hojas, los brotes de hierba se atrevían a asomar entre la tierra arrasada por el invierno, y el aroma del aire, rico en el sabor de la primavera, se cernía en la brisa.

La alegría que solía encontrar en el renacimiento de la tierra se vio ensombrecida por la

amenaza del peligro y sus dudas de que realmente pudieran escapar de la ira de Fenton. El conde se detuvo.

Ella se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre?

Unos ojos verdes, desgarrados por la indecisión, la observaban.

—Júrame por tu vida que... Lo que estoy a punto de mostrarte permanecerá en secreto. — Su cuerpo se tensó. ¿Había encontrado un santuario donde pudieran descansar? Emmaline escrutó la zona. Dentro de un espeso bosque de fresnos, yacían rocas en un gran grupo. Excepto por una pronunciada caída a la derecha que se precipitaba a un desfiladero más abajo, no existía nada que representara una entrada. Entonces, ¿por qué le pedía su palabra?

Intrigada, asintió.

—Lo juro.

Él levantó una mano temblorosa y señaló al frente.

—Mira entre los árboles. Hay un montón de grandes rocas. Más allá se esconde una cueva.

—No veo ninguna entrada.

—¿Ves el musgo? —Emmaline asintió—. El musgo está tejido en una manta que cubre la entrada.

—Brillante.

Una sonrisa sombría tocó sus labios.

Lo era. Los caballeros ingleses cabalgarían por el escondite rebelde. Desde atrás, el grito de un hombre rompió el silencio.

Keylan se volvió hacia el sonido.

—Los hombres de Tremont. —La cogió y avanzó a trompicones—. Quédate en las rocas. —Tiró de ella mientras se apresuraba a avanzar.

El constante rumor de cascos aumentó.

Una rama le abofeteó la cara; atrapó la siguiente y la apartó de un empujón. Alargó la mano hacia el musgo, tiró de la manta y se apartó.

Emmaline se apresuró a entrar.

Keylan la siguió. La manta cosida de musgo flotaba contra la entrada, asfixiándolos en una oscuridad apagada.

—Espera. —Se apoyó en la pared, con el pecho agitado—. Deja que tu visión se ajuste.

Un caballo relinchó. El retumbar de los cascos sonó cerca.

—Por aquí —gritó un hombre.

—¿Qué has encontrado? —preguntó otro hombre

—Huellas —respondió el primer hombre.

Emmaline jadeó.

Keylan le hizo un gesto para que guardara silencio, con el pulso acelerado, la herida de su costado derecho pegajosa de sangre. Si al menos hubiera habido tiempo de borrar sus huellas.

—Parece que las huellas conducen a las rocas —dijo un hombre.

—Me parece que se adentraron en los árboles.

—Tal vez —replicó un segundo hombre. Pasaron largos segundos. El repiqueteo de los cascos sobre las rocas y las hojas resonaba desde el exterior.

—No veo a nadie —dijo el primer hombre, esta vez su voz más cercana.

El cuerpo de Emmaline tembló contra el de Keylan. Se apoyó en la pared para sostenerse. Por acto reflejo, la atrajo hacia él, mientras con la otra mano sujetaba su daga.

—Deben de haber viajado más lejos —afirmó otro hombre.

—Con la frescura de estas huellas —dijo el segundo hombre—, no mucho. Dondequiera que estén, están cerca. Nos separaremos. Ulric, llévate a dos hombres y cabalga hacia el este. Todos los demás, rodearemos hacia el oeste y nos reuniremos al otro lado.

Sonaron los cascos y luego se desvanecieron lentamente. Keylan lanzó un suspiro.

—Se han marchado —susurró Emmaline.

—Por ahora. Cuando no me encuentren, volverán y registrarán de nuevo esta zona. Ven. — Con la cabeza palpitante, la soltó. En la luz apagada, se tambaleó hacia la parte trasera de la cueva, concentrándose en cada paso.

El lúgubre entorno se hizo más luminoso a medida que se adentraban en el interior. Doblaron la esquina y la caverna se abrió al exterior. La luz del sol entraba en la oscuridad como una lluvia dorada que borraba las sombras.

Una expresión de asombro pintó el rostro de Emmaline. Se acercó a la cornisa y escudriñó el desfiladero que se extendía debajo.

—Es hermoso.

—Sí. —Keylan Tropezó.

Emmaline se giró. La preocupación dibujó su rostro mientras se apresuraba a retroceder y le ponía el brazo sobre el hombro para estabilizarlo.

—Debes tumbarte.

Él hizo una mueca. Como si tuviera otra opción. Sus piernas empezaban a ceder y su mente le seguía rápidamente. Incluso ahora, luchaba por tener un pensamiento coherente. Con su ayuda, se acomodó contra la roca estratificada, el sol sobre su cara.

Emmaline le miró el costado derecho, frunció el ceño.

—¿Por qué no me dijiste que estabas sangrando?

—No es más que un pequeño rasguño.

—¿Un rasguño? —se burló—. He atendido a guerreros de suficientes batallas como para

saber que la herida es más que eso. Necesito limpiarla. Quédate aquí.

Antes de que él pudiera objetar algo, ella se levantó, se quitó la capa y sacó la bolsa de agua que llevaba. La luz del sol que se filtraba tras ella enmarcaba las esbeltas líneas de su cuerpo protegido bajo una bata de lino.

Su reproche se desvaneció al contemplar la suave curva de su tobillo. Su vestido no ocultaba ni su esbelta cintura ni sus generosos pechos. Incluso confundido por la fiebre, no pudo evitar admirar sus curvas.

Ignorante ante el efecto que tenía sobre él, tras darle un trago de agua, Emmaline se arrodilló ante él.

—Debo quitarte la túnica para ver el alcance de tu herida.

Una parte de él quiso negarse. Pero el guerrero que había en él comprendía la amenaza de una herida sin tratar. Esta muchacha, envuelta en su inocencia, no sabía nada de su potente efecto.

—Puedo quitármela yo mismo. —Keylan se tiró de la túnica por encima de la cabeza, sus músculos gritando por el movimiento.

Ella hizo una mueca mientras se inclinaba más cerca. Su suave aliento rozó su piel inflamada, y él apretó los dientes.

Emmaline levantó la vista. Se aquietó.

Unos ojos verdes sostenían los suyos, calientes, ardientes de fiebre, pero también cargados de deseo. Su mirada feroz encendió la conciencia en su cuerpo como el pedernal al acero. Sus labios hormiguearon al recordar su beso dentro de la celda, ese momento peligroso en el que había olvidado su objetivo, la razón por la que había buscado a lord Grampton.

Se apartó, pero las imágenes de él cubriéndole la boca y de ella ahogándose en su sabor permanecieron en su cabeza. No, no podía meditar sobre pensamientos tan sensuales. Él era una tentación peligrosa, una que ella nunca podría aceptar. Tenían poco en común, excepto su hermano, un hombre al que ambos despreciaban.

Respirando hondo, Emmaline arrancó una tira de tela de su *chemise*, la humedeció y comenzó a limpiar suavemente la herida. Los músculos afilados ondulaban bajo su tacto, la piel maltratada por las cicatrices, las de un hombre curtido por la guerra. Las de un hombre que luchó por lo que era suyo. Las de un hombre leal a su país y a su familia.

Inquieta por su atracción hacia un hombre que le resultaba peligroso a tantos niveles, retiró la tela. Escurrió la tira de tela, la volvió a humedecer, solo para tener que tocarlo de nuevo.

Bajo su tacto, su cuerpo se tensó y un suspiro de dolor salió de su boca, pero no protestó.

—La herida es larga, pero por suerte no es profunda —se forzó a decir mientras luchaba por mantener la calma—. Mientras viajamos, buscaré hierbas para colocar contra la herida y asegurarme de que no supure. —Volvió a escurrir el paño y continuó quitando las pequeñas motas de suciedad que perfilaban la herida—. Con el tiempo, debería quedarte solo una cicatriz.

—¿Eres sanadora?

Ante la suavidad de sus palabras, ella se tensó. Su simple pregunta no la engañaba. Él buscaba pistas sobre quién era ella, detalles que ella nunca podría darle.

—No. He ayudado a nuestra sanadora cuando ha surgido la necesidad. —Ella le dirigió una mirada admonitoria—. Necesitas descansar, no charlas sin sentido. —Antes de que él pudiera presionar para obtener más información, un rasgo que estaba aprendiendo a esperar de él, ella se puso en pie—. Aunque es temprano, necesitas dormir. Además, con los hombres de Lord Tremont buscándote, es demasiado arriesgado viajar.

Él la miró un largo momento y luego empezó a levantarse.

Ella le cogió por los hombros.

—Si te mueves, reabrirás tu herida.

Keylan hizo una mueca, apartó las manos de ella y se puso en pie. Señaló hacia la pared del fondo.

—Hay mantas detrás de la madera apilada. Levántalas y verás también otras provisiones.

Una gran concesión por su parte.

—Quédate allí hasta que las coja. —Con movimientos eficientes, retiró las mantas y empezó a hacer un jergón, cualquier cosa para intentar mantener su mente alejada de Keylan, de un hombre que la hacía demasiado consciente de sí misma como mujer.

Después de todos estos años, y de todos los hombres que había conocido; nobles, caballeros, guerreros de otros países, ninguno le había inspirado más que una muestra de interés. Ahora, se sentía atraída por un rebelde escocés que, si se enteraba de su conexión con Fenton, la utilizaría contra su hermano. ¿Y su confianza? No, la miseria que se había ganado se perdería para siempre.

—¿Emmaline?

Keylan se arrodilló junto a ella, sus ojos demasiado agudos, su cercanía demasiado potente.

—¿Qué ocurre?

La sinceridad de su voz la inquietó aún más.

—Nada, solo estoy haciendo un jergón.

—Estás temblando.

Ella miró hacia abajo y descubrió que le temblaban las manos de pensar en él. Tragó con fuerza.

—Estoy cansada.

—Sí, después de viajar toda la noche ambos necesitamos descansar. —Levantó el borde de la manta que tenía cerca y la ayudó a extenderla.

—Te dije que esperaras a que terminara.

Keylan frunció el ceño.

—Soy un caballero, no un viejo tullido.

—Nunca necesitas a nadie, ¿verdad? —preguntó ella, la molestia patente en su voz.

Los ojos febriles se entrecerraron.

—¿Y qué hay de ti? ¿A quién necesitas?

—A nadie —respondió ella, e inmediatamente se arrepintió de haber permitido que su pregunta se convirtiera en algo personal. Sacudió la cabeza—. Túmbate y descansa.

—Tú también lo harás. —Por la ira que había en sus ojos, Keylan esperaba que ella discutiera. Para su sorpresa, asintió. Sin saber cuánto tiempo más podría permanecer de pie, se dejó caer sobre las mantas. Cada músculo de su cuerpo gritaba, pero habían logrado ponerse a salvo.

El suave peso de la lana le cubría el cuerpo.

—Aquí tienes mi capa enrollada para que te la pongas bajo la cabeza.

Aunque su voz era fría, su consideración lo conmovió. Una parte de él había esperado que ella se marchara, no que se quedara, ni que lo atendiera como alguien que se preocupaba por él. Sí, a ella le importaba que él viviera. Pero ella lo había liberado de la celda por su propio propósito.

¿Por qué?

Ambos tenían sus secretos, se recordó a sí mismo mientras la observaba moverse con elegancia.

—Toma. —Emmaline le tendió una taza con agua.

Keylan bebió despacio, el agua fría en contraste con su garganta reseca. Vació la taza de madera y se la entregó; sus dedos se rozaron. La conciencia se derramó a través de él en un barrido letal.

—Gracias —dijo.

Los ojos de Emmaline se dilataron, como si ella también hubiera sentido el calor. Asintió, se dio la vuelta.

—Vete a dormir.

La muy tonta. Incluso en su estado, podía ver su cansancio.

—He dicho que tú también descansarás.

Ella se puso rígida.

—Lo haré, luego. Por ahora vigilaré.

Se movió, hizo una mueca de dolor.

—No. Te acostarás ahora o te arrastraré hasta aquí si es necesario.

—Yo... —Ella volvió a revisar sus heridas como si fueran su única preocupación, pero él vio a través de su disfraz.

Le lanzó una mirada de advertencia. Con una mirada nerviosa, se deslizó entre las sábanas junto a él.

Agotado, satisfecho de que ella se quedara e ignorando el roce de sus cuerpos, Keylan cerró los ojos y sucumbió a la tentadora dicha del sueño.

El lento subir y bajar de su pecho le aseguró a Emmaline que el rebelde estaba dormido.

Ella se permitió relajarse. Era increíble que hubiera aguantado tanto.

Keylan se desplazó sobre su espalda. La luz del sol acariciaba los duros planos de su rostro, y la sombra de una poblada barba sobre su mandíbula cuadrada. En reposo, su expresión se suavizaba, insinuaba líneas esculpidas por la risa. Intrigante. Lord Grampton no le parecía un hombre que se relajara lo suficiente como para ceder al humor.

Murmuraba entre dientes.

Atraída, ella le observó. Le cosquilleó la boca al recordar sus labios cubriendo los suyos. Un simple beso y él casi la había destruido. ¿Cómo sería si hicieran el amor?

El calor le acarició la cara ante tales pensamientos. Ella los desechó.

No eran más que cavilaciones. Sin que él fuera consciente de ellos, no hacían daño a nadie.

Curiosa, Emmaline se inclinó más cerca, atraída por el hombre que era un misterio tan grande como una amenaza. Su calidez se enroscó en torno a ella, su fuerza interior tan inherente como su fuerza dominadora.

El cansancio la inundó, pero también una sensación de paz. ¿Paz?

Algo extraño cuando su vida, en este momento, no contenía más que caos.

Su respiración constante la arrullaba, al igual que la seguridad que sentía a su lado. Bostezó y, por primera vez en muchos días, se sumió en un sueño imperturbable.



Keylan abrió los ojos, con los sentidos alerta. Los dolores de su cuerpo le recordaron inmediatamente su huida de la mazmorra, y el sol de la mañana que entraba en la cueva era un indicador de que había pasado un día. Miró a la muchacha.

No cualquier muchacha. Emmaline.

Con la mente despejada, la estudió mientras dormía, observando cómo su esbelto cuerpo se acurrucaba contra el suyo con inocente confianza. Su mejilla descansaba a ras de su pecho, sus pestañas dibujaban medias lunas perfectas contra su piel de marfil, y su largo cabello dorado ambarino, suelto de su trenza, enmarcaba ahora su rostro.

Su mirada se desvió hacia la curva de su boca. Se encendieron los recuerdos de su acalorado beso dentro de la celda, de la pasión que le había abrasado el alma.

No, solo era la bruma de su mente por la tortura que había soportado lo que invitaba a tales pensamientos juguetones. Independientemente de la pasión de una mujer en la cama, bien comprendía él su capacidad para la traición. Aunque inocente, Emmaline seguía siendo una

desconocida, una mujer con secretos, lejos de ser una persona a la que pudiera querer, y mucho menos en la que pudiera confiar.

¿Qué la había impulsado a darle su libertad? La razón implicaba a Tremont, de eso estaba seguro.

Con la garganta seca, volvió a contemplar las tentadoras líneas de su boca. Si volvía a besarla, ¿sería diferente su sabor? Bajó la boca un grado, sus suaves resoplidos revoloteando sobre su mejilla, su calor invitándolo a acercarse.

Reclamó su boca. Un suave gemido se le escapó mientras él la guiaba, la provocaba, saboreaba los labios flexibles que respondían lentamente.

Unas gruesas pestañas se abrieron de golpe. Los sobresaltados ojos lavanda se aclararon, oscurecidos por el placer. En un estremecimiento, su cuerpo se ablandó, amoldándose contra el suyo. Entonces, ella le devolvió el beso.

El calor ardió a través de él como si le arrojaran una antorcha. Se ahogó en el ardor abrasador, presionándola hacia atrás para apoyar toda su longitud contra sus suaves curvas. Tenía que tenerla, saborear cada centímetro de ella.

Ignorando el punzante dolor de la herida en su costado, ahuecó su boca, llevó el beso más adentro, hasta que ella gimió entre sus brazos y se arqueó contra él como lo haría una mujer necesitada.

Con un gemido, bajó hasta saborear la sedosa curva de su mandíbula, luego rozó con los dientes la esbelta columna de su cuello, los jadeos de placer de ella amenazando con romper el control que tanto le había costado conseguir.

Con todos sus sentidos puestos en ella, apartó el vestido de lino para dejar al descubierto sus pechos. Dios míos, eran un espectáculo maravilloso.

Emmaline se quietó. Su mano atrapó los dedos de él, que se cernían sobre su pecho.

—¡No! —Keylan la miró, el deseo en sus ojos contrastaba directamente con su petición.

Un grito lejano resonó cerca.

Se volvió hacia la entrada y parpadeó. ¡Mierda! Había estado tan absorto en la mujer que había ignorado el ruido que, obviamente, lo había sacado de su letargo.

Keylan agarró su daga. Le dolía el brazo por el rápido movimiento.

Ignoró el dolor. Al menos el mareo de la noche anterior había pasado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Su mirada salvaje y sensual le hizo apretar los dientes. Le pasó un dedo por los labios y gimió en silencio ante su suavidad.

—Hay hombres fuera.

Los ojos, oscuros por la pasión, se nublaron por el miedo. Emmaline asintió.

Retiró el dedo y se puso en pie, con la espada enroscada en la mano.

—Quédate aquí. No deberían encontrarnos. —Con pasos silenciosos, se arrastró hasta la

entrada.

Sonaron las ropas moverse mientras se arreglaba el vestido. Unos pasos suaves sonaron a su paso, luego se detuvo.

—¿Los ves? —susurró.

—No, pero están cerca. —Su aroma lo mareó, al igual que el recuerdo de sus pechos llenos. ¿Cómo había podido besarla y mucho menos entretenerse pensando en hacer el amor con ella?

Se asomó por una rendija abierta entre la cubierta de musgo. Las sombras parpadeaban en los árboles.

—Ya vienen —susurró.

Las varas crujieron, los cascos repiquetearon mientras los hombres cabalgaban a la vista.

—Lord Tremont ha desplegado un gran contingente —dijo Keylan, impresionado por el número de caballeros.

—Eres un prisionero valioso.

Los nervios se apoderaron de su voz, algo que él esperaba que sucediera, aun así, ¿por qué su respuesta lo había dejado en ascuas? La miró; ella vaciló y luego apartó la mirada.

—¿Qué? —susurró, su ira encontrando un punto de apoyo.

—Yo...

—No hemos visto señales de ellos desde ayer —declaró un guardia que estaba cerca de ellos. Keylan se volvió hacia los hombres que se acercaba.

—Lord Tremont está furioso —dijo un uno de ellos, que estaba a unos pasos del escondite.

—Como era de esperar —replicó otro caballero—. Aunque no estoy seguro de si su ira es con el escocés o con ella por ayudarlo en su huida.

El primer caballero asintió.

—Es una tonta. —Emmaline jadeó detrás de él.

—Sí —asintió el hombre más cercano—, desde el regreso del vizconde, le ha permitido demasiada libertad. Una paliza le vendría bien.

El otro caballero gruñó.

—Lord Tremont la encontrará. Cuando lo haga, lamentará su traición. Antes de que esto acabe, él la doblegará a su voluntad.

—Vámonos —ordenó otro de los caballeros, que parecía el líder. La tierra blanda voló bajo los cascos de los caballos. El golpeteo del cuero y el tintineo de las espuelas se desvanecieron cuando los caballeros desaparecieron en el bosque.

Keylan se volvió. El rostro de Emmaline había palidecido. Sus nervios tenían ahora sentido. La ira crecía a medida que cada pista sutil, cada comentario fragmentado de ayer, cobraba sentido. Con los ojos muy abiertos, Emmaline retrocedió, como si se diera cuenta de su furia.

—Sí, puede que Lord Tremont quiera dar conmigo, pero parece que, en esta búsqueda, tú eres el verdadero premio. —Se acercó a ella—. La pregunta, muchacha, es ¿por qué?

Capítulo 4

Ante la aproximación de Keylan, Emmaline se mantuvo firme. Se enfureció al saber que los hombres la perseguían con igual determinación. Era demasiado para creer que su agotamiento y su maltrecho estado la salvarían.

A un paso de distancia, se detuvo. La amenaza esculpió ásperas líneas en su rostro.

—¿Por qué te buscan los hombres? —exigió.

La fuerza de su determinación la envolvió, pero se negó a apartar la mirada.

—Ambos tenemos secretos.

Los ojos verdes de Keylan se oscurecieron hasta adquirir un borde duro.

—Secretos, sí, pero tú has ocultado a propósito que los tuyos son de carácter personal e implicaba al vizconde de Tremont.

¿Sospechaba él de su lazo de sangre con Fenton? No, ella no había dicho nada que expusiera un vínculo con su hermano.

—El motivo de la ira del vizconde, su deseo de llevarme de vuelta, es asunto mío.

—¿Tuyo? —Un músculo se le contrajo en la mandíbula—. He aceptado escoltarte a las Tierras Altas. Una promesa que no romperé. Pero hasta que te entregue, cualquier cosa que provoque la ira del vizconde hacia ti nos afectará a ambos. —Se inclinó hacia delante, más cerca, con el rostro sombrío—. ¿No crees que debería conocer el motivo?

Emmaline se mantuvo firme.

—En las mazmorras acordaste no cuestionar por qué te había liberado. —Ante su ominoso silencio, el pánico se agitó en su alma. ¿Por qué estaba debatiendo con un hombre que siempre la vería como su enemiga, una rebelde peligrosa a la que tontamente empezaba a querer? Dio un paso atrás—. No necesito tu ayuda. Puedo llegar sola a las Tierras Altas.

Él arqueó una ceja escéptico.

—Después de arriesgar tu vida para liberarme de la mazmorra y ser tu escolta, ¿ahora decides que viajarás sola por el escarpado terreno? Dime, ¿qué ha cambiado? —Una fría sonrisa bordeó su boca—. O debería preguntar, ¿quién ha influido en tu decisión?

Con los nervios crispados como hilos que se deshilan, Emmaline luchó por mantener la calma.

Ante su silencio, lord Grampton la estudió con intriga depredadora. Sus fosas nasales se ensancharon.

—¿Es Lord Tremont tu amante?

—Como te dije en los establos, es un hombre al que desprecio. —Era verdad. Su hermano manipularía a cualquiera si eso significara su propio beneficio personal, incluso a los emparentados por sangre.

—Tal vez —convino Keylan—, pero entre tú y el vizconde hay algo más que aversión para que te busque con tanta insistencia.

Se encogió de hombros.

—No le gusta que le lleven la contraria.

A pesar de la tormenta de emociones que se estaba gestando en su interior, Keylan dio un paso atrás. Con su belleza y su aguda mente, era fácil ver por qué la querría el vizconde. Y con los recuerdos del apasionado beso de Emmaline ardiendo en su mente, era fácil comprender por qué Tremont ordenaría a sus hombres que recorrieran las tierras en su busca.

Pero en esto, Tremont fracasaría. El bastardo nunca la encontraría. En eso, Keylan hizo su voto solemne.

Keylan se guardó su temperamento. Había dado su palabra de que no presionaría a Emmaline para saber por qué lo había liberado. Pero durante el tiempo que pasaran juntos, ella bajaría la guardia y él se enteraría de la verdad. Era un hombre que lograba sus objetivos.

Un hecho que Emmaline pronto aprendería.

Al moverse, su costado derecho había empezado a palpar. Envainó la espada y giró los hombros en un esfuerzo por aflojar la tensión que le recorría el cuerpo.

—Necesitas sentarte —dijo Emmaline, sus palabras eran cautelosas mientras lo observaba como si evaluara sus cambios de humor.

—¿Por qué te importa si descanso o no, ya que puedes llegar a las Tierras Altas sin mí?

—Yo... —Ella apartó la mirada, pero no antes de que él captara su brillo de verdadera preocupación—. Me educaron para hacer lo correcto. A diferencia de Lord Tremont, cuyas decisiones se basan en la codicia. —Ella se volvió hacia él, con una expresión feroz de convicción en el rostro—. Es un hombre al que no le importa que su deseo egoísta devaste a los inocentes.

Su afirmación lo intrigó.

—Estoy lejos de ser inocente.

—Cierto. El interés del vizconde por ti es solo para conseguir poder. No piensa en ayudar a su pueblo o a su reino.

—Es raro que una inglesa tenga tales opiniones.

—Olvidas que soy medio escocesa.

—Te aseguro que tu herencia es un hecho que recuerdo bien. —Un hecho que le despertó la curiosidad por saber más de esta compleja muchacha. Con su profundo conocimiento sobre el vizconde junto con la confianza con la que hablaba, cualquier duda sobre si era una dama, una noble en lo alto de las filas del castillo de Breac, se disipó. Para que Tremont se interesara por Emmaline, su padre debía de ser un poderoso señor. ¿Qué noble era?

—En cualquier caso —continuó ella—, mi herencia no es lo que guía mi vida, sino las enseñanzas de mi padre: humildad, justicia y respeto.

Keylan gruñó.

—Ojalá Lord Tremont estuviera guiado por la misma mano.

Ante sus palabras, ella se ajitó.

—Perdóname. Parloteo sobre un hombre que no merece más que desprecio mientras estás ante mí temblando. Por favor, siéntate.

Keylan miró hacia abajo, sorprendido al comprobar que, efectivamente, su cuerpo temblaba. No había tiempo para demoras. Pasaría un día, tal vez dos, antes de estar lo bastante fuerte para viajar a paso firme.

Debía interceptar a Neilan y Keir antes de que los hombres de Tremont preparasen una emboscada y se toparan con sus hermanos mientras los soldados rastreaban las tierras del vizconde en busca de él y de Emmaline.

El cansancio lo inundó mientras caminaba hacia la parte trasera de la cueva, donde la roca erosionada se desprendía para dejar al descubierto el vasto desfiladero que había debajo.

A medida que se acercaba a la abertura de la cueva, crecía el lejano rugido del agua de las cataratas. Miró el jergón donde habían yacido. El deseo lo abrasó ante el recuerdo de despertarse y encontrar a Emmaline acurrucada contra él con inocente confianza.

La suave pisada de sus pasos dentro de la cueva aumentó su conciencia. La deseaba, sí, pero envuelta en secretos como estaba, era una mujer que su cabeza le ordenaba que olvidase.

Exhaló un áspero suspiro.

Ignoró el impulso de mirar a Emmaline. Había aprendido que las mujeres fieles no existían. Solo las que jugaban a juegos crueles, utilizaban a los amantes para dar los celos y luego los dejaban de lado.

—¿Keylan?

La suave voz de Emmaline acarició su nombre. Su mirada permaneció clavada en las cataratas.

—¿Qué?

El suave roce de sus zapatillas resonó en la cueva cuando ella se puso a su lado. Una brisa que agitaba su vestido contra sus esbeltas pantorrillas lo atrajo a mirar.

—Con los caballeros lejos —dijo ella—, es seguro buscar comida y hierbas para tus heridas. Descansa mientras estoy fuera. Volveré antes del atardecer.

Él se erizó.

—Te quedarás aquí.

Los ojos color lavanda se abrieron de sorpresa y luego se entrecerraron, un signo de terquedad con el que se estaba familiarizando demasiado.

—La hierba acelerará la curación de tus heridas.

—Ninguna muchacha me da órdenes.

—Pues lo he hecho. —Hizo una pausa y arqueó una esbelta ceja.

Su bravuconería lo intrigaba. ¿Quién era esta mujer que no temía a su enemigo? Irritado porque la deseaba, Keylan se puso en pie de un salto, ignorando el mareo que sintió.

Le lanzó una mirada dura.

—Te acompañaré.

Ella arqueó una ceja.

—Tu arrogancia me asombra. Pero me pregunto, ¿es tu arrogancia o tu desconfianza a que no regrese?

—Si hubieras querido irte, podrías haberlo hecho en numerosas ocasiones. Sin embargo, te quedaste, lo que plantea de nuevo la pregunta de por qué.

El rojo recorrió sus mejillas.

—Pierde tú tiempo preguntándote por mis intenciones. Yo, por mi parte, tengo cosas más importantes que hacer. Debo encontrar hierbas que ayuden a curar tus heridas.

Keylan la cogió del brazo y la hizo girar para que lo mirase. La indignación salpicó sus mejillas.

—Suéltame.

En lugar de eso, la miró fijamente a la cara, queriendo ver sus ojos, encontrar una verdad en la que pudiera creer.

—¿Por qué te preocupas por mí?

Una mirada de incertidumbre parpadeó en sus ojos, su mirada tan desafiante como agitada.

—Yo... no lo sé.

La honestidad en su voz lo hizo retroceder.

¿Creía en su inocencia? La soltó.

—Vamos. —Haciendo a un lado su persistente debilidad, Keylan se dirigió hacia la salida de la cueva, su mente envuelta en ella, en el juramento que había hecho. Sí, había aceptado guiarla a las Tierras Altas, pero ¿cuándo se daría cuenta la muchacha de que había omitido especificar el plazo?

Con un suspiro frustrado, Emmaline miró fijamente al exasperante hombre y siguió su estela. El escocés era tan inflexible como una espada.

—Si tus heridas se infectan, que así sea. —Emmaline pasó junto a él, pero mantuvo sus pasos lentos. Por mucho que deseara darse prisa y dejarlo atrás, el testarudo imbécil igualaría su paso y haría peligrar sus heridas.

En muchos aspectos, su arrogancia, determinación y concentración en sus objetivos le recordaban a su hermano Fenton. Pero ahí acababan las similitudes.

A diferencia de su hermano, Keylan se guiaba por su moral, su preocupación por su pueblo

y su creencia en hacer lo correcto. Aunque se negó a explicar por qué la acompañó al bosque, ella creía que su razón surgía de la preocupación por su seguridad. Que se preocupara por ella la conmovió profundamente.

Desde la muerte de sus padres, nadie se había preocupado de verdad por ella. Sus criadas sonreían y preguntaban por su salud, pero temerosas de su hermano, ninguna buscaba conocerla más allá del papel de ser su ama.

No es que ella hubiera reflexionado sobre el hecho o sentido pesar. Inmersa en sus estudios, en el día a día del castillo de Breac, rara vez tenía tiempo para entretenerse, para entablar conversaciones triviales como hacían la mayoría de las mujeres de la nobleza. Ella prefería su ajetreada vida, hecho así había sido hasta que había conocido a Keylan.

Lord Grampton era un hombre único, un líder cuya devoción por proteger a su pueblo la asombraba. Ahora, aunque fuera de forma temporal, la había incluido dentro de su salvaguarda. Debería desechar la sensación de consuelo que le inspiraba su decisión, centrarse en el hecho de que su tiempo juntos no era más que el de unas semanas. Pero en su fuero interno, sabía que cuando llegaran a las Tierras Altas y se separasen, quedaría un vacío que nunca había previsto.

En la boca de la cueva, Emmaline se detuvo y se asomó por una rendija de la cubierta de musgo cosida. El rumor del agua procedente del cercano desfiladero llenaba el silencio. A través de la ruptura entre los árboles, un halcón se elevó por encima de las copas.

Mientras escrutaba sus alrededores, Keylan se detuvo detrás de ella. No tuvo que hablar, ni ella necesitó oír la firme pisada de sus pasos para ser conocedor de su presencia. Su cuerpo reconoció su cercanía.

—¿Ves a alguien? —La cautela impregnó su voz.

Sacudida por la sensación de plenitud que le infundía su cercanía, Emmaline sacudió la cabeza.

—No. —Retiró la cubierta y salió de la cueva.

Keylan la siguió.

El suelo blando y cubierto de hojas absorbía sus pasos, el dosel de hojas sobre ellos los envolvía en sombras.

Mientras cruzaban el pequeño campo, Emmaline se mantuvo atenta a cualquier señal de movimiento, aliviada una vez que habían entrado de nuevo en el escudo protector del bosque.

Keylan echó un vistazo.

—Estás caminando a un ritmo lento.

—Como si pudieras moverte más rápido.

—Estoy lejos de ser un muchacho ignorante de las exigencias de la guerra.

Hojas muertas agitadas por una ráfaga de viento le pasaron por la cara. Ella apartó una que se había enredado en su pelo.

—Un hecho que parece empeñado en recordarme.

—¿Quién te hirió para que desafiaras a un guerrero sin pensar en las represalias?

Su tranquila pregunta la cogió desprevenida. Los aleteos de calor que la recorrieron se aquietaron. Se contuvo en su respuesta. Por supuesto que él querría saberlo, quería aprender todo lo que pudiera sobre ella. Más concretamente, quería descubrir por qué ella ayudaría a liberar al valioso prisionero de Fenton del castillo de Breac.

Sacudida por el recordatorio, Emmaline dio un paso adelante. Tropezó.

Él la atrapó, sus penetrantes ojos verdes clavados en ella.

—Estás alterada.

Ella lo miró con fijeza durante un largo momento, demasiado consciente de su beso. Él le devolvió la mirada con la intensidad de un guerrero, pero también de un hombre. El deseo la invadió, dejándola dolorida por la necesidad. Si tan solo su pregunta hubiera sido hecha puramente por interés. Con un largo suspiro, se soltó y echó a andar.

—¿Emmaline?

¿Tenía que usar su nombre? ¿Tenía que hablar con el rico y aterciopelado tono de voz que recorría su cuerpo en suaves ondas, despertando recuerdos de su tacto?

—Dime —lo instó.

Ella hizo una pausa y le devolvió la mirada. Un error. Maldijo en silencio haber notado la curva de su boca sensual, el deseo en sus ojos, y rezó para que él no viera su propia necesidad.

—Debemos encontrar las hierbas y buscar refugio antes de que regresen los caballeros —dijo ella con voz insegura.

Durante varios minutos le sostuvo la mirada, como si sopesara una decisión importante. Asintió con la cabeza.

—Mira a tu izquierda.

Ella se volvió. A poca distancia, cerca de donde la tierra caía hacia el torrente de agua que había debajo, unas hojas altas se agrupaban y sobresalían de la tierra húmeda. El calor le tocó la cara. Con la mente perdida en pensamientos sobre Keylan, había pasado por alto la hierba.

Enfadada consigo misma, se acercó y se arrodilló ante la hierba.

—Es una bendición que la hayamos encontrado tan cerca de la cueva.

Keylan gruñó.

—Es bastante común. —Y así era.

Por el rabillo del ojo, observó al escocés. Estaba de pie, con la mirada alerta, recorriendo el perímetro. Siempre el guerrero. Solo el ligero cambio de su postura, la palidez de su rostro, delataban su debilitado estado. Sorprendente después de todo lo que había soportado.

Emmaline arrancó un tallo de la robusta planta. ¿Qué había experimentado Lord Grampton durante su vida que le permitía soportar tanto dolor y, aun así, perseverar?

Cogió otra hoja resistente. No, tal vez no necesitaba saberlo.

Ya se preocupaba por Keylan más de lo que era prudente.

—Si hubiera estado más avanzada la estación —señaló Keylan—, podríamos haber

encontrado también milenrama.

Sorprendida, levantó la vista del suelo para descubrir que él la observaba atentamente. ¿La había estado observando todo este tiempo? Se obligó a no sonrojarse.

—¿Sabes mucho de hierbas?

—Después de una batalla, rara vez hay un sanador a mano para atender a los heridos —respondió él—. Un guerrero que descuida el aprendizaje de las hierbas curativas podría perder la vida.

—¿Quién te enseñó dónde encontrar hierbas y cómo utilizarlas correctamente?

La tristeza ensombreció sus ojos. Vaciló.

—Mi madre.

Su corazón se ablandó.

—Te preocupabas mucho por ella.

—Era una buena mujer. —El orgullo resonaba en su voz tanto como el amor.

—¿Dónde está ahora? —preguntó, curiosa por la mujer que había criado a este hombre formidable.

—Murió dando a luz a mi hermano menor.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—Así es la vida.

Aunque él actuaba con indiferencia, ella había visto el dolor por su pérdida. Podían haber pasado muchos años y quizás los recuerdos se habían desvanecido, pero su amor por su madre no. Un hecho con el que ella también empatizaba.

Sombría, acunó la hierba entre sus manos y se dirigió despacio hacia la cueva; Keylan mantenía el paso firme a su lado.

La hierba marrón invernal yacía lacia a su alrededor.

—¿Provienes de una familia numerosa?

—Mi pasado no importa.

La frustración se deslizó a través de ella.

—No soy el enemigo.

—Eso afirmas.

¿No podía permitirse un momento de paz entre ellos? Sacudió la cabeza cuando él se dispuso a hablar.

—Eso no importa. Como has dicho, tu familia no me concierne.

—Eso no parece afectar a mi inclinación a responder a tus preguntas —murmuró, casi para sí mismo—. Pronto te hablaré de la mujer que...

Cuando sus palabras se interrumpieron, Emmaline le echó un vistazo. De no ser por el parpadeo de emoción que había en sus ojos, se habría perdido la importancia que habían tenido sus palabras. Todos sus sentidos se pusieron en alerta. Entonces lo comprendió. No había conocido a innumerables mujeres. Una mujer, una sola mujer, le había hecho daño.

—¿Quién era? —La sinceridad de su pregunta resonó entre ellos.

Keylan giró los hombros como para aflojar la rigidez que había en ellos. Se protegió los ojos y oteó el horizonte.

—El delirio de un muchacho incrédulo.

—¿Y la razón por la que no confías en las mujeres?

La sorpresa apagó su rostro. Durante un momento la estudió y luego se encogió de hombros.

—Sí.

A ella se le aceleró el pulso porque él admitiera una verdad tan dolorosa.

—¿Y cuál es la razón de tu falta de confianza hacia los hombres?

—He conocido a muchos hombres buenos.

—Una distracción, pero no una respuesta.

Con la boca seca, se volvió hacia él y se detuvo.

—Confié en mi padre.

—¿Y?

—Más allá de él, parece que en lo que se refiere al sexo opuesto, tú y yo compartimos el mismo punto de vista.

La intriga brilló en sus ojos.

—Es una forma de verlo. —Keylan se dirigió hacia la cueva.

Emmaline mantuvo el paso a su lado. Una forma de verlo. Interesante comentario de un hombre que vivía al límite, excepto en lo que se refería a sus emociones. Aquellas que salvaguardaba en lo más profundo de su alma.

¿Y qué había de la mujer que lo había herido? ¿La había amado? Un dolor le atravesó el pecho. Sí, la había amado. En el breve tiempo que llevaba conociendo a Keylan, había aprendido que era un hombre que no hacía nada a medias. ¿Cómo sería ser amada con tanta intensidad por un hombre que, cuando daba su palabra, la respaldaba con su vida?

La mujer que le había hecho daño era una idiota.

Como lo era ella, aún más por preguntarse si Keylan sentía por ella algo más que desdén.

Aun así, los recuerdos del beso de Keylan, los poderosos anhelos que su tacto inspiraba, se derramaron por ella como aceite sobre una llama. ¿Cómo sería hacer el amor con él? ¿Sería un amante suave? ¿Feroz? ¿Su intensidad la arrastraría a emociones nunca probadas? Parecía un hombre minucioso, independientemente de su tarea. ¿Cómo no iba a trasladar ese rasgo a hacer el amor?

La luz del sol se desprendía a través de las hojas que había delante, esculpiendo sombras fracturadas en los parches de nieve y tierra.

Una fugaz sonrisa curvó su boca. Qué apropiado. El camino se parecía tanto a su vida, una batalla de oscuridad y luz. Y como el sol en el cielo acercándose al final del día, así se alejaba su tiempo para llegar al clan de su madre.

—Tengo tres hermanos, dos siguen vivos —dijo Keylan.

Emmaline lo miró confundida.

—¿Qué has dicho?

—Me preguntaste si venía de una familia numerosa.

El hombre llevaría a un santo a la desesperación.

—Eso fue hace un rato, y respondiste que tu pasado no importaba. —Frunció el ceño—. ¿Por qué has decidido contestarme ahora?

—Lo creí más prudente.

Volvió a fruncir el ceño.

—¿Que ahora compartas conmigo información sobre tus hermanos es más prudente?

Ante su silencio, cayó en la cuenta.

—El que compartas tu vida no es más que una estratagema —afirmó ella, con la ira filtrándose en cada una de sus palabras—. No soy una doncella fácil de conquistar.

—No, nunca cometería el error de pensar eso.

—Entonces, ¿qué soy yo para ti? —Emmaline no podía creerse que hubiera preguntado eso, pero su respuesta le pareció importante. En algún momento, Keylan había llegado a importarle. Ya no era solo un medio de venganza contra su hermano, sino un hombre al que quería en su vida.

—Una mujer intrigante.

—¿Intrigante? Bueno, es mejor que aburrida. —Ante la respuesta de ella, una sonrisa bordeó su boca, aliviando la tensión entre ellos—. ¿Y qué hay de tu padre? —preguntó ella, un interés puramente personal.

Él miró a lo lejos.

—Murió en la batalla.

Tristemente, tenían en común la pérdida de sus padres.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque comprendo el dolor de perder a un ser querido.

—¿La muerte de alguien inspiró tu decisión de liberarme?

Ella exhaló un suspiro.

—¿Por qué tienes que buscar información a cada paso? Por una vez, ¿no podemos hablar sin sospechas, como personas sin nada más entre ellas que la preocupación por el otro?

Unos ojos verdes la observaron impasibles.

—Estamos en guerra. Bajar la guardia es una invitación a morir.

—¿En guerra? Los actos de los rebeldes no son más que protestas contra una batalla ya perdida. Este verano pasado, el rey Eduardo se apoderó de Escocia. Independientemente de tus deseos, él es tu soberano.

Frunció el ceño.

—¿Soberano? No, Longshanks no es mi soberano, ni lo será nunca de Escocia.

—Los hechos están ahí —dijo ella, comprendiendo su indignación—. Los nobles de toda Escocia han jurado su lealtad al rey Eduardo.

—Un documento sin valor firmado por hombres sin carácter o amenazados de muerte. ¿Crees que los que fueron obligados para que lo hicieran eran sinceros? —El disgusto era patente en su voz.

—No lo había considerado. ¿Y qué hay del rey Juan? —preguntó ella, conmovida por la pasión de la respuesta de Keylan.

Los ojos verdes se oscurecieron de disgusto.

—¿El rey Juan? Ningún escocés que se precie lo reconoce como tal. Desde el día en que traicionó a su patria y renunció a su reino en favor del rey Eduardo, se ganó el título de «*Toom Tabard*».

Emmaline frunció el ceño.

—¿*Toom Tabard*?

—Rey de nada —espetó—. Un verdadero guerrero de Escocia habría luchado hasta la muerte, no lloriqueado como un perro asustado a la primera señal de desafío.

En eso estuvo de acuerdo. Si se hubiera enfrentado a la misma situación, Keylan habría luchado por aquello en lo que creía.

Entendía por qué el rey Eduardo quería muerto a lord Grampton. El espíritu del escocés inspiraba a los rebeldes, como el de William Wallace, el noble al que servía el conde. Ambos eran guerreros que se negaban a ceder o a renunciar a lo que creían correcto.

Humilde, respiró lentamente. Tras la estrepitosa derrota de los escoceses por el rey Eduardo el verano pasado, ella había creído que el rey inglés sofocaría fácilmente nuevas rebeliones, que los infrecuentes enfrentamientos con los ingleses eran poco más que focos de resistencia.

Después de conocer a Keylan, se dio cuenta de que la afirmación del rey Eduardo de que había sometido a los escoceses era más un deseo que un hecho. Para centrar sus esfuerzos en Flandes, el rey inglés había descartado demasiado pronto la intención de los rebeldes escoceses de reclamar su reino.

—¿Y cuál es la razón por la que me liberaste? —preguntó Keylan en medio del silencio.

Ella apartó la mirada

—No importa.

—¿Ahora quién es el que elude la pregunta?

Emmaline se encontró con su mirada, queriendo que viera la sinceridad en sus ojos.

—Hay vida más allá de la guerra.

—Tal vez para aquellos absortos en los juegos de la nobleza, aquellos que están seguros dentro de castillos llenos de caballeros para protegerlos, abastecidos de comida y armas para retener un ataque durante semanas.

—Quizás no sea más que una optimista.

—Por el poco tiempo que te conozco, tu fuerza está en enfrentarte a los hechos, no en aferrarte a creencias esperanzadoras.

—¿Y mi debilidad?

—Tu empatía.

Por una razón inexplicable, su comentario la dejó fuera de juego.

—Tú también te preocupas por tu pueblo. No hay debilidad en ayudar a los demás.

Él arqueó una ceja dubitativo.

—¿Incluso a tu enemigo? ¿Incluso rescatando a un escocés condenado de una mazmorra inglesa?

—No, tú no eres mi enemigo. Eres... —¿En qué estaba pensando? Casi había admitido que era un hombre al que estaba llegando a querer, un hombre al que deseaba con cada aliento. Bajó la mirada. Un hecho que nunca podría compartir.

—¿Soy qué? —la incitó él.

Levantó la vista para encontrarlo observándola, su mirada atenta, como si pudiera despojarla de su coraza y leer los secretos de su alma.

Un grito lejano rompió el silencio.

Keylan la cogió de la mano.

—Deprisa. Debemos llegar a la cueva antes de que lleguen los caballeros.

Con el rostro pálido, Emmaline asintió.

—Por aquí —gritó un guardia lejano. Empezó a correr a su lado.

Capítulo 5

Keylan apretó los dientes y arrastró a Emmaline hacia la empinada pendiente que conducía a las cataratas.

Otro guardia gritó, esta vez más cerca.

¡Maldita sea! Las hierbas volaron de sus manos mientras la arrastraba con él por el empinado saliente de hierba espesa. La niebla de las cataratas de abajo se arremolinaba a su alrededor.

A través de las olas, aparecieron unos hombres que salían a caballo del bosque.

—Por Dios —susurró—. Si los caballeros cabalgan más cerca, nos verán. —Antes de que Emmaline pudiera replicar, la arrastró con él mientras retrocedía.

La hierba larga, alimentada por la niebla, le abofeteó la cara. El agua embravecida de las cataratas palpitaba en un manto salvaje mientras medio se deslizaban, medio caían por la pendiente empinada y resbaladiza.

A un brazo de distancia del borde, Keylan clavó el pie en el fango, empujado hacia la izquierda. El dolor estalló en su brazo izquierdo al chocar contra un peñasco. Su visión se nubló. La cabeza le daba vueltas como tras una noche de demasiada bebida.

Pero se habían detenido.

Varios metros más abajo, rugía el torrente de agua. Respiró hondo, luchando por permanecer consciente.

—¿Keylan?

La preocupación en su voz lo hizo forzar los ojos para abrirlos. Lentamente, su visión se aclaró.

Con los ojos muy abiertos por el miedo, se aferró a él.

—Yo...

—¿Pensabas que nos íbamos a estrellar?

Ella asintió.

—Si hubiéramos permanecido cerca de la cima —dijo entre jadeos ásperos—. Los hombres de Tremont nos habrían visto.

—Lo sé. —Le tembló la voz.

Un deseo de protección lo inundó. Olvidando el dolor, la atrajo hacia él.

—Estamos a salvo. —Por ahora. Pero cuánto tiempo más, no podía garantizarlo.

El rumor de cascos le hizo levantar la vista. A través de la hierba cubierta de niebla,

vislumbró a un caballero que pasaba al galope, luego a otro cuando pasó el contingente.

¿En qué había estado pensando para quedarse al aire libre hablando con la muchacha como si fuera un día de ocio?

Su agarre del brazo se aflojó.

—Creo que los hombres se han ido.

—Tal vez, pero nos quedaremos aquí un rato para asegurarnos.

—¿Crees que volverán?

—Lo harán. Tremont no se rendirá hasta que nos tenga a los dos.

La culpa brilló en sus ojos. Ella asintió, pero no dijo nada más, un misterio que lo dejó en vilo, como lo había estado desde el principio.

Emmaline miró hacia su costado, jadeante.

—Tu herida está sangrando.

Sin sorprenderse, miró hacia abajo. La sangre manchaba la ropa que llevaba bajo el brazo. Apretó la palma de la mano contra la herida para detener el flujo. Una humedad pegajosa se filtró entre sus dedos.

—Has desgarrado las ataduras —dijo ella—. Habrá que rehacerlas.

—Sí.

Emmaline se levantó despacio y se volvió con el rostro pálido.

—Estamos bien sujetos y no resbalaremos. —Le aseguró Keylan al ver el temor en sus ojos.

Ella asintió, su mirada lejos de estar segura.

—Sujétate a mí con fuerza.

Una vez que él se hubo movido y agarrado a su hombro, ella rasgó el dobladillo de su vestido. Con su ayuda, lo envolvió con la tela, asegurándolo, pero él no pasó por alto la conciencia en sus ojos cuando lo tocó, o la maraña de necesidad tejida en su interior.

Apretó el último nudo.

—Ten cuidado al subir.

Él le sostuvo la mirada durante varios segundos, su anterior conversación íntima lo atormentaba con una calidez inquietante.

—Esto servirá, por el momento. —Se encogió de hombros ante la extraña emoción que sentía y se centró en su herida. Una vez que hubieran llegado a la seguridad de la cueva, se la curaría mejor.. Un corte abierto era menor comparado con el peligro que corría si los hombres de Tremont los descubrían.

El tiempo transcurría con una lentitud que embrutecía el alma. Su herida palpitaba como si lo hubieran golpeado con una maza, pero se concentró en la calidez del cuerpo de Emmaline pegado al suyo, la forma en la que ella se acomodaba contra él como si le hubiera dado toda su

confianza.

Su cuerpo temblaba.

—Tranquila, muchacha.

Lanzó una mirada preocupada hacia arriba.

—Debemos volver a la cueva.

Él oyó el miedo en su voz, y comprendió su preocupación por la posible caída hacia las cataratas de abajo y por los hombres que recorrían la zona por encima.

—Esperaremos unos momentos más. —Ella asintió, pero permaneció en silencio.

En contra de su sentido común, su admiración por ella creció. Muchas muchachas mimadas estarían gritando como un semental castrado.

Una oleada de fatiga lo inundó. Keylan luchó para superarla y miró hacia abajo. El agua golpeaba bajo sus pies, su rocío ascendente parecía una bruma resplandeciente. La luz del sol se filtraba a través de las gotitas de agua como polvo de hadas. Hizo una mueca. Sin duda, su mente le estaba abandonando.

¡Basta ya!

Se puso de rodillas y ayudó a Emmaline a girar, la inclinada pendiente de hierba y zarzas presentaba su propio desafío.

—Arriba, muchacha. —Metió el pie en el barro blando, ignoró el dolor y empujó.

El pie de Emmaline resbaló a su lado.

—No encuentro agarre.

—Agárrate a la hierba. Tira hacia arriba.

Ella le lanzó una mirada preocupada.

—Significará soltarte.

Él asintió.

—Estaré justo detrás de ti. No te dejaré caer.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—No soy yo quien me preocupa.

—No necesito la preocupación de una muchacha que ha vivido entre algodones. —La irritación brilló en sus ojos como él había esperado. Ella hizo ademán de hablar, pero él le dio un empujón—. Adelante.

—Qué testarudo eres.

Él gruñó.

—Dudo que pueda competir contigo.

Ella murmuró algo ininteligible. Con el destello de ira que brillaba en sus ojos, sospechó que la respuesta no sería halagadora. Una punzada de remordimiento lo atravesó. Hizo una

mueca. Ciertamente era un día triste cuando su mente flaqueaba por una mujer cuya vida se hilaba en secretos. Sus pensamientos deberían estar centrados en la seguridad de sus hermanos y la libertad de su país.

—Muévete —ordenó.

Con el ceño fruncido de desaprobación, Emmaline agarró una paja de hierba larga que había sobre ella. Metió el pie en la tierra blanda mientras tiraba. Su brazo temblaba. Con la mano derecha, Keylan apretó la palma contra el hombro de ella y empujó.

Ella se movió un centímetro.

—Otra vez —le ordenó.

Esta vez, mientras ella tiraba de sí misma, él se apoyó contra el peñasco, le rodeó la cintura con ambas manos y la levantó.

Emmaline cogió otro trozo de hierba más cerca de la cima.

—Ya casi has llegado —le instó.

Ella cogió otro puñado de hierba y tiró hacia arriba. Centímetro a centímetro, tiró hasta que por fin desapareció en la marea verde que bordeaba el acantilado.

Las briznas de hierba se movieron. La cabeza de Emmaline reapareció, con el rostro enrojecido por el esfuerzo.

—Ahora tú.

Apretó los dientes, levantó la mano y tiró. El dolor le desgarró el costado, la herida le palpitaba como si le hubieran tirado sal encima. El sudor brotó de su frente mientras alzaba la mano y se agarraba a un arbusto cercano. Le temblaban los dedos, le temblaba el cuerpo, pero se esforzó más.

Y se desplomó.

Cojeando, jadeó mientras yacía boca abajo contra la hierba mojada por el agua. Miró a su espalda y exhaló un profundo suspiro. Había llegado solo a un palmo de distancia.

—¿Puedes lograrlo?

El miedo en su voz le hizo levantar la vista.

—Sí. —Había sufrido heridas mucho peores que las que tenía ahora. Apretando los dientes, Keylan retorció las largas hojas dentro de su palma. Esta vez, encajó su bota contra el peñasco mientras se levantaba con dificultad. Aunque su brazo gritaba de agonía y su cuerpo se rebelaba, empujó con más fuerza.

La negrura amenazaba. El barro y la hierba lo azotaban mientras se deslizaba hacia atrás.

—¡Keylan! —La voz de Emmaline resonó desde muy lejos en su mente.

El borde de una piedra se clavó en su hombro herido. Volvió en sí de un tirón, se agarró a la base de una zarza anudada y miró hacia abajo. Sus botas colgaban de la cornisa.

El barro se aplastó cuando Emmaline se deslizó por el declive hacia él. Ella enlazó una mano entre las suyas, agarró el peñasco con la otra y se sujetó con fuerza.

—Creí que te había perdido.

Oyó el miedo en su voz, también la desesperación. La cabeza le zumbaba.

El dolor asaltó su cuerpo.

—Te dije que te quedaras atrás.

—Y yo te dije que no salieras de la cueva. Parece que los dos tenemos problemas para escuchar órdenes. —Miró por encima de ellos, hizo una mueca—. Tenemos que levantarte.

En su estado debilitado, dudaba que llegara pronto a la cima.

—Vuelve a la cueva. Te seguiré en cuanto pueda.

—No iré sin ti.

Por su expresión decidida, no iba a ceder. Bien entonces.

—Donde encontraste las provisiones anteriores en la cueva, hay una cuerda de cáñamo. Cógela.

Ella asintió.

—No te muevas.

—Como si tuviera otra opción —soltó, con voz dolida.

Emmaline le lanzó una mirada de advertencia, se dio la vuelta y, con la ayuda de Keylan, se puso en marcha hacia la cueva.

—Cuando vuelvas —dijo Keylan—, no bajes.

La frustración se apoderó de Emmaline cuando miró hacia atrás.

—Uno podría creer que has aprendido que no cumplo bien las órdenes, especialmente las tuyas.

Sus ojos verdes se entrecerraron.

Ella lo ignoró. La ira la alimentaba mientras subía por la empinada ladera, su cuerpo aún temblaba al recordar cómo él se había deslizado hacia atrás, cómo perdía el conocimiento al caer. Hasta que había chocado contra la roca, se había despertado y se había agarrado al arbusto, ella había pensado que iba a caer.

Habría muerto.

Maldita sea, había estado cerca. Tragó saliva, su corazón aún latía con fuerza al pensarlo. Hasta ese momento, aunque se sentía atraída por él y consciente de que lo echaría de menos una vez que se separasen, se había convencido a sí misma de que sería capaz de borrar a Keylan de su mente.

Ahora se daba cuenta de que había mentido. Una vez que llegaran a las Tierras Altas y él partiera, su corazón nunca volvería a ser el mismo. No es que ella lo amara. Sus sentimientos por Keylan eran profundos por el hombre que era, por su coraje y su determinación para proteger a los que le importaban. Cualquier mujer sentiría lo mismo si llegara a conocerlo.

Ella nunca permitiría que surgiera nada serio entre ellos. Se apartó varios mechones de

pelo de la cara. Además, él había dicho claramente que no quería ninguna mujer en su vida.

En lo alto de la orilla, miró a través de las briznas de hierba espesa en busca de alguna señal de los hombres de su hermano. A varios árboles de distancia, un cuervo se posaba en una rama baja. Por lo demás, el bosque permanecía vacío.

Con una última mirada hacia Keylan, se puso en pie y echó a correr. Su pulso se aceleró mientras serpenteaba entre los árboles, el calor del sol sobre su rostro estaba lejos de borrar el frío interior que sentía.

Por favor, Dios, que aguante.

Tras una breve, pero apresurada búsqueda en el interior de la caverna, encontró la cuerda de cáñamo. Una vez que hubo rastreado los alrededores y no encontró rastro alguno de caballeros, salió disparada hacia el acantilado.

Con el corazón en la garganta, Emmaline se asomó. Aún se aferraba al borde. Gracias a Dios.

—Keylan —lo llamó ella por encima del torrente de agua.

Él levantó la vista, con el dolor descarnado en el rostro.

—Enrolla la cuerda alrededor del tronco de un árbol cercano. Luego —hizo una pausa, inspirando profundamente—, lánzame el largo, pero guarda lo suficiente para aguantar tu parte.

—No puedes subir solo.

—Tardaré un poco más, pero puedo hacerlo. —Cerró los ojos, los volvió a abrir—. Cuando suba, tira de la cuerda sobrante que está enrollada alrededor del árbol hacia atrás, manteniendo el cabo tenso.

—Como si fuera a ser tan sencillo —murmuró.

—¿Qué has dicho?

Sacudió la cabeza y optó por ignorar su pregunta, luego miró a su alrededor y encontró un árbol adecuado.

Una vez que hubo asegurado la cuerda a su alrededor, tiró. Tras varias pausas para darle tiempo a descansar, finalmente, su mano apareció.

Emmaline suspiró de alivio.

—¡Mantén la cuerda tensa! El hombre no dejaba de sorprenderla y de darle órdenes.

—Si tienes energía para estar dándome órdenes, también puedes usarlas para moverte.

Gruñó.

El cáñamo se aflojó; Emmaline tiró para mantenerlo tenso.

—Ya casi has llegado.

Con un gruñido, Keylan se arrastró hacia delante, luego se desplomó contra el suelo, jadeando.

Se negó a dejar que se desmayara, pero tampoco tenía fuerzas para levantarlo.

—Debería haber sabido que un hombre que besa tan mundanamente como tú no tendría mucho aguante —soltó ella para provocarlo.

Unos penetrantes ojos verdes se abrieron de golpe. La abrasaron con un calor maravilloso. Los músculos se le agarrotaron, el dolor le tensó la cara, con los ojos clavados en los de ella, empujó.

El alivio la atravesó.

—Un poco más. —Empujó.

Su cabeza llegó hasta arriba, luego la parte superior de su torso. Se desplomó, con la parte inferior del cuerpo aún colgando sobre el borde de la empinada pendiente.

Emmaline avanzó a trompicones, deslizó el brazo por debajo de su hombro y medio lo arrastró lejos de la empinada pendiente.

—Pon tu brazo alrededor de mi hombro. Debemos llegar a la cueva antes de que regresen los caballeros.

Los músculos se estremecieron bajo sus manos mientras ella tiraba de él y, con pura determinación, se puso en pie.

Paso a paso, insoportablemente despacio, se encaminaron hacia el escondite. Ella maldijo su lentitud, la mancha de sangre de su herida indicaba el coste de sus esfuerzos.

Una vez a salvo dentro de la cueva, lo ayudó a apoyarse contra la pared.

—Espera. —Se apresuró a coger las mantas y las extendió cerca—. Túmbate ahí.

A través del dolor de su cara, hizo una mueca.

—Se te da bien dar órdenes.

—Como a ti —respondió ella mientras lo ayudaba a tumbarse, preocupada por su voz debilitada. Una vez que le hubo puesto lo más cómodo posible, se levantó—. Volveré en un momento.

—¿A dónde vas...?

—Voy a buscar las hierbas, con las que habría vuelto hace tiempo si no hubieras sido tan testarudo. —Se dio la vuelta, furiosa al encontrar lágrimas en sus ojos. Casi había muerto. A ella no debería importarle, debería culpar de su roce con la muerte a su orgullo indoblegable, pero en el poco tiempo transcurrido desde que había conocido a Keylan, él había llegado a significar para ella más de lo que era prudente. Sacudida por la constatación, escrutó el bosque y se alejó a toda prisa.



La rica estela del atardecer entró en la cueva, abrazando la cámara de piedra con su suave resplandor. Emmaline se movió para mantenerse de espaldas a la luz del sol mientras pasaba

suavemente el ungüento que había extraído de las hierbas sobre la herida de Keylan.

El músculo cosido ondulaba bajo su tacto, en desacuerdo con el profundo tajo de su costado izquierdo. Al menos la herida no se había infectado. Gracias a Dios.

Su mandíbula se tensó mientras ella alisaba con cuidado el gel sobre su tierna piel.

—Ya casi he terminado —comentó. Él permaneció callado.

Ella no había esperado una respuesta. Desde que había regresado de recuperar las hierbas, él había permanecido en silencio. Quería creer que su reserva era consecuencia de su dolor, pero intuyó que eso alimentaba más su decisión de no hablar.

Tampoco era desagradecido.

Se había movido en el suelo en respuesta a sus abruptas demandas. Si le hubiera mostrado tan solo una pizca de desprecio, le habría dejado que se aplicara la mezcla él mismo. No, algo más bullía en su mente.

Mientras aplicaba la siguiente hilera de ungüento, él se puso rígido. Ella levantó la vista. Se inquietó. Él la observaba, pero dentro del dolor que ensombrecía sus ojos verdes, también residía la conciencia.

El calor tembló por todo su cuerpo, hilado por ella necesidad que tenía de él, no como guerrero, sino como hombre. Un hombre prohibido al que deseaba con cada aliento.

Como si él percibiera sus pensamientos, sus oscuras cejas se entrecerraron con advertencia. La comprensión la inundó. Madre mía, él la deseaba.

Que ella pudiera afectar a este hombre tan complejo la emocionó, luego se volvió sombría. Keylan era peligroso, un rebelde escocés que la consideraba el enemigo. Tampoco él conocía su vínculo de sangre con Fenton. Arrodillarse aquí a solo un palmo de distancia, mirarlo fijamente, desearlo era como jugar con fuego. Una llamarada peligrosa que fácilmente podría dejar su vida marcada.

Inquieta, Emmaline rompió el contacto visual.

—Tengo que aplicarte el ungüento en los cortes del pecho.

En lugar de una respuesta, empezó a levantarse la túnica.

Ante el temblor de sus manos, ella lo ayudó a quitarse la prenda tan bien cosida. Unos músculos afilados, maltratados por las magulladuras y los cortes recientes, la saludaron.

Maldijo en silencio a su hermano, que Fenton ordenara torturar así a un hombre. Algún día su búsqueda de riqueza y poder lo llevarían a la perdición.

Keylan le hizo un gesto para que comenzara.

—Puedes hablar —dijo ella, con los nervios a flor de piel, el silencio aguijoneando su conciencia, como si estuviera demasiado cerca de un fuego.

Él sólo arqueó una ominosa ceja.

Frustrada, pasó los dedos por el sedoso ungüento que había sobre la roca aplastada y luego alisó con cuidado el resbaladizo gel sobre el primero de los muchos cortes. Intentó ignorar la

ondulación del músculo, el calor de su piel contra la de ella.

Y fracasó.

—Debemos quedarnos aquí al menos dos días —dijo para romper la tensión—, para que te cures.

—Descansaremos esta noche, no más.

—Después de toda la sangre que has perdido hoy, si intentas viajar mañana, podrías morir.

—Si permanezco aquí y no hago nada, el coste podría ser perder muchas vidas.

Si él hubiera dicho algo más, ella le habría discutido. Maldito sea, ¿por qué tenía que ser tan noble, anteponer a los demás a sí mismo? Porque era un líder, un guerrero al que los hombres admiraban. Y seguían.

Emmaline asintió.

—Mañana entonces. —Pero se aseguraría de que su viaje fuera lento. Como si fuera capaz de moverse más rápido que un lento paseo. Pero lo intentaría.

Le bajó suavemente la túnica después de haber cubierto los furiosos cortes, marcas que se curarían y se perderían entre las numerosas cicatrices que salpicaban su cuerpo. A diferencia de la que llevaba en el corazón por culpa de la mujer que lo había herido. Parecería que nunca se curaría de esa.

—Descansa. —Emmaline se levantó y caminó hacia la abertura. Se apoyó en la piedra desgastada por el tiempo y observó el torrente de agua que se derramaba sobre el saliente al que Keylan se había aferrado hacía poco tiempo. Un temblor recorrió su cuerpo. Luego otro.

—¿Emmaline?

Ante el suave rumor de su voz, se sosegó. Agotada, no quería discutir más con él.

—Duérmete.

—Acuéstate conmigo.

Ante su delirante orden, su corazón se tambaleó. No buscaba más que el calor de otro cuerpo. No, se mintió a sí misma. Cuando él la había observado antes, ella había reconocido la cruda necesidad que ardía en sus ojos. Si ella lo elegía, él le daría a su cuerpo todos sus sueños.

Un calor la recorrió al imaginar sus dedos rozando su carne, tocándola, saboreando cada uno de sus escalofríos.

—Necesitas descansar.

—Mírame. —Indecisa, se volvió. Se quedó inmóvil.

El deseo, caliente e intenso, seguía oscureciendo su mirada. Madre mía, ¿cómo podría una mujer rechazarlo? Sin embargo, con los secretos que ella albergaba, ¿cómo podría aceptar la tentación que él le ofrecía?

Levantó la mano.

Se le secó la garganta.

—Yo...

—También necesito descansar —dijo él en el silencio cada vez más espeso.

La angustia, el alivio y la decepción la invadieron en rápida sucesión. Perdida en sus propios deseos, había malinterpretado su intención.

Demasiado consciente de este rebelde escocés, un guerrero que representaba todo lo que siempre había deseado en un hombre, acortó la distancia que los separaba. Con el cuerpo dolorido por la necesidad, se tumbó a su lado.

Él la atrajo contra sí.

—No deberías moverte —le advirtió, deseando nada más que él la abrazara.

Mentira.

Ella deseaba mucho más.

—Duérmete —retumbó su voz profunda.

Ella cerró los ojos, pero con él pegado a su cuerpo, con sus suaves respiraciones acariciándole el cuello, dudaba que encontrara el sueño esta noche.

Keylan se removió en el jergón y el dolor le desgarró el cuerpo. Con una mueca, se sacudió la niebla del sueño y observó su entorno.

A través de la desgastada abertura de piedra, le saludaban astillas del alba. El rumor del agua resonaba desde abajo. Una brisa suave y fresca, impregnada de bruma y tierra, llenó sus sentidos.

La cueva.

En sus sueños, había dormido en su propia cama, el fuego del hogar rugiendo caliente a sus pies.

Pero no solo.

Un suave gemido captó su atención. Miró a su lado. Emmaline yacía acurrucada contra él, la suave curva de su pecho a escasos centímetros de sus dedos, la turgencia tentándole a tocarla.

La frágil luz del amanecer esculpía suaves sombras sobre su rostro de huesos finos, acentuaba la exuberante extensión de sus pestañas y sus labios carnosos.

Su cuerpo se endureció. Con una maldición murmurada para sí mismo, cerró los ojos y se obligó a calmarse. Pero con cada respiración, inhalaba su tentador aroma.

—¿Keylan? —Su gutural y áspero murmullo matutino le hizo bajar la mirada. Un error.

La inocencia de su expresión le robó cada pensamiento, su capacidad de resistirse a lo que más deseaba.

Con un gemido, se inclinó y le tapó la boca con sus labios. La suavidad aterciopelada de estos le hizo profundizar el beso, caer en las sensaciones que ella le hacía sentir. Como dentro de la celda, se perdió en su sabor, el de la mujer y la necesidad que sentía, su respuesta apasionada alimentando la suya.

Emmaline se movió contra él, sus ojos observándolo con deseo.

Su cuerpo exigía su necesidad, Keylan la hizo girar, esperando que ella le dijera que parara, que jugara a ser una doncella. En lugar de eso, sus ojos brillaron de anhelo mientras la observaba, y luego se tornaron más oscuros, peligrosos y desesperados.

Unos dedos delgados le tocaron el pecho, rozándolo hasta detenerse a una mano de distancia de donde se había endurecido hasta una longitud dolorosa.

—Tómame.

Y su buena intención se fracturó.

Por pura voluntad, aguantó, esperó, dándole la oportunidad de retirar la oferta, de negarle lo que había deseado desde que la había conocido. El torrente de agua de las cataratas se agitaba dentro del potente silencio.

Ella había perdido su oportunidad.

De un golpe certero, le arrancó el vestido, la desnudó ante él para que la viera. Dios mío, ella era todo lo que él había imaginado y más. Desde la plenitud de sus labios hasta la esbelta curva de su cuello, que atrajo sus ojos hasta sus pechos llenos.

Su cuerpo rugió con un doloroso dolor. Tenía que tocarla. A pesar de las heridas, tenía que tenerla. Extendió la mano y la deslizó por el suave satén de su garganta. El gemido de ella hizo que él bajara para acariciar sus suaves curvas, inclinándose hacia delante para saborearla.

—Keylan. —Ella se arqueó contra él, su cuerpo temblando—. ¡Keylan, despierta!

Ante la abrasiva urgencia de su voz, él hizo una pausa. Los posos del sueño se despejaron. Abrió los ojos.

Emmaline lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, pero oscuros también por el deseo.

Keylan miró hacia donde su mano ahuecaba su pecho. Dios mío, ¡haber hecho el amor con ella había sido un sueño!

Capítulo 6

-¡S uéltame! —Emmaline tiró de su vestido para cubrirse, sus pechos aún hormigueaban por el contacto de Keylan.

Él parpadeó confundido, se apartó y la miró con incredulidad.

—Dios mío, lo siento.

Ella se revolvió hacia atrás, demasiado consciente de él, avergonzada, deseando volver a tumbarse bajo él.

—¿Lo sientes?

Él exhaló un profundo suspiro, sacudió la cabeza.

—Fue un sueño.

Apretando el vestido contra su pecho, se levantó.

—Me pareció muy real.

—Ya te he dicho que lo siento —dijo, aclarándose el aturdimiento de su voz. —Nunca te tocaría sin que tú lo quisieras.

Y ella le creyó.

El aire palpitaba espeso entre ellos, una fuerza que una simple palabra transformaría en deseo.

Ella se estremeció, avergonzada de que, después de lo impropio de su tacto, quisiera volver a sentir sus manos sobre ella. Temblorosa, miró hacia donde el sol se asomaba por encima del horizonte.

—Debemos irnos.

La frialdad de sus palabras la hizo mirarle de frente, observando su piel pálida y sus ojos aún ribeteados por la fiebre.

—Necesitas descansar al menos otro día. —Hizo una pausa—. Varios sería lo mejor.

Con esfuerzo, él se puso en pie.

—Keylan.

—Nos vamos —dijo él, su tono uniforme, pero sus ojos ardiendo con un deseo que contenía una advertencia.

Sacudida por su necesidad de respuesta, asintió. Permanecer aquí, deseándolo tanto, podría conducir a un riesgo mayor.

Keylan aspiró hondo, apartó a un lado otra rama y avanzó a través de la densa maraña de

árboles con Emmaline a su lado. La cabeza le daba vueltas, los músculos le chirriaban y el tajo en el costado le dolía como un aguijón. Dolor que se merecía después de despertarse con la mano en el pecho de Emmaline.

Ella había confiado en él para que la mantuviera a salvo, un juramento que le había hecho. Sin embargo, él la había tocado como si fuera una libertina, lejos de lo que dictaba una dama de su inocencia. Cuando la había soltado esta mañana, ella se había echado hacia atrás, temblorosa, y lo había mirado con desconfianza.

Desconfianza que él se merecía.

Aunque ella había insistido en que permanecieran en la seguridad de la cueva un día más para que pudiera curarse bien, él se había negado. No podía soportar otra noche con su cuerpo de seda envuelto entre sus brazos, su aroma burlándose de él e inspirando todas sus fantasías.

Desde su partida, ella había permanecido en silencio. ¿Había esperado que su disposición mejorara después de sus improperios?

Aunque ella no lo admitiría, él había visto su deseo, que no ayudaba en nada. Que fuera virgen lo condenaba más. Era un guerrero, un hombre que siempre tenía el control absoluto de sus pensamientos, de cada uno de sus movimientos.

Excepto, al parecer, con ella.

Incluso mientras se condenaba a sí mismo, su cuerpo seguía palpitando de deseo no consumado. Nunca una mujer le había obsesionado tanto, y mucho menos una muchacha envuelta en secretos. Los retazos que había aprendido sobre ella desde que le había ayudado a escapar del castillo de Breac no disminuían su misterio.

El terreno se curvaba hacia arriba, el sol de la tarde se derramaba sobre la tierra. Su cuerpo protestó mientras seguía adelante. Al menos, con el descanso nocturno, su herida había dejado de sangrar. La fuerte atadura que había asegurado alrededor de su costado impediría que volviera a abrirse.

¿Qué lazos la sujetaban al castillo de Breac? Y lo que era más importante, ¿a quién pretendía evadir, al vizconde o a otro poderoso señor? ¿Y por qué habría arriesgado su vida para colarse en la mazmorra y liberar al prisionero más valioso del vizconde? Una pregunta que volvió a dirigir sus sospechas hacia el propio vizconde.

Él había intuido su inocencia. Cuando la había besado, su pasión era todo lo que un hombre sueña, pero su vacilación era reveladora. A menos que...

La ira estalló en su pecho. Keylan le dirigió una mirada a la impresionante muchacha que caminaba a su lado. ¿Era ella la pretendida de Tremont, su virginidad preservada para su noche de bodas? Eso explicaría su inocencia, su negación de que fuera su amante, la razón por la que residiría en el castillo de Breac y por la que conocería a fondo los pasadizos secretos. Como futura esposa, Tremont habría revelado las vías de escape secretas en caso de peligro.

En cuanto a su antipatía por el vizconde, ¿quizás su tutor fuera el responsable de que se encontrara en manos del vizconde? Tenía sentido. Su tutor podría haber arreglado fácilmente su matrimonio con el vizconde por un vínculo político, incluso contra su deseo. Una unión forzada, más aún con un hombre brutal como Tremont, le habría dado un motivo sólido para atreverse a

liberar de su celda al prisionero más valioso del vizconde.

La furia rugió en Keylan al pensar en las manos del bastardo sobre ella, su piel de seda estropeada por su codicia carnal. Tembloroso, Keylan luchó por mantener la calma, aturdido por la profundidad de su emoción. No había ocurrido nada. Emmaline le había liberado, habían escapado, y el vizconde se revolcaba en la ira de un lecho matrimonial vacío.

Oteó el bosque que tenía delante, espeso de sombras y follaje que podría ocultar fácilmente una emboscada de los hombres de Tremont. Puesto que no había llegado para reunirse con Neilan y Keir en el lugar predeterminado sino a una legua de distancia, a estas alturas sus hermanos estarían buscándolo. Tenía que interceptarlos antes de que lo hicieran los hombres de Tremont.

—Hay un arroyo a nuestra izquierda. —Emmaline señaló a través de los pinos hacia donde resonaba el gorgoteo del agua—. Necesito rellenar mi bolsa de agua.

Una idea sabia, pero por la mirada preocupada de ella, sospechó que su motivo tenía más que ver con proporcionarle tiempo para descansar, lo que lo hacía sentir humillado.

Asintió.

—Nos detendremos.

Las agujas de pino desgastadas silenciaban sus pasos mientras avanzaban, su rica fragancia se combinaba con la de la tierra húmeda y la primavera. Por delante, el agua caía en un suave torrente. Una capa de fino hielo yacía contra la orilla, dando paso al suave fluir del arroyo.

En la orilla musgosa, Emmaline se arrodilló.

Keylan se unió a ella. El agua corría entre rocas suavizadas por el tiempo y resbaladizas con un velo de musgo mientras sumergían sus bolsas de agua en un profundo charco cerca del borde.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Keylan.

Ella arqueó una delicada ceja, observando el brillo del sudor que cubría su frente.

—Una pregunta que debería hacerte yo.

Levantó la bolsa de agua, aseguró la tapa y la dejó en el suelo. Inclinandose hacia delante, bebió un largo trago, el fresco flujo refrescante contra su garganta. Keylan se echó agua en la cara y se recostó. Se volvió hacia Emmaline y la encontró observándolo.

La culpabilidad lo atenazó.

—Lo que hice esta mañana estuvo mal.

Un rubor recorrió el ángulo de sus mejillas.

—Lo estuvo —convino ella—, pero me explicaste que era un sueño.

—No me disculpé.

Ella se encogió de hombros.

—No hacía más que constatar un hecho.

Así era. Aun así, que ella se tomara su impropio con tanta calma mientras él se flajelaba

con el tema lo dejó a la defensiva.

—¿Siempre discutes así?

La sorpresa apareció en su rostro.

—¿Discutir? Solo estamos hablando.

Lo estaban, pero su vergüenza exigía su indignación. La frustración le roía.

—En todo el tiempo que hemos pasado juntos, independientemente de mis palabras, no me temes.

—¿Quieres que te tema?

¿Se había vuelto loca? Exhaló.

—Solo un tonto no lo haría. Estás en compañía de un rebelde desesperado.

—No me harás daño.

—Pareces segura. Una aceptación peligrosa hacia un hombre que apenas conoces.

Emmaline aseguró la tapa de su bolsa de agua y se puso en pie.

—Y un hombre que apenas puede mantenerse en pie por sus heridas.

Se puso en pie. El bosque giró a su alrededor, luego se despejó.

—¿Quién eres que no me temes?

Lo miró fijamente. Suspiró.

—La mujer que nos ha dado a ambos una oportunidad en la vida.

Un grito resonó cerca de la cima de la colina.

¡Los hombres de Tremont! Keylan la cogió de la mano, la arrastró con él y salió disparado hacia las zarzas cercanas, con el cuerpo tembloroso por el esfuerzo.

—Aquí abajo. —En el borde exterior, se dejó caer, arrastrándola con él.

Emmaline se escurrió contra él bajo las ramas llenas de hojas.

Un destello de un jinete cerca de la cima de la colina apareció a la vista, luego otro. Aquella colina había sido su destino. Menos mal que habían hecho una pausa para rellenar sus bolsas de agua.

Varios hombres más pasaron a caballo y luego desaparecieron entre los árboles. El rumor de los cascos se desvaneció lentamente.

Emmaline se volvió hacia él, con el rostro pálido.

—Volverán.

—Sí, pero cuando lo hagan, nosotros ya nos habremos ido.

La preocupación se agolpó en su rostro.

—¿Cuántos días faltan para que lleguemos a las Tierras Altas?

—No estoy seguro. —Porque su viaje hacia el norte llegaría más tarde, un hecho que ella

aprendería una vez que él llegara a su castillo. Se negó a arriesgarse a que ella intentara huir diciéndoselo en ese momento. No es que creyera que ella desearía regresar a Tremont, pero hasta que supiera más sobre ella, la mantendría a la vista.

—Ven. —Empezó a retroceder.

El chasquido de un palo al oeste le hizo volver corriendo bajo el arbusto, arrastrando a Emmaline con él.

—No he oído ningún caballo —susurró ella.

—Yo tampoco —asintió mientras recorría el bosque en busca de hombres ocultos—. Puede que los hombres del vizconde se hayan dividido en dos partidas de búsqueda.

—Eso parece. —Rezó para que se equivocara, pero ninguna otra explicación encajaba.

Tras un largo momento, el suave resoplido de un caballo delató a quienquiera que se ocultara en la distancia.

—Sean quienes sean, tienen caballos —susurró Keylan.

Emmaline frunció el ceño.

—Si son hombres de Lord Tremont, ¿por qué se esconderían?

—Sí —convino Keylan. —Una pregunta que yo también me hago—. Otro palo restalló desde detrás de la distante mata de árboles.

—Por cómo actúan —dijo Keylan—, parece que se esconden de los hombres de Tremont.

—¿Son rebeldes?

—No estoy seguro. Sean quienes sean, esperaremos aquí hasta que se hayan marchado.

Los arbustos crujieron, esta vez más cerca. La rama de un grueso abeto se movió. Apareció un bayo, liderado por un fiero guerrero de pelo oscuro, seguido por un caballero de pelo rubio que conducía un corcel negro como el carbón.

—Dios mío —siseó Keylan.

La preocupación desgarró a Emmaline.

—¿Qué ocurre?

En lugar de responder, Keylan salió rodando de debajo del arbusto y se puso en pie.

Su cuerpo se balanceó.

¡El imbécil!

—¿Qué estás haciendo? —siseó Emmaline mientras se escabullía tras él—. ¡Te verán!

Él avanzó.

¡Madre mía! Corrió y lo cogió del brazo, intentando pararlo.

—Vuelve. Te verán.

En lugar de eso, se soltó el brazo de un tirón y avanzó a trompicones hacia los hombres.

El hombre feroz que había montado en la bahía se volvió. El pelo negro le caía alrededor

de un rostro templado por la determinación. La cicatriz que surcaba su mejilla izquierda aumentaba su expresión amenazadora.

Se lanzó hacia Keylan.

Con la misma rapidez, el segundo hombre giró, con el pelo rubio sujeto tras la nuca, que enmarcaba el rostro de un dios.

Keylan se detuvo.

—¡Neilan, Keir!

Con el corazón palpitante, se detuvo a su lado.

—¿Conoces a esos hombres?

Con pasos inseguros, siguió adelante.

—Sí, son... mis hermanos.

El alivio la invadió y, tras él, el miedo. De un hombre podía escapar si surgía la necesidad, ¿pero de tres? ¿Qué debía hacer? Si intentaba escabullirse ahora, seguramente los hombres la perseguirían.

Mientras seguía avanzando, Keylan comenzó a temblar y tropezó.

El muy idiota. Corrió y le pasó el brazo izquierdo por encima del hombro, soportando parte de su peso.

—No necesito tu ayuda —dijo con los dientes apretados.

Emmaline aguantó, intuyendo que su petición provenía de que no quería parecer débil ante sus hermanos.

Antes de que pudiera decir más, unos suaves cascos resonaron en el aire fresco cuando los dos hombres se dirigieron hacia ellos al galope. El hombre más corpulento, con el pelo tan negro como el de Keylan, se detuvo, y la amenaza grabada en su rostro se transformó en alivio.

El guerrero de pelo rubio y una profunda hendidura en la barbilla se acercó a su lado.

El hombre de pelo negro saltó al suelo y cogió a Keylan por los hombros. Lo estudió en un rápido barrido.

—¡Dios! ¿Quién te ha golpeado? —Los ojos cobalto se clavaron en Emmaline, oscurecidos—. ¿Qué le ha pasado?

El dios de pelo rubio saltó al suelo, agarró el hombro de Emmaline antes de que pudiera retroceder. Unos feroces ojos verdes la atravesaron.

—¡Dínoslo!

—La muchacha me ayudó a escapar —carraspeó Keylan.

—¿Escapar? —Al instante, el agarre del hombre de pelo rubio sobre ella se aflojó. El hombre de pelo negro parecía lejos de estar convencido—. ¿De dónde?

—Yo...

Keylan empezó a balancearse.

—Necesita sentarse —interrumpió Emmaline, lanzando a ambos hermanos una fría mirada—. Por si no os habéis dado cuenta, está a punto de caerse.

El moreno le sostuvo la mirada un momento más y luego asintió.

—Keir, cógelo del otro hombro. —Él y el otro hermano ayudaron a Keylan a avanzar hacia la espesura de árboles donde se habían escondido poco antes.

Escondido entre el nicho de hojas, el hombre de pelo rubio se volvió hacia su hermano.

—Voy a recuperar los caballos. —Se apresuró a través de los árboles hacia donde habían dejado sus monturas.

—El gruñón se llama Neilan —forzó Keylan.

—Gruñón —resopló el hermano de pelo oscuro mientras ayudaba a Keylan a acomodarse contra un tocón cubierto de musgo—. No podría sostener una espada contra ti. —Su mirada se desvió hacia Emmaline, se puso seria—. Salvaste a mi hermano. Por eso estoy en deuda contigo.

El guerrero rubio condujo a los caballos hacia las espesas ramas cubiertas de hojas que los protegerían de la vista de cualquiera.

—¿Cómo está?

Keylan hizo una mueca de dolor mientras se cambiaba a una postura más cómoda.

—No estoy muerto. Y soy capaz de hablar por mí mismo.

El alivio barrió el rostro de Keir y los hoyuelos se hicieron más profundos en sus mejillas.

—Sí —replicó con un brillo en los ojos—, parece que vivirás. Los ariscos siempre lo hacen.

Las emociones inundaron a Emmaline ante el evidente afecto que se profesaban los hermanos, su vínculo familiar era fuerte. Un vínculo que, hasta la muerte de su padre, ella también creía haber mantenido con Fenton. Un vínculo que su hermano había manipulado hasta hacerse con el control total de su herencia.

Cansada, hastiada del engaño que rodeaba su vida, se centró en Keylan, un hombre al que había llegado a admirar.

—Necesitas descansar.

Un sombrío agradecimiento ensombreció el rostro de Keylan.

—Keir, te presento a Lady Emmaline.

Una inquisitiva ceja rubia se arqueó con interés. Keir tomó su mano, se inclinó y besó sus nudillos.

—Mi señora, el placer es mío.

Su buen aspecto griego y su gracia le aseguraron que muchas mujeres habían caído rendidas ante él por su fácil encanto. Parecía un hombre accesible, un rasgo que no compartía su hermano mayor. Miró hacia Keylan. El interés brilló en los ojos de Lord Grampton mientras observaba la interacción con su hermano. Irritada por su valoración, y por el hecho de que la afectara tanto cuando la presencia magnética y los modales suaves de Keir no habían hecho nada,

retiró la mano.

—Lord Grampton está gravemente herido —dijo, su tono era frío—, aunque él afirmaría lo contrario.

Los hermanos de Keylan se centraron inmediatamente en él.

—Tiene un corte profundo en el costado izquierdo —continuó Emmaline—, y magulladuras por todo el cuerpo.

—¿Qué bastardo te hizo esto? —espetó Neilan.

Emmaline se estremeció ante la furia palpitante. Fenton merecía su ira y mucho más.

—Lord Tremont —respondió Keylan.

Los ojos de Keir se entrecerraron hasta convertirse en hielo.

—Atravesaré su maldito corazón.

—No antes de que le trinche el culo —afirmó Neilan. Asintió hacia Keylan—. Cuéntanoslo todo.

Con horripilante detalle, Emmaline asimiló el relato de Keylan sobre la traición de su amigo Liam, de ser testigo de la matanza de sus hombres y de la tortura que le sirvió su hermano. Asqueada, se dio la vuelta, se apoyó en un olmo cercano y cerró los ojos. Parecía que cuando se trataba de asegurarse de que Fenton se ganaba los elogios del rey Eduardo, su hermano no escatimaba en nada.

Ella comprendía el atractivo del poder, de desear posesiones, lo que hacía que muchos hombres tomaran malas decisiones. Pero herir a otros, torturar a un hombre hasta que su cuerpo se rompiera o muriera por la crueldad, eso ella nunca lo entendería.

Una mano suave le tocó el hombro. Se volvió para encontrar a Keir de pie, con los ojos preocupados, pero como su hermano mayor, vigilante.

—Lo siento —dijo—. Una dama no debería haber oído algo así.

—Proteger mis oídos de verdades brutales no cambia nada. Keylan sufrió mucho de un noble que no ve a tu hermano más que como un trofeo que otorgar al rey Eduardo para ganarse sus alabanzas. —Ante su expresión de sorpresa, Emmaline se tensó. Estaba revelando demasiado. Lo último que necesitaba era exponer su detallado conocimiento sobre Fenton—. Perdóname, estoy disgustada por la brutalidad servida a tu hermano.

—No te disculpes. Demasiado a menudo la guerra proporciona una abundancia de pena y dolor. Incluso a los que salen victoriosos. —Keir le apretó la mano y luego la soltó—. Es más raro encontrar a aquellos atrapados en la refriega que eligen no solo preocuparse, sino arriesgarse para corregir un error.

—Yo solo libero a un hombre. No des valor a mis acciones. Es lo que la mayoría haría.

—No, la mayoría no se atrevería a actuar contra los deseos de su señor y liberar a un prisionero valioso.

La culpa la carcomía. Como Keylan, Keir parecía un hombre apasionado, un hombre guiado por su moral y agudo de ingenio.

—Estoy cansada de la matanza, de la muerte sin sentido. —Sacudió la cabeza—. Desearía que la lucha hubiera terminado.

—Yo también —coincidió Keir—. Pero hasta que echemos a *Longshanks* de nuestro suelo, continuaremos nuestra lucha para asegurar la libertad de Escocia, con nuestra última gota de sangre si es necesario.

Longshanks: el nombre dado al rey Eduardo por su extraordinaria estatura.

—Venceréis.

Un orgullo feroz chispeó en los ojos de Keir.

—Sí, lo haremos.

De eso no tenía ninguna duda. Después de conocer a Keylan y a sus hermanos, hombres que luchaban por el pueblo al que amaban con toda su alma, la llenó la confianza. Vencerían la tiranía del rey inglés y recuperarían su país. A diferencia del rey Eduardo y otros como Fenton, hombres movidos por la codicia, los hermanos luchaban por amor.

—Keir —llamó Neilan.

—Un momento —contestó este sin volverse hacia su hermano, sus ojos verdes demasiado vigilantes, viendo más de lo que a ella le gustaría.

—Ve a atender a tu hermano —dijo Emmaline—. Estoy bien.

Dudó.

—¿Estás segura?

Ella asintió. Estaba bien, pero no de la forma en la que ella había creído una vez. El tiempo curaría sus heridas mientras se forjaba una nueva vida en las Tierras Altas, pero el vínculo de familia que una vez había tenido, de confianza en los que amaba, se había perdido para siempre.



Cielos despejados enmarcaban un vívido despliegue de estrellas acunadas sobre las copas de los árboles, la luna llena exponía el bosque bajo su luz plateada. Una suave brisa espesa con el aroma de la tierra y la noche susurraba a través de las hojas en lo alto de los árboles. Keylan contempló la extensión celestial unos segundos más, luego se movió, con cuidado de no presionar su herida.

—¿Estás despierto? —preguntó Neilan, con voz grave.

—Sí. —Keylan miró hacia Emmaline, frente a él. Envuelta en una manta proporcionada por sus hermanos, con la cabeza acolchada sobre un lecho de hojas, yacía dormida, con el rostro acariciado por la luz de la luna. Se detuvo en la curva de su boca, en la suave respiración que se deslizaba de entre sus labios, haciendo mover mechón de pelo. Un dolor lo recorrió. Echaba de menos tenerla acurrucada contra él, la sensación de alivio al tenerla a su lado.

—Es una belleza —aseguró Neilan.

Sobresaltado al ser sorprendido mirándola fijamente, se volvió hacia su hermano mediano y se encontró con que Neilan lo estaba evaluando.

—Lo es —respondió, sus palabras cautelosas.

Keir se acercó y se sentó junto a Neilan para completar el pequeño círculo, sus musculosos brazos cerrando el paso a Emmaline.

Sentado de espaldas a un tocón, Neilan arrastró la punta de un palo alrededor de una raíz saliente.

—Te preocupas mucho por la muchacha.

Keylan se incorporó.

—Ella me salvó la vida.

Neilan le miró, con expresión escéptica.

—¿Solo eso?

—Tú más que nadie deberías saber de mi intención de no volver a involucrarme seriamente con una mujer —afirmó Keylan—. Cuando decida casarme, mi decisión nacerá del deber, nada más.

—¿He dicho yo que te hayas involucrado con la muchacha? —preguntó Neilan, pero Keylan no escuchó la pregunta de su hermano. Después de lo mal que lo había pasado, su familia evitó el tema de Iuliana. Había sido un error tonto durante su juventud, una aventura iniciada contra el consejo de su padre. Había aprendido por las malas. Al final, la atención de Iuliana hacia él no era más que su vulgar intento de poner celoso a su marido.

No, después de la devastación que había experimentado al enterarse de su engaño, nunca más permitiría que una mujer entrara en su corazón.

Keylan estudió a Emmaline, irritado por el tirón desconocido de la necesidad.

—¿Cómo podría mostrarme interesado por la muchacha? Aparte de su nombre, sé poco de ella. —Miró a un hermano, luego al otro—. Antes de que me liberara del calabozo, me vi obligado a acceder a su petición de escoltarla a las Tierras Altas, sin hacer preguntas.

Neilan exhaló un áspero suspiro.

—Su negativa a exponer sus razones huele mal.

—Sí —convino Keylan—, pero ante la opción de la muerte, su oferta era una que no podía rechazar.

El silencio se interpuso entre ellos, serenado por los grillos y el rumor del viento alimentado por el manantial.

Keir apoyó el tacón de su bota en la tierra y levantó la vista.

—Lo que no puedo entender es cómo la muchacha se coló en la mazmorra sin ser vista.

—Utilizó un pasadizo secreto —explicó Keylan.

—¿Un pasadizo secreto? —Neilan frunció el ceño y arrojó el palo hacia la oscuridad—. Creía que solo unos pocos nobles de confianza y cercanos a Lord Tremont conocerían el laberinto de túneles que esconde el castillo de Breac.

—Yo también lo creía —replicó Keylan—. Pero nada más tiene sentido.

—¿Cuál es su relación con Lord Tremont? —preguntó Keir.

En pocas palabras, Keylan les explicó sus sospechas sobre que era la prometida de Lord Tremont.

Neilan murmuró una suave maldición.

—Algo está muy mal cuando una noble traiciona la confianza de su prometido para liberar al prisionero que él más valora.

—Lo es —convino Keylan—, pero como he dicho, puede que la hayan obligado a contraer matrimonio.

Neilan gruñó.

—Puede que tú no quieras cuestionar a la muchacha, pero yo no voy a hacer lo mismo.

—Yo tampoco —añadió Keir.

—La pregunta es, ¿se posicionó ella contra Tremont a causa de la ira? ¿O mi liberación no es más que un ardid ideado por Tremont para infiltrarse entre los rebeldes? —Ante el destello de ira en los rostros de sus hermanos, Keylan asintió—. Por mucho que desee creer lo contrario, esta última es una posibilidad que debemos considerar. Os aseguro que antes de entregarla a las Tierras Altas, lo sabré.

Keir se frotó la mandíbula.

—La muchacha se volverá loca cuando sepa que no la llevarás a las Tierras Altas de inmediato.

—Sí, se disgustará —convino Keylan con indiferencia.

Neilan resopló.

—Por la forma con la que nos dio órdenes esta misma noche para asegurar tu cuidado, está claro que no es de las que se quedan de brazos cruzados y reciben órdenes.

Keylan hizo una mueca. Eso lo sabía bien.

—Sí, otro hecho que plantea más dudas sobre su verdadera identidad. Pero su disgusto por el retraso del viaje a las Tierras Altas me preocupa menos que encontrar a Liam.

Ante la mención de su supuesto amigo, Neilan soltó un suspiro entre dientes.

—Si alguien me hubiese hablado de la traición de Liam, lo habría llamado mentiroso.

—Si no lo hubiera visto a la luz de las antorchas junto a Lord Tremont —dijo Keylan—, ni yo mismo lo habría creído.

Keir sacudió la cabeza.

—Sus acciones tienen poco sentido.

—Estoy de acuerdo —replicó Keylan. La escena de aquella noche, que le desgarraba el alma, recorrían su mente como una pesadilla continua—, pero eso no cambia cuántos de nuestros hombres fueron masacrados, ni que sus cuerpos mutilados fuesen abandonados para los lobos. — Una nueva oleada de furia lo desgarró, seguida del peso de la responsabilidad. Exhaló y dejó caer la mano—. A nuestra llegada a casa y una vez que Emmaline esté asegurada dentro de una cámara, hablaré con las esposas de los hombres.

—No irás solo —dijo Neilan. Keir asintió.

—Como señor del castillo de Rivenlochs —comentó Keylan—, la responsabilidad es mía. Neilan se erizó.

—El castillo y sus deberes son tuyos, pero Keir y yo siempre hemos estado aquí para recurrir a ellos. Eres tú quien ha elegido no buscar nunca el apoyo de ninguno de los dos.

—No necesito ayuda —indicó Keylan con voz dura.

—No, crees que puedes hacerlo solo —acusó Keir—. Como siempre lo has hecho.

La pena ardía en las entrañas de Keylan.

—¿Crees que será fácil contarlo? Eran amigos, hombres que he conocido toda mi vida.

—Hombres que también eran nuestros amigos —añadió Neilan con voz más calmada—. Pero en lugar de pedir ayuda, el apoyo de los hermanos que te quieren, te envuelves en tu título y nos alejas a Keir y a mí.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Keylan.

—Los hombres estaban bajo mi mando.

—Esos hombres, como tú, fueron traicionados —replicó Neilan—. Puede que seas un conde, pero maldita sea, eres mi hermano, mi carne y mi sangre. Después de que Iuliana te utilizara para dar celos a su marido, Keir y yo no mencionamos nada. Pero nuestro silencio no te ha permitido sanar. En lugar de eso, el error de tu juventud sigue supurando en tu interior y envenena tu capacidad de compartir tu dolor, tus penas, con tu familia.

Keylan se puso rígido.

—Neilan...

—Es cierto —interrumpió Keir—. Ha llegado el momento de que aceptes que no puedes estar solo, ni en la vida ni en la guerra. Los hombres también eran nuestros amigos. Crecimos juntos, los entrenamos, los vimos casarse y bautizamos a sus hijos. No daremos un paso atrás y permitiremos que cargues con todo el dolor y la ira, o que les digas tú solo a sus seres queridos que sus maridos, hijos y padres han sido masacrados.

Emocionado por el apoyo de sus hermanos, Keylan tragó con fuerza.

—No era mi intención haceros daño —dijo tambaleándose.

—Lo sabemos —aseguró Keir—. Pero es hora de que nos permitas entrar en tu vida como hermanos que te quieren y te apoyan, que estarán a tu lado siempre que lo necesites.

—Sí —asintió Neilan.

No compartiría su vergüenza, pero aceptaría la oferta de sus hermanos. Keylan asintió.

—Una vez que regresemos al castillo de Rivenlochs, ambos me acompañaréis para dar la noticia a nuestro pueblo.

Neilan y Keir asintieron.

Sus hermanos comprendían el coste de sus decisiones, pero no todo el peso de la responsabilidad que cargaba. Keylan se removió, estudió a Emmaline, que yacía profundamente dormida frente a él, y luego miró al cielo tan hermoso, tan lleno de paz. El camino ante él era cualquier cosa menos eso.

En una exhalación, preguntó:

—¿Qué hay de tu reunión con Wallace y el obispo Wishart?

La emoción brilló en los ojos de Neilan. Miró hacia Emmaline para asegurarse de que dormía.

—Mejor de lo previsto. Parece que, harto de la tiranía del rey Eduardo, El Stewart se ha unido a nuestras filas.

—¿El Stewart? —Keylan asintió—. Después de haber sido elegido como uno de los Guardianes de Escocia tras la muerte de Margarita, Doncella de Noruega, no me sorprende la decisión de James Stewart, más aún con la familia de Wallace perteneciendo a Stewart. Su movimiento táctico tiene sentido.

—Lo tiene —coincidió Keir—. Y cuando el rey Eduardo se entere del cambio de lealtades de los Stewart, se pondrá furioso. Pero ese es el estado en el que se encuentra desde la muerte de su esposa.

Keylan asintió. Encontraba curioso que un rey tan hambriento de poder hubiera encontrado la capacidad de amar a alguien que no fuera él mismo.

—Pero envuelto como está en la guerra contra Francia, tiene poco tiempo para centrarse en las acciones de los Stewart. En su mente, ha conquistado suelo escocés y solo le queda aplastar los últimos focos de resistencia, una tarea que ha dejado en manos de Sir Hugh Cressingham y John de Warenne, el conde de Surrey.

—Warenne —espetó Neilan—. El lacayo de rodillas débiles que se mofa de Escocia. El conde ha abandonado su puesto y cabalgado hacia su finca en Yorkshire, dejando a Sir Hugh Cressingham con todo el peso de la carga.

—Buenas noticias para los rebeldes —indicó Keylan—. Entonces es a Cressingham a quien debemos detener. Es un hombre peligroso que no ve en Escocia más que un peldaño hacia un destino mayor.

—Sí. —Keir se frotó la frente—. Su ascenso de hijo bastardo a secuaz de confianza del rey Eduardo hace que cada logro suyo sea aún más dulce.

—El bastardo arrogante —espetó Neilan—. Le importan un bledo los que sufren a causa de sus ansias de poder. Puede que se le asigne mantener la paz, pero además de acaparar los ingresos para Longshanks, despierta odio entre los escoceses.

En eso Keylan estuvo de acuerdo. Celebrarían el día en el que Cressingham se pudiera.

—Despojaremos a Cressingham de su poder y luego arrasaremos Escocia. El rey Eduardo aprenderá que ha cometido un grave error al destituir a los escoceses.

Una dura sonrisa bordeó la boca de Neilan.

—Lo hará.

Durante los siguientes minutos, Keylan escuchó cómo sus hermanos le contaban su discusión con Wallace, Wishart y los Stewart, añadiendo su propia visión.

—Estoy impresionado por vuestros planes para librar a Escocia de la presencia de Inglaterra. Respaldar a Wallace es brillante. Es la elección perfecta. Con su pasión, tiene la capacidad de unir a nuestro pueblo.

—El rey Eduardo está tan atrapado en sus enredos con los franceses y los flamencos —dijo Neilan—, que para cuando se entere de nuestros planes, será demasiado tarde.

Eso esperaba Keylan. Pero no subestimaría a un gobernante curtido en la guerra, a un hombre movido por el dolor.

A pesar de todo, al final, Escocia volvería a ser libre.

—Los planes son sólidos —convino Keylan.

Sus hermanos asintieron.

El cansancio se apoderó de Keylan, superpuesto al constante dolor de sus heridas.

—Es hora de dormir. Viajaremos al amanecer.

Neilan refunfuñó, pero no discrepó, y Keylan lo comprendió. Si las circunstancias no fueran tan terribles, sus hermanos insistirían en que permanecieran aquí al menos un día más para darle tiempo a descansar. Pero con los hombres del vizconde rastreando las tierras en busca de él y Emmaline, no era una opción.

Al final, sería Lord Tremont quien pagaría el precio.

Keylan se tumbó, se tapó con la manta y cerró los ojos. Pero con su dolor por la muerte de sus hombres, y la perspectiva de tener que dar la noticia a aquellos a quienes los hombres habían amado, dudaba que encontrara el sueño esa noche.

Capítulo 7

Sentada ante Keylan en la gran bahía, Emmaline echó un vistazo a sus hermanos, sentados sobre el corcel negro. Contra las manchas de rojos y amarillos que se agitaban en el cielo del atardecer, captó a Neilan observándola con expresión adusta. Inquieta por la franqueza de su mirada, se volvió y apoyó la cabeza contra el pecho de Keylan. Los hermanos de Keylan no confiaban en ella; ella no esperaba que lo hicieran.

Desde que se habían despertado al amanecer y levantado el campamento hacía dos días, habían cabalgado a un ritmo lento pero constante, deteniéndose solo para descansar y dar de beber a sus caballos. La determinación de Keylan de viajar no la había sorprendido, pero en su estado, que sus hermanos se lo permitieran, subrayaba el peligro a ser atrapado por los hombres de Fenton.

Ahora percibía una diferencia en su actitud hacia ella. ¿Qué les había contado Keylan a sus hermanos sobre ella? Dos noches atrás, había fingido estar dormida para escuchar a escondidas. En lugar de eso, agotada, había caído en un profundo sueño.

Ahora, las miradas cautelosas de sus hermanos la mantenían en vilo. Puede que Keylan fuera el mayor, un noble con título y un hombre poderoso con el que pocos se atrevían a cruzarse, pero al parecer sus hermanos, solo caballeros en una tierra gobernada por poderosos señores, también eran una fuerza a tener en cuenta.

Debería parecerle irónico que un hombre tan poderoso como Keylan tuviera a sus hermanos menores cuidando de él, pero el fuerte vínculo entre los tres, y la ferocidad con la que lo protegían, la dejaban de todo menos divertida. No podía evitar comparar la riqueza de su vida con su propio futuro vacío.

Emmaline se movió contra el pecho musculoso de Keylan. Con cada latido de su corazón, se agitaban en su interior emociones que ella preferiría no sentir, una conciencia destinada a quedar sin respuesta.

No, eso no era cierto. Por el apasionado beso de Keylan, por la forma íntima en la que la había tocado, si ella se lo hubiera permitido, habrían hecho el amor. Un calor la recorrió al imaginar su poderoso cuerpo reclamando el suyo. Desechó las historias de miedo y dolor. Con la pasión de Keylan, su consideración, se negaba a creer que fuera algo más que tierno.

—Estás tranquila, pero percibo que tus pensamientos están lejos de la calma —dijo Keylan. El sonido de su voz profunda fue como un disparo directo a su centro.

—¿Cómo pueden estarlo? —respondió Emmaline, buscando un pensamiento lógico—. Desde nuestra huida, han pasado cinco días, cada uno de ellos aumente la preocupación de que los hombres de Lord Tremont nos descubran. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto falta para que lleguemos a su casa?

—Esta noche.

Sorprendida, se volvió para mirarlo. Un error. Tan cerca, vio la forma en que la él la miraba; observó como un depredador observa a su presa. Aunque herida, esta guerrera estaba lejos de estar a salvo.

Temblorosa, se dio la vuelta.

—Con lo rápido que te recuperas, deberíamos poder dirigirnos a las Tierras Altas enseguida.

Keir, que cabalgaba a su lado, tosió, lo que extrañamente sonó a risa.

Lanzó una mirada disimulada hacia su hermano menor, pero lo encontró mirando al frente como si no estuviera al tanto de su discusión, hecho que dudaba después de haber llegado a conocer un poco más a Keir estos dos últimos días.

Ante el silencio de Keylan, se centró en él.

—Partiremos hacia las Tierras Altas a toda prisa, ¿no es así?

—Partiremos de viaje cuando lo considere prudente—respondió finalmente.

Ella se volvió hacia él, irritada al comprobar que su expresión se había endurecido hasta convertirse en un ceño fruncido.

—No intentes intimidarme con una mirada feroz. Me prometiste que me llevarías a las Tierras Altas.

Sólo la más leve inflexión traicionó su disgusto ante su desafío.

—Y lo haré.

—¿Cuándo?

Keir se aclaró la garganta y ella le echó un vistazo para descubrir que la observaba con regocijo.

Como si fuera consciente de su vergüenza, Keylan detuvo su corcel.

—Cabalgad delante —ordenó a sus hermanos—. Os alcanzaremos.

Neilan detuvo su montura junto a ellos, frunciendo el ceño.

—No es prudente. Los hombres de Tremont pueden estar por aquí.

—Si los caballeros del vizconde piensan que Emmaline y yo vamos a pie, aunque busquen por esta ruta, dudo que crean que hemos llegado tan lejos—. Keylan asintió. —Vamos. Estamos a menos de una legua del castillo de Rivenlochs.

Neilan vaciló, luego sus ojos se entrecerraron.

—Cabalgaremos más allá de la línea de árboles. Nada más.

La tensión zumbaba entre los hermanos. Que desafiaran a Keylan sorprendió a Emmaline. Pero la mirada desafiante que Neilan lanzó a su hermano le aseguró que, en esto, su hermano menor se negaba a ceder.

El cuerpo de Keylan se puso rígido detrás de ella.

—Espera más allá de la línea de árboles, entonces.

Neilan pateó su corcel hacia delante. Keir le lanzó un guiño mientras los dos hermanos desaparecían en el espeso rodal de pinos que tenían delante. El suave repiqueteo de los cascos se desvaneció y luego solo hubo silencio.

—Tus hermanos solo quieren asegurarse de que estás a salvo —murmuró Emmaline.

Keylan se volvió hacia ella con la mandíbula tensa.

—Los deseos de mis hermanos no son lo que deseo discutir. Te di mi palabra de que te llevaría a las Tierras Altas. No la romperé.

—No te he preguntado si me has dado o no tu palabra, sino cuándo partiremos hacia la casa de mi madre.

—A mi regreso.

—¿A tu regreso?

El dolor parpadeó en sus ojos, luego desapareció con la misma rapidez.

—Hay un asunto del que debo ocuparme primero.

Su corazón se ablandó.

—Liam—. La palabra salió de entre sus labios antes de que pudiera detenerla.

—No es asunto tuyo.

—Lo es —sentenció ella, comprendiendo demasiado bien el dolor a ser traicionada—. Me hiciste creer que no habría retrasos en nuestro viaje a las Tierras Altas.

—No podía decir la verdad y darte la oportunidad de abandonarme, de dejarme morir.

—¿Desde el principio me has engañado?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Te atreves a acusarme de algo que tú misma haces?

—Tengo mis razones.

—Como yo —contestó con voz fría—. Te llevaré a las Tierras Altas como te prometí—.

—Cuando te convenga, por lo visto. La ira envolvía sus palabras.

—Sí.

Emmaline exhaló, esforzándose por mantener la calma. Keylan no tenía la culpa de su situación. Ese honor le pertenecía a Fenton.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Keylan vaciló, sorprendido por su rápida aceptación, pero no se dejó engañar.

—Hasta que termine la tarea. —El pulso en la base de su cuello latía con fuerza. Emmaline estaba molesta, pero sabía que en esto no cedería. Hasta que no encontrara a Liam, no descansaría.

—Entonces —dijo con la voz seca—, ¿me siento y espero hasta tu regreso?

—Residirás en mi hogar, el castillo de Rivenlochs, y se te permitirán todas las libertades.

—¿Incluida la de marcharse?

La molestia lo recorrió de pies a cabeza.

—No sería nada seguro viajar sin un acompañante.

Una sonrisa carente de humor se dibujó en su boca.

—Después de viajar con un guerrero herido que apenas podía valerse por sí mismo, correré el riesgo.

Maldición.

—Me esperarás.

—¿Te atreves a darme órdenes?

—No te pondrás en peligro.

—Las decisiones que tomo son mías. Ni tú, ni ningún otro, me las dictará.

—No discutirás conmigo.

—No hay discusión. Soy una mujer libre. A menos que —los ojos color lavanda se entrecerraron—, hayas decidido retenerme contra mi voluntad. Entonces, parecería que sería tu prisionera. —Apretó la mandíbula—. Dime, ¿lo soy?

No pudo evitar admirar su bravuconería, que se atreviera a desafiarlo en todo momento. Aun así, no cambió nada.

—No tergiversar mis palabras.

—Entonces no me dictes lo que puedo o no puedo hacer.

—Por Dios, tienes el sentido común de una planta.

En lugar de enfadarse, se rio, un sonido suave y puro que hizo que su pulso se acelerase. Con los ojos sonrientes, le miró.

—Una vez más, parece que estamos empatados.

Quería seguir irritado, pues era más fácil tratar con ella cuando lo estaba, pero su agudo ingenio y la forma en que le plantó cara cuando la mayoría se echaría atrás, lo atraieron a querer saber más de esta intrigante mujer.

Keylan asintió lentamente.

—Eso parece—. Su habilidad para desarmarlo y para hacer que la deseara, delectaba peligro. Tenía una tarea demasiado importante por delante como para permitir que sus pensamientos reflexionaran sobre una muchacha que ocultaba secretos, una mujer que, si había adivinado correctamente, podría estar prometida a su enemigo.

El silencio se apoderó de ellos, el viento limpiando la incomodidad de momentos atrás hasta que se transformó en algo íntimo.

El rico aroma del pino, la tierra y el deseo se fundieron en uno. Una esencia tan real, tan potente, que incitó imágenes de ella tumbada desnuda bajo él, con el cuerpo arqueado para

encontrarse con el suyo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No me beses —susurró.

—Sería una tontería —dijo él mientras le cogía la barbilla con la mano y le acercaba la boca a la suya—. Y un error. —Pero parecía un momento idóneo para el capricho, para ceder a lo que la lógica prohibía.

Con un gemido, reclamó su boca, suave, tanteando, queriendo probar su esencia, saborear a esta mujer que despertaría a un santo.

Ella se puso rígida bajo él como si quisiera rechazarlo, pero él ya había visto su necesidad, saboreado su deseo incluso cuando su mente luchaba por negarse. Keylan aceptó su desafío silencioso, disfrutó de su fuerte voluntad. Nunca una mujer lo había excitado a tantos niveles.

Deslizó la lengua por sus labios, burlándose, jugueteando con su boca hasta que su pulso se aceleró bajo su pulgar.

—Abre para mí —susurró.

—No. —Pero sus palabras carecían de convicción.

—Abre. —Por un momento ella se mantuvo firme. Luego, con un suspiro, accedió.

Su sabor lo impregnó, el calor resbaladizo encendió su cuerpo como una antorcha arrojada sobre yesca seca. Él profundizó el beso, deseando su plena complacencia, que ella admitiera que lo deseaba, una verdad que ella trataba de negar.

En un estremecimiento, su cuerpo se ablandó, y entonces ella le devolvió el beso. Keylan se había creído preparado, pero como antes, el impacto total de su beso, el calor respaldado por la necesidad, estalló en su mente y, por un momento, todo lo que pudo hacer fue absorber lo que le daba.

Tomando el control, Keylan acunó su rostro entre sus manos, girándola para poder explorar por completo su boca. Su sabor era una combinación de cielo y pecado. La suavidad de su carne lo incitaba a quedarse, a explorar su cuerpo hasta saciar todas sus necesidades.

Con los sentidos impregnados de deseo, mordisqueó la curva de su cuello, inhalando su aroma. Su mente giraba con fantasías eróticas de los placeres que podía darle. Y cuando ella creyera que no podía más, le suplicaría que parase y él le demostraría que no había límites cuando se hacía el amor.

El instinto le aseguraba que una noche de sensual seducción no haría más que abrirle el apetito. Con Emmaline, necesitaría una noche o más para saciar su necesidad.

Entonces, ¿sería suficiente incluso eso?

—Keylan.

Ante la áspera pasión de su voz, su cuerpo tembló de anticipación. Besó la sedosa longitud de su cuello, su mano rozando donde la tela rozaba la carne.

—Sí.

—¿No deberíamos... irnos?

—Nos iremos.

Las manos de ella temblaron mientras se apretaba contra su pecho, empujándolo.

—No quiero esto.

Él retrocedió, irritado.

—Tu beso me dice lo contrario.

Con los ojos oscuros por la pasión, ella lo miró fijamente. Respiró de forma entrecortada.

—Pero esa no es la cuestión.

—¿Cuál es?

—Mi libertad —respondió ella—. ¿O realmente tengo elección con alguna de las dos cosas? —La irritación lo atravesó.

—Nunca he obligado a una mujer a ir a mi cama.

—Sin embargo, me presionas. —Ante el silencio de él, ella insistió—. Yo no quería tu beso.

—¿No? —preguntó él, contemplando sus labios hinchados por sus besos—. Tu cuerpo me reclama, en desacuerdo con tus palabras.

Ella se apartó. Cuando él empezó a inclinarse hacia delante, ella lo empujó hacia atrás con más fuerza.

—No lo hagas.

El nerviosismo en su voz detuvo sus acciones. Ç

—¿Por qué? —exigió él, deseando oírla decir las palabras que ambos sabían que ella retenía.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Porque, maldita sea, ya te deseo demasiado. —La satisfacción se apoderó de él.

—¿Con quién estás enfadada? —le preguntó antes de que ella pudiera hablar—. ¿Conmigo, por hacerte admitir lo que sientes, o contigo misma por sentirlo?

Con ella misma, admitió Emmaline en silencio, avergonzada de haber descargado en él la agitación de sus sentimientos. Aun así, se negó a discutir. Ya se había causado suficiente vergüenza a sí misma.

—Tenemos que irnos. Por si lo has olvidado, tus hermanos nos esperan más allá del banco de abetos.

—Es su elección.

—Y marcharme es la mía.

La observó durante unos segundos.

—Lo que hay entre nosotros está lejos de terminar.

Eso creía ella. Un hecho que la inquietó mucho más de lo que lo habían hecho las amenazas de Fenton. Este poderoso señor no tenía ni idea de que tenía ante sí a la hermana de su enemigo. Que Dios la ayudara si se enteraba.

Le vino a la mente un nuevo e inquietante pensamiento. Había creído prudente mantener a Keylan alejado de su vínculo de sangre con Fenton, pero había llegado a conocerlo lo suficiente como para saber que era un hombre justo. ¿Debía decírselo? ¿La creería? ¿Se enfadaría? No, lo mejor era guardar silencio. En poco tiempo estaría en las Tierras Altas.

Hacía tiempo que había pasado el momento de contarle la verdad a Keylan.

Ante el silencio continuado de ella, su boca se tensó. Echó su montura hacia delante.

El alivio la inundó, como si hubiera escapado de algo monumental. Miró hacia delante mientras él guiaba su corcel hacia donde esperaban sus hermanos. No, ni mucho menos había escapado, sino que había retrasado un momento que temía inevitable. Él la quería en su cama.

Un lugar en el que ella también deseaba estar, pero un lugar que nunca podría elegir.

Le dolía el corazón. Nunca había imaginado que se sentiría tan atraída por un hombre como para plantearse dejar de lado las estrictas normas de la sociedad en busca de placer. Pero Keylan tenía su mente explorando terrenos peligrosos. Y si decidía unirse a él en su cama, ¿la destruiría cuando se marchara? ¿Cómo podría no hacerlo? Ya se preocupaba por él más de lo que era prudente. Al menos no estaba enamorada de él.

Lord Grampton agarró una rama, la apartó a un lado mientras atravesaban el barrido de abetos. A lo lejos distinguió a Neilan de pie junto a un árbol vigilando mientras Keir se recostaba contra un tocón.

Neilan se apartó del olmo con el ceño fruncido.

—Veo que has decidido unirme a nosotros.

—Monta —advirtió Keylan con un tono igual de cortante.

—Lanzando órdenes después de rezagarse para besar a la muchacha —bromeó Keir.

El calor le subió por la cara. Sus hermanos habían visto su beso. A juzgar por sus expresiones, a pesar del humor de Keir, aún no estaban seguros de qué pensar al respecto. Neilan parecía particularmente sombrío.

—Vámonos —gruñó Keylan.

Después de que Keir y Neilan montaran, guiaron a sus corceles por una orilla afilada.

Los árboles que se apiñaban alrededor del camino trillado por el tiempo los obligaron a cabalgar en fila india, lo que le pareció bien. Con Neilan y Keir delante de ellos, no tenía que ver sus miradas cómplices ni sentir culpa de que no fuera tanto el beso lo que la preocupaba, sino que no quería que Keylan se detuviera.

En la rica mezcla de pino y tierra, percibió el olor de un frescor ácido. Sorprendida, Emmaline miró a su alrededor.

—Huelo agua.

—Sí —confirmó Keylan—. Mi casa está rodeada por un lago.

Recorrió la espesa franja de árboles, pero no captó ninguna señal de una orilla.

—Una vez que alcancemos la cresta —le dijo él—, el torreón aparecerá a la vista.

El suave repiqueteo de los cascos sobre el pino empapado rompió el silencio, el batir de las ramas al rozarlas aumentó la sensación de expectación.

Si cabe, el empinado sendero se hizo más escarpado, ascendiendo en ángulo hacia un cielo tan azul que parecía un camino hacia el cielo. Entre los árboles, yacían esparcidas hierbas silvestres que perfumaban el aire con su audaz riqueza.

Un caballo resopló.

Miró hacia delante. Los hermanos cabalgaban entre gruesas ramas de abeto, entonces Emmaline los perdió de vista. Sin previo aviso, la tierra se desvaneció.

Se quedó sin aliento. Ante ella, un barrido de montañas ondulantes abrazaba una gran extensión de agua, tranquila bajo el resplandor dorado y anaranjado del sol poniente.

Keylan le había explicado que un lago rodeaba su castillo, pero de todas las imágenes que había elaborado, ninguna la había preparado para la majestuosidad de lo que el hombre y la naturaleza habían creado ante ella.

En la curva sur de la tierra, acunada dentro del lago cuya suave superficie reflejaba el color de lo alto, la casa de Keylan se erguía como si fuera un castillo mágico inspirado por los bardos. La roca de cantera, del tono del cabello de un sabio, se arqueaba hacia el cielo con orgulloso desafío, tan parecido a los escoceses que la custodiaban en su interior, tan parecido al hombre que era su señor.

Una península sobresalía de la curva sur del lago, el único punto de entrada a su hogar. Bajo el sol menguante, la costa brillaba como un anillo de oro lanzado por un hechizo.

Un escalofrío la recorrió cuando la realidad se entrometió. Por encantador que fuera, el emplazamiento estratégico, así como los guardias que hacían rondas por el paseo de la muralla, revelaron la verdadera intención del castillo. Podía ser el hogar de Keylan, pero estaba construido para defenderse de un ataque, una fortificación diseñada para la guerra.

Y si él lo decidía, su prisión.

Keylan detuvo su corcel.

—Mi hogar, el castillo de Rivenlochs. —El orgullo fue patente en su voz; la de un hombre que luchó por lo que creía, lo dio todo y más para proteger a los que amaba.

Las lágrimas le quemaron la garganta. ¿Cómo se sentiría al ser amada sin rechistar? ¿Tener a un hombre como Keylan en su vida?

—Es asombroso —respondió ella, profundamente conmovida—. Nunca esperé encontrar un castillo de tal calibre. —Ni a un hombre así.

—La mayoría no lo hace.

Emmaline se volvió, necesitaba ver su rostro, curiosa por saber más sobre el hombre que vivía en esta magnífica fortaleza.

—Debe haber tardado años en construirse. —Unos ojos verdes la miraron, su fiereza le

envió un escalofrío directo al alma.

—El castillo de Rivenlochs fue construido por los normandos y transmitido al hijo mayor desde entonces. Este es mi legado, un hogar que algún día pasaré a mi hijo. —Oteó la majestuosa vista antes de encararse a ella—. Nadie me arrebatará jamás el castillo de Rivenlochs, incluido tu rey inglés.

—¿Mi rey inglés? —preguntó ella, irritada por su referencia—. ¿Crees que reclamo Inglaterra o a su gobernante como propios? ¿O has olvidado que soy medio escocesa?

—Cuando se trata de ti, con los secretos que guardas, no sé qué creer.

Sus palabras le dolieron. La creencia de que él empezaba a confiar en ella se vino abajo.

—Ya veo. —Empezó a apartarse de él.

Keylan le cogió la barbilla. Su expresión se suavizó.

—No lo ves, pero lo verás.

Ella se zafó de su agarre, no quería su dulzura. Ya se preocupaba demasiado por él.

—Puede que seas un poderoso señor, pero conmigo descubrirás que no siempre obtienes lo que deseas.

—¿Deseo? —La frialdad parpadeó en su mirada—. No creo en nada tan fantasioso como un deseo. Erras al compararme con uno de los hombres sin carácter de tu pasado.

Ella se puso rígida.

—No sabes nada de mí. —Él arqueó una ceja intrigado.

¿Qué había hecho ella? Aunque no había respondido, sus palabras no hacían más que lanzarle un guante. Ella permaneció en silencio. Decir más solo avivaría un interés ya de por sí peligroso.

—¿Keylan? —le gritó Neilan.

Ignoró a su hermano. Durante un largo momento, le sostuvo la mirada.

—Veo más de tus pensamientos de lo que te gustaría. —Sus suaves palabras contenían una callada advertencia—. Este es mi hogar, mi pueblo. No me desafíes ni tomes decisiones engendradas por tus emociones. Sería un error, uno que lamentarías. —Pateó su corcel hacia delante. Con cuidado guio a su montura por la empinada pendiente.

La fría certeza de su voz, su concentración unívoca, le recordaron a Fenton. Pero, aunque ambos hombres eran impulsivos, tenían objetivos claros y concisos, la moral guiaba la mano de Keylan.

Los nervios se apoderaron de ella mientras oteaba el contorno de los árboles y la orilla que rodeaban el lago. ¿Dónde estaba Fenton ahora? ¿Habían seguido él y sus hombres su rastro? Keylan y sus hermanos habían borrado cuidadosamente el camino tras ellos mientras cabalgaban, así que dudaba que hubieran dejado alguna señal de su viaje. Aun así, no subestimaría a su hermano.

En cualquier caso, ambos hombres eran una amenaza. Excepto que con Keylan la amenaza

surgía de la necesidad que él le evocaba, una necesidad que ella nunca había esperado o deseado, hasta ahora. Había creído que una vez que llegara a las Tierras Altas no tendría ningún problema en verlo alejarse cabalgando. Ahora, estaría lejos de ser sencillo.

Permanecer en el castillo de Rivenlochs, aprender más sobre Keylan, desearlo más cada día que pasaba, haría que su despedida fuera difícil. ¿O ya era demasiado tarde?

Un punzante dolor la recorrió, amenazando su compostura, asegurándole que, efectivamente, el momento de escapar al dolor de separarse había pasado.

Maldito fuera por haber hecho que se preocupara por él, por hacer que deseara lo que estaba prohibido. Se negó a quedarse. Una vez que él partiera en busca de Liam, ella se escabulliría y viajaría sola a las Tierras Altas. Quizá de algún modo podría procurarse un caballo. Tomada su decisión, se concentró en el empinado sendero que tenía por delante.

Una roca cayó bajo los cascos de su montura. Keylan frunció el ceño. La muchacha estaba demasiado callada, pero Keylan dedujo lo que se cocía en su interior.

—No se te ocurra intentar marcharte.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque te he disgustado, te he hecho admitir que me deseas. Ahora sigues dándole vueltas a nuestro beso, al hecho de que tú también me deseas.

—¿Siempre eres tan arrogante?

Una sonrisa burló sus labios. La muchacha siempre sería capaz de desafiarlo.

—Más aún contigo.

—Parecería una bendición agria.

—Dímelo después de haber venido a mi cama —susurró.

Su jadeo traicionó su vulnerabilidad, su creencia de que, si la atraía hacia él, se convertirían en amantes. Su cuerpo se endureció y su sangre palpitó caliente.

Ardía en deseos de tumbarla, desnudarla y hacer lo que ambos deseaban.

—Cuando intentes marcharte —le dijo a través de una oleada de calor—, fracasarás. —La ira ardió en sus ojos, pero fue lo bastante sabia como para no discutir.

Contempló su hogar, que había sido labrado en la roca con sangre, sudor y orgullo. Demasiados hombres habían dado su vida por él como para arriesgarse a que el secreto de Emmaline pusiera en peligro la libertad que buscaban los rebeldes. No estaba seguro de la amenaza exacta que ella representaba, pero el instinto le gritaba que era más de lo que parecía. Hasta que supiera la verdad, y hubiera aplastado cualquier amenaza que ella ofreciera, permanecería bajo su protección.

Keylan empujó su montura hacia delante y alcanzó a sus hermanos. Un sentimiento de rectitud, así como de orgullo, lo infundió mientras, junto con Neilan y Keir, cabalgaba por la calzada hacia el castillo de Rivenlochs.

—¡Llega Lord Grampton! —exclamó un caballero a lo lejos.

Las cadenas traquetearon, se dieron órdenes y el grueso puente levadizo de madera gimió al ser bajado para posarse sobre la tierra.

El hogar.

Keylan inhaló hondo. Una sensación de nostalgia lo invadió cuando también lo hicieron los recuerdos de su juventud, del día en que fue nombrado caballero por su padre.

Un calor onduló en su pecho.

Una sonrisa curvó su boca al tocar el colgante de ágata musgosa partido por la mitad que colgaba de su cuello, un regalo que le hizo su abuela tras su nombramiento como caballero. Una mujer que hacía tiempo que había fallecido, pero a la que aún amaba.

Emmaline se movió en la silla delante él, y el calor de sus recuerdos se desvaneció. Hizo otro voto: no cambiaría nada. Mucho antes del otoño, él conocería los secretos que ella guardaba, la habría entregado a las Tierras Altas y ella habría desaparecido de su vida. Pateó su montura hacia delante.

Los cascos retumbaron contra la madera desgastada del puente levadizo cuando él y sus hermanos pasaron al galope. Las sombras del pórtico los envolvieron, la fría oscuridad en desacuerdo con el estallido de luz cuando cabalgaron hacia el patio, sus caballeros agolpándose en la extensión cubierta de hierba para saludarlo.

—Mi señor —saludó su maestro de armas. Su expresión se tornó sobria al ver el desaliñado estado de Keylan—. ¿Está herido?

—Sí. —Neilan desmontó—. Llama a la sanadora. Que la envíen a la cámara de mi hermano.

—Sí, Sir Neilan. —El maestro de armas se volvió y se apresuró a regresar entre la multitud.

Emmaline se movió y él captó la palidez de su rostro y la preocupación en su mirada.

—No te harán daño. —Con el estómago revuelto por las dudas, Emmaline estaba lejos de convencer en lo que le decía—. Me salvaste la vida, por eso serás alabada.

—Si tú lo dices. —En vilo, estudió a la multitud de gente que la rodeada, extraños que la miraban con abierta curiosidad, leales seguidores que creerían lo que dijera su señor. Ella sabía que Keylan no mentía. Al menos tenía eso.

—¡Neilan! —Al oír la voz lírica voz de la mujer, el pavor recorrió a Emmaline. Como a cámara lenta, la gente reunida en el patio retrocedió, abriéndose paso entre la multitud. No apareció nadie. El alivio la invadió, hasta que un destello de cabello castaño se filtró entre la multitud. Emmaline se aquietó.

Pasó un segundo.

Otro más.

El borrón de una mujer apareció a la vista. Se aclaró.

Madre mía. No necesitó ver los ojos de la mujer para conocer su color gris. Su risa, su inteligencia y su agudo ingenio, rasgos que Emmaline siempre había admirado.

¡Tenía que salir de aquí antes de que la reconocieran!

—¿La conoces? —preguntó Keylan.

Emmaline se quedó helada. Por culpa de su pánico, había olvidado un hecho crucial. Estaba sentada ante Keylan, un guerrero a la que no se le escapaba nada.

La mujer de pelo castaño rojizo se separó de la multitud. Se volvió hacia Keylan y una sonrisa se dibujó en su rostro. Entonces, la mirada de la mujer se posó en Emmaline. La mujer de pelo castaño rojizo se quedó quieta. Frunció el ceo.

Emmaline no se movió.

Solo rezaba para que, de algún modo, lady Marjorie Langton, la inglesa que había conocido en la corte del rey Eduardo, no la reconociera.

Capítulo 8

El tiempo se detuvo. Emmaline se preparó para el maldito momento en el que la reconociera, para que la sorpresa ensanchara los ojos de lady Marjorie. Y para que la mujer cuyo hermano era el consejero escocés del rey Eduardo I la saludara.

En lugar de eso, como una bendición, Marjorie siguió mirándola, perpleja.

Keir se puso al lado de Neilan, rompiendo la línea de visión de la mujer, permitiendo a Emmaline un breve respiro. Tras echar un rápido vistazo al patio y fruncir el ceño, Keir asintió a Neilan.

—Ocúpate de tu esposa. Yo ayudaré a Keylan.

Keylan lanzó una dura mirada a su hermano menor.

—No necesito ayuda.

Emmaline ignoró el intercambio de palabras de los hermanos. ¿Esa noble cuyo hermano ocupaba un alto cargo político y tenía vínculos con el rey Eduardo era la esposa de Neilan? Eso explicaría la presencia de la inglesa en Escocia, pero no cómo una dama de su rango había llegado a conocer, y mucho menos a casarse, con un enemigo de Inglaterra.

En un silencio atónito, observó cómo Neilan se acercaba a Marjorie, la cogía en brazos y la estrechaba contra él. Ante los caballeros reunidos allí y los hombres que montaban guardia en el paseo de ronda, la atrajo hacia sí en un beso íntimo y totalmente posesivo.

El calor barrió las mejillas de Emmaline ante la atrevida exhibición pública, pero una parte de ella envidiaba que un guerrero venerado se atreviera a mostrar un afecto tan fuerte ante sus hombres. Nunca pudo imaginarse que Fenton permitiera a ninguna mujer tanta importancia en su vida. Pero no encontró nada débil en la pasión de Neilan, ni en su evidente amor por su esposa. Si acaso, alabó su confianza como hombre para atreverse a una muestra tan descarada de afecto.

—Abajo. —Keir le puso las manos en la cintura y levantó a Emmaline de su montura.

En el suelo, miró hacia Keylan y se quedó quieta. Su rostro se había vuelto ceniciento. Sus ojos, aunque fijos en ella, se oscurecieron por culpa del dolor.

—¡Keylan! —Ella le cogió la mano, sus preocupaciones por Marjorie se desvanecieron.

Su boca se tensó. Keylan retiró la mano de su contacto, asintió en dirección a Keir sin volverse hacia ella.

—Lleva a la muchacha dentro —ordenó en tono seco.

La ira estalló. Era un tonto testarudo.

—Necesitas...

—Nada. —Señaló con la cabeza a Keir—. Vete. —La orden de Keylan puso fin a la

discusión.

Keir frunció el ceño preocupado por su hermano, y luego la agarró suavemente del brazo.

—Ven. Es lo mejor.

Emmaline vaciló.

—Necesita ayuda.

Como para demostrar que su afirmación era falsa, Keylan se balanceó hacia el suelo, agarrado con fuerza a su montura, con los pies firmes al aterrizar, pero ella captó el más leve temblor de su cuerpo.

—Dime —siseó ella, la ira bañando sus palabras— ¿parecerás tan poderoso si te caes de culo?

Keylan lanzó una dura mirada a Keir.

—Ven, muchacha. —Keir la apartó con suavidad.

Frustrada, miró por última vez a Keylan mientras su hermano menor se la llevaba. Mientras andaban, la gente se hizo a un lado para dejarlos pasar, pero ella no pasó por alto sus miradas curiosas.

¿Marjorie? ¿Dónde estaba?

Con los nervios erizándole la piel, Emmaline escrutó a la multitud en busca de la inglesa. El alivio la recorrió al no reconocer a nadie. Gracias a Dios, Neilan debía de haberla llevado a la torre del homenaje.

Incapaz de vislumbrar a lord Grampton entre la multitud, Emmaline volvió su atención hacia Keir.

—Keylan apenas es capaz de mantenerse en pie por sí mismo —dijo en voz baja.

—Lo es. —Asintió Keir—. Pero una vez en su cámara, será bien atendido. No permitirá que sea de otro modo. —Caminaron varios pasos entre la multitud—. No juzgues a un hombre del que sabes poco.

—Puede que no lo conozca —aseguró Emmaline—, pero entiendo demasiado bien las acciones de los hombres impulsados por el poder.

La intriga chispeó en sus ojos cuando le echó un vistazo.

—Ha interpretado mal el motivo de mi hermano.

—¿Lo hago? ¿No desea que todos vean su fuerza?

Con un suspiro, Keir la instó a avanzar.

—Venga, mi señora. Habrá tiempo suficiente para preguntas más tarde. Y —dijo con una sonrisa—, tiempo para conocer mejor a la mujer a la que mi hermano considera un desafío.

—Yo no soy...

—¿Keir?

¡Marjorie! ¡Creía que Neilan se había llevado a su mujer dentro!

Con un brillo en los ojos, Keir los detuvo, se volvió hacia Marjorie, ignorante del pánico de Emmaline. Levantó la mano de la inglesa, hizo una reverencia cortesana.

—Marjorie, he echado de menos la calidez de tu sonrisa y la luz de tus ojos.

La inglesa se rio.

—No has echado de menos nada más que a tu mujer. —Los hoyuelos se hicieron más profundos en su rostro.

—Sí, es cierto. —Miró a su alrededor, frunció el ceño—. ¿Dónde está?

—Fuera con varias mujeres recogiendo hierbas —contestó Marjorie—. No tardará en volver.

—Me aseguraré de saludarla adecuadamente a su regreso —dijo Keir. Los labios de Marjorie se crisparon.

—De eso no tengo ninguna duda. —Se volvió hacia Emmaline.

—Disculpe a mi cuñado, su deseo de encantar a menudo pesa más que el decoro. Aún no nos han presentado.

¿Marjorie no la recordaba? Sin saber qué responder, Emmaline optó por el silencio.

Marjorie posó su mano sobre el antebrazo de Emmaline.

—Perdóneme, no pretendía avergonzarla.

—Estoy seguro de que su falta de respuesta se debe a que la muchacha es tímida —replicó Keir con voz seca.

La curiosidad parpadeó en el rostro de Marjorie, que lanzó una mirada especulativa de Keir a Emmaline, y luego retiró la mano.

—Lady Emmaline —dijo Keir—, le presento a mi cuñada, la esposa de Neilan, Lady Marjorie.

—Un placer conocerla, Lady Marjorie —dijo Emmaline, rezando con todas sus fuerzas para que la inglesa no se acordara de ella.

Marjorie vaciló, frunció el ceño.

—Me resulta usted familiar. ¿Nos conocemos? —El sudor resbalaba por el cuello de Emmaline.

—Eres inglesa, ¿verdad?

Una sonrisa cómplice tocó la boca de Marjorie.

—¿Quieres decir que cómo llegué a casarme con un escocés y a vivir en un bastión rebelde?

El calor acarició las mejillas de Emmaline, pero la otra mujer hizo un gesto con la mano en señal de desestimación.

—Es una pregunta bastante común. —Marjorie sonrió—. Y una historia que le contaré una vez que se haya instalado. Es decir, si le interesa oírla.

—Sí, por favor —respondió Emmaline. No es que pensara quedarse tanto tiempo—. Lady Emmaline le salvó la vida a Keylan —intervino Keir.

La ligereza de momentos antes se desvaneció. Marjorie miró a Keylan, que se dirigía lentamente hacia la torre del homenaje, y luego se volvió hacia Keir.

—¿Cómo? ¿Estaba herido?

—Herido no —espetó Keir—. Torturado. —El rostro de Marjorie palideció.

—¿Por quién?

Keir apretó la mandíbula.

—El vizconde de Tremont.

—Que ese canalla se pudra en el Hades. —Marjorie hizo una pausa, se encontró con la mirada de Emmaline, su mirada inquebrantable—. Mis palabras son duras, pero no pediré perdón. Keylan es como un hermano para mí. Si está en mi mano, nadie le hará daño ni a él ni a los que amo.

Emmaline tragó con fuerza, la advertencia de la mujer era alta y clara. No sería tan tonta como para incitar su ira. La inglesa era, sin duda, un buen partido para Neilan.

—Yo tampoco —asintió Emmaline.

El rostro de Marjorie se suavizó.

—Entonces parece que nos llevaremos bien. —Sacudió la cabeza, una sonrisa rozando su boca—. Míreme. Acabas de llegar y aquí te tengo fuera cuando estás cansada y polvorienta por el viaje y con el frescor de este día de primavera, sin duda fría. Una vez que te hayas bañado y hayas descansado, hablaremos más. Por ahora, doy gracias a Dios por tus acciones. Le debemos mucho.

Emmaline negó con la cabeza.

—No me debéis...

—Ven —dijo Marjorie, pisoteando sus palabras—. Te llevaré a una cámara para que puedas descansar. —Se volvió hacia la torre del homenaje.

Keir levantó una ceja, se inclinó cerca del oído de Emmaline.

—Parece que has hecho una amiga.

Si eso fuera cierto, Emmaline saborearía tener un confidente, alguien a quien recurrir, a quien revelar sus miedos más profundos. Con Fenton como hermano, esa nunca sería Marjorie, ni nadie dentro de este castillo.

—¿Y cómo está el pequeño? —preguntó Keir mientras caminaban, el orgullo impregnaba su voz.

Un brillo de pura alegría invadió a Marjorie. Sonrió.

—Amamanté a Hughe poco antes de que llegaras. Ahora está profundamente dormido Y no lo vas a despertar.

Keir se puso la mano sobre el pecho.

—Me duele que digas eso. —Marjorie se rio y sonrió a Emmaline.

—Si se lo permitiera, Keir despertaría al pequeño de su siesta en un santiamén.

—Cómo no iba a hacerlo siendo Hughe mi primer sobrino. Tiene el pelo negro del diablo como su padre, pero está bendecido con la encantadora sonrisa y disposición de su madre. —Le guiñó un ojo a Marjorie—. Además, estoy en mi derecho de mimar al bebé.

Sus bromas dejaron dolor en el alma de Emmaline. Tener un hijo del hombre que amaba. Hasta ese momento no había contemplado la idea, pero el matrimonio de Marjorie con un rebelde era la prueba de que se podían dejar de lado las diferencias y, contra todo pronóstico, se podía encontrar el amor.

—¡Keir! —llamó una voz lírica de mujer desde detrás de ellos cuando llegaron a la puerta del torreón.

Una sonrisa atrevida iluminó el rostro del caballero. Se giró.

Intrigada, Emmaline se volvió hacia la puerta. Dentro de la entrada de piedra se encontraba una hermosa joven. El pelo color whisky enmarcaba un rostro manchado por la suciedad. Una gruesa capa protegía a la mujer del frío de principios de primavera. Las hierbas rebosaban de una cesta de mimbre que llevaba en el brazo y su sonrisa brillaba de amor.

—Llevaré a Lady Emmaline a su cámara —le dijo Marjorie. Keir vaciló—. Sería indecoroso que un hombre no saludara adecuadamente a su esposa a su regreso —se burló Marjorie.

—Sí, lo sería —respondió Keir—. Ten por seguro que será bien atendida. Marjorie, asegúrate de que le den una cámara especial digna de una mujer que le salvó la vida a Keylan.

Marjorie vaciló, frunció el ceño.

—¿Especial?

—La cámara dentro de la torre. —Keir le hizo un guiño a Marjorie—. Ahora nos vemos. —Con expresión ansiosa, Keir hizo una media reverencia y luego corrió hacia su esposa.

A Emmaline le dolía el corazón. Ser amada por un hombre así debía de ser maravilloso.

—Están verdaderamente enamorados.

Miró a Marjorie, vio con curiosidad como la inglesa esperaba su respuesta.

—Lo están —contestó. Era demasiado fácil perderse en emociones, en deseos que por ahora estaban fuera de su alcance.

Fácil y peligroso.

¿De verdad Marjorie no recordaba haberla conocido? ¿Era su ignorancia una actuación? No, ella no había captado ningún destello de engaño. Por ahora, por suerte, la mujer no recordaba nada.

—Ven —dijo Marjorie—, necesitas descansar, no charlas ociosas.

Pero la mirada curiosa que le lanzó la noble sugirió que se preguntaba muchas cosas sobre la circunstancia de Emmaline, incluso por qué Keylan la había traído a Escocia.

Con una plegaria para que el lapsus de memoria de Marjorie se mantuviera hasta después de que ella se hubiera marchado, Emmaline la siguió. Entró en el torreón detrás de la noble, vislumbrando a Keir cogiendo a su esposa en brazos y rodeándola. La risa retumbó en su voz mientras reclamaba su boca en un beso feroz y cariñoso. Sí, aunque pícaro, como sus hermanos, era un hombre que amaba profundamente.

Como lo haría Keylan si alguna vez superaba su desconfianza y entregaba su corazón a una mujer.

En silencio, acompañó a Marjorie a lo largo de los escalones en espiral. Incluso dentro de la inmensidad del castillo de Keylan, Emmaline sintió calidez, la sensación de que la gente de aquí se preocupaba de verdad por los demás. Pero incluso mientras los residentes le daban la bienvenida, su propia decepción la dejó helada.

Ascendieron al siguiente nivel y continuaron subiendo. Tras numerosos escalones, apareció a la vista una única cámara, su entrada forjada con fina artesanía y adornada con una elegancia que nunca se esperaría en un piso tan remoto.

Emmaline miró a Marjorie.

—Una puerta inusual.

—Lo es. —La inglesa sonrió—. Fue hecha para una mujer inusual. Keir ha dicho que tuvieras lo mejor. —Abrió la puerta, pero Emmaline no pasó por alto las ménsulas forjadas empotradas dentro de los paneles de roble tallado, ni el robusto trozo de madera apoyado contra la pared en la esquina, listo para asegurar a un prisionero si fuera necesario.

—No te encerrarán dentro —dijo Marjorie con una sonrisa—. Después de salvar la vida de Keylan, ni mucho menos.

Si supieran la verdad, su visita a esta habitación sería muy diferente. No, esta habitación no, en su lugar sería arrojada a las mazmorras de Keylan.

—Ven, seguro que estás cansada. —Marjorie entró.

Emmaline la siguió a su paso. Aunque la puerta insinuaba algo más que una habitación normal, no se había esperado la magnificencia que tenía ante ella.

Como un deseo concedido, la luz del sol se colaba por una única ventana arqueada, bañando la habitación con su resplandor iridiscente. Destellos de polvo danzaban juguetones en la franja de luz como conducidos por una mano invisible.

Contra la pared del fondo yacía una cama enfundada con una elegante colcha cosida a mano, su color una inusual mezcla de amarillo y plata. Cerca, una pequeña mesa estaba adornada con un peine de hueso intrincadamente tallado, un espejo con marco de marfil y varias joyas finas. En la pared más alejada colgaba un tapiz finamente elaborado con una escena de bosque, tejida con imágenes de hadas que asomaban por entre los quiebros de las hojas.

Abrumada por la inesperada belleza, Emmaline levantó la vista. Y se le cortó la respiración. Pintado en el techo había un grupo de hadas atrapadas en una alegre danza.

Las hadas...

Miró hacia el tapiz y de nuevo hacia arriba. Intrigante. Al principio, había creído que cada

una de ellas era única. Ahora, veía que el creador había pintado un duplicado de las imágenes tejidas en el tapiz, excepto que en el techo las hadas se revelaban al espectador en su totalidad, como si hubieran volado desde su escudo de hojas para jugar.

—Yo también quedé encantada cuando entré por primera vez en la habitación —dijo Marjorie, con voz suave, como si hablar alto fuera a romper un hechizo mágico. Emmaline la miró. Una sensación de extraña pertenencia la invadió, una rectitud que nunca había anticipado—. La cámara, las pinturas, todo... son verdaderamente maravillosos. Como lo era la mujer que una vez vivió aquí.

—¿Quién era? —La inglesa sonrió.

—La abuela de los hermanos. Una mujer a la que querían y que los quería mucho a cambio. Nunca la conocí, pero las historias que cuentan me hacen desear haberlo hecho.

—Es extraño —dijo Emmaline, insegura de si debía expresar sus pensamientos en voz alta.

—¿Qué?

—Es extraño, lo sé, pero me siento...

—¿Bienvenida? —terminó Marjorie por ella, la curiosidad marcando su expresión. Atónita porque le hubiese leído la mente con tanta precisión, Emmaline frunció el ceño.

—¿Cómo lo has sabido?

—Cuando entré por primera vez aquí, yo también sentí lo mismo.

Aunque hablaba con ligereza, Emmaline percibió una implicación que no entendía. Desde el otro lado de la cama, un destello de luz llamó su atención.

Sobre el robusto soporte descansaba un cuenco en cuyo interior había dos gemas partidas por la mitad. Se quedó boquiabierta.

Marjorie le tocó el brazo.

—¿Qué pasa?

Emmaline se frotó la frente.

—Debo de estar demasiado cansada. —Dejó caer la mano.

—Dímelo.

—En el cuenco, una piedra... —Emmaline dejó de hablar, insegura de cómo explicar su impulso de caminar hacia ella.

—Es una gema partida por la mitad, un ágata musgosa —le explicó Marjorie—. Se cree que posee la capacidad de hacer poderosos a los guerreros y escudarlos de aquellos que les harían daño. Keylan lleva su pareja en una cadena alrededor del cuello. —Una sonrisa se dibujó en su boca—. Un regalo que le hizo su abuela al nombrarlo caballero.

Emmaline recordó la piedra partida por la mitad que colgaba del cuello de Keylan.

—¿Y cuál es la otra piedra preciosa partida por la mitad?

—¿Otra piedra preciosa? —Marjorie rodeó la cama y se detuvo. Su rostro palideció. Emmaline se puso a su lado.

—¿Qué ocurre?

—Yo... —Dio un paso atrás, con una expresión atónita en el rostro—. Nada.

Algo iba mal, pero la inglesa no quiso contarle lo que la había alterado.

El aire rozó la mejilla de Emmaline, que casi dio un respingo. Se volvió, esperando encontrar que había entrado un sirviente. En cambio, salvo ella y Marjorie, la habitación permanecía vacía.

—¿Lady Emmaline? —preguntó la noble con voz cautelosa.

—No es nada —dijo ella, sintiéndose tonta. Se frotó los brazos—. Solo he sentido una brisa.

Silencio.

—La ventana está cerrada.

Tensa, Emmaline miró hacia allí. Efectivamente, la ventana estaba asegurada.

—¿Qué está pasando?

—No te preocupes. Es algo habitual en esta cámara.

Pero Emmaline oyó la inquietud de la otra mujer, volvió a sentir que algo iba mal. Una cálida sonrisa curvó la boca de Marjorie, pero los ribetes de incertidumbre empañaron su intento.

—Keylan te lo explicará cuando haya descansado.

Keylan. La realidad de por qué estaba en el castillo de Rivenlochs la golpeó. Los nervios la sacudieron mientras miraba alrededor de la asombrosa habitación, una cámara llena de amor, una habitación que pertenecía a una mujer a la que los hermanos amaban. Dado el mínimo tiempo que permanecería aquí, sería un error que se quedara en este lujo. No era la mujer que ellos creían que era. Tal vez le había salvado la vida a Keylan, pero la rectitud tenía poco que ver con su motivo.

La culpa hizo que Emmaline diera un paso hacia la entrada.

—Por favor, una simple cámara es todo lo que necesito.

—¿Las rarezas de la cámara te han molestado?

—No. —Emmaline miró a su alrededor, desgarrada—. No puedo explicar por qué, pero me siento a gusto aquí, más que en mucho tiempo.

—Entonces no habrá más discusión. —Marjorie levantó la mano antes de que Emmaline pudiera objetar algo—. Por favor, quédate. Y más después de salvarle la vida a Keylan. Sería un honor. —Una sonrisa se dibujó en su boca—. Keir dijo que te diera la cámara de la torre, una habitación que es especial. Te aseguro que todo en esta habitación lo es.

Las palabras de rechazo acudieron a los labios de Emmaline, pero una oleada de mareo la envolvió, borrando cualquier objeción. Se puso la mano sobre la frente. Estaba muy cansada. ¿Estaría mal quedarse aquí? La cámara era realmente hermosa.

—Estoy muy agradecida.

La preocupación oscureció los ojos de Marjorie.

—Después del viaje tan duro de estos últimos días, estarás agotada.

Como debía de estarlo Keylan. Había rechazado que un sanador la viera; tenía que descansar.

Marjorie se dirigió a la puerta.

—Hay un cuenco con agua y un paño en un atril a tu lado. Después de que te bañes, haré que un sirviente te traiga estofado para alimentarte un poco hasta que cenemos.

—No, por favor —dijo Emmaline, repentinamente agotada—. Solo deseo descansar.

—Te dejaré entonces. —Marjorie vaciló, frunció el ceño—. ¿Está segura de que no nos conocemos?

—Sí. —La mentira resonó en el silencio de la habitación, alimentando el sentimiento de culpa de Emmaline. Realmente le gustaba Lady Marjorie, y así había sido desde su primer encuentro en la corte del rey Eduardo. Pero revelar la verdad acarrearía nefastas consecuencias.

La inglesa señaló la habitación, que estaba preparada con leña.

—Puedes romper el ayuno por la mañana en cuanto te despiertes. Al menos, enviaré a un sirviente para que encienda el fuego.

Un escalofrío la recorrió y Emmaline se frotó los brazos.

—Gracias, un fuego sería de agradecer.

Marjorie hizo una pausa, como si fuera a decir algo más, y luego, con un movimiento de cabeza, salió de la cámara.

El suave ruido metálico de la puerta al cerrarse reverberó por toda la habitación. Durante un breve instante, el pánico se apoderó de Emmaline, como si hubiera oído el raspar de la madera, el ruido sordo de una barrera cerrarse. No. Marjorie no la encerraría. Era su propia culpa la que alimentaba un pensamiento tan desesperado.

Con un bostezo, Emmaline se volvió hacia la cama, pero se encontró con su mirada atraída por el cuenco. Extrañada, mientras lo miraba fijamente, el ágata musgosa parecía brillar.

Inquieta, Emmaline miró alrededor de la cámara, pero no vio nada más fuera de lo normal. Le vinieron a la mente las palabras de Marjorie de que Keylan le explicaría la singularidad de esta habitación. ¿Qué había en esta cámara que ella debiera saber? ¿Estaba embrujada? Una sonrisa se dibujó en su boca. No, no era más que su mente extenuada conjurando pensamientos que de otro modo no consideraría.

Mientras continuaba mirando fijamente el cuenco, como atraída por una fuerza que no podía definir, se encontró a sí misma caminando hacia él. A cada paso que daba, la sensación de paz se hacía más fuerte, un consuelo tan profundo que le llegaba al alma.

Nunca le gustaron las reflexiones triviales, quería reírse de la tontería de todo aquello, pero por extraño que fuera, este momento parecía inspirarle pensamientos caprichosos.

En el borde de la mesa, se detuvo. Enmarcada en una capa exterior incrustada de oro, el centro de la gema partida por la mitad era de un blanco lechoso, impregnado de lo que parecían espirales petrificadas de musgo.

El ágata musgo.

A su derecha, yacía otra gema. Intrigada, cogió la única redonda partida por la mitad, la rugosidad de su exterior era similar a la del ágata musgo, pero las similitudes terminaban ahí. En su interior, un estallido de color se extendía desde un verde pálido hasta un profundo tono oliva dentro de su centro. Era como si la gema estuviera presa de la agitación.

¿Por qué había palidecido Marjorie al ver el contenido del cuenco?

Emmaline devolvió la piedra verde oliva a su sitio. El ágata musgosa fue lo que realmente captó su interés. Levantó la gema partida por la mitad y la acunó en la palma de la mano.

Un suave pulso de energía pareció irradiar a través de ella; la gema se calentó sobre su piel.

¡Madre mía! A Emmaline casi se le cae el ágata musgosa al volver a colocarla en el cuenco. ¿Qué estaba ocurriendo?

La luz del interior de la gema empezó a desvanecerse.

Se frotó los brazos y dio un paso atrás. No había sentido nada. Ningún calor, ningún cosquilleo se había extendido por su cuerpo. Nada más que la fatiga guiaba sus pensamientos, que una sólida dosis de descanso curaría.

Sonó un ligero golpe en la puerta.

Con el pulso acelerado, se giró hacia ella, insegura de lo que le esperaba al otro lado.

—Entre. —Esta se abrió. Entró un muchacho de unos diez años con un mechón de pelo castaño embarrado. Hizo una enérgica reverencia.

—Mi señora, vengo a encender un fuego.

Exhaló un suspiro tembloroso.

—Por favor.

El chico sacó un pedernal y un cuchillo y se apresuró a completar su tarea. En unos instantes, las llamas cobraron vida y engulleron lentamente la yesca antes de prender los troncos más grandes.

El muchacho dio un paso atrás.

—¿Necesitaba algo más, mi señora?

—No. Muchas gracias.

Con una nerviosa reverencia, se dio la vuelta y se apresuró a salir.

El crepitar del fuego resonó dentro de la cámara, el rico aroma de la madera impregnando la habitación. Más que preparada para dormir, se lavó rápidamente y luego se tumbó en la cama, agradecida por la comodidad, sonriendo al darse cuenta de que eran plumas las que rellenaban el colchón, no paja.

Con un suspiro, Emmaline echó un vistazo a las hadas pintadas en el techo, con los ojos cada vez más pesados. Se detuvo en el hada de pelo negro con el vestido verde musgo, sus alas de puntas plateadas se detuvieron en medio de un revoloteo al posarse sobre un frondoso cardo de puntas púrpuras. Como si fuera un truco de la luz, el hada le sonrió.

¿Había sonreído?

Emmaline intentó incorporarse, pero sus miembros, como lastrados por piedras, se negaron a obedecer.

El tintineo de la risa resonó a su alrededor, un suave sonido de gentil diversión. Su nariz fue cosquilleada por el tenue aroma de la lavanda.

La suave fragancia la tranquilizó; las risas silenciosas en el aire eran como escuchar el juego feliz de un niño. Verdaderamente en paz por primera vez desde antes de la muerte de sus padres, Emmaline cerró los ojos y cayó en el abrazo del sueño.



Keylan se impulsó hasta quedar sentado y el dolor lo recorrió entero por el movimiento. Se quedó mirando a Marjorie conmovido.

—¿Qué has hecho qué? —Neilan se puso inmediatamente al lado de su esposa.

—No te enfades con Marjorie. Con el alboroto de tu llegada, diciendo que Lady Emmaline te había salvado la vida, y con Keir diciéndole que le diera a Lady Emmaline la cámara de la torre, ¿por qué iba a poner a la muchacha en otro sitio que no fuera la habitación de nuestra abuela habitación?

¡Maldita sea!

—¿La intromisión de Keir ha causado esta confusión? —Su enfado subió de tono.

El humor brilló en la mirada de Neilan.

—Sí, pero ¿cuál es tu preocupación? Eres tú quien afirma que la cámara de la torre es solo una cámara, no una habitación que contiene magia.

¿Solo una cámara? Con ambos hermanos casados con mujeres que se habían alojado en la cámara de la torre a su llegada al castillo, la instalación de Emmaline allí no era cosa de risa.

Marjorie sacudió la cabeza.

—No era mi intención causarte ningún disgusto, pero no culpes solo a Keir. Incluso sin su insistencia, me habría sentido obligada a darle la cámara más lujosa. Y con Lady Emmaline ya instalada, sería impropio pedirle que se mudara, o que diera explicaciones.

—Sí —estuvo de acuerdo Keylan, pero la idea de que se quedara en la cámara de su abuela lo dejaba intranquilo.

Marjorie miró de su marido a Keylan, y luego frunció el ceño.

—¿Por qué presiento que se trata de algo más que de que Lady Emmaline se quede en la habitación de la torre?

Neilan la cogió de la mano y exhaló un profundo suspiro.

—No estamos seguros de la motivación que llevó a Lady Emmaline a liberar a Keylan.

Marjorie se aquietó.

—¿Creéis que trabaja aliada con Lord Tremont?

—No estoy seguro, pero si es así, lo averiguaré. —Keylan hizo una mueca, las heridas cosidas por la curandera le palpitaban—. Sean cuales sean sus motivos, al despertar, será trasladada a otra cámara.

No es que creyera que la habitación estuviera hechizada, o que la mujer que permaneciera en ella estuviera destinada a casarse con el hombre que la había llevado al castillo de Rivenlochs. Eso no era más que una superstición.

Marjorie se aclaró la garganta y dirigió una mirada nerviosa a Keylan.

—Hay otra cosa.

—Continúa —dijo Keylan.

—Se trata del cuenco de la cámara que contiene las gemas. —Alargó la mano para tocar la otra mitad de la azurita partida por la mitad de Neilan, un regalo que él le había hecho cuando se habían casado.

A Keylan se le erizaron los pelos de la nuca.

—Te refieres a la única gema.

Ella sacudió la cabeza.

—No. —Le temblaban los dedos. Dejó caer la mano a su lado—. Las vi. Había dos.

Capítulo 9

—¿D os? —preguntaron Keylan y Neilan al unísono.

Marjorie miró a su marido y luego a Keylan.

—Te juro que si no los hubiera visto a los dos, yo tampoco lo habría creído.

Keylan hizo una mueca. De las cuatro gemas originales, la única que quedaba en el cuenco era la otra mitad de su ágata de musgo. Sus otros dos hermanos ya estaban casados. La única otra persona que había recibido una gema partida por la mitad era...

¡No podía ser! Madre mía, tenía que verlo por sí mismo. Keylan bajó las piernas de la cama y se puso en pie. La habitación giró a su alrededor.

La determinación tensó el rostro de Neilan cuando se puso delante de él.

—No estás en condiciones de levantarte y moverte.

—Apártate de mi camino.

Neilan no se movió.

—Las piedras estarán allí mañana.

Marjorie se puso al lado de su marido.

—Si subes ahora, despertarás a Lady Emmaline. Está agotada y necesita descansar. —Los ojos grises lo miraban suplicantes—. Al igual que tú.

—Unas horas son poco tiempo de espera —añadió Neilan cuando Keylan vaciló—, para todos nosotros.

Maldición. Las razones que le daban Neilan y Marjorie para esperar hasta el amanecer tenían sentido. Además, si iba ahora a la cámara de la torre, parecería más un tonto que el señor del castillo.

Con una mueca, Keylan se acomodó de nuevo en la cama. Se encontró con los ojos preocupados de Marjorie.

—Describe la segunda gema partida por la mitad. —Al menos tendría eso.

Marjorie se mordió el labio inferior y luego miró a su marido.

¡Por todo los dioses!

—Dímelo —exclamó Keylan.

—La piedra preciosa —dijo en voz baja— parece ser la malaquita de Blair.

El impacto total de su significado lo golpeó. Keylan se puso en pie de un salto.

—¡No puede ser! —La habitación volvió a nublarse, pero él se concentró en Marjorie, en la imposibilidad de su afirmación. Aunque era adoptado, Blair era de la familia. El amor por él era tan profundo como si hubiera nacido de su sangre.

Neilan lo cogió del brazo.

—¡Necesitas descansar!

—Vuelve a tumbarte —le instó Marjorie—. Te vas a caer.

Keylan se soltó del brazo de un tirón.

—¡No hasta que sepa qué demonios está pasando!

Neilan sacudió la cabeza.

—Estoy tan disgustado como tú. Tras la muerte de Blair, la mitad dentro del cuenco que coincidía con la gema que llevaba al cuello desapareció.

—Lo sé —replicó Marjorie, frotándose con el dedo el costado de la bata—. Y cuando regresamos de la tumba de Blair, todos vimos el espacio vacío dentro del cuenco donde solía residir su gema partida por la mitad. Pero te juro que esta piedra se parece muchísimo a la misma que vi cuando me encerraste por primera vez en la cámara de tu abuela.

Keylan apretó el puño.

—Si de verdad la malaquita de Blair ha reaparecido, ¿por qué ahora?

Neilan hizo una mueca.

—Quizá lo mejor sería preguntar si desapareció alguna vez —Keylan hizo una pausa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si después de su muerte alguien se la llevó —explicó Neilan—, y ahora ha decidido, por la razón que sea, devolvérsela?

—Eso no tiene sentido. —Keylan exhaló un suspiro frustrado—. Es cierto que el guardia al que enviamos con el cuerpo de Blair desapareció cuando terminó de enterrarlo. Pero dudo que este reapareciera para devolver la piedra después de tanto tiempo. ¿Pero qué otra explicación hay?

Neilan le sostuvo la mirada.

—La magia de nuestra abuela.

Keylan emitió un gruñido de desestimación. Le servían de poco tales tonterías.

—Comprobaré si el guardia que enterró el cuerpo de Blair ha regresado. No creo que...

La puerta se abrió. Keir entró con Grisell a su lado.

—Es bueno verte levantado y... —Se detuvo, escudriñó a los que estaban dentro de la cámara y acercó a su esposa—. ¿Qué pasa?

—La gema de Blair —declaró Keylan—. Marjorie cree que la ha visto dentro del cuenco en la cámara de nuestra abuela.

El rostro de Keir palideció.

—No es posible.

—Normalmente, estaría de acuerdo —dijo Neilan mientras daba un apretón reconfortante a la mano de su esposa—, pero Marjorie vio la gema de Blair antes de que desapareciera. No me cabe duda de que la reconocería si la volviera a ver. —Grisell frunció el ceño.

—Si es así, es extraño que su gema aparezca ahora.

—No es extraño en absoluto cuando hay magia de por medio —dijo Keir, relajándose un poco.

—Podría estar relacionado, de alguna manera, con la desaparición del guardia que enterró a Blair —afirmó Keylan, prefiriendo esa explicación lógica. Pero la referencia de su hermano menor a su abuela, a la noción de que ella estuviera ejerciendo su influencia desde el más allá, se instaló en su mente.

Apartó los pensamientos perturbadores y, en su lugar, se centró en el muchacho que su familia había adoptado hacía tantos años y que había muerto trágicamente el otoño pasado. Le dolía el recuerdo, una tristeza que solo los años aliviarían.

¿Qué significaba la reaparición de la malaquita partida por la mitad de su hermano adoptivo? ¿Estaba vivo? No, todos habían visto la tumba donde el guardia había enterrado su cuerpo. Aun así, Keylan no podía quitarse la duda de encima.

—¿Crees que el guardia que desapareció después de enterrar a Blair se la llevó —, preguntó Keir con una mirada de pura incredulidad—, y que ahora ha decidido que es un buen momento para devolvérsela?

—Sí que suena descabellado —convino Keylan.

—Así que —intervino Neilan con un brillo en los ojos—, nuestra abuela ha añadido la malaquita de Blair al cuenco de su cámara.

Keylan fulminó con la mirada a su hermano mediano.

—No hay ninguna conexión con nuestra abuela ni con ningún otro hechizo. —En su mente, hacía tiempo que la broma había seguido su curso. Se acercó a la ventana, con un martilleo acumulándosele en la nuca. Miró al cielo, donde la noche iba sofocando poco a poco los últimos restos del día. Por todos los dioses, este nuevo giro no tenía ni pizca de sentido.

—Hasta que no vea la mitad de malaquita por mí mismo —afirmó Keir a su espalda— no creeré que es de Blair.

Keylan se volvió, haciéndole un gesto a Marjorie para que se apartara cuando le indicó que se sentara.

—Hasta que Emmaline despierte y podamos inspeccionar la cámara de la torre, no tendremos más respuestas. —Se le secó la garganta. ¿Y si efectivamente se trataba de la malaquita de Blair? Había creído haber superado lo peor de su dolor, pero al pensar en su hermano, reconoció que la pena aún estaba muy viva.

Respiró hondo, captó un atisbo de interés en el rostro de su hermano menor.

—¿Lady Emmaline está durmiendo en la habitación de nuestra abuela? —preguntó Keir

con fingida sorpresa.

Keylan miró con el ceño fruncido a su hermano menor.

—Diré —continuó Keir, el humor en su tono aliviaba el ambiente sombrío que había dentro de la cámara—, que me sorprende que hayas colocado a la muchacha en la habitación de nuestra abuela. —Le guiñó un ojo a Neilan—. Con el hechizo a juego y todo eso.

—Idiota —gruñó Keylan—, fue tu intromisión la que puso allí a Emmaline.

—Emmaline, ¿eh?

Keylan maldijo mentalmente. Sabía que no debía caer en las burlas de Keir.

—Nuestro hermano sí parece inusualmente intrigado con la muchacha —incitó Neilan—. Me parece que nuestra abuela sí que tiene grandes planes para su nieto.

Keylan los miró a ambos con el ceño fruncido.

—No hay magia en esa cámara. —Entrecerró los ojos hacia su hermano menor—. La historia no es más que una cosa que inventamos para preocupar a Neilan cuando secuestró a Marjorie.

—Puede —convino Keir—, pero que yo me casara con Grisell después de que ella durmiera en esa misma habitación me parece más que una simple coincidencia. —Ante el silencio de Keylan, Keir guiñó un ojo a Marjorie—. Dime, ¿se fijó la muchacha en el ágata musgosa de Keylan que descansaba en el cuenco de nuestra abuela?

Neilan arqueó una ceja mirando a su esposa.

—Es una respuesta que yo también siento curiosidad por saber.

—Los dos tenéis un sentido del humor muy retorcido —espetó Keylan.

—¿Marjorie? —preguntó Neilan.

Ella asintió.

—¡Guau, hombre, lo hizo! —rio Keir.

—No significa nada —dijo Keylan con los dientes apretados.

—Así que por eso eres tan hosco. Pareces como una madre osa que protege a sus cachorros. —Keir hizo un gesto teatral con la mano—. Parece que nuestro chico está condenado.

Neilan rio entre dientes.

—Sí, parece que vamos a necesitar ir a buscar a un sacerdote dentro de poco.

—¡Ya basta! —afirmó Keylan—. No hay necesidad de ir a buscar a ningún sacerdote. En lugar de discutir tonterías como los hechizos, deberíamos centrarnos en conocer la verdadera razón de la aparición de Lady Emmaline en la puerta de mi celda la víspera antes de que yo fuera a ser ahorcado. —Al recordarles sus sospechas sobre ella, las sonrisas de todos los presentes en la cámara se desvanecieron.

Sombría, Grisell se encontró con la mirada de su marido.

—Me dijiste que Lady Emmaline liberó a Keylan del castillo de Breac.

—Lo hizo —contestó Keir—, pero no sabemos la razón ni mucho más sobre ella.

—¿No confías en ella? —preguntó Grisell.

Y ahí radicaba el quid de su problema. Keylan miró por la ventana, donde un piso más arriba Emmaline yacía dormida.

—No lo sé.



Marjorie estaba de pie junto a la ventana de la cámara, hipnotizada por los rayos de la luna sobre el fino velo de hielo que quedaba a lo largo de la orilla del lago, que brillaban como si fueran un delicado espejo.

Unos brazos fuertes la rodearon por detrás y tiraron de ella en un suave abrazo.

—Me desperté y me encontré con que nuestra cama estaba fría y tú te habías ido —susurró Neilan mientras mordisqueaba la curva de su barbilla—. Pensé que estabas amamantando a nuestro bebé, pero entonces te vi de pie entre los rayos de luna. —Le acarició con la nariz la sensible columna de la garganta—. ¿He mencionado ya que soy el caballero más afortunado del reino? Un hecho que probaré una vez que te tenga en cama.

Ella le dedicó una sonrisa, pero se le borró con la misma rapidez con la que había aparecido.

Neilan levantó la cabeza y la giró hacia ella. Frunció el ceño mientras la estudiaba a través de la franja de luz plateada.

—Estás preocupada.

—No puedo quitarme a Lady Emmaline de mi cabeza.

—¿Te ha amenazado? Por mi espada que...

—No, no es nada de eso.

—¿Entonces qué pasa?

Marjorie miró fijamente al cielo hilado por la luna.

—Cuando vi por primera vez a Lady Emmaline en el patio, yo... —Se volvió para mirarlo—. Creí conocerla.

Neilan se tensó.

—No lo habías mencionado antes.

—Porque no estoy segura de conocerla. —Exhaló un suspiro—. Con mis padres perteneciendo a la nobleza y la posición de Henry como Consejero del Rey Eduardo para Asuntos Escoceses, a lo largo de los años he conocido a tanta gente que sus rostros se desdibujan en mi cabeza. Pero cuando vi a Lady Emmaline, me pareció tan familiar...

—¿Le preguntaste si os habían presentado antes?

—Sí. Me dijo que no. —Ante la expresión pensativa de Neilan, la ansiedad recorrió a Marjorie—. ¿Crees que mentía?

—No puedo estar seguro, pero es que sabemos tan poco de ella. —Una mueca se dibujó en su frente—. Un hecho que Lady Emmaline ha utilizado en su beneficio. Desde el primer momento no le dio a Keylan otra explicación que la de que deseaba viajar a las Tierras Altas.

—Eso no tiene sentido —dijo Marjorie—. Sabemos que es inglesa; su forma de hablar, sus ropas y sus modales la delatan. ¿Qué otra razón la haría tan evasiva...? —Le tembló el pulso—. ¿Crees que ella en verdad conspira con Lord Tremont?

—No lo sé. —Neilan deslizó sus dedos por el antebrazo de su mujer para capturar su mano entre las suyas—. Sea como sea, debemos informar a Keylan de que crees conocerla.

—Aún no. Puede que me equivoque. Puede que su apariencia solo me recuerde a otra persona.

—No, yo...

—Antes de hablar con él —lo interrumpió Marjorie—, dame tiempo. Déjame ver si puedo recordarla. Sería un error arrojar más dudas sobre Lady Emmaline si realmente es una desconocida para mí.

Neilan gruñó.

—Sus propias acciones han invitado a crear esa duda.

—Cierto, pero ella liberó a Keylan. Estamos en deuda con ella por salvarle la vida.

—Dos días —dijo finalmente Neilan—. Si para entonces no recuerda nada, se lo diremos a Keylan.

Aliviada, asintió.

Su marido gruñó.

—Una cosa que hemos aprendido es que la muchacha es temeraria. Mientras Keylan, Keir y yo regresábamos a casa, la vi enfrentarse a Keylan sin vacilar.

Marjorie se quedó con la boca abierta.

—Es difícil de creer.

Una sonrisa se dibujó en un lado de su boca.

—Sí, un espectáculo único, sin duda.

—Demuestra que es una mujer fuerte.

—O una imprudente.

—O —dijo Marjorie—, una mujer que se siente cómoda tratando con hombres poderosos.

Neilan hizo una mueca mientras meditaba sobre esa posibilidad, y ella recordó que cuando había conocido a su marido, nunca había imaginado que se sentiría tan dichosa de estar con él. Al recordarlo, sonrió. Estaba lejos de sentirse intimidada por aquel feroz guerrero, un hombre

que la había secuestrado hacía un año, un hombre cuyo hijo yacía ahora dormido en una cuna en la esquina.

—¿En qué piensas? —refunfuñó.

—Que me siento bendecida por tenerte como esposo.

—Sí, tienes razón. —En un movimiento puramente posesivo, la estrechó entre sus brazos y la llevó a la cama aún despeinada por sus anteriores escarceos amorosos—. Y antes de que nuestro hijo despierte, es un hecho que voy a recordarte muchas veces.

Los recuerdos de los lugares que él había tocado, las cosas que le había hecho esa noche, hicieron que el calor la recorriera entera.

Con un gruñido, la tumbó en su cama.

Ella sonrió, y el fuego de sus ojos se convirtió en una llamarada feroz. Con un hábil movimiento, le arrancó el vestido transparente. Con las manos en las caderas, escrutó su cuerpo con una lujuria sin censura. Cuando reclamó su boca en un poderoso beso, los pensamientos de Marjorie sobre Lady Emmaline desaparecieron.



A través de la ventana de piedra tallada, los primeros indicios de la luz del día calentaban el cielo cubierto de nubes, arrojando majestuosos toques de púrpura en una estela entre gris y negra. Keylan ignoró la belleza del amanecer e hizo un gesto de dolor mientras subía a empujones los escalones que conducían a la habitación de su abuela. Las ridículas historias sobre hechizos y magia de sus hermanos eran absurdas.

Aun así, su curiosidad por ver las piedras dentro del cuenco de su abuela le había impedido conciliar el sueño. ¿La otra piedra preciosa era realmente de Blair?

Le dolía el corazón al pensar en la muerte sin sentido de Blair. Comprender el odio de su hermano adoptivo hacia los ingleses no podía disminuir su dolor por haber perdido al hombre que había amado.

Aquel día se repitió en su mente. Él y sus hermanos habían buscado en los bosques cercanos a Marjorie, entonces prisionera de Neilan. Al oír su grito en la lejanía, había cabalgado con fuerza, solo para toparse con Blair, ya muerto.

Una pena se agolpó en su garganta, el paso del tiempo había sido borrado, como si la tragedia hubiera ocurrido solo unos instantes antes. Blair nunca había aceptado que Neilan se hubiera enamorado de una inglesa. Leal a su país, a sus hermanos de espíritu, había intentado matar a Marjorie para salvar a Neilan de lo que Blair creía un error monumental.

Y había muerto en el intento.

La tristeza recorrió a Keylan por un hermano perdido. ¿Por qué no había percibido el odio de Blair hacia Marjorie antes de que fuera demasiado tarde? Aunque nadie lo había acusado,

como señor del castillo de Rivenlochs que era, había defraudado a su familia.

Curiosamente, tras la muerte de Blair, la media piedra que le había regalado la abuela de Keylan había desaparecido. Neilan y Keir creían que su abuela la había reclamado. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido con la malaquita, Keylan estaba seguro de que la magia no estaba implicada.

El eco de sus botas golpeaba la piedra, una cadencia sombría para sus inquietantes pensamientos. Apretando los dientes, se obligó a subir a la torreta, su cuerpo recordándole que necesitaba más tiempo para curarse. Keylan siguió adelante. Como que se llamaba Keylan que obtendría sus respuestas.

Cuando subió el siguiente peldaño, la puerta de la cámara de su abuela quedó a la vista. Se detuvo.

Parecía brillar.

No era más que la temprana hora, junto con su cansancio, los que estaban jugando con su mente. Se frotó los ojos y miró hacia arriba.

Fragmentos de luz solar atravesaban la oscuridad para iluminar la entrada, pero el aura mítica de hacía unos momentos antes se había desvanecido. Frunció el ceño. La puerta no había cambiado. Habría visto una imagen conjurada por el cansancio.

Las débiles llamadas de sus guardias haciendo la ronda y los revuelos de los habitantes del castillo al comenzar sus quehaceres diarios resonaban en el silencio de la torreta. El lejano repiqueteo de las ollas y los sonidos de limpieza procedentes de la torre del homenaje, situada más abajo, añadían normalidad al nuevo día.

Subió los últimos peldaños, dispuesto a acabar con esta hazaña, para luego centrarse en Liam. Sí, otro día, dos a lo sumo, y luego cabalgaría. Encontraría al traidor. Un hombre con el que había crecido, un hombre en el que había creído que podía confiar, y un hombre que había traicionado a aquellos a los que una vez había jurado proteger.

La ira tembló por todo el cuerpo de Keylan. Aprovechó la emoción; le serviría para desterrar cualquier estúpido pensamiento sobre Emmaline.

Llamó a la puerta. Silencio.

Con una mueca, abrió la puerta de un tirón, entró y se detuvo. Emmaline yacía enredada entre las sábanas, con su largo cabello dorado como el ámbar esparcido de forma desordenada para acunar su rostro en un revuelto. Una pierna pálida y esbelta asomaba entre el fino lino. Y su respiración brotaba en una suave cadencia de entre unos labios carnosos y suaves. Se le oprimió el pecho. Parecía un hada que hubiera bebido una poción encantada para dormir.

Se volvió hacia el cuenco.

Un destello de luz parpadeó desde su interior.

No era más que el reflejo de los rayos del sol. Disgustado consigo mismo por dejarse influir por los mitos, se dirigió hacia la mesita.

A varios pasos de distancia, aturdido, se quedó inmóvil.

Maldita sea, ¿era efectivamente la malaquita de Blair!

Con el pulso acelerado, avanzó, levantó la gema, luchando contra una tormenta de emociones. ¿Cómo había regresado? Se negó a creer la explicación de sus hermanos sobre la magia, centrándose en el guardia que había desaparecido. Si el caballero se la había llevado, ¿por qué la traería ahora de vuelta?

Una brizna de aire frío se arremolinó a su alrededor. Unas punzadas ondularon sobre su piel.

Abriendo los ojos de par en par, recorrió los aposentos de su abuela en un barrido lento y metódico. La puerta permanecía abierta tal y como él la había dejado. A través de la ventana, la luz del sol surcaba ahora el cielo en una rica mezcla de tonos que iban del púrpura al dorado. Pero salvo él y Emmaline, la cámara permanecía vacía.

Keylan miró hacia la cama.

Con los ojos cerrados, Emmaline permanecía de lado, su respiración uniforme indicaba que estaba en un sueño profundo.

Estudió la gema partida por la mitad de Blair contra su palma. Yacía fría contra su piel, sin emitir ni un destello, ni un parpadeo de luz. La magia no era más posible que la resurrección de un hermano muerto. La brisa que había sentido era creada por el viento que se precipitaba por la torrecilla del castillo, nada más.

Devolvió la piedra al cuenco junto a la otra mitad de su ágata de musgo. Inquieto, cruzó hacia la ventana, donde unos rayos dorados de sol tocaban ahora el lago, borrando la niebla que se había asentado en la superficie por el frío de la noche.

Con una exhalación, Keylan estudió la pequeña parcela de tierra dentro de los muros septentrionales del castillo de Rivenlochs donde yacía la tumba de Blair.

El dolor de su entierro resonó en la mente de Keylan. Él, junto con Neilan, Keir, Marjorie y sus hombres habían permanecido ante la tumba de Blair. Con las sombrías palabras del sacerdote, Keylan había arrojado un puñado de tierra sobre el fresco túmulo y había derramado lágrimas por la pérdida sin sentido de un hombre atormentado y descarriado al que había amado como si estuvieran unidos por la sangre.

Por mucho que quisieran creer que Blair estaba vivo, él y sus hermanos debían aceptar la verdad.

Blair estaba muerto.

El suave gemido de Emmaline, espeso por el sueño, lo hizo volverse hacia ella.

La colcha se había deslizado hacia abajo, dejando al descubierto la plena turgencia de sus pechos. Clavado en su piel sedosa, en la insinuación de las puntas oscurecidas expuestas con cada respiración, el cuerpo de Keylan se tensó de necesidad.

Arrugó la nariz, suspiró, e intentó apartar la mirada de la seductora vista. Aun así, la luz del sol perfilaba su esbelto cuerpo con una claridad que despertaba a la lujuria.

No podía apartar la mirada.

La suave plenitud de su boca se abrió. Se imaginó cubriendo sus labios, deslizándose por su exuberante cuerpo para saborear el gusto de su piel, la esencia de su feminidad. El deseo se agolpó en su interior, fragmentando el control que tanto le había costado conseguir.

Frunció. Los pesados párpados de Emmaline se abrieron despacio hasta abrirse del todo cuando lo vio. Tiró de la colcha hasta la barbilla mientras se incorporaba.

—¿Qué haces aquí?

Sus palabras, agitadas por el sueño, lo atravesaron de nuevo por culpa de la lujuria que lo agitaba.

—¿Qué crees? —exigió frustrado con Emmaline por condundirlo. Nunca antes había flaqueado su control.

Ella se humedeció los labios; él se concentró en la resbaladiza humedad.

—No deberías estar aquí.

Frunció el ceño intentando ocultar los sentimientos que ella le inspiraba.

—Serás trasladada este día.

La sorpresa, luego el pánico, se encendieron en su rostro.

—¿A dónde?

—A otra cámara. —El alivio parpadeó en su mirada, haciendo que su fastidio subiera otro peldaño—. ¿Creías que te trasladaría a mi cámara privada?

—Contigo nunca estoy segura.

—Un hecho a tener en cuenta.

Ella le sostuvo la mirada.

—No me intimidas.

—¿Intimidarte? —Una sonrisa irónica se posó en su boca. Lo que él quería inspirar en ella difícilmente era intimidación.

Emmaline inclinó la mandíbula.

—No tiene gracia.

—No, ni mucho menos. —Lo que ella le hacía sentir, desear, no era en absoluto cosa de risa.

Capítulo 10

Con el corazón latiéndole con fuerza, Emmaline se concentró en Keylan, que estaba de pie a un paso de distancia, con las manos en las caderas, los pies separados en postura de guerrero y los ojos ardientes. Apretó contra sí las sábanas, un patético escudo contra la mirada errante de este poderoso escocés.

El calor la recorrió al recordar su tacto, su beso destructor y su cuerpo musculoso apretado contra el de ella. Que Dios la ayudara si él la tocaba ahora.

Inclinó la barbilla y se concentró en el único hombre que nunca podría tener.

—Es indecoroso que estés dentro de mi cámara sin una acompañante.

Una seca diversión recorrió el hambre de su rostro.

—Es extraño que elijas ahora preocuparte por lo impropio. En las mazmorras, días atrás, no te importaba.

—Tu arrogancia me asombra. ¿O has olvidado que si no te hubiera liberado del castillo de Breac estarías muerto?

Apretó la mandíbula.

—No olvido nada, incluido el hecho de que has evitado explicarme por qué arriesgarías tu vida para salvar la mía. Nunca nos habíamos visto, ni somos parientes, y tú eres inglesa.

—Y medio escocesa.

—Sí —bromeó—. No nos olvidemos de eso ni de tu inexplicable razón para huir del castillo de Breac.

¡Era un arrogante fanfarrón! Con los ojos entrecerrados, se arrebujo en la colcha y se puso en pie.

—Desprecias a los ingleses. —Sus palabras eran cortantes—. No te culpo por ello, pero despreciar mi herencia escocesa no solo es una calumnia contra mí, sino también contra mi madre escocesa. Dime lo que quieras, pero esto último no lo toleraré.

Sus ojos la atravesaron, unos ojos que veían demasiado. La recorrieron, encendiendo fuegos de necesidad allá donde miraba, evocando recuerdos de sus sueños, en los que él permanecía desnudo ante ella, luego la tumbaba sobre su cama y se deslizaba dentro de ella con exquisito calor.

—Lamento que creas que despreciaría a tu madre, escocesa o no —dijo Keylan al fin, su profundo tono de voz resonando en la cámara—. Esa no era mi intención. Te pido disculpas.

Su disculpa la sorprendió. Demasiado consciente de su presencia, Emmaline dio un paso atrás.

—Acepto. Puedes irte.

Sus ojos volvieron a entrecerrarse.

—¿Me despides de una cámara dentro de mi casa?

—¿Despedirte? —¡Menudo arrogante!— ¡Te has colado en mi habitación mientras dormía! ¿O te entrometes en todas las cámaras de las mujeres solteras que hay dentro de tu castillo?

Los ojos verdes se volvieron tan negros como los del propio diablo.

—Recoge lo que sea tuyo.

—Eso tendrá que esperar.

—Yo... —Ella inclinó la barbilla.

—Por si lo has pasado por alto, estoy en un estado indecente en cuanto a la ropa se refiere. —Tan pronto como pronunció las palabras, deseó no haberlas dicho. La mirada de Keylan se oscureció, un potente recordatorio de que no solo era un guerrero, sino un hombre.

Un hombre muy viril.

Un hombre seguro de sus habilidades.

Un hombre seguro de que siempre dejaría satisfecha a una mujer. ¡Madre mía!

—decirlo que quiero decir... es que te marches para que pueda vestirme.

Dio un paso hacia ella como un depredador acechando a su presa.

—¿Me voy? —Su mirada se movió sobre ella con una insoportable y seductora lentitud antes de detenerse en su rostro—. Cuando quieres eres rápida para mandar a los que te rodean, mi señora.

Sintió un escalofrío. Tenía razón.

—No tergiverse mis palabras. Cualquier otro hombre no se habría atrevido a importunar a una mujer que está sola en su alcoba, y mucho menos a irrumpirla y darle órdenes.

—En eso tienes razón. Cualquier otro hombre en mi posición te habría metido en el calabozo hasta haber obtenido de ti la verdad de por qué le dejaste libre.

—¿Es un crimen desear viajar a las Tierras Altas?

—¿Es ese de verdad tu destino?

—¿Por qué iba a mentir?

—Dímelo tú.

Emmaline se ajustó la colcha contra el cuerpo y apretó las manos.

—Bien, entonces, si me consideras tan villana, llévame lejos. Retenme hasta que descubras la traición que crees que oculto.

Keylan acortó la distancia que había entre ellos, la conciencia arremolinándose dentro de la cámara como si fuera algo vivo, que respiraba.

—No me des órdenes.

—¿principio me estás dando tú órdenes a mí desde el principio? ¿O es —empezó a decir Emmaline, con la cólera adueñándose de sus palabras—, que solo tú, el gran conde de Grampton, el que tiene derecho a dar órdenes a quien le plazca, al margen de la justicia?

Keylan la cogió por los hombros.

—¿Justicia? —Su voz bajó hasta una calma peligrosa—. Una palabra extraña pronunciada en un reino donde el rey Eduardo dicta las normas y masakra a los que discrepan. Si hubiera sido tan justo como tu rey inglés, habría escapado de la celda, la habría cerrado y te habría abandonado dentro.

—Necesitabas que te ayudara a salir.

—No, eso te permití creer.

Ella se burló.

—Nunca lo habrías logrado solo. Tus heridas eran demasiado graves.

—De haber sido necesario, me habría arrastrado por el suelo hasta la conseguir la libertad.

—O muerto en el intento.

—Puede.

Y lo habría hecho. Ella tragó con fuerza.

—Me cansan tanto los hombres de tu calaña; hombres arrogantes que solo piensan en la guerra. —Hizo una pausa—. Quizá el error fue mío. Quizá nunca debí haberte liberado.

Tensó el agarre sobre sus hombros.

—¿Así que ahora me vas a castigar? ¿Es así como sofocas a los que se atreven a desafiarte? Si es así, no eres mejor que el rey inglés. Libérame.

—Tienes miedo. —No era una pregunta.

—No temo a ningún hombre.

—Sí, que me temes. Tu pulso acelerado no miente tan encantadoramente bien como tus labios. —Le levantó la barbilla—. Me deseas. Sin embargo, temes a un hombre que te hace sentir, un hombre que te hace anhelarlo en mitad de la noche.

Keylan se condenó él solo. ¿Por qué la acorralaba? La tenía tan cerca, con esos labios carnosos tentando los suyos y los ojos oscuros de deseo, no podía apartarse.

—No me haces sentir nada.

—Otra mentira. Esto —susurró él—, es real. —Cubrió su boca, caliente, dura, exigiendo una respuesta, saboreando la esencia de esta mujer a la que deseaba más allá de toda razón.

En lugar de devolverle el beso, Emmaline cerró la boca contra él.

Casi se echó a reír. Después de su apasionado interludio en la cueva, él conocía el calor de su interior, la pasión que ella se esforzaba por retener. Así que se burló hábilmente de su boca, le mordisqueó el lóbulo de la oreja, mientras la seducía de forma lenta con los dedos, rozando la

sedosa columna de su garganta hasta que su cuerpo se estremeció contra el suyo.

Ante el jadeo de ella, profundizó el beso en un acalorado asalto, utilizando la lengua y los dientes en su guerra sensual. Esperó su rebelión, que ella luchara por liberarse. En lugar de eso, Emmaline se rindió, total, completamente, la intensidad de su respuesta casi lo hizo caer de rodillas. Ni el beso dentro de la cueva, ni el que le dio sobre su corcel, podían compararse con este calor; una llamarada que podía devastar a un hombre en un santiamén.

Detrás de ella, la cama apareció a la vista, invitándolo a tumbarla sobre ella, a desnudarla y a hacer el amor hasta que el día se convirtiera en noche. Luego, durante las bochornosas horas posteriores, la satisfaría de todas las formas posibles solo para volver a empezar.

Nunca una mujer había evocado en él un deseo tan fuerte, ni siquiera Iuliana, la mujer que le había destrozado el corazón.

El beso de Emmaline era exuberante, inexperto y anhelante. Era inocente, no era suya para tomarla. Y nunca lo sería. Debía mantener su atención en la libertad de Escocia, en encontrar a Liam.

Los pensamientos sobre el traidor enfriaron su deseo.

Keylan la soltó. El rubor en el rostro de Emmaline y el deseo descarnado que había en sus ojos lo instaron a reclamar su boca. Pero si la tocaba, con las emociones en carne viva, cometería el más grave de los errores: haría el amor con ella. Y con ella mirándolo como si fuera un hada encantada, lo permitiría.

¿Hada encantada?

El pensamiento errante cortó la última de sus cavilaciones llenas de lujuria. Se separó y miró a su alrededor.

El polvo agitaba el aire en un furioso barrido salpicado de destellos de luz. Las hadas tejidas en el tapiz que colgaba de la pared parecían sonreírle.

¡Por todos los dioses! Su mente estaba cada vez más aturdida. Su abuela había tenido la segunda vista, y él había respetado su capacidad para prever el futuro, pero aquello terminaba ahí. La magia no era más que un cuento absurdo. Nada más que sus propias decisiones guiaban su vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emmaline, con los ojos muy abiertos, la voz áspera por el deseo.

—Nada. —Nada. Casi podía sentir cómo su cuerpo se perdía en el de la muchacha. Como si unas manos invisibles lo apremiaran a tocarla mientras visiones eróticas de ella, desnuda, perdiéndose en la pasión que los consumía, reclamaban sus pensamientos. Se frotó la frente, irritado consigo mismo por permitir que su mente conjurara semejante disparate.

Emmaline miró hacia la robusta mesa. Jadeó.

—La gema partida por la mitad vuelve a brillar.

¿Otra vez? ¡Por los dientes de Dios!

—No es más que un truco de la luz —gruñó, ignorando el hecho de que el cuenco artesanal

yacía entre las sombras.

—Pero...

—Volveré dentro de una hora —interrumpió, decidido a rectificar toda esta maldita situación—. Esté preparada.

La comprensión de lo que estaba pasando arrugó el rostro de Emmaline.

—Sé por qué quieres que abandone esta cámara. —Estudió la habitación con asombro—. Es verdaderamente lujosa. Pacífica. Y pertenece a alguien a quien amas. —Con la mano apretando la colcha contra su cuerpo, empezó a recoger sus cosas, pero a él no le pasó desapercibido su temblor—. Estaré lista para mudarme en cuanto regreses.

—Esta era la cámara de mi abuela.

Ella se volvió.

—Ya me lo había explicado Marjorie.

Keylan giró sobre sus talones y se dirigió a la salida. En el umbral de la puerta se detuvo.

—Mañana parto. Estaré fuera solo unos días. A mi regreso, te llevaré a las Tierras Altas.

—¿Te marchas tan pronto? —Él ignoró la conmoción que había en su voz y abrió la puerta—. Espera —llamó ella. Él se volvió.

—Una doncella te acompañará a tu nueva habitación en menos de una hora.

—¿Una doncella? Has dicho que venías ahora.

—Prepárate —dijo él, ignorando su pregunta. Keylan salió a grandes zancadas de la cámara.

¡Ese zoquete prepotente! Emmaline corrió hacia la puerta, se detuvo. ¿Qué haría si lo alcanzaba pillaba? No era como si él fuera a escucharla. Y si lo hacía, ¿qué le diría ella? El arrepentimiento la invadió. ¿Qué podía decirle?

La respuesta era sencilla: nada.

Frustrada, volvió a la cama. Con las rodillas temblándole, Emmaline se dejó caer sobre la delicada colcha. El recuerdo de su boca, el tacto de sus manos sobre ella, perduraban, pero no podía pensar en él ni en lo que la hacía sentir.

Keylan la dejaba aquí sola. No, sola no. Marjorie estaba en el castillo.

En vilo, se puso en pie, se frotó las manos sobre la piel de gallina que le erizaba la piel. La inglesa aún no recordaba dónde se habían conocido ni su nombre. Dada la aguda mente de Marjorie, con el tiempo, lo haría. Y leal a Keylan, una vez que recordara su encuentro, Marjorie le avisaría.

Emmaline soltó un suspiro tembloroso. Por su propia seguridad, debía marcharse cuanto antes.

Miró por la ventana hacia el cielo bañado por el sol. Si se daba prisa, podría escabullirse antes de que alguien se diera cuenta de que se había marchado.

Descartó de su mente cualquier preocupación por la criada que Keylan iba a enviar. Si la

mujer encontraba la cámara vacía, la sirvienta asumiría que había bajado a desayunar. Pasarían horas antes de que alguien se diera cuenta de que se había marchado. Centrado como estaba en su partida al día siguiente, Keylan ni siquiera sabría que ella se había ido.

Una vez tomada su decisión, se apresuró a vestirse. Con el amanecer llenando la cámara, se volvió una última vez para contemplar la habitación. Había pasado aquí una noche, apenas unas horas, pero por primera vez en años se había sentido bienvenida, verdaderamente descansada y segura.

El destello de luz procedente de un rincón captó su atención. Las piedras preciosas. El ágata musgosa partida por la mitad seguía brillando. Obligada, se acercó y pasó los dedos por la piedra lisa. La piedra de Keylan. Un dolor creció en su garganta.

En el poco tiempo que habían pasado juntos, él había tocado su vida, le había causado una impresión tan profunda que dudaba que alguna vez pudiera apartarlo de su mente.

Contra la lógica, contra todos sus instintos, él le importaba. ¿Cómo podía no hacerlo? Keylan era un hombre compasivo, un hombre decidido y un hombre que protegía lo que era suyo. La gente de su castillo lo respetaba, su familia lo quería. Los nobles abundaban por toda la tierra, pero pocos eran hombres admirables, pocos eran líderes. Lord Grampton guardaba el secreto por el que muchos nobles poderosos luchaban, pero nunca encontraban: era un hombre que amaba profundamente.

¿Cómo sería todo si él la amara? Tembló, estremecida por el pensamiento, más aún por el vacío que sentía en su interior, la desesperación por saberlo.

Durante todo el tiempo que lo había conocido, había intentado desechar ellos sentimientos que tenía por él, se había asegurado a sí misma que su forma de ser era demasiado dura, demasiado inflexible y centrada en la guerra.

Y había fracasado.

Una lágrima resbaló por su mejilla cuando la razón irrumpió en su mente. Que Dios la ayudara, se había enamorado de Keylan.

A pesar de su determinación de no hacerlo, a pesar de su comportamiento grosero en su alcoba y de su intención de que no le importara, él había burlado sus defensas, se había atrincherado donde la lógica no tenía asidero.

Su corazón latía con fuerza.

—Soy una tonta —susurró en el espeso silencio—. Me creía fuerte, que no necesitaba a nadie, y aquí estoy, amando a un hombre que está en desacuerdo con todo lo que intento conseguir.

Se frotó la cara, miró por la ventana hacia donde los fragmentos del sol de la mañana barrían la tierra en una caricia dorada. Un dolor le apretó la garganta. Como si fuera un día cualquiera. Un día para las esperanzas. Un día en el que vivían los sueños.

Emmaline retiró la mano y se dio la vuelta. No, los sueños no existían este día, solo el peligro.

Con el corazón dolorido, miró el cuenco por última vez. El ágata musgosa seguía brillando

como haciéndole señas. Aunque tal vez nunca tuviera a Keylan, ¿sería tan malo conservar una pequeña parte de lo que le pertenecía?

Antes de convencerse de lo contrario, Emmaline agarró la gema partida por la mitad. Un calor se arremolinó en su palma y una sensación de consuelo la invadió. Con el ágata musgosa guardada en el bolsillo, cogió su capa y se escabulló de la cámara.



Las llamas se apoderaron de la estancia, el calor llenó la habitación mientras Keylan asentía a sus hermanos.

—He enviado hombres a varios castillos escoceses explicándoles la estrategia del obispo Wishart para recuperar Escocia. Con el rey inglés centrado en la guerra contra Francia, trabajando para construir una alianza con los flamencos, e ignorante de la guía del obispo Wishart así como de la de los otros Guardianes de Escocia, tenemos la ventaja táctica para recuperar la libertad de Escocia.

—Sí —estuvo de acuerdo Neilan—. Y el corazón.

Keir dio un largo trago de cerveza a la mesa repleta de mapas desenrollados y luego dejó la copa.

—¿Cuándo esperamos tener noticias del obispo Wishart?

—Dentro de un mes como mucho —respondió Keylan—. Con los ingleses masacrando a todos los que le llevan la contraria, no podemos esperar más.

Neilan hizo una mueca.

—Contigo cojeando, sigo pensando que no es prudente que viajes mañana.

—¿Cojeando? —preguntó Keylan—. Mis heridas están bien curadas y yo...

—Has descansado poco —interrumpió Keir, con expresión dura—. Espera otro día, si no dos, antes de irte.

Keylan se puso en pie, ignorando el tirón de los músculos que se estaban curando.

—No esperaré más para encontrar a Liam. Ya ha disfrutado demasiado de su libertad.

—Bien —aceptó Keir—. Entonces iremos contigo.

—No. —Keylan dio un trago a su cerveza—. Permaneceréis aquí a la espera de noticias del obispo Wishart. O de cualquiera de los otros Guardianes. Debemos estar listos para luchar.

Neilan enarcó una ceja.

—¿Y tu marcha ayudará a eso? —Keylan dejó caer su copa.

—Tenemos un traidor entre nosotros.

—Sí. —Neilan apartó con fuerza la copa con su cerveza y se puso en pie—. Y aún me

cuesta creer que Liam nos haya traicionado.

—A mí también —coincidió Keir, poniéndose de pie junto a su hermano.

Keylan miraba fijamente las llamas, la traición de su amigo le desgarraba el alma.

—Si no hubiese presenciado su traición, es lo último que yo también habría creído. Fue duro escribir la misiva a Wallace para advertirle contra un hombre al que una vez llamamos amigo. —Levantó su copa, agitando el dorado brebaje que había dentro—. Pero la guerra cambia a los hombres, los convierte en personas irreconocibles.

Sonó un golpe en la puerta.

—Entra —ordenó Keylan.

Un hombre entró. Se detuvo ante Keylan e hizo una reverencia.

—Mi señor, vengo de parte del obispo Wishart. Le envía sus bendiciones y una misiva urgente. —Le pasó un escrito encuadernado en cuero.

—Gracias. —La tensión llenó la cámara mientras Keylan desataba la cubierta de cuero, sacaba el pergamino y rompía el sello. La piel raspó cuando lo desenrolló rápidamente y leyó las palabras escritas. Se quedó inmóvil. —¡Por Dios!

—¿Qué ocurre? —preguntó Neilan.

Atónito e incrédulo, Keylan levantó la vista. La noticia amenazaba los cimientos de los rebeldes.

—¡Wallace ha matado al sheriff inglés de Lanark!



Marjorie se paseaba por el paseo de la muralla al calor de la luz del sol matutino. Miró hacia la ventana de la torre de la habitación de la abuela de Neilan, la habitación donde Emmaline había dormido esta última noche, la misma en la que había residido al llegar por primera vez al castillo de Rivenlochs.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Había cambiado mucho desde su llegada, desde que Neilan la había raptado y encarcelado como su cautiva. El calor del amor la llenaba. Ahora ella y Neilan tenían un hijo.

Los rayos brillaban en la torre de roca, la piedra colocada para construir una defensa inexpugnable. Un escalofrío la recorrió y su sonrisa se desvaneció.

Como si se abriera una puerta en su mente, recordó que se encontraba en un opulento salón de baile del castillo del rey Eduardo con su hermano, Henry. De las muchas personas que él le había presentado, ella se centró en una.

Lady Emmaline Addicot.

Dios mío. Se le cortó la respiración. Emmaline era la hermana del vizconde de Tremont,

¡el noble que había encarcelado a Keylan y condenado a muerte!

Excepto que Emmaline había liberado a Keylan. ¿Por qué?

Una mano fuerte la cogió por el hombro; dio un respingo.

—No pretendía sobresaltarte —dijo su marido al girarla hacia él. Unos ojos afilados estudiaron su rostro. —Estás alterada.

Un eufemismo. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía.

—¿Tan nefastas son las noticias? —bromeó él.

Marjorie levantó la mirada para encontrarse con la de él. La preocupación llenaba sus ojos, pero también el amor, un amor que él le había dado cuando ella no esperaba otra cosa que la muerte. De eso hacía un año. Desde entonces, todo había cambiado.

Ahora, él era su marido, un hombre en el que podía confiar, un hombre al que amaría para siempre, un hombre al que nunca le ocultaría un secreto, por difícil que fuera de revelar.

—Dímelo.

Sus tranquilas palabras la inquietaron aún más.

—Se trata de Lady Emmaline. Sé quién es. —Luego se lo explicó en voz baja.

Neilan maldijo.

—Vamos. Debemos decírselo a Keylan.

Bajaron apresuradamente los escalones y se precipitaron hacia donde Keylan planeaba tranquilamente la guerra.

A su entrada, se volvió. Keylan se adelantó.

—¿Qué ocurre?

El silencio se extendió por la habitación.

Marjorie miró una vez a su marido, luego de nuevo hacia Keylan, y deseó equivocarse.

—Emmaline es la hermana del vizconde de Tremont.

Capítulo 11

—¡La hermana de Lord Tremont! —La indignación se apoderó de Keylan. Lo que él había imaginado como el secreto de Emmaline palidecía en comparación con la verdad.

Desde el principio ella le había mentado. Todo en ella había sido una actuación. Su miedo a Tremont. Su desesperación. Su necesidad de escapar. Ella le había tendido una trampa para que los traicionara.

Marjorie lanzó una mirada nerviosa a su marido y luego miró a Keylan.

—Cuando conocí a Lady Emmaline a su llegada al castillo de Rivenlochs, me pareció que la conocía. Le pregunté si nos habíamos visto antes, pero me aseguró que no me conocía.

—Ya —dijo Keylan entre dientes apretados, con la mente agitada por las cosas que la muchacha le había contado—. Estoy seguro de que sí. Cualquiera que fuera su parte en el retorcido complot urdido por su hermano, estoy seguro de que él planeó que yo desconociera sus lazos de sangre.

La expresión de Neilan se ensombreció.

—¿Cuál crees que es la intención del bastardo?

—Conocer los planes de los rebeldes. —¿No había sospechado Keylan que lo engañaba desde el primer momento? El guerrero que había en él la había mirado con desconfianza, pero sus apasionados interludios habían sofocado las advertencias de su mente, su deseo oscureciendo lo que un ciego podría haber visto.

Furioso, Keylan giró para marcharse. Casi chocó con Keir cuando este entró en la habitación, con el rostro marcado por la ira.

—Ha llegado un hombre con noticias inquietantes —declaró Keir.

—Parece que las noticias no terminan —espetó Neilan.

Keylan se puso las manos en las caderas.

—Cuéntanos.

—El hombre afirma que Lord Tremont ha acusado a Keylan de secuestrar a su hermana. —La indignación acuchilló el rostro de Keir—. Dime que Lady Emmaline no es la hermana del vizconde.

—Es cierto —respondió Keylan, odiando cada palabra—. Me he enterado del hecho hace solo unos minutos.

Keir frunció el ceño.

—¿Cómo? El hombre apenas se ha apeado de su corcel.

—Yo se lo he dicho —replicó Marjorie—. Hace unos años, conocí a lady Emmaline en un evento en el palacio de Westminster.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? —preguntó Keir.

Neilan atrajo a su esposa contra su costado.

—Nos lo ha dicho en cuanto se acordó.

Keir se frotó la nuca, concentrado en Keylan.

—Hay más. Tremont ha ofrecido una recompensa por ti, vivo o muerto.

Neilan resopló.

—Como si ese bastardo no lo hubiese querido muerto desde el principio. Estoy seguro de que lo único que lamenta es no haber ahorcado a Keylan mientras se pudría en su mazmorra.

—Por eso —dijo Keylan, abriéndose paso entre el embrollo de pensamientos que asaltaban su mente—, la reclamación de Tremont no es más que una farsa.

—¿Una farsa? —preguntó Keir.

—Sí —dijo Keylan—. La búsqueda del vizconde de su hermana está bien planeada. Los días que ha dejado pasar desde que Emmaline y yo escapamos eran para darle tiempo a ganarse mi confianza, así como información sobre la actividad rebelde. Ahora permite que el señuelo de la recompensa lo ayude a encontrarla, creyendo que la búsqueda lo conducirá a mí y a la información que ella ha obtenido.

Los ojos de Keir se entrecerraron.

—¿Es una espía?

Keylan no quería creerlo, buscó otra explicación, pero no encontraba ninguna.

—Con su lazo de sangre con Tremont y el hecho de que mantuvo su identidad en secreto, no puedo creer otra cosa. Pero si es de verdad una espía, ¿por qué no ha intentado sonsacarme información de los rebeldes? —Nada de esto tenía sentido—. Sea cual sea su intención, lo averiguaré. —Se dirigió a la puerta.

—Yo también me voy —dijo Keir.

Keylan sacudió la cabeza.

—No necesito tu ayuda.

Neilan caminó hasta situarse al lado de su hermano.

—Tendrás nuestra ayuda de todos modos. La traición de Lady Emmaline nos afecta a todos.

Keylan quería hablar primero a solas con ella, pero con la ira alimentando sus emociones, tal vez la presencia de sus hermanos le ofreciera cierta seguridad.

—Que así sea. —Keylan salió de la cámara con sus hermanos.

—¿Dónde está? —preguntó Keir mientras recorría el pasillo a su lado.

—Lo más probable es que esté dormida —respondió Neilan, a un paso de distancia y con Marjorie pisándole los talones.

—No, está despierta —dijo Keylan, la furia acariciándolo a cada paso. Dobló la esquina y subió furioso los escalones de la torre, con la traición de Emmaline calándole hondo.

La luz del sol se colaba por la ventana de la torre de arriba como una brillante promesa.

¿Promesa? No. Emmaline le había mentido desde el principio, cada uno de sus actos estaba planeado, llevado a cabo con engañosa precisión.

Excepto que ahora su farsa traición había terminado.

—¿Qué vas a hacerle? —La preocupación temblaba en la voz de Marjorie desde varios pasos atrás.

—¿Hacerle? —Keylan continuó subiendo los escalones, el golpe de sus botas resonando con fuerza—. Eso depende de ella. —Cuando esta vez le preguntara la verdad a Emmaline, que Dios la ayudara si mentía.

En la cámara de la torre, descorrió el pestillo de la puerta y empujó. La madera artesanal golpeó contra la pared al abrirse. Keylan recorrió con la mirada la habitación vacía.

Neilan se detuvo a su lado.

—No está aquí.

—¡Ya lo veo! —El estado impoluto de la habitación dejó a Keylan inquieto. Las sábanas de la cama yacían tensas, como si hubieran sido hechas por una mano firme, la habitación brillaba como si la hubieran limpiado con un trapo, el aire tenía un ligero sabor como si estuviera perfumado con juncos recién esparcidos, y la ventana permanecía abierta, derramando el calor del sol de la mañana en su interior. Era como si Emmaline no hubiera permanecido en la cámara la noche anterior.

Pero lo había hecho. Él la había visto, la había tocado y, de no haber pensado en Liam, habría hecho el amor con ella.

¡Maldita sea!

Marjorie pasó a su lado. Despacio, recorrió la habitación, se detuvo ante la ventana y se volvió.

—Puede que esté en la gran sala desayunando.

—Podría ser. —El instinto advirtió a Keylan de lo contrario.

Keir se acercó al cuenco que contenía las gemas partidas por la mitad y frunció el ceño.

—Keylan, tu ágata de musgo ha desaparecido.

La inquietud atravesó a Keylan mientras miraba el espacio vacío donde hacía solo unas horas había estado la cerilla de la gema partida por la mitad que llevaba al cuello.

—La muchacha se lo ha llevado —afirmó Neilan.

—Sí —asintió Keir.

Un centelleo procedente del techo llamó su atención.

Keylan miró a las hadas pintadas en lo alto, luego hacia el tapiz tejido donde las imágenes especulares de las *fey* se escondían entre los patrones.

No, los hechizos de amor no existían, sus elecciones labraban su futuro.

Entonces recordó su enfrentamiento con Emmaline esa mañana. El alivio lo invadió.

—Sé dónde está—dijo Keylan.

—¿Dónde? —preguntaron sus hermanos al unísono.

—Hice que un sirviente la trasladara a otra cámara. —Un detalle que había olvidado. Tampoco les informó de su anterior visita, ni de cómo había estado a punto de hacer el amor con ella. No necesitaba un recordatorio de su locura, sobre todo desde que ella había demostrado que no era de fiar.

—Aún no puedo creerlo. —El tono casi aturdido de Keir detuvo la rápida salida de Keylan. Su hermano menor levantó la gema restante partida por la mitad que tenía en la palma de la mano, una luz sombría brillaba en su profundo núcleo aceitunado. Keir se encaró con Keylan—. Es como dijo Marjorie, es la malaquita de Blair.

El dolor por su hermano menor resonó en el pecho de Keylan, en un lugar que ni siquiera las mentiras de Emmaline podían adormecer.

—La razón de su regreso debe esperar. Debemos encontrar a Emmaline. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Ella le diría la verdad o, que Dios la librase, la mandaría a la mazmorra hasta que confesara, ¡que Tremont fuera condenado!



Con el corazón palpitante, Emmaline se apretó contra la pared del establo, las ásperas tablas clavándose en su piel. La luz del día borró las sombras que necesitaba desesperadamente para escabullirse del castillo de Rivenlochs. Había planeado robar un caballo para concretar su huida. Ahora, tras varios retrasos y con el sol en lo alto, cualquier intento de salir aseguraría su captura. ¿Qué iba a hacer?

Emmaline apretó el ágata musgo partida por la mitad dentro de su palma, el suave calor era como un bálsamo tranquilizador para sus nervios agitados.

Un caballo relinchó detrás de ella.

Emmaline se puso en marcha. Necesitaba seguir concentrada en su huida, no pensar en Keylan. Que Dios la ayudara cuando descubriera que se había ido.

Miró hacia la torre. La ventana permanecía abierta, como si nada pasara, como si fuera un día cualquiera cuando era todo menos eso.

¿Se habría dado cuenta alguien de que había salido de su habitación? Si quería, podía deslizarse de nuevo dentro de la cámara de la torre. Una opción más segura con la luz del día iluminándola. Tras una breve espera, podría descender al gran salón y fingir que se había

quedado dormida. No, eso no funcionaría. Keylan había ordenado a un sirviente que fuera a ayudarla a trasladarse a otra habitación.

Una sombra apareció en la ventana de la torre.

Emmaline se quedó helada. ¡Keylan! Incluso en la distancia parecía un dios enfurecido. Madre mía, había descubierto que se había ido. Si Keylan sospechaba que intentaba escapar, el establo era el primer lugar que ordenaría registrar.

Oteó el patio. Con los hombres absortos limpiando sus espadas en la extensión cubierta de hierba, Emmaline se recogió el pelo bajo la toga y se ciñó la capa. Mantuvo la cabeza gacha y caminó despacio para no llamar la atención. El nerviosismo la recorría a cada paso, pero, por suerte, llegó al lado del edificio que estaba más cercano a la salida.

Sonó el eco de unos cascos. Un grupo de caballeros entraba al galope desde el pórtico. Varios guerreros que limpiaban sus espadas miraron hacia los hombres de la entrada antes de volver a su tarea. Dos guardias se dirigieron hacia la salida, se detuvieron frente a la abertura y siguieron hablando.

¡Bloqueaban cualquier posibilidad de huida!

Oteó el patio. La luz del sol saturaba el brillante cielo azul. Sería una tontería intentar salir ahora del castillo de Rivenlochs. Su única esperanza era esconderse hasta caer noche y rezar para que Keylan no la encontrara.

En el lado más alejado del patio, los niños blandían sus espadas talladas simulando estar en la batalla mientras sus madres lavaban la ropa cerca en tinas de madera. Un herrero calentaba de forma paciente una barra de hierro dentro de un fuego mientras esperaba a que brillara. En el patio exterior, los caballeros luchaban con agresiva determinación.

Todo le resultaba desgarradoramente familiar. A lo largo de los años había presenciado actividades similares en el castillo de Breac. Solo que ahora, cada tarea no era solo una rutina diaria, sino una preparación para la guerra. Los caballeros perfeccionando sus habilidades, el herrero fabricando un arma para matar y los niños practicando para la realidad a la que algún día se enfrentarían. Con el corazón oprimido, Emmaline se deslizó hacia el edificio que tenía ante sí.

La gruesa puerta de roble, asegurada contra las paredes de cantera, gimió cuando la empujó para abrirla. Entró y la cerró de un empujón, dando la bienvenida al escudo de la negrura.

No, negrura no.

Mientras sus ojos se adaptaban poco a poco al tenue interior, las velas parpadeaban ante ella. El inconfundible aroma de la cera de abejas matizado con un toque de incienso y mirra llenaba cada bocanada. Curiosa, dio un paso adelante, observó la losa del suelo salpicada de juncos frescos. Había entrado en la capilla.

La melancolía la conmovió. Una vez había creído que encontraría esperanza entre muros sagrados. Tras la muerte de su padre, Fenton le había permitido creer que podría elegir el camino de su vida. Pero solo eran unas mentiras urdidas para servir a su causa. Si su hermano pensaba casarla con el conde de Fallon para reforzar sus lazos reales, podía irse al infierno.

Las voces de los guardias resonaban desde el exterior; se acercaban cada vez más.

Con el corazón palpitante, se giró hacia la entrada. Iban a entrar.

Tenía que esconderse.

Guiada por la luz de las velas, echó a correr por el pasillo, bordeando los gruesos bancos de madera. Frenética, miró hacia arriba, donde encontró gruesas vigas asegurando el techo por encima. Si tan solo tuviera una cuerda por la que trepar, un cofre al que arrastrarse, algo, lo que fuera.

La puerta se abrió de golpe.

Emmaline se escondió bajo un banco de madera maciza y contuvo la respiración.

Unos pasos golpearon el suelo sagrado.

—¿Ha entrado una mujer hace unos momentos? —La ominosa demanda de Keylan resonó en toda la capilla.

El miedo la desgarró. Se apretó contra el suelo de tierra, todo su cuerpo temblando. Oh, por favor, Dios, ¡que no la encuentre!

—No estoy seguro, mi señor —dijo un guardia en el exterior—. Vi a una muchacha cerca de la capilla. Por un momento, miré hacia otro lado. Cuando me volví, ya no estaba.

Con el miedo agolpándose en cada uno de sus pensamientos, Emmaline rezó para que se marchara. Si Keylan se acercaba más adentro y se achaba, la vería. ¿Debía ponerse de pie y delatarse?

Keylan se paseaba de un lado a otro. El sudor le corría por la frente.

—¿De qué color era su pelo? —preguntó Keylan.

—Solo le eché un breve vistazo a la cara, mi señor, así que no podría decirlo.

Pero Keylan lo sabía: un lujoso ámbar dorado, un pelo que hacía que cualquier hombre quisiera tocarlo a toda hora.

—Vuelve con los demás —ordenó, dejando que sus ojos se adaptaran al tenue interior iluminado por las velas—. Terminaré de buscar aquí.

—Sí, mi señor. —Unos pasos rápidos resonaron dentro de la capilla mientras el caballero se alejaba a toda prisa. La puerta se cerró con un ruido sordo. El silencio, espeso, áspero e implacable llenó el vacío.

Con las manos en las caderas, Keylan recorrió la oscura cámara. La suave luz de las velas perfilaba los robustos bancos. Sin proponérselo, la fragancia del incienso y la mirra le hizo recordar su juventud. A la vez que había rezado mientras depositaban a su padre en las profundidades de la tierra, a las airadas palabras entre él y su padre antes de que muriera, y a un agravio por el que nunca podría disculparse, un agravio del que se arrepentiría para siempre.

Con la garganta seca, obligó a los recuerdos a esfumarse junto con cualquier lujuria que sintiese por la mujer que solo merecía su ira.

—¿Emmaline? —Su voz retumbó en el frágil silencio. Recorrió el juego de luces parpadeantes en busca de cualquier señal, cualquier sombra que la delatara—. Sé que estás aquí.

Las voces de sus hombres resonaron desde el patio exterior. Oyó que Keir llamaba a Neilan a gritos.

—¿Crees que no sé que te escondes en la capilla? —Nada.

Con metódica precisión, observó cada curva, cada pendiente del banco. Aunque la capilla permanecía en silencio, él percibía su presencia.

Dio otro paso adelante.

—Lamentarás haber intentado escapar.

Un crujido de ropa sonó a su izquierda. Entonces, una imagen oscurecida se arrastró desde debajo de un banco. Captó el contorno de su esbelta forma, un cuerpo por el que había ardido.

Dio un paso adelante, cortando cualquier vía de escape.

—No intentes huir.

Emmaline se puso de pie, frente a él, la pálida luz de las velas sobre ella en desacuerdo con el desafío grabado en su rostro.

—¿Huir? He venido a rezar.

La indignación de que ella se atreviera a mentirle le atravesó el alma.

—¿Ahora llamas así a esconderte tras el banco? —Ante su desafiante silencio, se abalanzó sobre ella, la cogió y la arrastró hacia él—. Estoy harto de tus mentiras.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—Yo...

Se inclinó hasta quedar a un palmo de su cara, lo bastante cerca como para oler su aroma de mujer, lo bastante cerca como para haber reclamado su boca. En ese momento, la odió por cómo le hacía sentir. Confundido. Excitado. Enfadado.

—Dime —siseó—, ¿cuándo ibas a contarme que tu hermano era el vizconde de Tremont?

Capítulo 12

¡L o sabía! Con su mano aprisionándola contra su sólido armazón, Emmaline miró fijamente a Keylan, furioso, aterrorizada por la indignación que había en sus ojos. Todo su cuerpo temblaba mientras su mente buscaba palabras para atemperar esa furia.

«Dile la verdad», susurró una voz en su mente.

Una risa histérica se agolpó en su garganta. Como si explicar que lo había liberado para vengarse de su hermano fuera a apaciguar a este escocés enfurecido.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Keylan.

—No ibas a decírmelo.

—Si te hubiera dicho que Fenton era mi hermano —dijo ella, asombrada de lo tranquila que sonaba su voz—, nunca habrías aceptado mi ayuda.

Keylan apretó los dientes.

—Dígame exactamente, *milady*, cómo me ayudaste.

—Te liberé.

—¿Liberarme? No, me liberaste de la celda de tu hermano, pero siempre permaneciste a mi lado, dejándome lejos de ser libre. —Se inclinó a un palmo de distancia de su cara—. Dime, ¿brindasteis tú y el bastardo de tu hermano después de idear este retorcido complot?

Ella ignoró su sarcasmo. Dadas las circunstancias, esperaba sus sospechas. Pero después de todo lo que ella y Keylan habían soportado, que él creyese que era una aliada de Fenton era lo que más le dolía.

Emmaline negó con la cabeza.

—No hay ningún plan. Como te he dicho, desprecio a mi hermano.

—Eres muy convincente, pero cualquier mentiroso que se precie sabe qué palabras utilizar para convencer de sus mentiras. Las vomita con la pericia de una experta. Dime —arremetió—, ¿cuánto te han pagado? O, mejor dicho, ¿qué te han prometido por tu papel en este depravado plan?

La ira, pura y afilada, la atravesó. Antes de que se diera cuenta de su intención, su mano salió disparada.

Keylan giró la cabeza; la bofetada furiosa en su mejilla resonó entre ellos.

Temblorosa, dejó caer la mano a su lado. El color rojo que teñía su piel le produjo náuseas. El agarre sobre ella se hizo más fuerte. Nunca antes había reaccionado con violencia, pero nunca antes había estado enamorada.

—¡Cómo te atreves a insultarme de esta manera!

—Y cómo te atreves tú a infiltrarte en mi casa, haciéndote la inocente para obtener información de los planes y escondites de los rebeldes con el fin de pasársela a los ingleses.

Estaba herida, aunque no sabía muy bien cómo describir el dolor que su acusación le provocaba.

—¿Me crees una espía? —Sus palabras temblaron por culpa de la emoción.

—¿Una espía? Mi señora —dijo él con fría precisión—. ¿Olvidas que vives en el castillo de Breac? ¿O acaso es que tu hermano, el vizconde de Tremont, ha jurado lealtad al rey Eduardo? —Los ojos verdes relampaguearon de furia—. No, creo que tu memoria está clara, al igual que tu intención.

Ella luchó por mantener las lágrimas, furiosas y frustradas, dentro de sus ojos y se sacudió para intentar soltarse de su agarre.

—Puedes desestimar el hecho de que soy medio escocesa, y el hecho de que he jurado no volver nunca al castillo de Breac, pero maldita sea, ¡escucharás lo que tengo que decir!

Arqueó una ceja desdeñosa, irritándola aún más.

Emmaline apretó la mandíbula.

—Nunca te traicionaría, jamás. Si quieres la verdad, bien. Te liberé como venganza a mi hermano. —Cuando sus ojos se entrecerraron, su explicación comenzó a salir a borbotones, los recuerdos derramándose por su mente con dolorosa claridad—. Al crecer, mi padre me prometió que podría elegir mi propio marido cuando fuese mayor de edad, pero murió y Fenton se convirtió en mi tutor. Había estado fuera en campaña sirviendo al rey Eduardo, pero a la muerte de nuestro padre, regresó. Justifiqué el desapego de mi hermano cuando regresó al dolor por la pérdida de nuestro padre.

Ante su silencio, ella se apresuró a continuar.

—Estaba inconsolable, pero Fenton me aseguró que nada cambiaría y que en el castillo de Breac siempre encontraría un hogar. Afligida, me aferré a sus palabras, creyéndolas ciertas, o... tal vez —se encogió de hombros—, es que así lo deseaba. Sea como fuere, mi hermano me pidió que supervisara la gestión de nuestro hogar ancestral. A cambio, juró que cumpliría la promesa de nuestro padre de que me casaría con el hombre que yo eligiese y que, el día de mi boda, recibiría una generosa dote. —Los dolorosos recuerdos se desvanecieron bajo la dura bofetada de la realidad—. Y tonta como era, le creí, hasta el día en que me desposó con el conde de Fallon, un hombre conocido por sus abusos a las mujeres, solo para reforzar sus lazos.

Pasaron los segundos, cada uno ahogado en un silencio ensordecedor mientras Keylan la estudiaba. Hizo una leve inclinación de cabeza.

—Un cuento finamente tejido. De hecho, algunos trozos podrían ser verdad.

Ella luchó por zafarse de su agarre.

—Libérame.

—Tu libertad la perdiste al engañarme. —Él tiró de ella hacia la puerta de la capilla.

El miedo, frío y vil, la atravesó.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—¿Hacer? —Él se volvió. La luz de las velas ametralló los duros planos de su rostro, esculpiendo sombras de oscura intención.

—No es prudente dar al enemigo la ventaja de saber demasiado.

—Después de todo lo que hemos pasado —susurró ella—, los riesgos que he corrido para salvar tu vida, dime, ¿parezco el enemigo?

—Sí.

Como si una espada le hubiese atravesado el corazón, su cuerpo se entumeció. Si él hubiera querido herirla, no podría haber hecho un trabajo más fino. Apartó la mirada, no quería que él viera sus lágrimas, ni que expusiera ningún signo de la horrible y desgarradora verdad.

Ella lo amaba.

Si él se enteraba de sus sentimientos, tendría en sus manos el arma definitiva.

Keylan la cogió por los hombros, la giró para que lo mirara, su dura mirada la desconcertó aún más.

—Dime, mi señora, ¿hasta dónde habrías llegado? ¿Qué habrías sacrificado para haber conseguido la codiciada información de los rebeldes para los ingleses?

—¡Te detesto!

Sus ojos bajaron hasta la boca de ella y luego parpadearon para encontrarse con los de ella. Una satisfacción masculina se instaló en su rostro.

—Creo que no. —Deslizó el pulgar por su labio inferior en una lenta caricia—. Si quisiera, podría tomarte aquí, ahora, y tú me dejarías.

Ella se puso rígida, furiosa por sentir el calor que solo él inspiraba. Avergonzada, humillada de que, incluso después de que él la creyera un peón de Fenton, ella pudiera desearlo, Emmaline cerró los ojos. Deseó que se marchara, que la encerrara en su mazmorra. Al menos así estaría a salvo de él.

—Abre los ojos.

Su áspera exigencia retumbó en ella. Por un momento se negó, luego, como si él hubiera lanzado un hechizo sobre ella, con dolorosa lentitud, obedeció.

Keylan se inclinó hacia ella.

—¡No!

Su boca cubrió la de ella, dura, hambrienta, exigiendo su respuesta.

—Ábrela para mí —le ordenó y profundizó el beso, atrayéndola contra él, la dureza de su cuerpo dejando claro que, por mucho que la despreciara, también la deseaba.

Su mente nadaba en un mar de confusión mientras un calor la recorría. Luchó por liberarse; una guerra librada y perdida.

Con un medio grito, lo aceptó, odiando su debilidad cuando se trataba de Keylan, maldiciendo la forma en que la hacía sentir, deseando su tacto y, vergonzosamente, más. Y su boca, madre maría, su gloriosa boca recorrió el contorno de su mandíbula mientras sus dedos rozaban su piel, demorándose en la curva de su capa hasta donde yacía la carne sensibilizada. Un estremecimiento de necesidad la desgarró por dentro.

Con un medio gruñido, apartó la capa. Con hábiles movimientos le abrió la bata.

Expuesta ante él, no sintió vergüenza, sino aceptación, como si el destino la guiara.

Y se dio cuenta de que, con Keylan, siempre sería así.

Sus ojos oscuros llenos de necesidad, ahuecó la curva de su pecho.

Su calidez, pura y ardiente, penetró directamente en su núcleo. Ella le sostuvo la mirada, deseaba observarlo. Al menos en este frente, por mucho que él lo negara, eran iguales. Vio el deseo en su rostro, en cómo su respiración se había vuelto rápida y superficial y el rubor que le subía por el cuello.

—¿Cómo es que me afectas tanto? —susurró. Sus palabras, crudas y potentes, despertaron sus necesidades.

—Yo... —La puerta tras ella se abrió de golpe.

Keylan soltó la mano.

El aire, fresco y borrascoso, abofeteó su carne desnuda. Mortificada por lo que había permitido, pues casi había dejado que la mancillara en este lugar sagrado, se subió la bata. Que Dios la perdonara, ¿cómo había podido olvidar que estaba dentro de una capilla?

Mientras Emmaline se tapaba con torpeza la bata, Keylan miraba hacia la entrada, su cuerpo estremeciéndose por el control que tanto le había costado conseguir.

Una ráfaga de luz perfiló la forma furiosa de su hermano menor junto con los hombros desnudos de Emmaline.

—Veo que has encontrado a la espía.

Keylan ignoró la pulla de su hermano, no esperaba menos, pero tampoco la toleraría.

—Déjanos. —No fue una petición.

Keir cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Para que puedas acostarte con la muchacha en tierra sagrada?

—Nunca traería tal vergüenza a nuestro hogar. —Palabras carentes de sentido cuando no había tenido intención de detenerse. Si Keir no hubiera interrumpido... Keylan murmuró una maldición, furioso consigo mismo.

Sí, la muchacha pagaría por su culpa, pero no aquí. Tampoco la invitaría a una mayor humillación.

—Déjanos. —La calma de su voz contrarrestaba con la agitación que sentía en su interior.

La boca de Keir se tensó. Durante unos segundos, permaneció en actitud desafiante. Luego dirigió una dura mirada a Emmaline, que ahora se cubría con su capa, antes de encontrarse con la

mirada de Keylan. Con un gesto seco de la cabeza, se dio la vuelta y se marchó. La puerta de la capilla aporreó a su paso.

Una apagada oscuridad los envolvió; el silencio infundió la capilla como un oscuro presagio.

Keylan se centró en Emmaline. El pelo despeinado, los labios hinchados por sus besos, parecía una mujer bien amada, una mujer a la que, en cualquier otra circunstancia, acabaría haciendo el amor.

Excepto que ella era el enemigo.

¡Maldita sea! Jamás volvería a engañarle. Las profundidades de su traición eran asombrosas. Se irguió hasta alcanzar toda su estatura.

—Antes, pensaba que eras una inocente —dijo, la ira bañando sus palabras—. Pero una inocente, por muy dominada por la pasión que esté, no se deshonraría en una casa de Dios. —Él había querido creer en su inocencia, algo que ella le había extinguido este día. Su rostro se volvió ceniciento—. Tampoco yo estoy libre de culpa.

—Como si tu admisión cambiara algo —siseó ella.

—¡Eres realmente un bastardo!

—Algo, mi señora, que harías bien en recordar.

—Keylan la cogió de la mano, la atrajo hacia él mientras se dirigía hacia la salida.

Como antes, luchó por liberarse.

Keylan la rodeó.

—La decisión de cómo abandonar la capilla depende de ti. Una palabra, el menor signo de lucha, y te ataré y te sacaré de aquí como a un saco de avena.

—¡No te atreverías!

La escrutó en un lento barrido, con la sangre caliente.

—En este momento, me atrevería a cualquier cosa, al diablo el decoro.

A través de su ira, él captó un destello de miedo. Bien, él quería que tuviera miedo. Su atracción por Emmaline era una maldición, peligrosa, un hecho que consideraba imperdonable. Sin decir una palabra más, la sacó de la capilla.



Las voces dentro de la gran sala se mezclaban con el ruido metálico de los platos y el ladrido errante de un perro. Keylan intentó concentrarse en el estofado que tenía delante, pero aunque el penetrante aroma de las cebollas, el venado y las hierbas se burlaba de sus sentidos, cada bocado sabía a polvo levantado por el viento.

A dos asientos de distancia, Marjorie dejó su copa y se concentró en el tallo.

—Todavía no puedo creerme que Emmaline esté aliada con Fenton. —Recorrió con la mirada a los caballeros que rodeaban las mesas y luego se volvió hacia Keylan—. Incluso después de reconocerla como hermana de Lord Tremont, no creo que haya participado en ningún plan para infiltrarse entre los rebeldes escoceses. En el pasado, durante el breve tiempo que hablamos, sus modales eran los de una mujer de buen corazón.

Keylan apartó el cuenco casi lleno, ignoró el pan sin comer que había cerca, se limpió la boca y tiró el trapo a un lado.

—Tal vez, pero la guerra puede cambiar a una persona. —con el paso de las horas, y tras haber conseguido calmarse, había descubierto que su enfrentamiento con Emmaline solo había suscitado más preguntas. Que se encontrara de acuerdo con Marjorie le dejó mal cuerpo. Se encogió de hombros—. Uno puede ver por qué Tremont la querría en su bando. Emmaline tiene la habilidad de convencer a los que la rodean gracias a su forma de hablar, que parece sincera, independientemente de la mentira que diga.

Neilan tragó un largo sorbo de vino, dejó su copa sobre la mesa con un estrépito y frunció el ceño.

—La muchacha no merece que estés preocupado por ella.

—Ella no significa nada para mí, salvo un enemigo capturado. —Y Keylan deseó que eso fuera la verdad. Desde que la había dejado en una cámara custodiada, su expresión devastada había rondado su mente. ¿Por qué no podía apartarla de sus pensamientos?

Pero él lo sabía. La genuina conmoción y consternación que había visto en sus ojos se negaba a abandonarlo. Y el reconocimiento de que, desde el principio, había habido una parte de él que creía en su inocencia.

Keir gruñó.

—¿Un enemigo capturado? ¿Es por eso que tenías a la muchacha medio desnuda cuando te encontré hace solo unas horas?

El rojo acuchilló las mejillas de Grisell.

Keylan no necesitaba que le recordaran su estupidez cuando se trataba de Emmaline. Murmuró una maldición.

—Si hubiera tenido ganas de cenar con —un lacayo...

Dos de sus guardias irrumpieron por la entrada sosteniendo a un hombre maltrecho. El silencio invadió la gran sala, solo roto por el crepitar de la leña.

La mirada de Keylan se clavó en el hombre que llevaban a cuestas.

—¡Es Bran! —Se puso en pie de un salto y las sillas de sus hermanos crujieron al levantarse. Las emociones lo asaltaron mientras caminaba hacia su caballero, un guerrero al que había visto por última vez luchando por su vida cuando los hombres de Tremont le habían tendido una emboscada a él y a sus hombres. Había creído que Bran había sido masacrado como tantos otros.

A un paso de distancia, se detuvo.

—Te creía muerto —ronroneó Keylan.

Una sonrisa sombría atravesó el rostro apesadumbrado del guerrero.

—Sí, al igual que los hombres de Lord Tremont. Y el traidor, Liam. —Asintió—. Cuando todos se fueron, me arrastré hasta un refugio junto a un arroyo. Con el paso de los días, con la bendición de Dios, me recuperé lo suficiente para viajar hasta aquí.

La esperanza inundó a Keylan. Uno de sus hombres había sobrevivido; A lo mejor alguien más lo había hecho.

—¿Alguien... alguien más ha sobrevivido?

El arrepentimiento palideció en el rostro del caballero. Tragó con fuerza, su silencio era un fiel reflejo del horror que había presenciado aquella noche, de la carnicería.

—No. —Sacudió la cabeza—. Soy el único.

Dios bendito. Keylan puso su mano sobre el hombro del hombre, su cuerpo temblaba. Miró a los hombres que los rodeaban.

—Todos lloramos por las vidas que hemos perdido, pero su sacrificio no será en vano. —Miró directamente a Bran a los ojos—. Os lo juro. De su sangre nacerá la libertad de Escocia.

Murmullos de acuerdo se elevaron por toda la inmensa cámara. En señal de saludo, uno a uno, los caballeros que llenaban la gran sala se pusieron en pie, con las espadas en alto.

El orgullo invadió a Keylan ante aquellos que lo rodeaban, aquellos que servían a Escocia y aquellos que la llevarían a la libertad.

—Mi señor —dijo su hombre—. Hay algo más. Se trata de Sir Liam.

Keylan asintió.

—Discutiremos esto en privado. —Con los recuerdos de aquella fatídica víspera ennegreciendo su mente, se encaminó hacia la cámara de guerra.

A ambos lados de Bran, Neilan y Keir lo ayudaron a avanzar. Los caballeros de la gran sala retrocedieron mientras estos avanzaban, despejando un camino sombrío.

La determinación llenaba a Keylan. Nada más que la sangre unía a su pueblo. Por un momento, en esta tierra desgarrada por la guerra, sintió esperanza, la creencia de que no solo los rebeldes lograrían recuperar la libertad de su país, sino que una vez que los gritos de batalla se acallaran, el pueblo de Escocia encontraría la paz.

El guardia abrió la puerta de la cámara de guerra cuando Keylan se acercaba. Entró, seguido por sus hermanos y el maltrecho caballero. El chasquido de la puerta al cerrarse resonó en el silencio.

Keylan encaró a su hombre. Copos de suciedad se adherían a su rostro, superpuestos sobre líneas de fatiga, testimonio del duro viaje de Bran para llegar al castillo de Rivenlochs.

—Dime —declaró Keylan.

—Mientras permanecía escondido cerca de la cabaña de Liam, recuperándome —explicó

Bran—, lo vi regresar a casa en varias ocasiones. Parecía maltrecho y magullado.

Keylan levantó las cejas, al igual que sus hermanos, sorprendido de que Liam se atreviera a regresar a cualquier lugar donde pudieran reconocerlo. Quizá confiaba tanto en sus lazos con Tremont que no temía a nadie. Si era así, era más tonto de lo que Keylan había creído.

—Parece que cree que su evidente lealtad al vizconde de Tremont le proporcionará protección —gruñó Neilan.

Keylan estuvo de acuerdo. Después de la traición de Liam, no debería sorprenderle la arrogancia de su antiguo amigo. Aun así, el hecho le roía las entrañas.

—¿Estaba su esposa en la residencia? —preguntó Keylan.

El caballero frunció el ceño.

—Es extraño, pero nunca la vi.

—Parece que es más inteligente que su descerebrado marido —espetó Neilan—. Si es que alguna vez fue inteligente.

Keir se cruzó de brazos.

—¿Dónde crees que está?

—Si Liam es listo —respondió Keylan—, la habría escondido por su propia seguridad. Pero tras las últimas decisiones tomadas, ha demostrado ser un necio. —Se centró en el caballero—. ¿Te ha visto?

—No —respondió Bran—. Siempre que estaba cerca, me mantenía oculto.

Keylan asintió.

—¿Liam estaba maltrecho y magullado?

—Sí, mi señor, y cojeaba. —Bran se encogió de hombros—. Una rareza que nunca pude comprender.

—No importa, puede ser por muchas razones —replicó—. Su sigilo y valentía nos serán de gran utilidad. —Keylan no quería que nada alertara a Liam de que había escapado de las garras de Tremont o de que aún vivía. Cuando el bastardo se enterara, sería la espada de Keylan contra su cuello. Se volvió hacia su maestro de armas, situado cerca de la puerta—. Reúne a un grupo de hombres. Prepáralos para partir.

—Sí, mi señor. —El maestro de armas se apresuró a salir.

Hizo un gesto con la cabeza hacia Bran.

—Un sanador se ocupará de tus heridas. Una vez que hayas comido, descansa.

—Gracias, mi señor, pero mis heridas están bien curadas. —El caballero se enderezó—. Yo también pediría acompañarlo. Sir Liam... —carraspeó y apartó la mirada, pero no antes de que Keylan captara la pena en los ojos del escocés.

—Lo sé —respondió Keylan, comprendiendo la ira del hombre. El caballero había perdido a un hermano aquel día. La traición de Liam no había dejado indemne a nadie dentro del castillo de Rivenlochs. Liam había entrenado una vez entre estos muros, cenado entre los hombres,

celebrado el nacimiento de muchos hijos de caballeros. No, Keylan no prohibiría a Bran que lo acompañara en su viaje para vengarse—. Reúne algo de comida. Luego, prepárate para cabalgar.

—Gracias, mi señor. —Con una reverencia, Bran abandonó la cámara, ayudado por dos caballeros. Un guardia cerró la puerta tras ellos.

Keir murmuró una maldición.

—Me sorprende que Liam se atreviese a volver.

Neilan enroscó la mano alrededor de la empuñadura de la daga asegurada a su cintura.

—Sí, el bastardo tiene las pelotas de un jabalí, pero también le despojaré de ellas.

—Liam es mío —afirmó Keylan.

Sus hermanos le sostuvieron la mirada y luego asintieron.

—Y cuando parta —dijo Keylan—, lideraré el contingente. Solo.

—¿Qué? —atronaron Neilan y Keir al unísono.

Con los ojos encendidos, Neilan dio un paso al frente.

—Por mi espada, no esperaré aquí como una doncella inquieta a tener noticias.

—No —replicó Keylan, cortando a Keir antes de que pudiera hablar. Asintió a su hermano menor—. Grisell ha dado a luz hace poco. Además de una esposa, ahora tienes dos niñas gemelas en las que pensar.

—Tener hijas o una esposa no me hace ser menos hombre —replicó Keir, frunciendo el ceño.

—Tampoco te quita la responsabilidad de asegurarte de que el castillo de Rivenlochs esté bien vigilado —afirmó Keylan—. Hasta mi regreso, permanecerás aquí y supervisarás a tu familia, además de encargarte de la protección de nuestro hogar. —Se volvió hacia Neilan—. Con el caos que siguió al asesinato del sheriff de Lanark, desconocemos el próximo movimiento de los rebeldes. —Hizo una pausa—. He enviado una misiva a Wallace advirtiéndole de la traición de Liam, y preveo que cualquier día llegará alguien con órdenes sobre nuestro próximo movimiento —dijo Keylan—. Hasta mi regreso, actuarás en mi nombre.

—¿Y qué hay de Emmaline? —preguntó Neilan.

¿Emmaline? ¿Cómo, siquiera por un momento, había podido olvidarla? ¿No fue sino esta mañana cuando la lujuria había asaltado su cordura, cuando había olvidado vergonzosamente su entorno y casi la había tomado en la iglesia?

—Me llevo a lady Emmaline conmigo —decidió Keylan.

—¿Eres un adicto? —atronó Neilan, la indignación mezclada con la incredulidad—. —Con los hombres de Tremont cerca, viajar ya será bastante difícil sin arrastrar a una muchacha que te expondrá a la primera oportunidad que se le presente.

—Es cierto —estuvo de acuerdo Keir. —Tendrás que atar su boca traicionera durante todo el viaje.

—Tengo planes para la muchacha —dijo Keylan—, que, te aseguro, bien merecen la

inconveniencia de su presencia. —Miró fijamente las llamas, con su furia ardiendo como el fuego—. Una vez que haya acabado con Liam, será Tremont quien pague.

—¿Cómo? —preguntó Neilan.

Una sonrisa tensó la boca de Keylan al imaginar la sorpresa del vizconde.

—Emmaline es ahora mi rehén, una cautiva que utilizaré como moneda contra Tremont.

Capítulo 13

El raspar del cuero y el tintineo de las espuelas acallaban los golpes de los cascos sobre la suave tierra, pero Emmaline oía cada paso, sentía el amontonamiento de los músculos, el pesado chapoteo mientras el corcel de Keylan se movía ágil a través del denso bosque.

El prisionero de Keylan.

Incluso ahora, horas después de que la hubiera sacado de la capilla, sus frías palabras atormentaban su alma. Había creído que Keylan la arrojaría dentro de su prisión una vez que se enterara de su lazo de sangre con Fenton. En lugar de eso, la había puesto bajo custodia dentro de una cámara amueblada con sencillez. Las mínimas piezas de su interior eran mucho más agradables que las de la húmeda celda que su hermano le había ofrecido a Keylan.

Recordando el cruel trato que Keylan había sufrido a manos de su hermano, suspiró y luego se cambió a una posición más cómoda.

—Estate quieto. —El profundo tono de voz de Keylan retumbó en la noche.

Intentó ignorar su presencia, la forma en que su espalda se amoldaba contra su pecho. Pero con cada paso de su corcel, ella se mecía de nuevo contra su musculoso armazón. Aunque no estuviera tan cerca de él, que cada respiración llevara el aroma de su olor masculino, dudaba que pudiera olvidarlo.

¿Cómo había podido permitir que Keylan entrara en su corazón?

—¿Cuándo pararemos a pasar la noche? —preguntó, negándose a pensar en él de forma peligrosa.

—¿Por qué lo preguntas? —La sospecha persistía en su voz.

—Has presionado a tus hombres durante horas.

Él gruñó.

—Son guerreros, hombres acostumbrados a arduos viajes.

—¿Incluso cuando están heridos? —Silencio—. No ha pasado tiempo suficiente para que sus heridas se hayan curado.

—Si tienes frío, te daré una manta.

Se negó a hablar del tema. Tan propio de un guerrero, y tan propio de un hombre honorable y terco que ponía la vida de los demás por encima de la suya. Aunque desconfiara de ella, era un hombre al que siempre respetaría.

Y, tristemente, amaría.

El aullido de un lobo resonó en la distancia, un sonido desolador.

Agotada por los desafíos emocionales del día, cerró los ojos y sucumbió a la tentación de apoyarse en Keylan. Él se tensó, pero a ella no le sorprendió. Desde que había irrumpido en su cámara diciendo que ella lo acompañaba, le había ofrecido poco calor.

Una suave brisa le rozó la cara, suave por la noche, rica en el aroma de la primavera. Un potente recordatorio del paso del tiempo y de que, con cada nuevo día, aumentaba el riesgo de que Fenton los encontrara.

¿Hasta dónde había ampliado su búsqueda su hermano? No se daría por vencido. La quería viva, era una garantía para asegurarse un poderoso lazo. En cuanto a Keylan, su captura estaba alimentada por la necesidad de su hermano de reforzar sus lazos con el rey inglés.

Con hábil destreza, Keylan guio a su montura a través del denso bosque.

Remolinos de nieve pertinaz se deslizaban sobre el suelo. Las extremidades repiqueteaban unas contra otras cuando el caballo de guerra se abría paso entre la maraña de zarzas.

Por mucho que el invierno se esforzara en reclamar su dominio, con la primavera sobre ellos, pronto aparecerían los brotes, luego las hojas se desplegarían sobre los miembros yermos, prueba de que la vida continuaba.

Y así debía ser para ella.

La vida la esperaba, una vida sin Keylan, una vida sin su amor. Detenerse en el vacío que tenía ante ella no le serviría de nada. A la primera oportunidad, debía escapar, viajar a la seguridad de su clan en las Tierras Altas. Excepto que ahora la tarea presentaba un desafío mayor.

Antes, ella y viajaban solos. Ahora, cabalgaban con un contingente de sus hombres. Cuando acamparan para descansar sus monturas, habría guardias apostados, hombres que conocían su conexión con Fenton, hombres que la observaban con desconfianza. Ella no encontraría ayuda entre ellos.

El caballo de Keylan tropezó, pero se detuvo. Desequilibrada, Emmaline jadeó, tratando de alcanzar la silla de montar.

Keylan rodeó la cintura de Emmaline con su brazo, atrayéndola contra él.

—Tranquila, muchacha.

Como si ella fuera a serenarse a su alrededor. Permaneció callada, concentrada en el viaje. Con cuidado, él guio a su corcel a través de un matorral de ramas cubiertas de nieve. No lo hacía para asegurarse de que ella estuviese a salvo, sino para evitar que escapara.

Al sentir la ligera presión de su mano contra su capa, sintió un latido sordo contra su costado, y luego calor.

¡La gema partida por la mitad de Keylan! Había olvidado que aún tenía el ágata musgosa.

¿La había sentido? Una pregunta tonta. De ser así, se la habría arrebatado del bolsillo.

Cuando Emmaline volvió a moverse contra él, por enésima vez desde que habían partido del castillo de Rivenlochs, Keylan se cuestionó su cordura al hacer que la muchacha cabalgara con él. Uno pensaría que saber que era su enemiga sofocaría su deseo. Pero a su cuerpo parecía

no importarle. Estaba duro como una roca y le dolía todo.

Keylan miró a su maestro de armas para informarle de que llevaría a la muchacha el resto de la noche, y luego cambió de opinión. Ella era su responsabilidad, un deber que no endilgaría a sus hombres. Aunque las acciones de ella los habían puesto en este retorcido camino, él terminaría el viaje Tal y como había pensado.

Oteó el cielo iluminado por la luna y luego a la mujer sentada ante él. El silencio de Emmaline no le engañaba. Comprendía bien cómo funcionaba su mente.

—Fracasarás.

Ella se puso rígida.

—¿En qué?

—En cualquier intento que tengas de escapar. —Cuando ella permaneció en silencio, él hizo un gesto a uno de sus hombres para que le pasara una manta.

Un guardia se la entregó.

—Mi señor.

—Gracias. —Keylan la envolvió con la manta. Ella volvió a tensarse.

—No tenía frío.

—Recuéstate contra mí. —Había empezado a temblar poco después de la puesta de sol. No es que ella lo admitiera. La muchacha era terca como una mula y el doble de intratable. Le estaría bien empleado si él la abandonara en las tierras salvajes sin nada más que su ingenio.

Aun así, por mucho que ella mereciera su desprecio, él se negaba a rebajarse a tal crueldad.

Obligando a sus manos a no demorarse, la envolvió con la manta y luego la atrajo contra él, sus curvas cálidas y suaves pegadas a su cuerpo. Hizo una mueca. Nunca podría interesarse por una mujer que le engañaba, una mujer en la que no podía confiar. Y si ella olía como todas sus fantasías, invocaba imágenes eróticas de ella desnuda en su cama, era el cansancio lo que desviaba su mente.

Emmaline se movió.

—Yo...

Apretó los dientes, rezando por mantener la cordura.

—A menos que estés dispuesta a admitir la verdad, no digas más mentiras.

Ella se retorció y lo miró fijamente.

—Para ser un señor muy respetado, te apresuras a condenar con mucha facilidad.

—Si no tuviera pruebas de tu engaño, estaría de acuerdo.

Su nariz se inclinó hacia arriba con desdén.

—¿Pruebas de mi engaño? ¿Aceptas mi lazo de sangre con Fenton como prueba de traición?

—¿Por qué debería creer que te negarías a ayudar a tu hermano?

Ella negó con la cabeza.

—Ya lo he explicado, Fenton me mintió, me había prometido que me casaría con el hombre que yo eligiera.

—Una mentira insignificante en una época en la que a las mujeres rara vez se les permite tal elección.

—Para ti tal vez, pero yo no fui criada dentro de las pautas normales de la nobleza.

De eso podía dar fe. Desde que se habían conocido, ella lo había desafiado en todos los frentes. Su falta de miedo al enfrentarse a la adversidad era admirable. Tampoco podía negar que estaba bien informada. Cualidades que él respetaba, pero que no cambiaban nada.

—Estamos en guerra.

Aunque las sombras enmarcaban su rostro, la ira era palpable.

—La guerra no es una razón para la injusticia, sino una excusa para aquellos que son débiles, como mi hermano, Fenton. Lo detesto por lo que ha hecho. Nunca más dictará mis movimientos. Eso se lo juro. —Sus ojos se entrecerraron—. Ni tú tampoco.

—¿Y en las Tierras Altas tendrás esa opción?

—Yo... —Emmaline se aquietó, luego miró hacia delante. Hasta ese momento, nunca se había planteado del todo su vida con el clan de su madre. Se había centrado en su huida, en procurarse la libertad. Había asumido que sería bienvenida entre ellos sin rechistar. Y una vez asentada, que se le permitiría la vida que eligiera.

Nunca había reflexionado más de eso.

Ahora, comprendía la insensatez de su creencia. Para asegurarse la protección del clan, debía respetar sus leyes, los dictados transmitidos por el jefe del clan. Y si esas decisiones incluían su matrimonio para procurar el bienestar del clan, que así fuera. ¿Y si el hombre elegido para que se casara con ella era brutal? ¿O si, después de todo, el clan de su madre la rechazaba?

El pánico la desgarró por dentro. Debería haber enviado una misiva con antelación, haber explicado a la gente de su madre sus circunstancias, haberles preparado para su llegada.

Con mano temblorosa, metió la mano en el bolsillo y apretó la gema partida por la mitad hasta que le mordió la palma. Ni siquiera había pensado en llevar una reliquia para demostrar su vínculo familiar. Emmaline tragó con fuerza. Ahora no tenía más que una plegaria.

Una nube solitaria se tragó la luna, sumiendo el bosque en una cuba de penumbra. La oscuridad se aferró a los miembros iluminados por los rayos de luna momentos antes.

—¿Emmaline?

Las lágrimas le quemaban los ojos.

—¿Por qué me acosas con preguntas? Da igual las respuestas que te dé, las considerarás falsas.

La desesperanza de sus palabras aturdió a Keylan. ¿Qué era lo que había agotado a la fuerte mujer de hacía unos momentos? Solo le había preguntado por su clan en las Tierras Altas. Entonces creyó comprender lo que pasaba.

—No tienes familia en las Tierras Altas.

—No te debo ninguna explicación.

—O —continuó él, sin inmutarse por su cortante respuesta—, si tu destino es cierto, no saben nada de tu existencia.

Silencio.

—Y tienes miedo.

—No temo nada.

Pero él oyó el pavor en su voz. Se armó de valor para no sentir nada, pero en contra de su buen sentido, su corazón se ablandó. Estaba luchando, no tenía a nadie a quien recurrir, nadie que la protegiera.

—Cuando lleguemos a tu destino —preguntó Emmaline—, ¿me liberarás?

La culpa le supo amarga en la boca. No, culpa no. Después de sus mentiras, se merecía el destino que él planeaba.

—¿Keylan?

Lord Grampton, resonó en su mente. Su dirección no debía invitar a la familiaridad. Quedaban varios días de viaje hasta llegar a las tierras donde vivía Liam. Y una vez que Keylan hubiera tratado con él, otros tantos días hasta la reunión privada que concertaría con Tremont, una reunión que anticipaba con gran placer.

Debería estar concentrándose en eso, encontrar alivio en que una vez que la entregara a su hermano, Emmaline estaría fuera de su vida. Lo último que debería estar haciendo era cavilar sobre las preocupaciones de su cautiva, lujuriosa y de lengua afilada.

—Me dejarás marchar, ¿verdad? —exigió Emmaline.

Guio a su montura alrededor de un tocón parcialmente cubierto de nieve.

—Estamos lejos de llegar a nuestro destino.

Ante su evasiva respuesta, Emmaline se volvió, necesitando ver su rostro. Las sombras la saludaron. Una sensación de fatalidad la invadió. Con la boca seca, se humedeció los labios. Si había un Dios en el Cielo, esperaba que se equivocara.

Tomó aire y exhaló.

—Prometiste escoltarme hasta las Tierras Altas.

—Lo hice —aceptó Keylan—. Pero eso fue antes de saber que eras la hermana de Tremont.

Capítulo 14

El miedo desgarró a Emmaline.

—¿Por qué importa que yo sea la hermana de Fenton? —Silencio—. ¿Qué? —preguntó ella, con la mente acelerada—. ¿Piensas utilizarme contra Fenton? —Una risa quebradiza salió de sus labios—. Te detesto.

—Mis razones no importan.

Sí importaban, pero Keylan no se las revelaría.

—¿Y qué hay de mi escolta a las Tierras Altas?

Los ojos verdes se le entrecerraron.

—Mi palabra de escoltarte a las Tierras Altas fue dada a una mujer que yo creía que guardaba secretos, pero no a una que esgrimía traición.

¡Era zoquete arrogante!

—¿Traición? ¿Y cuál de mis acciones habló de traición? Cumplí mi palabra y te liberé de tu sucia celda, te ayudé en tu huida del castillo de Breac y te atendí cuando apenas podías arrastrarte. —Hizo una pausa, luchando por controlar su temperamento—. Si alguien ha juzgado mal al otro, he sido yo, que creí que eras un hombre de honor.

—Mi decisión no está sujeta a debate.

Emmaline apretó la mandíbula en señal de desafío.

—¿Por qué? ¿Porque eres un hombre? O —continuó, malditas sean las consecuencias—, porque eres un poderoso conde rodeado de un contingente de hombres que obedecerán todos tus deseos. Espera, ya lo sé —prosiguió, furiosa—. Es porque soy medio inglesa. Sí, un maldito y horrendo crimen, la verdad.

El brazo alrededor de su cintura la atrajo con fuerza contra su pecho. Su boca se detuvo a un palmo de su oreja, su acción distaba mucho de ser la de un amante.

—No me pongas más a prueba, a menos que desees que te ate la boca y las manos y que te lleve en la grupa de mi corcel como si fueras un saco de avena olvidado.

¡Tenía el cerebro de una gallina bañada en barro! Emmaline abrió la boca para gritarle tal y se merecía, pero luego se contuvo. Por mucho que se mereciera un revés, si la ataba, acabaría con cualquier posibilidad de escapar.

Se obligó a relajarse contra él, satisfecha cuando su cuerpo se endureció contra el suyo. Aunque decía que la despreciaba, no podía negar que la deseaba, una realidad que debía restregarle.

A lo lejos, el suave retumbar de los cascos resonó en el bosque. Emmaline buscó al jinete

entre los árboles bañados por la luna, la tensión de cuerpo de Keylan filtrándose en el suyo.

Keylan emitió un suave silbido, retiró su espada y detuvo su montura.

Sus hombres lo siguieron.

Pasaron tensos segundos. El retumbar de los cascos aumentó. Como por arte de magia, proyectado en las volutas plateadas de la luz de la luna, apareció a la vista un jinete solitario que se abría paso con cuidado entre la maraña de árboles.

—Es Latharn —susurró un caballero.

—Sí —dijo Keylan, relajándose tras ella.

Momentos después, un fornido caballero se detuvo ante Keylan.

—Mi señor, los hombres de Tremont están acampados más allá del claro. A menos de medio día de camino. —Hizo una pausa.

—¿Cuántos?

—Al menos cincuenta, mi señor.

—¿Está el vizconde con ellos?

Emmaline oyó la furia apagada en la voz de Keylan, furia que luchaba por controlar. La idea de ver a su hermano tampoco la agradaba. Prefería enfrentarse a un lobo rabioso.

—No, mi señor —respondió Latharn—. No vi señales de Lord Tremont.

Keylan giró su caballo para enfrentarse a sus hombres.

—Cabalgaremos hacia el norte hasta el amanecer.

—Sí, mi señor. —Su maestro de armas cabalgó entre los hombres, transmitiendo la orden.

Keylan revolvió dentro de una bolsa. Sin previo aviso, aseguró una mordaza sobre su boca.

Emmaline alargó la mano, agarrando la tela.

Keylan la agarró de la muñeca y la atrajo con el brazo hacia su costado.

—No te daré la oportunidad de gritar. Intenta quitarte la mordaza de nuevo —susurró de forma feroz—, y también te ataré las manos.

Nunca expondría a Keylan ante Fenton, pero parecía que él dudaba en creerla. Bien, entonces, que pensara que había ganado. Si era tan tonto como para pensar que ella le obedecería, se merecía despertar y encontrarla muerta.

Frustrada, cansada de luchar con un hombre que agotaría a un santo, cerró los ojos y luchó por ignorar el tacto de lana sobre su lengua. Intentó descansar, borrar los pensamientos sobre él de su mente, pero mientras Keylan guiaba a sus hombres hacia el norte, lejos de cualquier posibilidad de ser avistada por su hermano o sus hombres, la tristeza se acumulaba en su interior hasta convertirse en un dolor constante.

Deseó que fuera posible retroceder en el tiempo hasta el momento en que habían llegado al castillo de Rivenlochs. Una vez que se hubiera asegurado de que Keylan estaba al cuidado de su familia, debería haberse marchado. Sabía que Marjorie acabaría acordándose de ella.

Pero se había quedado, había permitido que sus emociones la guiaran. Por mucho que Lord Grampton la despreciara ahora, por un momento dentro de la torre, había saboreado al hombre, sus deseos, sus anhelos, necesidades que habían coincidido con las suyas.

Con el corazón dolorido, se concentró en la noche, en el suave susurro de sus respiraciones que hacían contrapunto con el retumbar de los cascotes a su alrededor. Pero con cada inhalación, con cada golpe de estos sobre la tierra sembrada de pinos y hojas, lo deseaba más.

Emmaline cerró los ojos, deseó que llegara el sueño, horas sin sentido llenas de nada más que descanso. Incluso cuando el cansancio la invadió, persistieron las dudas de que pudiera encontrar algún respiro esta noche.



La lluvia, helada con el último sabor del invierno, golpeaba el rostro de Keylan mientras guiaba a su montura por el bosque. Espesas nubes bajas bloqueaban cualquier atisbo de sol. Un brillo de bruma se pegaba a sus pestañas mientras la niebla que tenía ante sí embadurnaba el paisaje azotado por las inclemencias del tiempo.

En la turbia penumbra de la mañana, contempló a la esbelta mujer envuelta en la manta que había ante él. Aunque Emmaline dormitaba, por su inquieto trasiego a lo largo de la noche, había dormido poco. Cuando él había levantado la capa para ver cómo estaba, ella había fingido dormir. Era un hombre muy versado en leer las acciones de una persona, así que la había calado enseguida. Una vez convencido de que había caído en un sueño más profundo, le había quitado la mordaza.

Si no la hubiera amordazado anoche, ¿habría pedido ayuda? Una parte de él creía que ella nunca los delataría. Pero por mucho que él quería tener fe en Emmaline, con sus hombres a su lado, se negaba a correr el riesgo.

El cansancio lo invadió. Se frotó los ojos y estudió su entorno. Después de conducir a sus hombres durante toda la noche, necesitaba encontrar un lugar para acampar.

Alcanzaron la cima de la siguiente loma. Envuelto en la espesa capa de niebla, un denso bosquecillo de abetos se extendía ante él. La inquietud lo recorrió como un viento mal alimentado.

Con el pulso acelerado, escudriñó el rodal de árboles, buscando cualquier señal de hombres, cualquier cosa que lo advirtiera del peligro, pero no vio más que sombras.

Levantó las riendas para instar a su caballo a avanzar y luego bajó la mano. ¿Por qué dudaba? Los hombres de Tremont yacían horas detrás de ellos. La niebla y el denso bosquecillo de árboles proporcionarían una excelente cobertura para proteger a sus hombres mientras descansaban, un respiro que necesitaban con urgencia. Nada más que el cansancio engendraba las preocupaciones en su mente.

Keylan hizo un gesto hacia los densos abetos.

—Levantaremos el campamento más adelante. —Los rostros cansados asintieron.

El orgullo le hinchó el pecho. Aunque exhaustos, sus caballeros perseveraron sin refunfuñar. A diferencia de los malditos ingleses, que se rendían ante la primera adversidad.

Una brisa se agitó a su alrededor, impregnada del pesado aroma de la tierra y el follaje descompuesto por el invierno. Guio a su corcel por la empinada ladera, sujetando a Emmaline contra su pecho. Su rostro era angelical mientras dormía, y a él le resultaba fácil detenerse en el barrido de sus pestañas, en la curva suave y llena de sus labios.

Si su decepción no se hubiera interpuesto entre ellos, la habría reclamado en su cama, habría disfrutado haciendo el amor con ella. Irritado por su debilidad cuando se trataba de ella, volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos.

Cuando se acercaron al rodal de árboles, guio a su corcel hacia el círculo de los robustos pinos.

Las puntiagudas ramas temblaban bajo el aleteo del viento.

Keylan refrenó su montura y levantó la mano; sus hombres se detuvieron. La inquietud que había sentido en la loma volvió, esta vez más fuerte. Oteó el bosque por delante, el muro de árboles a ambos lados, escuchando cualquier señal de otra presencia.

Unas alas aletearon. Un halcón voló desde la espesa ola de verde, con sus enormes alas desplegadas. La sombra del depredador onduló por el suelo con gracia antes de que el majestuoso pájaro desapareciera de la vista.

Pasaron los segundos. Nada más llenaba el aire que la brisa.

Emmaline se movió ante él. Con su aire dorado y ambarino agitado por el viento, parecía un hada desaliñada despertando de un hechizo.

Frunció el ceño, irritado por su compasión. Después de la dolorosa lección con Iuliana, era muy consciente de cómo podía fingirse la inocencia.

—¿Qué ocurre? —susurró Emmaline.

Volviendo su atención hacia el bosque, exhaló un profundo suspiro. ¿Mal? Ese era el problema: no estaba seguro. Después de las horas de duro viaje, debería estar ordenando a sus hombres que levantaran el campamento. Sin embargo...

—Mi señor —preguntó su maestro de armas—, ¿debemos desmontar aquí?

Keylan cedió a su intuición, instinto que lo había salvado muchas veces en el pasado. Sacudió la cabeza.

—Ordenad a los hombres que den la vuelta. Viajaremos más al norte.

—Sí, mi señor. —El maestro de armas repartió órdenes. En unos instantes estaban desandando el camino.

Mientras Keylan guiaba su corcel hacia la ruptura entre los árboles, la abrumadora sensación de presentimiento aumentaba.

—¿Por qué no hemos acampado? —La incertidumbre era patente en la voz de Emmaline, como si ella también presintiera que algo iba mal.

—Yo...

Los gritos se abalanzaron sobre el silencio, gritos ásperos enredados con furia. Hombres vestidos con cota de malla, ocultos tras los densos árboles, cargaron hacia la abertura, con las espadas desenvainadas.

El cuero raspó cuando Keylan retiró su espada.

—¡A las armas! —Su grito se fundió con el primer choque de acero—. Aguanta —le ordenó a Emmaline. Hizo girar su corcel y cargó contra el agresor más cercano, clavando su espada en los colores de Tremont blasonados en la sobrevesta del hombre.

El shock marcó el rostro del caballero. Se tambaleó hacia atrás, con el rojo manchando los robustos anillos de hierro de la cota de malla.

Emmaline jadeó.

¡Maldito! Deseaba evitarle los horrores de la batalla, pero ya no había remedio.

—¡Aguanta! —Keylan se volvió y se enfrentó al ataque del siguiente agresor con el tajo de su espada.

La espada del caballero cayó, pero este se agachó y recuperó una daga.

Antes de que pudiera lanzar el cuchillo, Keylan deslizó su espada por la garganta del hombre.

La sangre vital brotó a borbotones. El guerrero cayó al suelo con un gorgoteo impotente.

Otro guerrero cargó contra él.

El sudor corría por el rostro de Keylan mientras se abría paso a través del cuerpo a cuerpo, con Emmaline agarrándolo del brazo.

Otro caballero se abalanzó sobre él por el flanco.

Keylan se giró y recibió el golpe de la espada del atacante con la suya. Su mano tembló con el impacto.

El hombre volvió a blandir, falló. Emmaline gritó.

—Tranquila, muchacha. ¿Cómo podía no estar aterrorizada?

—A la izquierda —gritó.

Miró hacia su otro lado.

Otro guerrero cargaba hacia ellos.

Keylan empujó a su atacante más cercano hacia atrás, pateó su montura hacia delante y clavó su espada profundamente en el pecho del hombre. Tras liberarla, hizo girar a su montura, cargó y remató al otro caballero que luchaba por ponerse en pie.

Los segundos pasaron como si fueran horas, cada uno de ellos empañado por los gritos, el chirrido del acero y el hedor de la muerte. A su alrededor, la sangre manchaba la tierra como una lluvia melancólica.

Cuando su siguiente atacante cayó bajo su espada, Keylan hizo balance de sus hombres.

Sus caballeros hacían retroceder a los hombres de Tremont. Por el rabillo del ojo, captó a varios de los hombres del bastardo corriendo hacia los árboles.

—Se están retirando —gritó Keylan.

Surgieron vítores de sus hombres. Lucharon con más fuerza. La sensación de victoria llenó el aire.

Keylan siguió luchando, negándose a bajar la guardia, Emmaline se aferró a él y tembló de forma incontrolable mientras se ocupaba de su siguiente agresor, y luego siguió adelante.

Los caballeros de Tremont seguían perdiendo terreno. Por fin, con su número muy disminuido, los hombres del vizconde huyeron.

—No les permitáis escapar —ordenó Keylan. Sus caballeros los persiguieron, desapareciendo en el bosque.

Con el corazón palpitante, respiró hondo varias veces. La emoción de la victoria se desvaneció mientras escudriñaba la brecha entre los árboles llenos momentos antes de batalla. Varios de sus hombres yacían heridos, otros estaban tendidos en el suelo, inmóviles. Aunque habían ganado, el coste de la victoria, como en cada encuentro, era alto.

Emmaline temblaba entre sus brazos.

—Está bien, muchacha, la lucha ha terminado. —Pero no el coste. Como siempre, la pérdida de sus hombres lo perseguiría. Y ahora, ella también cargaría con las imágenes de la carnicería que había presenciado.

Los heridos graves serían llevados de vuelta al castillo de Rivenlochs. Debilitaría su fuerza, pero se negaba a permitir que hombres que habían luchado de forma tan valiente muriesen.

Con un suave gemido, se desplomó contra él.

—Emmaline.

Silencio.

Keylan miró hacia abajo, inmóvil. Una mancha de sangre cubría su brazo. Atónito, comprobó sus extremidades. No recordaba haberse cortado.

El pánico lo sacudió.

—¿Emmaline? —Un gemido salió de sus labios.

El corazón le golpeó en el pecho. Con suavidad, la giró y apartó la manta.

Su piel estaba pálida como la tela blanqueada por el sol, sus ojos aturridos al encontrarse con los de él.

—Yo... —Empezó a agitarse de forma violenta, luego los ojos se le pusieron blancos y se demsayó.

¡Dios santo!

—¡Poned guardias! —Ordenó Keylan a varios hombres que habían regresado—. Todos los demás, atended a los heridos. —Se tiró al suelo, levantó la vista y alcanzó a ver el tajo que le

cruzaba el lado opuesto de la cabeza. La culpa lo desgarró al recordar al atacante que lo había golpeado y fallado.

Excepto que no lo había hecho. Su grito no había sido de miedo, sino de dolor. Emmaline había recibido el golpe destinado a él.

Deslizó el pulgar por su mejilla.

—Emmaline, mírame. —Con debilidad, abrió los ojos.

—Déjame en paz.

Sus palabras, endurecidas por el dolor, lo golpearon como una flecha directa al corazón. Maldito fuera, era su deber protegerla.

—Voy a levantarte.

—No... —Ella respiró entrecortadamente—. Yo...

Sin soltarla, desmontó y luego la levantó hasta el suelo.

Ella gritó.

—Tranquila, muchacha.

—¿Mi señor? —dijo un caballero mientras se acercaba corriendo.

Keylan asintió a su hombre.

—Tráeme agua, rápido. —Su caballero se apresuró a ir a por ella. .

Maldición, aunque algunos de sus caballeros perseguían a los que habían huido, más hombres de Tremont podían estar cerca. Si los ecos de la batalla llegaban hasta ellos, los hombres del vizconde cabalgarían hacia donde estaban a toda prisa. Tampoco podía descartar la amenaza adicional si solo uno de los hombres de Tremont alcanzaba a su señor.

—Emmaline —, pronunció con palabras suaves, cargadas de preocupación. Ella gimió.

La culpa lo atravesó.

Unos pasos sólidos golpearon el suelo cuando el guardia regresó. Le entregó la bolsa de agua.

—Gracias. —Keylan la ayudó a sentarse y luego se arrodilló ante ella—. Voy a limpiar la herida —le explicó, inseguro de que ella pudiera oírlo a través del dolor, pero continuó hablando, para tranquilizarla, consciente de que hablar despacio eran tanto un bálsamo para él como para ella. Con mano temblorosa, vertió agua en un paño limpio. Con cuidado, frotó alrededor de la piel cortada, el color calcáreo de su cara contrastaba con el rojo de la sangre.

Ella gimió y empezó a apartarse.

Él la agarró con suavidad.

—Tranquila. —El corte era profundo. Había que coserlo y tratarlo con hierbas para evitar que se infectara. Había visto heridas peores, pero a hombres preparados para la batalla. No a una mujer criada entre algodones en la nobleza.

Tristemente acostumbrado al hedor cobrizo de la sangre que punzaba el aire, escudriñó la

extensión abierta sembrada de cadáveres de su enemigo, así como salpicada de los de sus propios hombres. Por mucho que no quisiera moverla, permanecer aquí era demasiado peligroso. Una vez que sus hombres regresaran, partirían.

Apretó los dientes. Debería haberla dejado en el castillo de Rivenlochs, donde estaría a salvo. Pero, herido como estaba al descubrir que era la hermana de Tremont y avergonzado de que, tras conocer su lazo de sangre, aún la deseaba, había intentado pagar su traición y utilizarla como trueque. Había querido castigarla.

Pero no así.

No podía soportar pensar que su ira contra sí mismo, su necesidad de venganza, le costaría la vida a Emmaline.

¡Ella no iba a morir!

Miró al cielo, hacia donde los rayos del sol cortaban la densa niebla como un cuchillo amarillento. Como si de un presagio se tratara, el halcón volvió a sobrevolar el cielo con las alas bien extendidas.

Con el corazón en un puño, levantó en brazos a la mujer que ya le importaba demasiado. Cada gemido suyo era como una daga directa a su alma.

—Vivirás —susurró—. Maldita seas, vivirás.

Capítulo 15

Las siguientes horas transcurrieron como si una maldición las hubiera conjurado. Los cuerpos de los hombres de Keylan estaban enterrados, el último de sus caballeros que había dado caza a los hombres de Tremont había regresado, y tras echar la última palada de tierra humedecida por la niebla, montaron y él condujo a sus hombres hacia el norte.

El agotamiento se apoderó de Keylan mientras luchaba por no perder de vista los árboles maltratados por la intemperie. El agua los salpicaba mientras guiaba a su montura a través de un arroyo poco profundo. Cuando llegó a la orilla opuesta, bajó la mirada hacia Emmaline, acunada ante él. Un suave gemido brotó de entre sus labios, pero mantuvo los ojos cerrados.

Estudió el paño que había asegurado alrededor de su cabeza para mantener la presión sobre su herida, rezó por haber hecho lo suficiente, porque ella estuviera lo bastante fuerte para soportar las horas de arduo viaje que les esperaban. Una vez que levantaran el campamento, después de haber tratado la herida con hierbas, la cosería. Hasta entonces, el tiempo no le permitía hacer mucho más. En cuanto los hombres de Tremont no se presentaran ante su señor, el vizconde rastrearía la zona con una intención despiadada.

—¿Keylan? —Ante la débil voz de Emmaline, bajó la mirada. Con cada legua recorrida, su piel se había vuelto más pálida.

—¿Sí? —susurró, deseando poder ofrecerle algo más que palabras. Había sido su error de juicio el que los hubiese llevado a la emboscada. Un error que le había costado la vida a varios de sus hombres.

—Cómo... —Con tortuosa lentitud, lo miró a través de sus espesas pestañas color ámbar, con los ojos llenos de dolor—. ¿Cuánto tiempo más cabalgaremos?

—Hasta que nos quedemos sin luz.

—Yo...

—No hables.

—Siempre dando órdenes —dijo ella seca.

—¿Haces alguna vez lo que se te dice? —preguntó él, irritado porque ella lo desobedeciera cuando necesitaba descansar con tanta urgencia.

—¿Y tú?

Ante su burla, él quiso sonreír. ¿Cómo no admirar su espíritu, sentirse atraído por su fuerza? Pero ella era su enemiga, aliada con su hermano en Dios sabía qué traición. Un hecho que nunca debe olvidar.

¿Y si ella era inocente?

Las palabras daban vueltas en su mente. Keylan se frotó los ojos y apartó la pregunta a un

lado.

—Descansa —ordenó—. No hables más. —Por un momento, pensó que ella le discutiría, pero por suerte, su cansancio venció y cerró los ojos.

Pasaron las horas. Con el sol, una bola quemada de color naranja que luchaba por permanecer en el cielo, Keylan recorrió el paisaje que le resultaba tan familiar. Tal y como estaba diseñado, la densa línea de árboles proporcionaría una excelente cobertura, la altura, ofrecería una vista estratégica. Nadie escaparía a su vista si osaba acercarse.

Keylan levantó la mano.

—Alto.

El agotamiento delineaba los rostros de sus hombres, pero la tristeza de este día pesaba sobre ellos, así como los recuerdos de los que habían perdido. Como él, se concentrarían en los que habían vivido, en los desafíos que tenían por delante.

Con todo el cuerpo dolorido, las heridas palpitantes, desmontó y levantó a Emmaline en brazos. Caminó hacia el plano de piedra desgastado por la intemperie, un marcador utilizado por los rebeldes.

Habían pasado muchos años desde que había visitado este escondite, uno que había utilizado en su primer encuentro con Wallace. Oteó el bosque de abajo, espeso de sombras esculpidas por la luz que se desvanecía.

¿Dónde estaba ahora su líder rebelde? Después de haber asesinado al sheriff de Lanark, ¿dónde se había escondido? Le vinieron a la mente un puñado de lugares, pero que Wallace estuviera a salvo era lo que más importaba. Con el obispo de Wishart respaldándolos, al igual que los demás Guardianes de Escocia, los rebeldes se alzarían de nuevo.

¿Y qué decir de la reacción de Longshanks ante la noticia del asesinato de su sheriff? Atrincherado en sus planes para sofocar la revuelta en Flandes, el rey Eduardo tendría dificultades para liberarse. Aun así, el asesinato del sheriff no quedaría sin represalias.

Sin duda se enviaría una cédula al conde de Surrey para apresar a Wallace, pero desconocido para el rey inglés, el conde, despreciando a los escoceses, se había retirado a su finca en Inglaterra, dejando al tesorero, Hugh Cressingham, al cargo. El retraso de la misiva en llegar a Surrey les haría ganar un tiempo precioso.

Miró a Emmaline, que estaba inerte entre sus brazos. Le dolió la impotencia que estaba grabada en su rostro. Con pasos cuidadosos, se movió bajo un saliente de piedra tallado por el tiempo. Más allá había una profunda grieta que la protegería del viento y le proporcionaría intimidad. Deseó poder encender un fuego para asegurarle calor, pero con los hombres de Tremont cerca, no podían correr el riesgo.

—Ya hemos llegado —susurró mientras sus hombres se acomodaban en el exterior y se pasaban en silencio las órdenes de hacer guardias.

Un caballero se acercó a ellos y colocó otra manta sobre un lecho de hojas y pino sobrante de las visitas anteriores.

—Gracias —dijo Keylan. Con cuidado, la colocó sobre la lana tejida. Emmaline gimió.

Keylan le acarició el pelo.

—Shhh.

—¿Keylan?

—Sí, estoy aquí.

Las gruesas pestañas se abrieron despacio.

—Me duele todo —susurró—. Lo que más... en mi cabeza.

Desató con suavidad la tela que había alrededor del corte y que había asegurado antes.

—Tienes un corte grande. —Por suerte, había dejado de sangrar.

Ella levantó la mano como para tocarlo.

Él le agarró la muñeca.

—No, es mejor que no te muevas. Toma. —Le acercó la bolsa de agua a la boca—. Bebe.

—No tengo sed.

—Hazlo de todos modos. —Con un poco de persuasión, bebió tres tragos. Emmaline levantó la mano y se limpió la boca.

—No más.

Guardó la bolsa de agua.

—Debes descansar. Hoy... —Casi mueres, remató en silencio. Se le hizo un nudo en la garganta—. Permaneceremos aquí los próximos días.

La comprensión apareció en su rostro.

—¿Por mi culpa? —Ella vaciló—. ¿Estoy muy herida?

—Necesitas puntos. Después de prepararte un brebaje para relajarte, te aplicaré hierbas y te coseré. —Había curado muchas heridas de batalla. Ahora también podía hacerlo.

Una sonrisa marchita bordeó su boca.

—¿Y debo confiar en ti?

—No tienes elección.

Ella no discutió, alertándolo de la gravedad de su dolor. Frustrado, Keylan se levantó y caminó hacia su montura, atormentado por la certeza de que ella estaba sufriendo, que una mujer que él creía que era una espía estaba sufriendo y que a él le importaba.

¿Y si era inocente? ¿Y si las razones que ella le había dado para querer escapar de Tremont eran ciertas? ¿Que ella, en realidad, despreciaba al bastardo de su hermano?

Después de presenciar su fuerza, así como su aguda mente, pudo ver a Emmaline atreviéndose a tanto. La muchacha tenía valor que muchos hombres admirarían, fuerza que él también alababa.

Si ella le había dicho la verdad, entonces él la había acusado de forma errónea.

Exhaló un fuerte suspiro, exhausto, confuso y frustrado. Con los escoceses luchando por

reclamar su libertad, todas sus decisiones debían tomarse por el bien de su pueblo. No podía arriesgarse a que sus decisiones estuvieran guiadas por su corazón.

¿Su corazón?

Un dolor hacía que le ardiera el pecho. Keylan abrió con fuerza la mochila de cuero, reunió los objetos necesarios para coser los puntos. No, su corazón no. Nunca más permitiría que sus sentimientos fueran guiados por una mujer.

A través de las oleadas de dolor, Emmaline captó la expresión preocupada de Keylan.

Se debatía con la culpa por su herida.

Levantó la mano, se tocó el corte e hizo una mueca de dolor. Tras haber ayudado a tratar a los heridos en el pasado, sabía que tenía suerte de estar viva.

Emmaline estudió a Keylan mientras sacaba un pequeño paquete de la mochila de cuero que colgaba de su caballo. La fatiga que arrastraba líneas de cansancio por su rostro, pero él nunca vacilaba.

Le iba a salvar la vida, pero no le iba a ofrecer su confianza.

Cerró los ojos y se dio la vuelta, deseando estar a leguas de allí. El dolor que palpitaba en su cuerpo hacía soportable el momento. Al menos podía centrarse en eso, dejar que sofocara sus otras emociones. Porque el dolor de sus heridas distaba mucho de igualar al que le producía en el corazón.

El crujido del cuero sobre la piedra anunció la llegada de Keylan.

Ella mantuvo los ojos cerrados, no quería que él la viera con sus emociones tan frágiles.

—¿Estás dormida?

La preocupación en su voz era imposible de pasarla por alto. Ella abrió los ojos.

—No.

—Toma.

Emmaline levantó la vista.

Le tendió otro frasco.

—¿Qué es?

—Whisky.

La bruma adormecedora suavizaría el dolor de la tarea que se avecinaba. Bebió profundamente, el ardor era duro y rápido.

—Otro —dijo cuando ella hizo ademán de devolverle la bolsita de cuero.

Tras un trago más, asintió satisfecho.

—Esperaremos un poco. Cuando empiece a asegurar los puntos, no te muevas.

Emmaline asintió, cerró los ojos, saboreó la ligera espesura que se instalaba en su mente y rezó para que la costura terminara cuanto antes. Sus pensamientos se convirtieron en volutas. De repente, estaba flotando. O quizás era una ilusión inspirada por el whisky, el ardor que aún

persistía en su garganta.

Como tejidos por una mano mágica, destellos de luz se arremolinaban sobre ella.

A través de su mente nublada, se concentró en ellos.

Sus párpados se volvieron pesados. Los dejó caer, agradecida de quedarse a la deriva. Tras el frescor de las hierbas contra su piel, el recurrente pellizco, y luego el tirón de Keylan cerrando con eficacia su herida, recorrieron su embotada mente. Momentos después, un paño pasó con suavidad por su frente.

—He terminado. —Un ligero arrastrar de pies; los suaves pasos que indicaban que se marchaba.

Gracias a Dios que los puntos habían terminado. No necesitaba mirarlos para saber que los había cosido con mano fina. Las hierbas que le había aplicado después asegurarían que no se produjera una infección. Girando la cabeza, miró hacia la noche, echó un vistazo a donde Keylan estaba de pie hablando con uno de sus guardias.

Otra oleada de letargo la invadió. Cuando sus párpados volvieron a cerrarse, un sordo latido a su lado captó su atención.

La gema partida por la mitad.

Con mano temblorosa, sacó la piedra de su bolsillo. Con la palma plana, la sostuvo ante ella.

Como una estrella arrancada del cielo, centelleaba con un suave fulgor. Una sensación de paz la invadió, una calma que había sentido en la cámara de la torre del castillo de Rivenlochs.

Nerviosa, se la metió en el bolsillo. Pasó un segundo. Luego otro. Keylan permanecía hablando con uno de los guardias, mientras otros caballeros vigilaban.

Emmaline cerró los ojos, luchó por purgar todo pensamiento de su mente, pero como si la llamaran una sensación de calor la rodeó. No, no sintió nada. Estaba soñando. Y fuera lo que fuera lo que estaba pensando, experimentando, no era causado por la piedra.

El calor crecía. Un hormigueo comenzó a hormiguarle la piel por debajo de donde la piedra había yacido en su palma.

Con la mano temblorosa, volvió a retirar la piedra. Como antes, brillaba en su mano. Inhaló hondo y luego soltó el aliento despacio. No se dejaría llevar por el pánico.

Emmaline lanzó una mirada hacia Keylan; él permanecía en una profunda conversación con el guardia. Estudió el ágata musgosa. ¿Por qué hacía esto la gema? ¿Qué significaba? ¿Tenía alguna relación con la otra mitad que Keylan llevaba al cuello?

Como si lo hubieran invocado, Keylan se volvió. ¡Madre mía!

—¿Estás despierta? —Su voz profunda retumbó mientras caminaba hacia ella. Ella apartó la gema de su vista.

Dos pasos más y Keylan se agachó a su lado. Unos ojos preocupados la escrutaron.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada. —Y agitada. Pero no se atrevió a hablarle de la piedra partida por la mitad ni del extraño efecto que tenía sobre ella.

—¿Te duele mucho?

—Me ha ido peor.

Le levantó la cara con el pulgar, la estudió con mirada sabia.

—La pequeña guerrera. —Sacudió la cabeza—. Lamento lo que has presenciado hoy. —Su voz se volvió áspera.

—El causante de esta tragedia es mi hermano —susurró ella—. Es un hombre capaz de hacer grandes maldades, sin importar quién deba morir para lograr su objetivo.

Pasaron unos segundos. Él continuó mirándola fijamente con una intención desconcertante.

—Necesito dormir. —Era la verdad, pero cansada y dolorida como estaba, dudaba que pudiera encontrar descanso esa noche.

—Lo necesitas. —Sin previo aviso, Keylan se tumbó a su lado, tirando de otra manta para cubrirlos a ambos.

Su armazón curtido en la batalla se apretó contra ella, el calor de su cuerpo era, de lejos, lo que ella necesitaba.

—Es inapropiado —susurró ella, deseando mucho más.

—¿Inapropiado? —Él la atrajo contra sí—. ¿Y qué hay del tiempo que pasamos dentro de la cueva?

—Necesario —respondió ella, aun con el cuerpo dolorido, demasiado consciente de su presencia—. Ahora tus hombres están cerca.

—Ignóralos.

—Es poco apropiado...

—¿Tienes calor?

Con su cuerpo apretado contra el de ella, ardía, pero de necesidad.

—Sí, excepto...

—Entonces es necesario que me acueste a tu lado. Estate quieta.

A la luz de la luna, Keylan observó las raídas puntadas de su frente. Le dejarían una cicatriz, pero era un pequeño sacrificio comparado con su vida. Apretó con suavidad la cara contra su pelo, incapaz de resistirse a saborear su olor, la suavidad de esta mujer. Ella había presenciado más cosas hoy que la mayoría de las personas de su mismo sexo, y aun así le había advertido del soldado atacante, y luego había recibido un golpe destinado a él. Muy probablemente, ella le había salvado la vida.

Al exhalar, Emmaline cerró los ojos. Un lobo aulló en la distancia, pero ella permaneció quieta.

Keylan la atrajo contra él, asegurándose de que era su necesidad de calor, y no otra cosa, la que guiaba sus actos. Cerró los ojos e intentó dormir. Después de los dos últimos días, debería

haber sucumbido con facilidad. Pero se encontró escuchando sus respiraciones uniformes, sintiendo su pulso firme contra su piel.

Cada latido era un recordatorio de que estaba viva, de que le habían dado otra oportunidad. ¿Y si hubiera muerto?

No, se negó a albergar tales pensamientos. Ella estaba aquí, viva, a salvo. La atrajo más cerca, la sensación de tenerla pegada a su cuerpo era como un bálsamo para su alma.

Incapaz de dormir, se quedó mirando el dosel de estrellas. ¿Quién hubiera creído en todos los cambios que se habían producido en tan poco tiempo? Cuando había partido de su hogar, había saboreado el encuentro con Lord Tremont. Y con Emmaline siendo su prisionera para contemplar la furia de su hermano, consciente de que no tenía otro recurso que obedecer las órdenes de Keylan si quería a su hermana con vida.

Pero después de que ella casi hubiera muerto ese día, se encontró reacio a entregársela a su hermano.

¿Por qué iba a dudar? La muchacha se había puesto en peligro cuando había entrado en su celda. La decisión era suya. Pero si sus razones para vengarse de su hermano eran ciertas...

Maldijo para sus adentros. ¿Por qué seguía debatiendo sobre esto? Ella nunca podría importarle. Y no tenía ninguna prueba de que lo que decía era cierto, excepto su palabra.

¿Debía ser suficiente?

Con una larga inhalación, su dulce olor mezclándose con cada una de sus respiraciones, cerró los ojos y dio paso al sueño. Las respuestas llegarían con el tiempo. Antes de enfrentarse a Tremont, debía ocuparse de Liam.



Keylan contempló la luna contra el cielo occidental mientras se hundía lentamente más allá del horizonte. Otra noche superada.

Oteó el bosque. En la oscuridad de la noche, los dedos negros de las ramas se fundían unos con otros.

Habían pasado dos días desde que llegaron al escondite rebelde. Emmaline había seguido curándose y cualquier duda sobre su recuperación había desaparecido. En cuanto a que estuviera aliada con Tremont, con cada discusión que tenían, se encontraba creyendo más en su inocencia.

Keylan se frotó la nuca y odió que, por primera vez en su vida, una mujer lo dejara inseguro.

—¿Keylan?

Al oír la suave voz de Emmaline, se dio la vuelta y se encontró con su rostro a solo un susurro del suyo. Su cuerpo se endureció de inmediato.

Su boca se entreabrió dispuesta a hablar.

—¿Estás bien? —preguntó sin perder de vista lo absurdo de su pregunta. Después de la primera noche, ella había sido capaz de mantenerse en pie; a la segunda, él le había permitido caminar con él. Pero si no decía nada cuando ella lo observaba con tanto deseo, permitiría que su tentación creciera. Y era peligroso para él tocarla ahora. Ya la deseaba demasiado.

—¿No estás durmiendo? —preguntó ella.

No, todo su cuerpo estaba condenadamente despierto.

—Pronto amanecerá.

—¿Nos vamos hoy?

—Mañana. —El silencio se extendió entre ellos. Debía levantarse, dejarla. Con su cuerpo duro, no era nada seguro permanecer tumbado junto a ella fingiendo que necesitaba el calor de su cuerpo. Podría haberle dado otra manta y dormir cerca.

Salvo que entonces no podría tocarla.

Una suave presión lo hizo sobresaltarse. Keylan se acercó, la cogió, atrapó su mano sobre su pecho. Su corazón dio un salto.

El momento cambió, se volvió peligroso.

—No lo hagas —le advirtió.

—¿Qué? —preguntó ella, con la voz espesa por el deseo.

—¿Tocarte, decirte que atormentas cada uno de mis pensamientos?

Maldita sea, ¿sabía lo que le estaba haciendo?

—Duérmete. —Deberían concederle la santidad por lo que acababa de decir.

—¿Keylan?

Miró a su alrededor, frustrado al comprobar que las rocas tras las que había hecho su cama ofrecían ahora un muro de intimidad. Sus hombres yacían dormidos a cierta distancia.

—¿Qué quieres?

—Saber... Saber si me deseas.

Capítulo 16

El silencio de la noche resonó entre ellos. Incluso después de preguntarle a Keylan si la deseaba, Emmaline se sintió aturdida por su propia audacia.

Debería sentirse avergonzada, agachar la cabeza por las palabras pronunciadas. Salvo que, durante las dos últimas noches, se había tumbado junto a Keylan, abrazada a su musculoso cuerpo, escuchando cada una de sus respiraciones y, con cada una de ellas, deseándolo más.

La herida de su cabeza se estaba curando, pero con cada día que pasaba, sus necesidades crecían hasta convertirse en un dolor insoportable. Necesidades que tenían poco que ver con su herida y todo que ver con Keylan.

Bajo la luz de la luna, unos penetrantes ojos verdes se oscurecieron hasta convertirse en un negro vibrante, los ojos de un depredador, los de un hombre que, sin mediar palabra, se había jugado su derecho.

Tembló, pero no sintió más que calor. Y deseo.

Él se inclinó un poco más, su cuerpo tenso contra el de ella. La frustración brilló en su rostro; él se apartó.

El pánico se apoderó de ella, unido al dolor.

—¿No me deseas?

—No preguntes.

La tensión en su voz le infundió valor. Se movió a su lado y apretó la mano contra su pecho musculoso.

—No lo hagas —dijo él con voz áspera.

Pero no le apartó la mano, le dio libertad para vagar, como si le estuviera concediendo una última opción. Su aliento tembló en sus labios cuando le quitó la túnica. Los músculos labrados por la batalla brillaban bajo la luz de la luna, al igual que su pelo. Con la garganta seca, levantó la vista para descubrir que él la observaba.

—No soy más que un hombre —murmuró con los dientes apretados—. No me toques a menos que quieras que te toque... en todas partes.

Otra oleada de calor la inundó. ¿Cómo podía desear otra cosa? Parecía como si toda su vida hubiera girado en espiral hasta ese momento.

Al diablo el mañana o los días venideros. La vida no garantizaba nada. Pero aquí, ahora, le ofrecía este momento, un recuerdo, por equivocado que fuera, que ella aceptaría. Si su futuro iba a ser sin él, entonces por esta única noche lo tendría, saborearía los recuerdos de unirse al hombre que amaba.

—Haz el amor conmigo.

Aun así, él vaciló, con expresión desgarrada.

Emmaline rozó con sus dedos los músculos de su pecho, saboreando la piel tensa, el temblor de su cuerpo.

Keylan le cogió la mano.

Ella inclinó la cabeza como si fuera un desafío; su corazón latía con fuerza.

—¿Me detendrás?

—No. —Con un gruñido feroz, la atrajo hacia él, reclamando su boca, caliente y dura.

El calor la invadió ante su sensual asalto, una quemadura tan ardiente que dudó que pudiera sentir más. Él le ahuecó la cara, inclinó la boca y profundizó el beso.

Olas de necesidad la asaltaron. Su cuerpo se estremeció, ansiaba, le dolía sentir su tacto, su boca por todas partes.

—Esto está mal —susurró mientras le besaba la curva de la mandíbula, le ahuecaba la cara y volvía a atraparle la boca.

Ella arqueó su cuerpo contra el de él, diciéndole con acciones que estaba bien y mucho más.

—Te necesito —susurró.

Apretó la frente contra la suya, todo su cuerpo temblando.

—Eres demasiado débil.

Conmovida, apoyó la palma de la mano en su mejilla.

—Mi debilidad es por desearte.

Con un siseo depredador, él la recostó contra la manta, apretó toda la longitud de su cuerpo contra el de ella. Apoyándose en los codos, la miró fijamente, con la respiración agitada, el deseo descarnado esculpido en el rostro.

—Antes de tocarte —dijo Keylan con voz sombría—, hay algo que debo decirte.

El miedo la recorrió. Se puso tensa.

—¿Qué? —preguntó. No quería que nada extinguiera la magia de este momento.

Su mirada feroz sostuvo la de ella.

—Necesito que sepas que te creo, que creo que me liberaste para vengarte de tu hermano.

Las emociones la asaltaron.

—¿Me crees? —preguntó ella, atónita por lo que acababa de admitir—. ¿Por qué?

Él le acarició la mejilla con el pulgar.

—Nunca he conocido a nadie como tú, una mujer que se atreviera a ir contra las convenciones, una mujer dispuesta a regatear con el enemigo para corregir un error, una mujer que elige el camino correcto por difícil que sea. —Hizo una pausa—. Desde que apareciste ante

mi celda ofreciéndote a liberarme, he sospechado de ti—

Ella asintió, aún atónita.

—¿Cómo no ibas a hacerlo? Yo era una extraña.

—Pero contra todo pronóstico —continuó él—, contra mis dudas, mis sospechas, los desafíos que se presentaron durante nuestro viaje, perseveraste. Cuando viste a Marjorie, necesitaste de un inmenso valor para mantener la calma, pero lo hiciste. Tus acciones, tus decisiones, son las mismas que yo habría tomado. —Le dio un suave beso en la boca—. Perdóname, Emmaline.

La felicidad la invadió. Lágrimas de alegría brillaron en sus ojos.

—Te perdono. —Las preguntas se agolparon en su mente como una avalancha desatada, pero las apartó. Mañana habría tiempo para hablar, para hacer más preguntas. Por este momento saborearía este regalo, esta única noche. Apretó sus labios contra los de él—. Hazme el amor, Keylan. Te necesito tanto.

Keylan miró fijamente a Emmaline, atraído por el brillo de la luz de la luna contra su pelo dorado como el ámbar, la forma en que sus ojos brillaban con sinceridad y deseo. ¿Por qué le había hablado de su cambio de opinión? Al fin y al cabo, ella viviría en las Tierras Altas con el clan de su madre mientras él se quedaba aquí.

—Quiero verte. —No le importó que su voz temblara, ni que sus emociones envolvieran sus palabras.

Emmaline levantó la mano para aflojar una corbata.

—No, déjame a mí.

—Pero yo...

El regalo de ser su primer amante venía acompañado de responsabilidad, una carga que él saborearía. Volvió a inclinarse hacia delante para cubrirle la boca, saboreando cada gemido que salía de ella, cada estremecimiento que le provocaba. Su cuerpo empezó a moverse bajo el de él, una inquietud que aún no comprendía, pero él le enseñaría el significado y mucho más.

—¿No vas a tocarme?

Su voz, bañada por el deseo, evocó la de él.

—Lo haré —susurró él—. Pero esta vez, tu primera vez, es para ti.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—¿Sabes que soy virgen?

—Sí —respondió él, dolorosamente consciente del hecho.

—¿Cómo?

Madre mía, la muchacha sería su muerte.

—Te lo diré... más tarde.

Un rubor le cubrió el rostro.

—Lo siento; lo estoy haciendo mal.

—Como no hemos hecho nada, siento discrepar. —Se concentró en ella, en la plenitud de su boca, en los descubrimientos que encontraría esa noche.

La intensidad de la mirada de Keylan la atravesó, el deseo descarado con el que solo había soñado. Extendió la mano. Con dolorosa lentitud aflojó los lazos de su bata. A veces su dedo rozaba su piel, pero con la prenda abierta, no la tocó más. Frustrada, Emmaline alargó la mano para ayudarlo.

—No lo hagas.

—¿Se supone que hacer el amor lleva tanto tiempo?

Una sonrisa de satisfacción rozó su boca.

—Cuando se hace bien. —Bajó su boca para cubrir la de ella, su cuerpo expuesto al de él, los duros planos de su pecho presionando contra la suavidad del suyo. Se arqueó contra él, deseando más. Acabar con lo que fuera que le causaba ese dolor abrumador en lo más profundo de su ser. Tambaleándose, se levantó, le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él contra ella. La dureza de él se encajó en su centro, haciéndola sentir una dicha frustrante.

—Tranquila, muchacha.

Apartó la boca, con la respiración entrecortada.

—Quiero, necesito...

Él presionó con suavidad con el dedo sobre sus labios.

—Sé muy bien lo que necesitas. —Unos ojos oscuros sostuvieron los de ella—. Confía en mí. Entrégate a mí por completo.

Esto no tenía ningún sentido.

—¿No estoy ya casi desnuda?

Keylan gimió. Apretó los labios contra la base de su cuello.

—Confía en mí. —Sus palabras reverberaron contra su piel, incitando nuevas respuestas.

Atrapada en un torbellino de sensaciones, su cuerpo rabiando por su tacto, ella asintió.

Él apartó los últimos restos de su vestido, dejándola rodeada por nada más que la noche. El aprecio se posó en su rostro.

—Voy a tocarte —dijo mientras su boca se deslizaba por la sedosa columna de su garganta, deteniéndose para saborearla, para burlarse de ella a medida que descendía—. Por todas partes, observarte mientras el placer te consume.

El calor palpitaba en lo más profundo de su ser, un dolor constante que planteaba sus propias exigencias.

—Y —jadeó—, ¿qué hago?

—Disfrutar.

—¿Qué hay de tu disfrute?

Apoyó la frente en el hombro de ella, con el cuerpo tenso.

—Te aseguro que antes de que acabe esta noche —dijo con la respiración entrecortada—, yo también encontraré el mío.

—Pero tú me estás tocando y yo estoy aquí tumbada.

Él esbozó una sonrisa dolorida.

—Dejaré que me toques, pero no ahora, no... no importa.

—Hacer el amor es muy confuso.

—Sólo si tú dejas que lo sea. ¿Emmaline?

—¿Sí?

—Solo siente.

Sus dedos se arremolinaron a lo largo de su clavícula, por la pendiente de sus pechos, burlándose del borde. Aunque hubiera querido, no habría podido hablar.

Durante varios segundos que se le hicieron eternos, jugueteó con la curva de su pecho, primero uno, luego deslizándose para atender al otro. Su cuerpo hormigueó, se calentó, y fue todo lo que pudo hacer para no gemir. Nunca antes había experimentado tanto, se había sentido tan viva. Era como si su piel se hubiera sensibilizado a cada una de sus caricias, a cada uno de sus movimientos.

Con los ojos brillantes de deseo, bajó la cabeza y le tocó el pezón con la lengua.

Ella jadeó.

Él la observó, le sostuvo la mirada mientras la lamía con largos y lentos lametones, hasta que su boca se cerró sobre el duro nódulo.

Un espasmo la desgarró.

—¡Keylan!

Su dedo atrapó su otro pezón, lo hizo rodar con el pulgar mientras seguía chupando.

Un placer puro la recorrió. Cuando pensó que ya no podía sentir más, él apretó su dureza contra ella.

En un jadeo, Emmaline se arqueó contra él.

—Sabes de maravilla.

El calor enrojeció sus mejillas ante sus escandalosas palabras, pero una parte de ella las saboreó.

—Ahora —dijo él con una mirada perversa—, veré si sabes igual de bien en todas partes. —Keylan se deslizó lento por su cuerpo, probándola, tocándola, saboreándola mientras viajaba con una lentitud enloquecedora hasta su lugar más íntimo.

Ella debía detenerlo. Nunca debería permitirle esta intimidad, pero cuando él se cernió sobre sus rizos, con esa mirada de deseo, se dio cuenta de que no quería nada más.

—Dime que me deseas —dijo él, su aliento sobre su lugar más privado.

—Yo... —Se estremeció—. Te deseo.

—Que quieres que te haga. —El calor la envolvió.

—Dímelo.

Con la boca seca, su cuerpo atrapado en un calor glorioso, asintió.

—Quiero que me saborees.

Con los ojos fijos en ella, pasó la lengua por sus pliegues hinchados, lento, constante, saboreando, sin darle cuartel.

La sensación crecía, se arremolinaba en su interior en una bruma adormecedora.

Con un gemido de necesidad, Emmaline se arqueó, y Keylan la atrapó, se acomodó en una posición más cómoda, sin apartar sus ojos de los de ella. Quería observarla mientras sentía cada sensación, mientras se iniciaba en la feminidad, y cuando caía por el precipicio. Nunca había estado con una mujer tan abierta, tan sensible a cada una de sus caricias. Ya podía sentir su cuerpo apretado, ver su entrada reluciente, lista para acogerlo.

Su sabor lo excitaba, un aroma elegante y embriagador de mujer y necesidad. Su cuerpo se endureció aún más, instándolo a penetrarla muy hondo. Se contuvo. Cuando encontrara su liberación, sería con ella uniéndose a la dicha erótica. Pero no sería su primera vez. Este momento especial él lo contemplaría, disfrutaría de su iniciación en la pasión.

Así que se tomó su tiempo, saboreó sus gemidos, cómo ella se movía bajo él mientras él lamía los suaves y lisos pliegues, jugueteaba con su dura protuberancia y luego succionaba para después volver a empezar. Cuando sus movimientos se volvieron frenéticos, deslizó el dedo profundamente dentro de su apretada vaina. Estaba húmeda, muchísimo.

—¡Keylan!

Le encantaba ver sus ojos vidriosos, cómo su cuerpo temblaba de emoción y luego empezaba a agitarse.

—Déjate ir —la instó, y luego la chupó sin piedad mientras la acariciaba.

Los temblores de su cuerpo aumentaron y ella se arqueó, luego empezó a retorcerse.

Él la sujetó con fuerza y siguió empujando. Con un largo gemido, ella encontró su liberación, y él saboreó ese momento especial, el hecho de ser el primero y el placer que latía a través de ella.

Mientras su cuerpo se estremecía bajo él, se movió y se tumbó a su lado.

con suavidad, la atrajo hacia él y le besó en la frente.

—Eres increíble.

Una pequeña carcajada se escapó de entre sus labios.

—Creo que soy yo quien debería decirte eso.

Sonrió, por primera vez en su vida, verdaderamente satisfecho. No queriendo darle más vueltas a aquel inquietante pensamiento, le dio un mordisco en el cuello; ella gimió.

—¿Y encontraste placer en mis caricias?

Una sonrisa saciada se dibujó en sus labios.

—Sabes que sí. —Frunció las cejas—. ¿No es indecoroso hablar de nuestra intimidad?

Acostumbrado desde hacía tiempo a las mujeres que alardeaban de lo que hacían en la cama, encontró encantadora su vergüenza.

—¿Debo decirte que sabes a miel y que me encanta tener tu sabor en mi lengua?

Ella enterró la cabeza en la curva de su cuello. Tocado por su timidez, Keylan atrapó su rostro entre sus manos. Necesitaba que ella lo viera y supiera que decía la verdad.

—No hay vergüenza en lo que hacemos, en lo que digo. Estas son las palabras de tu amante. De eso, nunca te avergüences.

—Nadie ha...

—Como eres una doncella, si algún hombre lo hubiera hecho, me vería obligada a encontrarlo y matarlo—Se dio cuenta de que lo decía en serio.

Ella soltó una risa temblorosa.

—Ahora no soy una doncella.

—En muchos sentidos lo eres —dijo Keylan, repentinamente sombrío—. Solo te he hecho el amor con la boca. Tu inocencia sigue intacta.

—Oh. —Se mordió el labio.

Se aquietó, su cuerpo gritando en protesta.

—¿Deseas que no te toque más? —Si ella decía que sí, por mucho que él la deseara, cumpliría su petición.

Su expresión se volvió seria.

—No, te deseo, más de lo que jamás hubiera creído posible.

—Aunque te he preparado, nuestra unión dolerá, pero solo al principio.

—Sigo deseándote.

No estaba seguro de si debía sentirse humillado o encantado. La mujer lo mantenía desequilibrado como ninguna otra muchacha lo había hecho jamás.

—Ven aquí. —Él la quería dispuesta, que le entregase su inocencia sin hacer preguntas.

Ella se agachó. Keylan le cogió la mano.

La sorpresa se reflejó en su rostro.

—Solo iba a tocarte.

El placer que sentiría si ella lo tocaba, impulsó una inyección de lujuria embriagadora a través de su cuerpo ya enardecido.

—No estaría bien. —Ella frunció el ceño—. Ahora no es el momento de explicarlo. —Un eufemismo.

—Pero me acariciaste con tu boca —dijo Emmaline—. ¿No quieres que te saboree yo a ti

también?

Su inocente pregunta desató una avalancha de imágenes eróticas, de ella desnuda, arrodillada ante él, de ella saboreándolo, saciando sus propios deseos así como los de él. Las vívidas escenas asaltaron su mente, amenazando con romper el control que tanto le había costado conseguir.

—Si una vez que hayamos terminado, deseas explorar mi cuerpo, entonces puedes hacerlo.
—Moriría con su inocente tacto, pero se iría como un hombre feliz.

—Me parece justo.

Soltó una risita, un sonido medio adormilado.

—¿Es gracioso?

Keylan sacudió la cabeza.

—No, ni mucho menos.

—Entonces...

—No se hable más.

El calor de los ojos de Keylan borró cualquier duda sobre su intención. La hizo rodar, su cuerpo aprisionándola contra el suyo. La conciencia la estremeció, su cuerpo aún temblaba por su anterior liberación.

—No tengas miedo —susurró él.

Y ella no lo tenía. Se había entregado a él en cuerpo, corazón y alma, aunque él nunca lo sabría. Su beso era duro y profundo, pero Emmaline lo saboreó, correspondió a su intensidad. Con su cuerpo sensibilizado, en llamas allí donde se tocaban, quería que él experimentara lo mismo... con ella.

Le mordisqueó la oreja.

—¿Keylan?

—Sí —dijo mientras la mordisqueaba.

—¿Seguro que ahora no puedo saborearte?

Un gruñido retumbó en su garganta. Rodó, tirando de ella para que se sentara encima de él.

Lo extraño de su posición, con él tumbado desnudo bajo ella, desencadenó un sinfín de emociones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella mientras se preguntaba qué hacer a continuación.

—Mi señora, parece que deseas tener el control, así que te lo doy. —Ella frunció el ceño.

—¿Cómo que tengo el control?

Una sonrisa dolorida curvó su boca.

—Te aseguro que lo tienes.

—Pero tú eres más fuerte, un guerrero que podría vencerme con facilidad si quisieras. —

Soltó un largo y áspero suspiro.

—Estamos haciendo el amor. El poder que te doy es de elección. No te tocaré a menos que me lo pidas, no te probaré a menos que supliques.

—¿Suplicar?

La picardía centelleó en sus ojos.

—Suplicar.

Los recuerdos de su boca en su lugar más íntimo enviaron otra oleada de calor a su cuerpo. Sí, suplicaría.

—¿Y qué más? —Su voz vaciló.

—Cualquier cosa menos probarme.

Ella frunció el ceño.

—Dijiste que yo mandaba.

—En eso no.

—No sabía que hubiera reglas.

—¿Siempre hablas tanto?

—Cuando estoy nerviosa.

Le cogió las manos y se las puso sobre el pecho.

—Excepto para probarme, te cedo el control total.

La anticipación onduló a través de ella.

—¿De verdad? —Keylan asintió.

Todas sus fantasías giraban en torno a ella, los susurros de las mujeres que había oído por casualidad engendraban nuevos y decadentes pensamientos. ¿Se atrevía a hacerlo?

—¿Emmaline?

—¿Sí? —El nerviosismo hizo que su voz vacilara—. Puedes empezar cuando quieras.

¡Se estaba riendo de ella! Bien, entonces. Con las rodillas a horcajadas sobre su cuerpo maravillosamente masculino, se inclinó y le besó la base del cuello.

Él gimió, pero no la tocó.

Una sonrisa curvó sus labios y sus dudas desaparecieron. Mientras lo tocaba, lo saboreaba, dejó que sus manos recorrieran sus duros planos, que se deslizaran por el lujoso vello que ondulaba en su pecho. La curiosidad la hizo bajar.

Le pasó la punta de la lengua por el pezón. Keylan aspiró hondo.

—¿Te gusta?

—Sí.

Sonaba dolorido. Aun así, había dicho que le gustaba. Emmaline bajó la boca, chupó,

recordando demasiado bien las sensaciones de su boca sobre ella. Disfrutando de su nueva libertad, imitó sus acciones y atrapó su otro pezón entre el pulgar y el índice; él gimió más fuerte. Emocionada de que esto lo complaciera, de que él disfrutara de su tacto, ella se aplicó en la tarea, su sabor almizclado era maravilloso. Su longitud, presionada contra su sexo, era excitante.

Su cuerpo zumbaba. Deseosa de más, se apretó contra él. Se mecía despacio, saboreando el íntimo vínculo.

Sin previo aviso, Keylan la atrapó, la tumbó boca arriba y se colocó en su entrada, pareciendo más el guerrero que su amante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella sin aliento.

—Recuperando la cordura. —La empujó con su dura punta.

Los pliegues de ella, resbaladizos por su forma de hacer el amor, hormiguearon de placer cuando él se deslizó en su interior. Su cuerpo palpitaba. Ella se arqueó contra él.

Él empujó más profundamente. Emmaline lo miró con el ceño fruncido.

La preocupación se dibujó en su frente.

—Cuando te folle, te dolerá.

El cuidado, la seriedad de su tono, hicieron que ella lo amara aún más.

—Lo sé, pero te quiero. «Siempre», terminó de decir en su cabeza.

Keylan se echó hacia atrás. Con los ojos fijos en ella, la penetró hasta el fondo. El dolor la atravesó y gritó.

Él la atrajo contra sí.

—Lo siento. Si pudiera, te ahorraría el dolor, pero ya se ha acabado. Ahora, no sentirás más que placer.

Él no entendía que sus lágrimas eran por este momento, no por haber perdido su virginidad.

—Hazme el amor, Keylan.

La besó, la acarició hasta que olvidó el dolor, la provocó hasta que su cuerpo volvió a palpar de necesidad. Solo después de que ella se arqueara contra él, se movió en caricias lentas y profundas que hicieron temblar su cuerpo, girando fuera de control. Ante el gemido de ella, él aumentó el ritmo. Una oleada de emoción la golpeó, más fuerte que antes, lanzándola hacia arriba, su siguiente caricia llevándola más alto. Su cuerpo se puso rígido.

—Suéltate —la instó él, yendo más rápido, si es que eso era posible, más profundo. Y ella se lo dio todo.

Luces resplandecientes estallaron en su mente; estallidos de rojo, púrpura y blanco. El calor de su semilla derramándose en su interior al encontrar la liberación, dejándola dejó flotando en un estanque de dicha suprema.

Con su cuerpo temblando de placer, él la atrajo contra sí, dejando besos sobre su mandíbula y a lo largo de la línea de su barbilla.

—Y pensar que solo hemos empezado. —Con movimientos lentos, empezó a recorrer su cuerpo, besándola, burlándose de ella en sus lugares más sensibles.

Emmaline esbozó una sonrisa saciada.

—Moriré si continuas.

—Sí, lo más probable. —Le guiñó un ojo—. Se me conoce por causar alguna que otra baja. —Luego se aplicó a fondo, borrando cualquier pensamiento coherente de su cabeza.

Feliz, Emmaline cerró los ojos y se dejó ir.

Capítulo 17

Con los pies apoyados y las manos en las caderas, Keylan se detuvo sobre la cresta, el tajo de las colinas y el rollo de los árboles capturados dentro de la luz gris púrpura del amanecer. Copos de nieve se aferraban en las grietas, rincones que con un día cálido se derretirían.

Debería saborear la belleza del amanecer, esperar tener pronto a Liam a su alcance. En lugar de eso, sus pensamientos permanecieron en Emmaline. Se frotó la frente y se volvió hacia donde ella dormía.

Habían hecho el amor la mayor parte de la noche, y él no se arrepentía de nada. Sin embargo, le había quitado la virginidad, una elección que conllevaba sus propias consecuencias.

Maldito fuera, bien que entendía las reglas por las que se regían. Ella no era una plebeya. Era una noble, y ahora, gracias a su impulsividad, ya no era una doncella. Por muy equivocadas que fueran sus acciones de la noche anterior, si de nuevo le dieran a elegir, haría el amor con ella.

Lo que decía muy poco de su carácter.

Que Emmaline hubiera buscado su cama no importaba. Ella era una inocente; su falta de conocimiento en lo que se refería al deseo sesgaba la plena comprensión de sus actos. Él era conde, ejercía a diario una inmensa responsabilidad, había tenido muchas amantes a lo largo de los años y conocía bien la atracción del deseo y la responsabilidad de las decisiones tomadas. Aunque ella había pronunciado las palabras, al final fue él quien decidió aceptar. Ahora, sería decisión suya qué hacer a continuación.

¿Debería acompañarla a las Tierras Altas a vivir con el clan de su madre? Racionalmente, una sabia elección. Después de que Wallace matara al sheriff de Lanark y con el próximo ataque rebelde contra los ingleses planeado para dentro de unos meses, necesitaba centrarse en su estrategia, no en una mujer que le calentaba la sangre, una mujer que había aprendido rápido y sobresalía en las intimidades de hacer el amor o una mujer que destrozaba su fuerza de voluntad y arrastraba la imprevisibilidad a su vida.

Un pensamiento lo golpeó, una idea tan ajena que nunca la había dejado florecer hasta este momento. ¿Y si Emmaline esperaba un hijo suyo? ¿Y si tras su noche, su heredero crecía dentro de su vientre?

Solo habían pasado una noche juntos. La posibilidad de que estuviera encinta era escasa. La imagen de ella redonda con su hijo se apoderó de su mente, conjuró imágenes de ella sosteniendo a su bebé con una mirada tan pura, tan amorosa, que le dolió el corazón.

La miró fijamente. ¿Era posible que quisiera que ella tuviera un hijo suyo? Un pensamiento ridículo, una noción tonta incluso para ponderar. Cada uno tenía su propio camino, el de ella en las Tierras Altas y el de él centrado en la guerra. Excepto que la imagen de ella

amamantando a su bebé se paseaba por su mente, el brillo en su rostro, la forma en que alzaba los ojos para mirarlo con amor.

Con la garganta apretada, contempló la tierra barrida por el bosque, quebradiza bajo la punta del sol ascendente. La bruma se cernía entre las copas de los árboles como si fuera un hechizo.

—¿Keylan?

Al oír el susurro de la voz enronquecida por el sueño de Emmaline, alejó sus peligrosas cavilaciones, pensamientos que presentaban otra razón más por la que debía mantener las distancias.

Se acercó a grandes zancadas. La lentitud de sus movimientos al incorporarse para sentarse le hizo arrodillarse ante ella.

—¿Te duele? —Nunca debería haberla tocado después de la primera vez. Había sido virgen, no estaba acostumbrada a las exigencias del juego amoroso, por muy suave que hubiera sido.

Una sonrisa *sexy* suavizó su boca.

—En absoluto.

Sus palabras lo envolvieron con una precisión que infundía lujuria. Ella le tendió la mano, y él se encontró cogiéndosela, en contra del sentido común, en contra de todas las razones que acababa de recopilar de por qué debía dejarla en paz.

—Aún te necesito.

La sangre le latía caliente mientras la contemplaba. Los primeros rayos de sol se derramaban sobre su cabello dorado como el ámbar, enmarcando su piel cremosa de forma resplandeciente, iluminando unos ojos amplios y vulnerables. La contradicción de esta sensual hembra y la obstinada mujer que siempre lo desafiaba, despertó sus pasiones hasta un nivel peligroso, y lo dejó deseándola, ansiando poseerla con cada aliento.

—Debes de estar dolorida. — ¿Qué hacía demorándose? Cada momento que se quedaba debilitaba más su fuerza de voluntad.

Ella se arrodilló ante él y la manta se cayó, dejando a su vista su cuerpo flexible, la plenitud de sus pechos a solo un suspiro de distancia. La curva de sus caderas atrajo su mirada hacia su centro.

Emmaline se inclinó hacia delante para deslizar su cuerpo contra el de él.

—No siento más que deseo por ti.

Él se estremeció. Ella era magnífica. Las razones para dejarla intacta se nublaron, sofocadas por su sabor aún persistente en sus labios, su aroma llenando cada una de sus respiraciones.

Se obligó a mantener el control.

—Solo tenemos unas horas para descansar.

Escudriñó la oscuridad que la envolvía.

—¿Nos iremos hoy? —Su voz temblaba, un recordatorio de todo lo que se interponía entre ellos.

—Al día siguiente. —Aunque creía en sus razones para liberarlo, no le revelaría que sus guardias habían avistado a su hermano y a sus hombres al oeste. En un día más, Tremont se habría alejado lo suficiente y podrían iniciar con seguridad su viaje para atrapar a Liam.

Sus ojos se nublaron como si estuviera sumida en profundos pensamientos, luego se aclararon. Sus labios se curvaron hacia arriba en una descarada invitación.

—¿Así que aún tenemos unas horas... para descansar?

Estaba claro que no era un santo.

Keylan agarró la mandíbula de Emmaline, levantó su rostro para encontrarse con el suyo, y un escalofrío de anticipación la recorrió.

—¿Qué es lo que desea mi señora?

El sensual ronroneo de su voz encendió los recuerdos de sus encuentros amorosos, de los actos eróticos que había realizado sobre ella, intimidades de las que nunca había tenido idea de que existieran. Pero ahora lo sabía.

Y quería más.

Recuerdos que atesorar una vez que él la hubiera abandonado.

Alejó los dolorosos pensamientos de su despedida. Tenían otro día, tiempo que ella haría valer.

Como había fantaseado, Keylan le quitó toda la manta. Despacio, su cuerpo la cubrió, centímetro a centímetro. Cuando la punta acarició su sexo, arqueó la espalda para encontrarse con él, pero él le cogió las manos, la presionó hacia atrás y lamió lentamente la piel interior de la palma de su mano mientras sus ojos no se apartaban de los de ella.

Ella se estremeció ante la oleada de deseo.

—No quieras correr.

—Me estás atormentando —susurró ella, con el cuerpo ya húmedo por él, deseando que la tocara por todas partes.

La satisfacción masculina brilló en su rostro.

—Es una forma placentera de sufrir.

Ella rio, un sonido entre áspero y deseoso, asombrada por las capas que componían a este hombre, su capacidad para preocuparse, su consideración hacia los demás y su minuciosa atención a cada detalle. Esto último lo apreciaba especialmente.

Con una mirada perversa en los ojos, la acarició, rozó con sus dedos su carne sensibilizada hasta que ella gimió con cada roce. En lugar de llenarla, utilizó su lengua y su boca, volviéndola loca. Por fin, con su cuerpo a punto de arder, cuando ella creía que moriría de placer, él se levantó y se hundió hasta el fondo en su interior.

El cuerpo de ella se apretó a su alrededor. Jadeó.

—Keylan...

—Tranquila, muchacha. —Le mordisqueó la suave piel de su cuello, se burló de ella con la lengua—. Cuanto más quieras que corra, más despacio iré para decidir cuál es la mejor forma de proceder para seducir cada centímetro de tu cuerpo.

Este temblaba de anticipación.

—Eres un fanfarrón.

Él soltó una carcajada ronca, se inclinó y le chupó el pecho. A través de unas gruesas pestañas negras, la observó.

—Tus gemidos de esta noche decían lo contrario.

El calor le acarició las mejillas.

—Eres un desvergonzado.

—Sí. —Se retiró solo para volver a hundirse en ella. Keylan cubrió sus labios, tomando, exigiendo, haciéndole el amor con la lengua mientras su cuerpo seguía su ejemplo. No ofrecía cuartel, su ritmo lento aumentaba con cada estocada hasta que sus rápidas embestidas jadeándolo hicieron jadear. Su cuerpo temblando. Cuando ella pensó que no podría aguantar más, él apretó la palma de su mano contra su carne sensibilizada y frotó.

Ella se hizo añicos.

Olas de luz estallaron ante ella, magníficos estallidos de blanco, naranja y amarillo, y luego una explosión de verde cuando sintió el calor de su liberación. Saciada, con el cuerpo tembloroso por la pasión y todavía unida al suyo de la forma más íntima, se quedó tumbada sin querer moverse mientras las emociones se agitaban en su interior. La tormenta de sentimientos no se parecía a ninguna otra que hubiera experimentado antes. Sus esperanzas y sueños se combinaban en un baño de pasión. Este momento con Keylan era perfecto, asombroso, todo lo que ella había deseado y más.

Era como si no existiera nada más que él, la perfección en cada una de sus acciones.

Con él encajado profundamente dentro de ella, miró con fijeza la noche más allá de su silueta desnuda. Las últimas estrellas brillaban en el cielo como un polvo mágico. La calidez la invadió. Antes ya creía haberse enamorado de Keylan, pero esos sentimientos palidecían comparados con las emociones que se agitaban en ese momento en su interior.

Somnolienta y feliz más allá de lo imaginable, inhaló su maravilloso aroma masculino, cerró los ojos y le acarició el pecho con los dedos.

—Te quiero.

Keylan se puso rígido.

Madre mía, no había querido decir esas palabras en voz alta. Sus ojos se abrieron de golpe. Su rostro se transformó en una máscara sin emociones, empezó a apartarse; el pánico la invadió.

—Quédate. —Y ella rezó para que lo hiciera.

—No puedo. —Él se apartó y empezó a vestirse.

Frenética, con el cuerpo caliente por la liberación, en desacuerdo con la gélida contención de sus acciones, se acercó y le tocó el brazo.

Keylan se aquietó, la observó.

—Yo... —¿Acaso desnudar su alma ante él no significaba nada? Ella no había querido decirle que le amaba, pero lo había hecho. Emmaline luchó por mantener la compostura, pero ¿cómo podía recuperar el aplomo cuando la persona a la que amaba la estaba apartando?

Él estaba de pie, su cuerpo rígido, con el semblante duro, distante, como el guerrero que había conocido. No, como el hombre peligroso enjaulado en la celda de Fenton. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos. Aunque Keylan ahora la creía inocente de conspirar con su hermano, era obvio que no confiaba plenamente en ella ni pensaba mantenerla cerca.

—Keylan...

Se puso en pie.

—No digas nada.

Ella se puso en pie de un salto, levantando la mano para que se apartara cuando él empezó a acercarse a ella. Su corazón se hizo añicos, se astilló en fragmentos. ¿Qué había esperado? Nunca le había dicho que quisiera tenerla para algo más que calentarle la cama.. El dolor que sentía era por su culpa, un dolor que ella había provocado al permitir que sus emociones gobernaran sus decisiones.

Sus ojos recorrieron su desnudez con la conciencia de un amante, luego se apartó.

La vergüenza la invadió. Furiosa porque él pudiera rebajar la belleza de las horas que habían pasado juntos, se puso delante de él, levantó la barbilla con desafío.

—No he dicho nada más que lo que siento.

Él permaneció en silencio.

Ella esperó, deseó que hablara, que le diera algún indicio de qué pensamientos corrían por su mente. Tras una larga espera, su dura expresión se suavizó.

Dolida, Emmaline se acercó un poco más.

—No me importa que seas conde, ni tu riqueza. Lo importante eres tú. Pero no quiero nada más que lo que tú quieras darme.

Su boca se tensó en una dura mueca.

Su compostura se quebró.

—Maldito seas, Keylan, hemos hecho el amor. No pido nada excepto que me hables, que me digas lo que piensas. No me alejes. Debemos hablar de esto.

—Lo que hicimos estuvo mal.

Ella negó con la cabeza.

—No. Nunca en mi vida he sentido nada más correcto que lo he acabamos de hacer. Dime, ¿no sentiste el vínculo cuando nos unimos, el roce de nuestras almas? Fue especial, mágico, como si estuviera destinado a ser.

—No sentimos más que lujuria.

Emmaline quiso decir algo más, pero se calló. Qué extraño. A pesar de su fanfarronería, captó un atisbo de aprensión. ¿Quizás el hecho de que la apartara tenía que ver con la mujer de la que le había hablado, la que le había hecho daño? Tenía sentido. No es que en su estado estuviera de acuerdo o fuera a admitir tal cosa, pero ella tenía que intentar hacerle comprender lo que sentía.

—Para mí ha sido algo especial —dijo.

Su rostro se suavizó aún más.

—Eras virgen. La primera vez siempre es especial.

—Memorable, quizá, pero no especial. He hablado con otras mujeres de la alta burguesía —ella insistió cuando él hizo uso de la palabra—, mujeres que me advirtieron de lo que me esperaba en mi noche de bodas. La brutalidad, el dolor. Me aconsejaron que sonriera como si el acto me proporcionara placer. Contigo no he tenido que fingir. Ha sido real.

—Para ti.

—¿Tú no has sentido nada? —la desafió ella, retándolo a negar el placer que había sentido.

Miró al sol naciente, la tensión dura que había en su rostro.

—Mis sentimientos por ti no tienen nada que ver con las batallas que me esperan.

—No lo entiendo.

—Porque no eres una guerrera —dijo en voz baja—, con las preocupaciones de un guerrero por los que deja atrás.

Las lágrimas brillaron en sus ojos ante lo que él no dijo y nunca diría. Y lo amó aún más por ello.

—¿Intentas evitar que sufra?

Él la miró sin pestañear.

—Con todo lo que ya hay entre tú y yo, no puede haber nada más. No te mentaré, ni fingiré lo que no es.

Ella ignoró su desestimación.

—Cuando hicimos el amor, ¿tú también lo sentiste, la magia que había entre nosotros?

Él se tensó ante sus palabras, pero no las negó.

—Esa magia de la que hablas fue física, nada más.

Ella recordó la gema que colgaba bajo su túnica, y como había pasado antes, la otra mitad que ella llevaba se había calentado.

—Pero lo sentiste —insistió.

—Emmaline.

Se puso a un palmo de distancia, decidida a demostrarle lo que él se negaba a admitir; que entre ellos existía algo más que un acalorado revolcón. Ella lo amaba. Pasara lo que pasara, ella

lo amaría hasta el final. Puede que fuese inocente, pero sabía reconocer el amor. Si él era tan tonto como para insistir en que lo que compartían era meramente físico, por Dios, ella le demostraría lo contrario.

Después de la noche que habían pasado, consciente de lo que él había disfrutado, se arrodilló ante él. Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando mi placer. —Antes de que pudiera detenerla, ella lo tomó entre sus manos y lo reclamó con la boca.

—Por todos los dioses.

Ella se emocionó al verlo excitado, al ver que, dentro de su boca, él se endurecía hasta convertirse en acero. Cerró los ojos, saboreando su sabor salado.

Un rumor grave sonó en su garganta; su cuerpo se estremeció.

Sin previo aviso, la atrapó, la atrajo hacia él, con el rostro en carne viva por la pasión. La apoyó contra la cornisa y, con la roca cubierta de musgo fría contra ella, se colocó en su resbaladiza entrada y la penetró hasta el fondo. Ella jadeó mientras él la empalaba una y otra vez, y cada embestida la llevaba más alto. Cuando ella tocó las estrellas, Keylan derramó su semilla en su fértil calor.

Keylan apoyó la cabeza en su cuello, con la respiración agitada.

—Escocia está desgarrada por la guerra. No puedo hacerte promesas.

La mano de Emmaline acarició su mejilla mientras florecía la esperanza. No era una declaración de amor, pero era suficiente.

—No pido ninguna.

Como si se hubiera forjado un vínculo silencioso, él la llevó de vuelta a su jergón. Con su mirada intensa puesta sobre ella, le hizo el amor de forma lenta hasta que ambos quedaron exhaustos. Entonces, mientras él la estrechaba contra sí, ella cayó en un sueño saciado.



Keylan guio a su corcel por la siguiente brecha, con Emmaline acunada en la silla ante él. Habían pasado dos días desde que su discusión se había vuelto erótica y había marcado el inicio para una relación más sentimental. Aunque no se lo había confesado, cuando habían hecho el amor, una emoción intensa, más allá de lo que había experimentado jamás, lo había arrollado.

Sintió un cosquilleo cálido en el pecho.

Hizo una mueca, ignoró el colgante que palpitaba contra su piel, como había hecho durante los dos últimos días, y buscó el horizonte.

La magia no guiaba sus emociones. Lo que sentía era la pasión de un hombre que se había

unido a una virgen, a una mujer que se atrevía a entregarse por completo a él para hacer el amor. El entusiasmo de Emmaline por explorar, saborear, tocarle al hacer el amor era el sueño de cualquier hombre. ¿Cuántas veces había deseado estar en su alcoba para eliminar el riesgo de ser interrumpido? Anhelaba pasar días con ella en su cama, para demostrarle todo lo que había cuando se trataba de hacer el amor.

Sería demasiado fácil reconocer sus palabras de amor como verdad. Sin embargo, no se atrevió. Aceptarlas requeriría evaluar sus propios sentimientos, emociones que ya de por sí eran demasiado profundas.

Miró el sol en lo alto del cielo. Quedaban unas cuantas horas de viaje antes de que se detuvieran, antes de que pudiera encontrar algo de intimidad y saquear sus sedosas profundidades. Y se saciaría de ella hasta que llegara el momento de separarse.

Una realidad que se acercaba demasiado rápido.

Por fortuna, habían evitado a su hermano y a sus hombres, pero después de tratar con Liam, él y Tremont se encontrarían. Excepto que ahora dejaría a Emmaline a buen recaudo. Si Tremont sobrevivía a su enfrentamiento, nunca la encontraría. Era irónico. Antes, había saboreado el próximo choque de espadas, anticipando clavar su espada profundamente en el corazón del bastardo. Ahora, preocuparse por Emmaline lo había complicado todo.

Por mucho que Emmaline afirmara que despreciaba a su hermano, los lazos de sangre eran profundos. ¿Cómo se sentiría ella después de que el vizconde cayera bajo su espada? ¿Y si nunca lo perdonaba por ello?

—Una vez que acabe con Liam —dijo Keylan, sus palabras no revelaban nada de la agitación que se agitaba en su interior—, te escoltaré hasta el clan de tu madre en las Tierras Altas.

El eco de los cascos rompió el silencio entre ellos, un sonido vacío y solitario.

Durante varios minutos permaneció en silencio.

—¿Ya no soy tu prisionera?

—No.

—Gracias.

Aunque ella se esforzó por mantener su respuesta libre de cualquier emoción, él percibió el dolor en ellas.

—Estoy seguro de que el clan de tu madre te aceptará —la reconfortó, recordando sus temores anteriores.

—No es algo que deba preocuparte.

La irritación estalló en su interior.

—Claro que sí. Estás bajo mi protección.

—Algo temporal —respondió ella. Sus palabras eran frías—. No pertenezco a nadie. ¿Cuándo llegaremos a nuestro destino?

La furia lo atravesó ante su fría respuesta, pero quizás era mejor no hablar de su futuro, o

de la falta de él.

—Acamparemos en breve —respondió.

El viento, rico en olor a lluvia, se había levantado. El campo de hierba marrón, salpicado de brezo seco por el invierno, se agitó bajo la ráfaga.

Keylan miró hacia el cielo, contemplándolo lleno de nubes agitándose en furiosos remolinos grises. A lo lejos, captó el azote de la lluvia cayendo al suelo. Había querido viajar más lejos ese día, llegar al hogar de Liam. Sin embargo, de poco serviría seguir adelante a estas alturas del día. El mañana, y enfrentarse a Liam, llegaría pronto.

Tras varias órdenes rápidas, sus hombres acamparon en un espeso bosquecillo de árboles cuyas robustas ramas les proporcionaban una sólida cobertura.

Horas más tarde, con el repiqueteo de las gotas golpeando las ramas perennes sobre sus cabezas, el aire rico y limpio con el aroma de la lluvia, Keylan tendió su saco de dormir. Se dio la vuelta y Emmaline se quedó cerca, observándolo. Pronto se separarían. Sería más sencillo si mantenía las distancias, los lazos que los unían ya eran demasiado profundos. Y si lo hacía, sería más bastardo de lo que era ahora.

Extendió la mano; ella se la cogió. Con la mente impregnada de emociones que preferiría no sentir, atrajo a Emmaline hacia el suelo y le hizo el amor.

Capítulo 18

Keylan miró a través de los arbustos empapados por la lluvia y dio un apretón tranquilizador en el hombro de Emmaline, que estaba sentada a su lado. Escudriñó el cielo oscurecido. Las nubes estaban tan bajas que casi podía tocarlas.

Se avecinaba una tormenta.

Al otro lado del campo abierto se alzaba una choza maltrecha, con humo saliendo de la chimenea. Un hogar donde había pasado muchas noches visitando a Liam y a su esposa. Un hogar donde siempre se había sentido bienvenido. Un hogar que ahora albergaba a un traidor.

La ira lo instó a asaltar la cabaña, pero la prudencia lo detuvo hasta que regresaran los hombres que había enviado para asegurarse de que los caballeros de Tremont no estaban escondidos cerca.

¿Estaba Liam viviendo en su casa como si nada pasara? ¿Creía muerto a Keylan y se sentía seguro por ello? ¿Había hecho Liam un juramento de lealtad a Tremont a cambio de protección? Nada tenía sentido.

Keylan escrutó de nuevo el bosque circundante. Las hojas marrones del invierno revoloteaban a su alrededor. Un cuervo volaba por encima de su cabeza. A lo lejos, un corzo pastaba. El animal levantó la cabeza, crispó la cola y se alejó dando saltitos.

Sonaron débiles pasos que se apresuraban a través de la maleza.

Uno de los caballeros, agazapado en lo alto de una loma cercana, se volvió.

—Mi señor, Sir Richard regresa.

Unos segundos después, su caballero apareció a la vista. Se detuvo ante Keylan.

—Mi señor, rodeé la casa de Sir Liam. No vi más que huellas envejecidas.

Keylan asintió, encaró la maltrecha cabaña, y rezó para que su antiguo amigo fuera lo bastante tonto como para residir en ella. Asintió a Emmaline.

—Permanecerás aquí y mis hombres te vigilarán.

—Que Dios te acompañe.

Su rostro reflejaba la sobriedad de la situación, una dulzura, una comprensión que le hizo desear tener otra noche en la que poder encontrar consuelo entre sus brazos para olvidar la batalla, para sentir las emociones que ella le inspiraba. No eran más que elucubraciones, pensamientos para un hombre libre de soñar con un futuro desprovisto de luchas.

Tensó la mandíbula mientras se volvía hacia la cabaña. Fuera cual fuera la traición de Liam, Keylan se enteraría. Entonces, el hombre al que una vez había llamado amigo, moriría.

Tras seleccionar a varios caballeros para que se quedaran y la protegieran, Keylan hizo

señas a los demás para que avanzaran.

Con lenta precisión, se arrastró por el campo con sus caballeros desplegados a su alrededor. El aroma de la tierra húmeda llenaba sus fosas nasales. El suelo frío y empapado absorbía cualquier sonido, y la hierba devastada por el invierno era lo bastante alta como para proteger sus formas encorvadas.

Sonó un golpe de madera.

Keylan hizo señas a sus hombres para que bajaran. Miró a través de las hojas marrones, el vaho de su aliento se desvaneció ante él en un tris.

Como si le hubieran hecho señas, Liam salió de su hogar. La pena asolaba el rostro de su antiguo amigo, la tristeza dibujada en su rostro.

Parecía que su traición le perseguía. Keylan apretó la empuñadura de su espada. Como si le importaran un bledo los remordimientos de Liam. Nunca se podía resucitar a los masacrados. Sus cuerpos no eran más que carne y huesos sin alma pudriéndose en las profundidades de la tierra.

Como si sintiera su presencia, Liam se detuvo. Miró a su alrededor y frunció el ceño. Moratones desvanecidos le estropeaban la cara. Un profundo tajo yacía sobre su ojo izquierdo, la piel que rodeaba el corte era de color negro y amarillo.

La satisfacción picó a Keylan. Fuera cual fuese el motivo de la paliza, estaba lejos de servirle al bastardo la penitencia que le debía.

Liam protegió sus ojos del sol, escrutó el campo por última vez. Tras bajar la mano, cojeó con expresión dolorida hacia el montón de leña.

Después de que el traidor comenzara a apilar leña en sus brazos, Keylan hizo señas a sus hombres para que avanzaran. La hierba y la tierra reblandecidas por la lluvia absorbían sus pasos. Las ráfagas de viento sofocaban cualquier otro sonido.

A varios pasos de distancia, Keylan se paró, hizo un gesto a sus hombres para que esperasen. Avanzó y se detuvo a varios pasos de distancia.

Con el último trozo de leña llenándole los brazos, Liam se enjugó la frente con el hombro y se volvió hacia su casa.

Se quedó congelado en el sitio.

El reconocimiento inundó los ojos de Liam un segundo antes de que el miedo lo absorbiera. Con los nudillos blancos sobre la madera, sacudió la cabeza.

—¿Cómo?

—¿Cómo? —Keylan avanzó hasta situarse a un paso de él—. ¿Cómo que estoy vivo? ¿Cómo es que sobreviví a la carnicería de Tremont?

Liam abrió la boca, pero luego la cerró. Tragó con fuerza.

—¿Crees que tu silencio me hará cambiar de opinión sobre que nos traicionaste? —exigió Keylan—. ¡Maldito seas, dime por qué!

La vergüenza nubló los ojos de Liam. Miró a los caballeros que estaban a poca distancia y luego levantó su mirada, cargada de miseria, hacia Keylan. Sacudió la cabeza.

—Lo siento.

—¿Qué lo sientes? —La furia se agolpó tan hondo en la mente de Keylan que rayaba en la oscuridad. El acero raspó el cuero cuando desenvainó su espada—. Ya lo puedes sentir.

Liam retrocedió tambaleándose, la madera cayó al suelo. Alcanzó su propia arma.

—¡Keylan, espera!

Keylan cargó, blandió.

El acero sonó cuando sus espadas se encontraron. La espada de Liam cayó de su mano.

—¡Cristo! —jadeó, y rodó.

La hoja de Keylan se hundió en el suelo a un dedo de distancia. Con una maldición, liberó su espada. Los recuerdos del sufrimiento de sus hombres mientras yacían moribundos en el campo de batalla aquella noche ardían en su mente. No, Liam no merecía una muerte servida por el acero.

Demasiado rápida.

Demasiado impersonal.

Keylan envainó su espada y le dio un puñetazo a su amigo en la cara. Una lúgubre satisfacción lo invadió cuando la sangre brotó de la boca de Liam. Con la mente sumida en una neblina furiosa, volvió a blandir, cada golpe, cada crujido de hueso, un mísero pago por las vidas perdidas.

Con el pecho agitado, levantó la mano para golpear de nuevo con el puño la cara de Liam, y luego se detuvo. Liam se quedó mirándolo mientras la sangre le resbalaba por la mandíbula. Sin apartarse. Sin levantar una sola vez la mano para desviar el siguiente golpe.

Furioso, Keylan lo agarró por los hombros y lo levantó de un tirón.

—¡Lucha conmigo o te juro que te golpearé hasta matarte como mereces por ser un traidor!

—Mátame, vamos —ronroneó Liam.

—¿Y acabar con tu dolor? ¿Darte una muerte rápida cuando los hombres a los que traicionaste sufrieron? —Keylan lo empujó con fuerza.

Liam trastabilló, se enderezó, favoreciéndose el brazo izquierdo.

Keylan levantó el puño. Unos ojos en blanco lo miraban fijamente. Vacíos. Como si estuviera contemplando el rostro de alguien que ya estaba muerto.

—¿Por qué no te defiendes?

El labio inferior de Liam tembló.

—Te juro que no quería traicionar a nadie.

Keylan sacó su daga y empujó la hoja contra la garganta de Liam. Una línea de color rojo se deslizó por su cuello.

—Mis caballeros murieron, fueron masacrados por tu culpa.

Las lágrimas bañaron sus ojos.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me afligí con cada vida perdida? Eran hombres junto a los que había luchado. También era mis amigos.

Keylan apretó con más fuerza el afilado acero contra la garganta de Liam.

—¿Afligido? ¿Y por qué estabas al lado de Tremont mientras veías cómo mataba a escoceses a los que habías jurado proteger?

—Tú... —Liam luchó por respirar—. No lo entiendes.

—No, en eso te equivocas. Lo entiendo muy bien. Olvidas que aquella noche te vi junto a Tremont mientras me arrastraban. —Inclinó la hoja en el cuello de Liam. Justo donde le latía el pulso—. Traicionaste a tu pueblo, fuiste responsable de su matanza que no tenía sentido. Si hay alguna confusión, es tuya. Deberías haberte asegurado de que estuviera muerto.

—¡Espera! —balbuceó Liam.

—¿Vas a darme más excusas patéticas?

—¡Lo hice por Brighde!

Confundido, Keylan vaciló.

—Mátame —forzó Liam—, merezco morir. Pero por favor, sálvala.

—¿Qué tiene que ver tu esposa con todo esto?

—Tremont la secuestró —susurró.

Él gruñó.

—¿Por qué debería creerte?

Liam lo miró fijamente, con los ojos amoratados e hinchados suplicando en silencio.

—Después de lo que he hecho, sé que no deberías. Sin embargo, te pido que lo hagas.

Esto no tenía ni un ápice de sentido. Las nubes de tormenta se cernían sobre él, sus hombres esperaban cerca su siguiente orden, pero él vacilaba. Quería creer a Liam, un hombre que había sido su amigo toda la vida.

—Cuéntamelo —exigió Keylan.

—Tremont... —Liam cerró los ojos, los abrió parpadeando con esfuerzo—. Me torturó, utilizó su daga de formas cr-creativas. Cuando me negué a decirle dónde te escondías, me rompió el brazo izquierdo. Aun así, no dije nada. —Tragó con fuerza—. Furioso, se llevó a Brighde para utilizarla como su puta. Si no le decía dónde te habías escondido, juró que una vez que acabara con ella, se la daría a sus hombres para que la utilizaran, para que la torturaran para su placer. Y... y cuando ella no fuera más que un montón de lágrimas y estuviera rota, la mataría.

Keylan lo miró con escepticismo.

Las lágrimas corrían por el rostro de su antiguo amigo mezcladas con el rastro de sangre.

—Te juro que no sabía que estarías cerca de mi casa, que tantos de tus caballeros estarían acompañándome, y que... —Le dolía la garganta. Tragó con fuerza—, tantos hombres a los que amaba, hombres que eran hermanos para mí, morirían. Creí que, si estabas cerca, te alertarían de la presencia de Tremont y escaparías. Te juro que, de haber sabido las consecuencias, habría

permitido que tanto mi esposa como yo mismo muriésemos.

—Estabas junto a Tremont.

—Drogado —susurró—. Después de haberme enfrentado a él, se aseguró de que me quedara a su lado sin poder luchar. Adormecido por el dolor, con la mente nublada por las hierbas e incapaz de moverme, contemplé horrorizado cómo sus hombres atacaban a los tuyos.

Tambaleándose por la confesión, Keylan relajó el agarre de su espada.

—¿Por qué no viniste al castillo de Rivenlochs a explicarme lo que había pasado? A pedirme ayuda.

Liam cerró los ojos, luego los abrió a la fuerza, la pena en su interior era inmensa.

—Creía que estabas muerto. ¿Cómo podía pensar que tus hermanos creerían semejante historia, algo que sonaba como si hubiera sido elaborada por un idiota, y mucho menos que me ofrecerían ayuda? —Hizo una pausa—. Ni siquiera sé si tú me crees.

¿Le creía? La lógica lo obligaba a descartar que lo que le contaba Liam no era una mentira, pero sus palabras sonaban tan reales y le costaba mucho no creerlo. Keylan dudaba.

—Mátame —susurró Liam—. Es un destino demasiado justo cuando he provocado la muerte de muchos hombres buenos.

La daga tembló en la mano de Keylan.

—En eso estamos de acuerdo.

—Me odias, ¿cómo no? Pero, por favor, cuando acabes conmigo, encuentra la forma de salvar la vida de Brighde.

A una parte de Keylan le dolía creer que Liam decía la verdad. La otra le instaba a matar al traidor, a dejar su cuerpo para que se lo comiesen los lobos.

—¿Dónde está su esposa?

—En el hogar de Tremont, en el castillo de Breac.

La respiración de Keylan era apenas un siseo. ¿Todo el tiempo que fue golpeado, torturado noche tras noche sin piedad, Brighde había estado encerrada en una cámara en el piso superior mientras era violada para placer de ese bastardo?

Todo su cuerpo temblaba de furia cuando Keylan envainó su daga y se puso en pie. Miró fijamente a Liam, que permanecía inmóvil, como si no se atreviera a moverse, sin suplicar por su propia vida, sino por la de su esposa.

Si Emmaline se enfrentara a un destino similar, ¿cómo se sentiría?

Por los hombres asesinados, Keylan quería odiar a Liam, matarlo. Pero Liam había tomado la decisión de un hombre que luchaba por salvar a la mujer que ama. Un guerrero que había revelado un escondite rebelde, creyendo que no sufriría ningún daño. Si hubiera estado en la posición de Liam y hubiera creído que sus hombres conseguirían escapar, ¿no habría hecho él lo mismo, advirtiéndoles después a los rebeldes una vez libres?

—Encontraremos a Brighde —le prometió Keylan—. Lo haremos sobre el cadáver de cada

maldito inglés si es necesario.

El asombro parpadeó en los ojos de Liam.

—¿Nosotros? —Recorrió con la mirada a los caballeros que los rodeaban—. No, no merezco ningún perdón. Lo que pido es solo para mi esposa.

—¿Y obligarme a resolver yo solo el problema que tú creaste? No, Liam, creo que no.

Receloso, Liam se volvió hacia él con la esperanza naciendo en su maltrecha expresión. Una lágrima manchada de sangre le resbalaba por la mejilla

—Me siento avergonzado, indigno de cabalgar a tu lado.

Una cruda emoción asaltó a Keylan mientras recordaba cada minuto que habían pasado juntos a lo largo de los años, cada vez que habían reído o se habían hecho confidencias.

—La vergüenza es mía por haber dudado alguna vez de ti. —Keylan extendió la mano hacia Liam—. Siempre ayudó a un amigo.

Liam se quedó mirando su mano, levantó la mirada.

—Nunca podré recompensarte.

—Ven. —Keylan le cogió la mano derecha—. Es hora de hacer que el bastardo pague.

A través de las magulladuras y la piel hinchada, una sonrisa sombría curvó el rostro de Liam.

—Sí, ya es hora.

—Pero —Keylan aseguró su espada—, Tremont es mío. —Liam asintió.

—Me parece justo.

Aliviado, Keylan se apoyó con cuidado en el hombro derecho de Liam. Se volvió hacia sus hombres, con Liam apoyado en su costado.

—Liam no nos ha traicionado. Es Tremont quien merece nuestra furia. Os lo explicaré más tarde en el campamento.

Liam cojeaba a su lado mientras se dirigían hacia el escudo de árboles donde se escondían el resto de sus hombres. Ahora tenían que averiguar cómo rescatar a Brighde.

El barro se pegaba a sus botas mientras caminaba, el viento frío y cortante.

El castillo de Breac. Era el último lugar que deseaba ver, los recuerdos del tiempo que había pasado allí dentro estaban cargados de horror. Oteó el cielo agitado por las nubes. Una helada bofetada de lluvia le golpeó la piel, luego otra.

En la línea de árboles, Keylan divisó a Emmaline. Por el caos vivido, se había olvidado de que ella cabalgaba con él. Necesitaban partir inmediatamente para rescatar a la esposa de Liam, pero ella no podía ir con ellos, y no tenía tiempo de escoltarla hasta las Tierras Altas. ¿Dónde podía esconderla?

En el castillo de Rivenlochs.

Necesitaba enviar un mensajero para informar a sus hermanos de su cambio de planes y de

que necesitaba su ayuda. Añadiría varios hombres más como guardias y la enviaría con ellos.

Un trueno retumbó en la distancia.

—Parece que nos espera otra tormenta —dijo un caballero al lado de Emmaline.

Ella asintió, concentrada en el pequeño contingente de hombres a medida que se acercaban.

El alivio la invadió cuando Keylan se acercó, sosteniendo a su amigo.

¿Qué había ocurrido para que Keylan cambiara de opinión sobre matar a Liam? No es que su amigo pareciera en condiciones de defenderse. Un profundo corte le atravesaba el ojo izquierdo. Moratones yacían esparcidos por su rostro en furiosos tonos amarillos y rojos. Favoreció su pierna izquierda y se apoyó en Keylan para evitar la presión sobre su pie cuando caminaban.

Unos instantes después, pasaron bajo el dosel de ramas.

Cuando la mirada de Keylan se encontró con la suya, la frialdad recorrió a Emmaline. Ella había visto esa mirada antes. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en el campo, de alguna manera la implicaba a ella, o más concretamente, a su hermano.

Pasó junto a ella, sujetando a Liam, sin calidez alguna en su rostro.

—Venid. —Keylan miró a sus hombres—. A vuestros puestos. —Continuó adentrándose en el bosque.

Su inquietud crecía mientras los acompañaba. Deslizó una mirada de reojo hacia su amigo, que la estudió con indisimulado interés. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Pocos señores viajaban con una mujer a cuestas. Mucho menos una dama de la que se enteraría dentro de poco que era la hermana de su enemigo.

Bajo un gran roble, Keylan se detuvo, haciéndole un gesto para que se sentara.

Con las piernas temblándole, Emmaline obedeció, eligiendo el tronco de un árbol caído como asiento.

Con cuidado, Keylan dejó a su amigo sobre la corteza erosionada a varios pasos de distancia, y luego se puso de pie.

—Emmaline, permíteme presentarte a mi amigo, Sir Liam.

¿Su amigo?

—Es un placer.

—Liam —continuó Keylan—, ella es Lady Emmaline.

Él asintió, la miró con curiosidad.

—Mi señora.

—Hermana de Lord Tremont —añadió Keylan.

La furia se abrió paso a través de los ojos medio hinchados de Liam. Este intentó ponerse en pie, pero su pierna izquierda le falló. Aferrándose a ella, miró con furia a Keylan, luego su

mirada se tornó cautelosa.

—¿Por qué está aquí?

—Para usarla en el trueque con su hermano.

—¡Para hacer qué! —Emmaline jadeó.

Keylan se arrodilló, estrechó la mano de ella entre su palma.

—Eso fue antes de...

—¿Antes? —preguntó Liam.

—Antes de que supiera que era inocente de las sucias acciones de su hermano... como tú.
—Liam permaneció en silencio, con el rostro sumido en sus pensamientos.

—¿Ya no voy a ser objeto de ningún trueque? —preguntó ella insegura y confusa.
Necesitaba oírsele decir. Su corazón se estremeció por la expectación.

La ternura suavizó su rostro y le dio un suave apretón en la mano.

—No, como he dicho, eres libre.

—¿Y mi viaje a las Tierras Altas? —Keylan vaciló.

—A mi regreso.

—¿Regreso? ¿A dónde vas? No lo entiendo.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Liam—. Tienes a la hermana de Tremont y no la estás usando contra el bastardo.

—No —replicó Keylan, sin apartar sus ojos de los de ella—. Le debo la vida. Ella me liberó del calabozo del vizconde. Es una larga historia que te contaré más tarde. Basta decir que ha demostrado más valor que cualquier mujer que haya conocido.

Liam tragó con fuerza.

—Perdóname, mi señora. No sabía que le habías salvado la vida de Keylan. No puedo agradeceréte lo suficiente. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza, con la pena reflejada en sus ojos—. Dios mío, Keylan, creí que habías muerto. —Se quedó en silencio, intentando recomponerse—. Si hubiera sabido que el vizconde te encarceló...

—Y le torturó —añadió Emmaline con furia—. Afirmas ser amigo de Keylan, pero por tu culpa casi muere. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Qué clase de hombre traiciona a un amigo?

A Liam se le formó un nudo en la garganta.

—Un hombre que no merece el perdón que Keylan le ofrece.

—En eso estoy de acuerdo. —Ella entrecerró los ojos—. ¿Cómo...?

—Basta —afirmó Keylan.

Miró fijamente a Liam, que le devolvió la dura mirada sin inmutarse.

Se notaba que había amor entre los amigos.

—Tu hermano es despiadado en cuanto a quién utiliza para su provecho —declaró Keylan

—. Como tú, Liam no era más que un peón. Su vida ha quedado destrozada por el capricho de Tremont. Al amanecer, dos de mis hombres te acompañarán de vuelta al castillo de Rivenlochs. A mi regreso, te escoltaré hasta las Tierras Altas.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Liam, mis hombres y yo cabalgaremos hasta el castillo de Breac.

Sorprendida, Emmaline observó al maltrecho hombre, se fijó en las viejas cicatrices, ocultas por las nuevas heridas que le había provocado Keylan. ¿Por qué iba Keylan a permitir que este hombre cabalgara junto a él mientras a ella la ponía a salvo?

—No está en condiciones de viajar —dijo. Los ojos de Liam se endurecieron.

—Cabalgaré. —Su apasionado juramento la estremeció.

—¿Por qué?

—Debo rescatar a mi esposa, Brighde.

—¿Tu esposa está en el castillo de Breac? —susurró ella.

—Sí. Tu hermano la ha convertido en su puta.

¡Madre mía! Se había quedado sin palabras. Luchó contra el conocimiento de otro horrendo mal que su hermano había cometido.

—Si hubiera sabido de su traición, habría... —¿Haber hecho qué? Tristemente, poco. Sacudió la cabeza—. Lo siento.

Liam la observó con ojo crítico. Pasaron unos instantes y su expresión se suavizó.

—Yo también, pero la salvaremos.

—Sí —se hizo eco Keylan—. Aunque tengamos que derribar cada maldita piedra del castillo.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Liam, pero el orgullo, feroz y profundo, brilló también en sus ojos.

La fuerza de su amistad dejó a Emmaline alegre y triste a la vez. Deseaba que ella y Keylan compartiesen el mismo vínculo. Su conexión física estaba fuera de toda duda, no había más que ver los días que habían pasado junto. Pero ¿qué sentía él por ella?

Como si ella tuviera que preguntárselo. Su respuesta de hacía unos momentos dejaba claros sus sentimientos. Una vez que hubiera liberado a la esposa de Liam, acompañaría a Emmaline a las Tierras Altas y saldría de su vida.

El dolor le robaba el aliento. Era tan doloroso que le desgarraba el alma. La amistad y la confianza que ella anhelaba no eran regalos que él le ofreciera a su vez.

Ni nunca lo harían.

Superando el dolor y la herida que el rechazo había dejado en su corazón, se centró en su objetivo de liberar a Brighde. Puede que nunca ganara el amor de Keylan, pero no se quedaría de brazos cruzados cuando podía ayudar a enmendar los errores de su hermano.

Emmaline se puso en pie.

—Voy contigo.

El rostro de Keylan se ensombreció.

—¡De ninguna manera! Viajarás al castillo de Rivenlochs, donde estarás a salvo.

—¿A salvo? —Sombría, Emmaline negó con la cabeza—. Mientras mi hermano viva, ¿alguno de nosotros está realmente a salvo?

Él dio un paso al frente y la cogió por los hombros.

—Emmaline...

—Mi hermano es el culpable de todo esto. Si Fenton no hubiera secuestrado a Brighde, amenazado a Liam hasta forzarlo a tomar una horrible decisión, tú no habrías sido encarcelado ni tus caballeros asesinados. —Levantó la barbilla y se estremeció bajo su tacto. Mi hermano ha hecho mucho daño y esto tiene que acabar. Puede que haya ignorado sus acciones hasta ahora, pero ahora las conozco. Me niego a quedarme al margen cuando puedo ayudar a reparar sus males.

Keylan le apartó una lágrima que no se había dado cuenta de que había derramado.

—Aún te estás recuperando.

Se burló.

—Liam apenas puede andar y, sin embargo, cabalgará contigo al día siguiente.

—Su esposa...

Ella intentó soltarse; él la sujetó con fuerza. La ira se encendió en sus ojos hasta volverse ardiente.

—Conozco la disposición del castillo de Breac, tengo experiencia en moverme por el laberinto de túneles secretos. —Ante su expresión cada vez más sombría, ella la cabeza—. No se te ocurra prohibírmelo. Mi interés en esto es tan grande como el de cualquiera de vosotros. Además, si me dejas, te seguiré por mi cuenta.

Keylan la fulminó con la mirada, furioso de que se atreviera a desafiarlo, queriendo que estuviese a salvo. Maldita sea, si estuvieran solos, la desnudaría y le haría el amor. Nunca una mujer lo había hecho enfurecer y desearla al mismo tiempo.

Una suave risita a su lado le hizo fulminar con la mirada a su amigo.

—Si no lo hubiera presenciado con mis propios ojos —murmuró Liam—, no lo habría creído posible.

—¿Qué? —gruñó Keylan.

—Parece —dijo Liam, lejos de amilanarse por la actitud hosca de su amigo—, que has encontrado a tu pareja.

Keylan miró a Emmaline, deseándola, sintiéndose más confuso y desgarrado que nunca en su vida.

—Maldita sea, vendrás con nosotros. Pero es tu vida la que estás arriesgando.

La tristeza marcó la determinación de su rostro.

—Sí, lo es. La mía y la de nadie más. —Se dio la vuelta y se alejó.

Keylan se obligó a mantenerse quieto. A no correr tras ella y exigirle que regresara a la seguridad del castillo de Rivenlochs. Exhaló un áspero suspiro y rezó para que dejar que lo acompañase no fuera el peor error de su vida.

Capítulo 19

La noche se cernía a su alrededor como un presagio morboso. Con los nervios de punta, Emmaline miró a través de las gruesas ramas de un abeto. Una roca escarpada sobresalía del rollo de tierra que raspaba hacia el cielo. En lo alto del magnífico afloramiento se alzaba el castillo de Breac.

Un castillo donde ella había crecido. Un castillo que había albergado sus sueños.

Un castillo que ahora no encerraba más que peligro.

Tres días atrás, Keylan había enviado a sus caballeros a entregar un escrito a sus hermanos. Los hombres ya deberían de haber llegado al castillo de Rivenlochs. Con un contingente de hombres cabalgando a su lado, Neilan y Keir deberían estar en camino.

—¿Emmaline?

Ante la preocupación en la voz de Keylan, ella se volvió. En la luz mortecina, unos ojos verdes la estudiaron. Su mirada demasiado intensa, viendo más de lo que ella deseaba revelar.

—No es demasiado tarde para que te marches —dijo.

«Y ponerte a salvo», terminó ella en silencio. Él no iba a decir nada más. Excepto ordenar a sus hombres que la ataran y la arrastraran de vuelta al castillo de Rivenlochs, había agotado todas las opciones para convencerla de que no los acompañara.

Con cada explicación, ella se había negado.

—Emmaline...

—Voy a ir. —En cuanto a detener a Fenton, ella y Keylan estaban igual de decididos. Su hermano había hecho daño a demasiada gente. Aunque le costara hasta su último aliento, pondría fin a su brutalidad.

El sol se hundía bajo el horizonte, sofocando la luz que los expondría a los guardias de Fenton. Rezó para que encontraran a Brighde con vida.

—Por allí. —Keylan le señaló a sus hombres el sendero lavado por la lluvia que él y Emmaline habían utilizado para escapar.

La roca desgastada por el tiempo se inclinaba por la empinada pendiente ante ellos como si nada hubiera cambiado. Pero sí lo había hecho. Apenas podía comprender cuánto había cambiado desde su huida con Keylan hacía apenas más de quince días.

Y en esa brizna de tiempo, de algún modo, el amor le había ofrecido tanto enriquecimiento como ruina.

Apartando una gruesa rama, Liam estudió la empinada ladera sembrada de rocas sueltas.

—Tardaremos toda la noche en llegar a la cima. La lluvia hará la subida más traicionera.

—Sí, pero la tormenta proporciona la cobertura necesaria para ocultarnos. —Keylan estudió a su amigo; sus heridas seguían siendo algo a tener en cuenta. Pero comprendía la determinación de Liam, una que él también habría adoptado si Emmaline estuviera en las garras de ese bastardo—. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

Liam asintió, con la mandíbula desencajada.

—Sí.

Keylan miró a Emmaline.

—¿Estás preparada? —Ella arqueó una ceja.

—¿Y tú?

Keylan frunció el ceño.

—Con las mujeres no se gana —le aconsejó Liam.

Incómodo por la fácil aceptación de su amigo de la relación de Keylan con Emmaline, de su creencia implícita de que entre ellos existía algo más que una cama compartida, Keylan se puso en pie. Por mucho que disfrutara de su compañía, por mucho que le intrigara su ingenio, no se engañaba a sí mismo. Con las exigencias de la guerra sobre él, nunca podría permitir entre ellos más que una conexión física.

Un vínculo que pronto se rompería.

Keylan le hizo señas a sus hombres para que avanzaran.

Las rocas repiqueteaban y raspaban mientras los hombres ascendían. La subida era lenta, tediosa, y a veces el deslizamiento de la piedra cortada por la lluvia obligaba a Keylan a dar un rodeo antes de continuar subiendo. Parpadeó contra el aguacero constante y siguió adelante.

Horas más tarde, la apagada luz del amanecer se deslizaba en la lúgubre mañana. Tenían que llegar al túnel antes de que los viera algún guardia.

El sudor manchaba el rostro de Keylan, sus músculos gritaban y la lluvia que los había azotado durante toda la noche caía con más fuerza. Cuando se encaramó a la siguiente repisa, la boca del túnel asomó entre la penosa luz.

¡Lo habían conseguido!

—El túnel —dijo Emmaline, jadeando.

Keylan se volvió con la respiración agitada. Por mucho que hubiera deseado que ella se quedara atrás, el orgullo lo invadió ante su determinación. Durante todo el ascenso, no se había quejado, pero la tensión delineaba su rostro y el cansancio oscurecía sus ojos.

Deseó que pudieran detenerse para permitirle descansar, pero con los guardias de Fenton alerta en lo alto y el cielo cada vez más claro, demorarse podría ser fatal.

En la cima, Keylan trepó por el borde del acantilado.

—Ven. —Cogió las manos de Emmaline, tiró de ella y la atrajo hacia el interior de la entrada. Durante unos segundos, ella descansó contra su pecho y él la rodeó con sus brazos, saboreando la sensación de su cuerpo contra el suyo mientras esperaba a que Liam y sus hombres

llegaran a la cima.

Como si percibiera sus preocupaciones, Emmaline se encontró con su mirada.

—Salvaremos a Brighde.

—Sí —respondió Keylan, aunque no era la esposa de Liam lo que estaba lo primero en sus pensamientos.

Cuando el último de sus hombres llegó a la entrada del túnel, Emmaline se apartó de sus brazos.

—Gracias, Keylan, por confiar en mí. —Se dio la vuelta, saludó a los hombres y se puso en marcha.

Sin dudarlo, Keylan la siguió a través del oscuro laberinto, su confianza en ella muy diferente a cuando empezaron el viaje. El contraste le carcomía por dentro, un agudo recordatorio de que había pasado menos de una luna, tiempo insuficiente para que ella se hubiera ganado su confianza.

Sin embargo, era como si conociera a Emmaline desde hacía años, el tiempo suficiente para desearla entre sus brazos cada día, y el tiempo suficiente para desearla para... Maldición. Hizo a un lado los pensamientos peligrosos en los que se estaba adentrando su mente y se concentró en el túnel que lo rodeaba.

Sin el lujo de una antorcha, la negrura los envolvía. Una oscuridad tan interminable que era como si hubieran caído en el infierno.

—Utilizad la pared para guiaros —le dijo Keylan a los hombres que tenía detrás, agradecido por la oscuridad que protegía sus emociones cuando pensaba en Emmaline. Emociones que luchaba por comprender.

En silencio, sus hombres lo siguieron. Tras varios minutos, Emmaline se detuvo.

—Aquí.

La negrura se aferró a sus ojos.

—No hemos llegado al final del túnel.

—Lo sé. —Asintió Emmaline—. Somos demasiados para atravesar el valle y llegar a los establos. Debemos utilizar un pasadizo que rodee todo el castillo. —La escuchó moverse a su lado—. Debería haber una antorcha escondida cerca. Palpad a lo largo de la pared en busca de una hendidura que oculte un pedernal y una antorcha.

Keylan pasó las manos por la fría piedra.

—¿Por qué no hay una antorcha en la entrada?

—Mi padre pensó que la ausencia de luz dificultaría el ataque de posibles intrusos.

—Un hombre inteligente.

—Lo fue, sin duda. —El orgullo era patente en su voz.

Con la antorcha encendida y Emmaline a su lado, comenzó a descender por el desconocido túnel. Ella les guio por el laberinto con mano experta.

Cuando doblaron la siguiente esquina, un hedor nauseabundo golpeó a Keylan, encendiendo horribles recuerdos de cadenas, pinchos y sus gritos en su cabeza. Su cuerpo se estremeció ante los brutales recuerdos, los horrores que había sufrido bajo la mano de Tremont.

—Keylan —susurró Emmaline.

Una mano suave se posó sobre su brazo, devolviéndole la cordura. Contempló el rostro de Emmaline acariciado por la luz de las antorchas. La preocupación llenaba su mirada. Al igual que el amor.

Un amor que ella había admitido.

Un amor que él no se atrevía a creer que fuera real.

Pero lo deseaba, le dolía la posibilidad de no tenerlo.

Sus sueños se desmoronaron bajo el hedor.

—La mazmorra —dijo Keylan con voz uniforme.

Los dedos de Emmaline lo apretaron con su suavidad en señal de silenciosa comprensión mientras lidiaba con sus demonios.

—El camino está bloqueado —dijo Liam a sus espaldas.

Keylan levantó más la antorcha. Una gran piedra plana cerraba su camino. Pesaba demasiado para que sus hombres y él pudiesen moverla.

—Hay una puerta a la derecha —dijo Emmaline.

Liam se adentró en el parpadeante cono de luz, con el rostro cansado pero marcado por la esperanza.

Keylan creía que encontrarían a Brighde, y rezaba para que aún estuviera cuerda después del horrible maltrato que debía de haber soportado. Le dolía por su amiga. No... no podía pensar en cómo se sentiría si...

Desterrando cualquier pensamiento de su cabeza, pegó la oreja a la piedra.

La tensión flotaba en el aire tan potente como el hedor nauseabundo de los muertos y moribundos del más allá.

—No oigo nada. —Apagó la antorcha y empujó. La puerta se abrió de par en par.

Con la espada desenvainada, esperó, preparado por si algún guardia daba la voz de alerta. Silencio.

Keylan se asomó. Al no ver a nadie, se relajó y se volvió hacia su maestro de armas.

—Pasa la voz de que iremos despacio. —Órdenes amortiguadas se oyeron detrás de él cuando entró en la cámara que había engendrado sus pesadillas.

Un escalofrío lo recorrió entero, luego otro. Respiró hondo, estabilizándose mientras miraba a su alrededor. Antorchas clavadas en apliques iluminaban la húmeda prisión y la inmundicia de los hombres moribundos encerrados en sus celdas. Los gemidos y los gritos llenos de dolor le evocaron horribles recuerdos de lo que había sufrido mientras estuvo encerrado ahí dentro.

Keylan se adelantó, agradecido por la mano de Emmaline en su brazo, un potente recordatorio de que, en efecto, más allá del mal, existía la bondad.

Cuando sus hombres entraron en fila en la mazmorra, los dividió en grupos para registrar las celdas y liberar a todos los encarcelados, o para ayudar a los que no eran capaces de luchar a entrar en el túnel.

Los pasos resonaban. Sonó el crujido oxidado de una celda, seguido de gritos de alivio.

En el centro de la mazmorra, Keylan contemplaba los escalones de piedra que descendían del torreón. Con la mandíbula apretada, se volvió hacia donde sus hombres hacían un último barrido de cada celda.

Emmaline caminó hacia él, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

—Ella no está aquí.

Él la atrajo hacia sí. Se sentía igual de frustrado que ella.

—Tremont tiene que tenerla en otra parte.

—Dentro de su alcoba, como juró —ronroneó Liam.

Keylan lo miró con dureza, comprendiendo el dolor de su amigo. Asintió con la cabeza.

—La encontraremos. —En qué estado, era otro asunto.

—Yo iré —afirmó Emmaline.

—No. —Todo en el interior de Keylan protestaba contra la intención de Emmaline. Ella le importaba demasiado como para dejarla correr semejante riesgo.

—Debo ir. A solas puedo escabullirme de los guardias y registrar los pisos superiores. —Emmaline observó a los hombres que ayudaban a los heridos a entrar en el túnel—. Si vamos todos, lo más probable es que nos vean y nos desafíen.

Liam exhaló un duro suspiro.

—Tiene razón.

Sí, Keylan estuvo de acuerdo con ella en silencio, pero no es que le gustase la idea. Pero si Tremont era alertado de su presencia, mataría a Brighde.

Emmaline le sostuvo la mirada de Keylan. Comprendía su frustración, pero tenía que entender que ir sin compañía era la única oportunidad que tenían de encontrar a Brighde... Si es que aún vivía.

—Es la única manera —susurró. Por la mirada feroz que vio en sus ojos, pensó que volvería a negarse.

La emoción parpadeó en el rostro de Keylan: preocupación, pena y necesidad.

—Vuelve a mí —gruñó, y luego la atrajo hacia sí para darle un fuerte beso. Luego se separó.

Y ella lo vio en sus ojos; la pasión, la confianza y más sentimientos que él nunca admitiría. Sintió dolor en el corazón. Al dejarla marchar, él había reconocido lo importante que era para la misión e, inconscientemente, en su vida. Sin embargo, ella dudaba de que él se diera cuenta de

que la amaba.

—Esperaremos dentro del túnel hasta que regreses —dijo Keylan—. Date prisa. —En el último escalón de la mazmorra, miró hacia abajo. Los últimos hombres de Keylan entraron en el túnel, pero él se quedó de pie junto a la entrada de piedra y la observó, como si su marcha le rompiera el corazón. Ella apretó un beso en su mano, se la tendió y luego se escabulló por la puerta.

Con el corazón acelerado, se apresuró a recorrer el pasadizo. Los susurros de los guardias hacían que se apretara contra la fría pared de piedra. Miró hacia delante.

Más allá de la alcoba, de espaldas a ella, dos guardias discutían sobre una mujer con la que el otro se había acostado.

Miró hacia la torre que había más allá, esperando que el atuendo de sirvienta que había cogido de una habitación tras salir de la mazmorra no llamara la atención. Se lo había puesto y se había anudado el pelo antes de embadurnarse la cara con ceniza para disimular.

El miedo se apoderó de ella mientras Emmaline caminaba por el pasillo como si no le importara nada.

—Alto —le ordenó un guardia. Ella se detuvo.

—¿Adónde va? —le preguntó.

—A recoger la ropa sucia. Mantuvo la voz baja y la mirada gacha.

El hombre emitió un gruñido desdeñoso.

—Adelante. Se apresuró por el pasillo. Por suerte, los hombres reanudaron su charla sobre la mujer.

Al llegar a la entrada de las escaleras, se dirigió hacia arriba. En el piso superior, comenzó su búsqueda, habitación tras habitación, pero las encontraba todas vacías.

Cansada, con el ánimo mermado, se acercó a la siguiente habitación: su habitación. Una brizna de melancolía la recorrió. Los libros que su padre había mandado copiar para ella reposaban en las estanterías talladas a mano, el peine de marfil que su madre le había regalado la noche antes de su muerte yacía sobre una mesita y, junto a ellos, una daga tallada, una figura que Fenton había hecho cuando solo tenía siete años.

Todo parecía igual, intacto, como si el tiempo se hubiese detenido cuando se marchó hacía más de quince días. Era como si pudiera acostarse, cerrar los ojos y los acontecimientos que habían alterado su vida desaparecieran.

Excepto que todo había cambiado. Se había enterado de la maldad de su hermano y había encontrado el amor de Keylan.

Exhaló un suspiro. Brighde. Debía encontrarla.

Emmaline se deslizó en la cámara de sus padres, ahora usurpada por Fenton. Los recuerdos la asaltaron; de reír con sus padres por la noche, de su padre contando historias de dragones y caballeros y de una princesa solitaria salvada de un horrible hechicero.

Salvo que el horrible villano había resultado ser su hermano. Alejó el oscuro pensamiento

de su mente.

Con movimientos rápidos y eficaces, buscó en la habitación, apartó las extravagantes colgaduras de la cama de seda intrincadamente tejida.

Las lágrimas le quemaron los ojos. Brighde no estaba aquí. ¿Dónde estaba? Con las retorcidas costumbres de su hermano, quizá ya la había enviado a otra parte, o estaba muerta.

Frustrada, Emmaline se volvió hacia la puerta. Temía darle la noticia a Liam. Ver a un hombre que había perdido tanto devastado aún más.

Un leve rasguño fracturó la quietud.

Emmaline se volvió y prestó atención. Voces lejanas de sirvientes murmuraban desde el fondo del pasillo. La risa de un hombre resonó a través de una ventana desde el patio exterior. Sus hombros se hundieron en la derrota. No había oído nada.

Emmaline alargó la mano hacia la puerta.

Sonó un débil ruido, esta vez procedente del fondo de la cámara.

Con el corazón palpitante, se giró y divisó un gran cuadro de cuerpo entero. Había olvidado la cámara privada de su padre, más allá del dormitorio de sus padres. La había utilizado para llevar los registros de la casa, redactar cartas y trabajar en otros detalles de la finca.

Emmaline corrió hacia la puerta. Le temblaban los dedos cuando apartó el cuadro, descorrió el cerrojo y abrió la puerta oculta.

Una mujer la miraba fijamente, con el rostro maltrecho, la ropa desordenada, los ojos estrangulados por el miedo.

—¿Brighde? —preguntó en voz baja. La mujer tembló.

A Emmaline se le oprimió el pecho. Solo Dios sabía lo que esta pobre mujer había soportado.

—He venido con Keylan y Liam para salvarte.

Un destello de esperanza parpadeó en sus ojos.

—¿Liam está aquí?

—Sí.

La alegría de su rostro se desvaneció dando paso a la vergüenza. Gruesas lágrimas se formaron en sus párpados para luego rodar por sus mejillas.

—Vete. Que crea que estoy muerta.

Emmaline resistió el impulso de estirar la mano y tocarla, insegura de si se encogería por el contacto físico, pero necesitaba hacerle comprender cosas a Brighde.

—Tu marido te quiere.

La mujer apartó la mirada.

—Estoy manchada, ensuciada, deshonorada.

La furia se apoderó de ella.

—La violación es la deshonra del agresor, el acto de un cobarde.

Los sollozos silenciosos de Brighde resonaron en la cámara.

—Qué importa, el acto está hecho.

—Liam te ama.

Ella sacudió la cabeza.

—Ama a la mujer que fui. Una que sonreiría y le daría la bienvenida a su cama. No sabe lo que me han hecho, los hombres cuyos deseos he soportado, los actos lujuriosos que cometieron conmigo.

Emmaline se estremeció. Le dolía el alma por ella

—¿Amas a tu marido? —La mujer resopló.

—Sí —susurró—, pero es demasiado tarde.

—No. Escúchame. Si no por ti, por su seguridad, debes venir conmigo. Él te quiere mucho y no se irá sin ti.

Brighde levantó los ojos. La esperanza persistía en ellos.

—Rápido —instó Emmaline—. Tenemos poco tiempo.

—Creo que no.

Al oír la voz de Fenton, el pánico se apoderó de ella. Emmaline se giró.

Unos ojos del color de la arcilla quemada por el sol la miraban, el suave ángulo de sus mejillas demostraba lo enfadado que estaba. Los músculos se le agarrotaron al cruzarse de brazos.

—Vaya, parece que tengo una intrusa. —Su mirada la recorrió con malicia—. Por el aspecto de tu sucio vestido, tu piel ensuciada, pareces una sirvienta. Mis hombres disfrutan con una mujer, especialmente con una que no ha aprendido cuál es su lugar.

El miedo amenazó con erosionar la bravuconería de Emmaline.

—Me das asco. —Frunció el ceño—. Liberaste al rebelde escocés.

—Abandoné sola el castillo de Breac.

El odio, puro y simple, destelló en su rostro maliciosamente apuesto. Dio un paso adelante; su mano salió disparada.

El dolor la abrasó. Ella retrocedió tambaleándose.

—¡Mentirosa! —le espetó.

Ella levantó la mano hacia donde le palpitaba la cara.

—Estoy diciendo la verdad.

Soltó una carcajada.

—No es coincidencia que Lord Grampton desapareciera de mi calabozo, ni que el guardia del calabozo fuera encontrado inconsciente después de que tú escaparas. —Se inclinó más cerca

—. Cuando el guardia despertó, nos dijo que tenía la lengua espesa y el cerebro nublado. Mencionó que una sirvienta lo había sorprendido con vino. No hace falta ser muy listo para deducir quién se lo entregó.

Ella dio un paso atrás, con el cuerpo temblando.

Fenton le cogió los hombros con las manos. Sus dedos se clavaron en su tierna piel.

—Debería entregarte a mis hombres para que te usen como quieran. Lástima, ensuciaría bienes que necesito para otros fines. —Con una sonrisa siniestra, la apartó de un empujón—. Por otra parte, hay otras formas de causar dolor sin dejar marcas, formas de hacer creer a un hombre que su nueva novia es pura.

—Nunca me casaré con el conde de Fallon.

La satisfacción rezumaba en su rostro.

—Los términos ya han sido discutidos y los documentos firmados.

—¡Bastardo!

—Ahora que has regresado, mañana enviaré un carruaje para que te recoja.

Ella levantó la barbilla desafiante.

—El conde se negará a casarse conmigo. Espera acostarse con una virgen, cosa que no soy.

—No me importa para quién te abras de piernas —dijo Fenton—. Enviaré una misiva esta noche diciendo que en el camino de tus últimos viajes, los rebeldes escoceses asaltaron tu carruaje y te violaron. —Esbozó una fría sonrisa—. Nada ha cambiado. El conde te aceptará, puta o no.

Ella pensó en Keylan, en cómo habían hecho el amor en su infinita ternura.

—No fui violada. Me entregué a él, al hombre que amo.

Una calma aterradora apareció en los ojos de Fenton, un vacío tan oscuro que ella se vio prefiriendo la furia. Al menos eso le indicaba que tenía sentimientos, a diferencia de la criatura que tenía ante ella.

—Encontraré al rebelde —afirmó su hermano—. Cuando lo haga, lo mataré y exhibiré su cabeza en una pica, una advertencia para todos los que se atrevan a tocar lo que es mío.

—No te pertenezco.

Cogió el pelo de Emmaline, retorciéndolo con fuerza.

—En eso, mi querida hermana, es en lo que tienes razón. Fuiste comprada y pagada por el conde de Fallon. —La empujó hacia Brighde.

La cabeza de Emmaline latía con fuerza mientras luchaba por concentrarse y la esposa de Liam la sostenía la sostenía.

Fenton fulminó a Brighde con la mirada.

—Átala.

Las manos de Brighde temblaron al coger la cuerda que sujetaba Fenton.

—Lo siento, mi señora. —Unas manos inestables envolvieron rápidamente la cuerda tejida alrededor de sus muñecas.

Su hermano asintió.

—Al igual que tus muñecas, tu lengua de arpía pronto será domada. —Fenton hizo una pausa—. He oído que el conde prefiere un látigo.

—Me niego a ir.

Fenton rio, un sonido frío y quebradizo.

—Cuando acabe contigo, suplicarás salir de aquí. —Se acercó a ella y la agarró de la mandíbula—. Yo no hago amenazas. —La apartó de un empujón.

Emmaline aterrizó con fuerza en el suelo de piedra. El dolor le atravesó el cráneo.

La habitación daba vueltas. Le dolía la cabeza igual que si le hubiesen dado con una maza.

—Límpiala —ordenó Fenton—. Parece la puta que es, solo apta para follar con el escocés. Se le traerá una bata para que se la ponga. —Entrecerró la mirada—. Entonces hablaremos. Puede ser dentro de mi cámara o en las mazmorras, contigo desnuda y extendida sobre el potro.

—¡No!

Él ignoró su súplica.

—Ahora que sé que ya no eres una doncella, no dudaré en entregarte a los deseos inventivos de mis hombres. Y tengo máquinas nuevas y creativas que doblegarán al más robusto de los hombres, o de las mujeres, a mi voluntad. Te casarás, eso te lo juro por tu vida. La condición en la que te encuentres al pronunciar tus votos es elección tuya.

Fenton se volvió y salió a grandes zancadas de la cámara. La puerta se cerró de golpe a su paso.

A través de la bruma del dolor, Emmaline se concentró en sus palabras. ¡Las mazmorras!

Donde esperaban Keylan y sus hombres.

Dios del cielo, ¿qué iba a hacer ahora?

Capítulo 20

Las campanas sonaron.

Keylan se quedó mirando los escalones. Había pasado demasiado tiempo. La ira lo atenazaba, ¿dónde estaba?

—Emmaline ya debería haber regresado.

—Puede que su cautela la retrase —apuntó Liam—, más aún si tiene a Brighde al lado. No querrán correr riesgos innecesarios.

El razonamiento de su amigo tenía sentido, pero intuyó su preocupación, el miedo que se hacía eco de sus propias inquietudes. Keylan echó un vistazo a los dos cuerpos desplomados en el pasadizo.

—Cuando estos guardias no regresen de sus rondas, otros vendrán en su busca. —Liam asintió de forma sombría.

—El tiempo se acaba.

La inquietud recorrió a Keylan mientras volvía a echar un vistazo a los escalones.

Algo iba mal, lo sentía. Estaba tan seguro como que tenía que respirar para seguir vivo.

—¿Crees que ha encontrado a Brighde? —preguntó Liam. Keylan exhaló.

—Eso espero.

Pasaron muchos minutos. La luz del sol se iluminó y luego empezó a entrar lentamente por las estrechas ventanas.

Maldición, no esperaba más. Keylan apretó la mano sobre la empuñadura de su espada.

—Voy a encontrarlos. Quédate con mis hombres en el túnel.

Liam sacudió la cabeza, con el rostro adusto.

—Voy conmito. Son mis acciones las que han provocado el peligro al que nos enfrentamos, y mi esposa a la que Lady Emmaline quiere encontrar.

—Tu pierna nos retrasará. Solo tengo más posibilidades de deslizarme por el castillo sin ser visto.

—Tenemos un número considerable de caballeros —dijo Liam—. Podríamos enfrentarnos a los hombres de Tremont.

—Sí —respondió Keylan—. Pero si Emmaline ha encontrado a Brighde, un ataque podría dificultar su huida, o peor aún, exponerlas. Hasta que Neilan y Keir lleguen con refuerzos, nos superan ampliamente en número.

Liam murmuró una maldición.

—No me gusta esto. —Hizo un gesto brusco con la cabeza—. Vete, entonces. Si no habéis regresado cuando vuelvan a sonar las campanas, por Dios que iremos a por ti. —Keylan asintió. Su amigo lo atrajo hacia sí en un feroz abrazo.

—Que Dios te acompañe.

Con una plegaria, Keylan se apresuró a subir los escalones iluminados con antorchas. En la cima, se volvió. Los últimos de sus hombres estaban entrando en el túnel. Con la espada preparada, abrió la puerta.

El rico aroma del pan llenaba el aire, así como los olores de la salvia, el romero y otras hierbas que los cocineros utilizaban en la preparación diaria de la comida. A lo lejos, resonaban las voces murmuradas de mujeres y niños y de algún hombre.

Esperó, a la espera de cualquier señal de Tremont o de alguno de sus caballeros. Nada.

Keylan abrió la puerta de un empujón. En lugar de abrirse a la gran sala, como era habitual, la entrada daba a un corredor que se bifurcaba en varios pasillos. Esta característica única subrayaba el enorme tamaño del castillo, así como la meticulosa planificación y riqueza de su propietario escocés original.

Lástima que tal magnificencia perteneciera ahora a un noble cruel obsesionado con su propio poder.

Recorrió apresuradamente el pasillo, las antorchas encendidas en sus apliques se fundían con la luz del sol que se colaba por las ventanas talladas.

Al llegar a la entrada de la gran sala, echó un vistazo al interior. Los perros yacían desparramados en rincones distantes mientras los sirvientes limpiaban las mesas y los niños barrían el suelo con paja atada a mano.

Los caballeros ya habían desayunado. Lo más probable es que estuvieran practicando con sus espadas en el patio de armas.

Se deslizó más allá de la entrada. A poca distancia, se detuvo ante los dos conjuntos de escalones que subían. Paredes escuetas adornaban una entrada, la otra ostentaba pinturas de nobles prestigiosos, cada retrato iluminado por una vela dentro de un candelabro. Comenzó a subir por la torrecilla revestida de cuadros.

Una suave pisada resonó desde arriba.

Keylan miró hacia atrás. Mierda. No tenía tiempo de volver al piso de abajo.

Una sombra onduló a lo largo de la pared curva de piedra de la escalera. La suave almohadilla de unas zapatillas raspó por encima de él. Una mujer se acercaba. Envainó su espada y sacó su daga, la escondió detrás de sí.

Una sirvienta dobló la esquina, con los brazos llenos de una jarra vacía. Con el ceño fruncido, se detuvo.

—Busco a Lord Tremont —dijo con la autoridad de alguien que era bienvenido en el castillo.

Ella vaciló.

—Lo siento, mi señor, no sé dónde está Lord Tremont. Me enviaron a buscar las jarras de agua vacías. Si lo desea, iré a buscarlo.

—No, es una tarea que puedo hacer yo.

—Usted es escocés. —Un rubor le bañó las mejillas—. Mis disculpas, mi señor. Mis palabras no están dichas con amabilidad. Es solo que, últimamente, entran en el castillo de Breac más nobles escoceses que ingleses.

Sí, aquellos que eran débiles y que han vendido su honor por su seguridad en lugar de mantenerse firmes contra el rey Eduardo.

—Vete —dijo Keylan—. Yo mismo encontraré a Lord Tremont.

—Sí, mi señor. —La mujer hizo una media reverencia. Con la jarra sujeta con fuerza en sus manos, se apresuró a pasar por su lado.

Era triste cuando, en tiempos de guerra, un escocés dentro de una fortaleza inglesa era una imagen común. Tampoco le sorprendió la falta de preocupación de la mujer ante su presencia. Con el rey inglés casi descartando a los rebeldes de Escocia como una amenaza, para los residentes dentro del castillo de Breac, la guerra entre sus países ya no existía.

Una creencia que llegarían a lamentar.

Una vez que la sirvienta desapareció, Keylan envainó su daga, desenvainó su espada y se dirigió hacia la torreta.

Al llegar al segundo piso, contempló los suelos de piedra caliza con incrustaciones de granito, los tapices tejidos a mano que cubrían las paredes, así como los sencillos pero elegantes apliques elaborados con imágenes inspiradas en los feéricos.

El grito de Emmaline resonó al final del pasillo. Keylan corrió hacia la entrada.

—¡Vete al infierno! —la oyó gritar.

Se aplastó contra la pared.

La puerta de la cámara estaba abierta. Tremont estaba de pie a medio camino de la habitación, con los pies separados en una postura agresiva. Debajo de él, Emmaline yacía en el suelo, atada de pies y manos, con rayas rojas en la cara.

¡El bastardo la había golpeado! La furia se apoderó de él. Desde su ángulo limitado, Keylan no vio a nadie más dentro de la cámara. ¿Dónde estaba la esposa de Liam?

La encontraría después de haber matado a Tremont. El vizconde no volvería a tocar a nadie.

Espada en alto, Keylan entró a grandes zancadas en la habitación.

—¡Tremont! —El vizconde se giró. La satisfacción se dibujó en su rostro. Dirigió una mirada hacia Emmaline.

—Veo que tu amante ha llegado para salvarte. Conmoverdor.

La puerta detrás de Keylan se cerró de golpe. Se giró.

Cinco guardias estaban contra la pared, con las espadas desenvainadas. ¡Mierda!

—Un guardia os vio a ti y a tus hombres cerca de la entrada del túnel al amanecer — confesó Tremont—. Sentía curiosidad por lo que querían hacer, así que les permití la entrada.

—Mis hombres —siseó Keylan. Al ver el ceño fruncido de Tremont, lo comprendió. Gracias a la complejidad del laberinto, aún no habían sido descubiertos.

—Los encontraré. Están registrando los túneles mientras hablamos. —La satisfacción tiñó su rostro—. Una vez que encontré a Emmaline, supe cómo te habías enterado de la entrada secreta. Ahora, te arrepentirás de haberte atrevido a volver. El coste será tu vida.

—¡No! —gritó Emmaline.

El desdén oscureció la mirada de Tremont.

—Piensa, querida hermana, que verás morir a tu amante, algo sobre lo que reflexionar mientras el conde de Fallon te lleva a tu lecho nupcial.

Con un rugido, Keylan cargó contra el vizconde. La satisfacción lo invadió cuando su espada cortó carne.

Tremont gritó y retrocedió tambaleándose.

—¡Cogedlo! —Unos pasos resonaron detrás de él.

Keylan se giró para encontrarse con la espada del primer caballero. El acero lo raspó.

Con la destreza perfeccionada por innumerables batallas, anguló su espada, clavó profundamente, empujó al atacante y luego giró para desviar la carga del siguiente asaltante.

El hombre se giró.

Las espadas se encontraron; se estremecieron por la fuerza.

Keylan sacó su daga, clavó su punta afilada en el pecho del hombre. Con los ojos desorbitados por el dolor, este se desplomó.

El dolor recorrió el hombro izquierdo de Keylan. Maldijo para sí mismo y se giró para enfrentarse al tercer atacante. Antes de que pudiera blandirlo, un caballero golpeó con fuerza contra su costado.

El guerrero que tenía delante se lanzó a por sus pies y tiró. El aire se precipitó sobre él.

—¡Keylan! —gritó Emmaline.

Keylan se golpeó contra el suelo. El dolor le desgarró el cráneo. Se soltó de una patada y empezó a rodar. Un caballero le agarró la mano. Otro guerrero le aseguró el otro hombro. Un tercer hombre sostuvo su espada en la garganta de Keylan.

—¡No lo matéis! —suplicó Emmaline.

Tremont miró fijamente a su hermana, con la mano apretada contra el profundo corte de su hombro; la sangre goteaba de entre sus dedos.

—¡Silencio!

Frenética, se encontró con la mirada de Keylan. No podía permitir que Fenton lo matara.

—Por favor, haré lo que sea si le perdonas la vida.

Keylan forcejeó contra sus captores.

—¡No accedas a nada!

Las lágrimas le quemaban los ojos. Keylan no lo entendía. Había confiado en ella y ahora moriría. No, aún había una oportunidad. Se negó a mirarlo. Si lo hacía, se derrumbaría.

Tomada la decisión, se encontró con la mirada de su hermano. Si salvaba la vida de Keylan, valdría la pena.

—Si le perdonas la vida, me casaré con el conde de Fallon.

—¡No! —rugió Keylan.

Fenton se rio, un sonido frío y feo mientras se ponía un trozo de tela en la herida para contener el flujo.

—Querida, hace tiempo que pasó el momento de elegir. Lo que una vez fue tuyo ahora me pertenece. —Arqueó una ceja—. En cuanto a Lord Grampton, su vida está acabada.

Ella se retorció en el suelo.

—¡Bastardo! ¿No tienes conciencia? ¿Ningún respeto por nuestros padres o sus deseos?

—Ninguno en absoluto. Fuiste una tonta al creer que alguna vez la tuve. —Su hermano hizo un gesto hacia los guardias—. Llevaos al escocés al calabozo—.

Los guardias levantaron a Keylan, con la espada a ras de su cuello. Mientras los dos caballeros lo arrastraban hacia la puerta, él fingió obedecer, cojeando para dar la sensación de que estaba demasiado débil para luchar.

Un paso.

Dos.

Los agarres de los guardias se relajaron ligeramente.

Se dejó caer, utilizó todo su peso para zafarse del agarre de los caballeros.

—¡Atrapadlo! —gritó Tremont.

Keylan rodó, agarró su espada y, con rápidas estocadas, despachó a uno de los tres hombres que quedaban. Con la espada preparada, se enfrentó a los otros dos caballeros.

Un estampido resonó desde el exterior.

—¡Nos atacan! —gritó un guardia desde fuera—. ¡A las armas! —Tremont miró por la ventana.

Otro estampido resonó dentro del castillo. Las rocas estallaron y luego aterrizaron con un duro estrépito.

—Son los rebeldes —gritó otro hombre—. ¡Tienen una catapulta!

El alivio invadió a Keylan. ¡Neilan, Keir y sus hombres habían llegado!

La furia perfiló el rostro de Tremont. Arrojó la tela a un lado. La sangre manchó su brazo derecho.

—Ayuda a los hombres de abajo. Yo me ocuparé de Lord Grampton.

Espadas en alto, sus caballeros corrieron hacia las escaleras.

Gritos resonaron desde abajo. Sonó el lejano choque de espadas.

Caminó hacia el vizconde mientras los sonidos de la batalla arreciaban en el exterior.

—Nadie te salvará ahora —escupió Keylan, su furia por la tortura que le había infligido Tremont, por su brutalidad con la esposa de Liam y por su abuso a Emmaline se fundían en este único momento.

—¿Crees que no? —Fenton tendió la mano hacia Emmaline.

Keylan se lanzó hacia Tremont. Una satisfacción primigenia recorrió a Keylan cuando estampó su puño contra la cara del vizconde. Sintió el crujido del hueso.

—¡Nunca volverás a tocarla!

Con un chillido de dolor, Tremont lo atrapó, rodó, golpeó con su puño la cara de Keylan.

Su visión se nubló. Emmaline gritó.

Tremont asestó otro golpe, su puño embistió a Keylan sin piedad.

—Esta vez —se quejó—, te veré morir, saborearé el último goteo de sangre que escurra de tu cuerpo inútil. Luego, —arrastró otro suspiro— entregaré a Emmaline a mis hombres para su placer. —Levantó el puño y volvió a golpearlo.

A través de la oleada de dolor, Keylan atrapó la mano del vizconde a centímetros de su cara.

La mano de Tremont tembló.

Keylan sostuvo.

—Ni tú, ni ningún otro hombre, volverá a tocarla. —Lo empujó.

El vizconde cayó hacia atrás, se puso en pie.

Keylan levantó su espada, los gritos de la batalla que se oían abajo aumentaron hasta convertirse en un estruendo feroz.

Apuntando con su espada a Tremont, cargó contra él.

El vizconde anguló su espada y desvió el golpe. El acero gritó dentro de la cámara como una maldición.

El dolor abrasó el hombro de Keylan. Su sangre manchó la alfombra de seda tejida, una ironía de rojo contra los azules y cremas apagados. Continuó, luchando contra el mareo y un brazo que se debilitaba. El tiempo parecía detenerse mientras luchaba, cada golpe le robaba la fuerza que tanto necesitaba.

La victoria brilló en los ojos de Tremont mientras se mantenía firme contra el siguiente ataque de Keylan. Liberándose de la espada de Keylan, el vizconde golpeó con fuerza.

Keylan atrapó el golpe, a duras penas. Empujó.

El vizconde retrocedió tambaleándose, pero ambos hombres habían perdido sus espadas.

—¡Tiene una daga! —gritó Emmaline.

La luz del sol brillaba en la hoja en la mano de Tremont.

En un hábil movimiento, Keylan sacó su propia daga. Con precisión de guerra, lanzó.

El vizconde jadeó. Miró hacia donde la sangre, abundante y espesa, surgía de la hoja en lo más profundo de su pecho. Su daga cayó estrepitosamente al suelo. Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, se desplomó en el suelo.

Respirando hondo, Keylan caminó hasta situarse ante él.

—Púdrete en el infierno, donde perteneces.

El vizconde lo miró fijamente, el odio fundiéndose con la furia. Abrió la boca como si fuera a hablar. Su cuerpo tembló, luego se aquietó y sus ojos miraron fijamente a la nada.

Otro estampido resonó en el piso abajo. Se escuchó un grito de guerra escocés. Los hombres gritaron.

—¡Keylan! —Corrió hacia Emmaline, se arrodilló, la desató y la ayudó a levantarse. La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Gracias a Dios que estás a salvo. —¿Olvidaría alguna vez la visión de ella atada y golpeada?

Se le escapó un sollozo.

—Pensé...

Keylan le acarició con el pulgar una magulladura de la cara, su mano temblaba.

—Ambos estamos a salvo. —Miró hacia donde yacía muerto Tremont y luego bajó la cabeza—. No me dio otra opción —dijo en voz baja.

Emmaline apoyó la mejilla en la curva de su cuello.

—Lo sé.

Las emociones brotaron en su interior, el sentimiento era inmenso. Había tantas cosas que quería decir, contarle.

El eco de la batalla abajo se hizo más agudo.

Suspiro con fuerza.

—Debo reunirme con mis hombres. —Ella levantó la cabeza. Había comprensión en sus ojos.

—Lo sé.

Él ahuecó su cara entre sus manos, presionó un suave beso sobre su boca.

—Volveré, lo juro. —Y lo haría, aunque tuviera que arrastrarse. Empezó a girarse.

—Espera. —Emmaline se apresuró hacia una puerta en la que él no había reparado antes. Tiró de la pesada madera para abrirla.

Brighde salió dando tumbos, con los ojos muy abiertos cuando se posaron en Keylan.

—¿Liam?

La visión de la maltrecha y magullada mujer de su amigo lo llenó de una nueva rabia, pero se centró en el hecho de que estaba viva.

—Está escondido en las mazmorras con mis hombres.

El alivio recorrió el rostro de la mujer. Luego miró con asombro y alivio a Tremont, desparramado en el suelo.

—No te hará más daño —dijo Keylan. Otro grito de guerra escocés resonó desde abajo.

Keylan se volvió hacia Emmaline. Los sentimientos que ella le inspiraba estallaron en su corazón.

Había tanto que quería decirle.

Y no había tiempo.

—Quédate aquí hasta que regrese —le ordenó.

La rebeldía apareció a través de los moratones que oscurecían su rostro. Se agachó y levantó la espada de su hermano.

Los ojos de Keylan se entrecerraron.

—No lucharás.

Ella tragó con fuerza.

—Fue mi hermano quien trajo la devastación a muchos de esos hombres.

—Fenton está muerto. —Le quitó suavemente la espada de las manos y la dejó sobre la cama—. La responsabilidad del castillo de Breac es mía—.

La conmoción ensanchó sus ojos.

—El castillo de Breac es mi hogar.

—No, el castillo de Breac pertenece a Escocia. Reclamo lo que es legítimamente nuestro.

La cacofanía de espadas resonó abajo, esta vez más cerca.

Maldición.

—Hablaremos cuando regrese. Quédate aquí. —Keylan se dio la vuelta y salió disparado hacia la batalla que se disputaba en el piso de abajo.

Capítulo 21

La emoción inundó a Emmaline mientras permanecía de pie en el paseo de la muralla y contemplaba, a través de las almenas, la puesta de sol. El resplandor rojo anaranjado abrazaba la tierra, una suave seda de color que cubría el rollo de colinas y el interminable bosque que iba más allá. Su hogar estaba a salvo. Enroscó la mano sobre la piedra erosionada.

No, esta majestuosa fortaleza ya no era su hogar.

Después de que los rebeldes hubieran derrotado a los caballeros de su hermano, como Keylan había prometido antes de huir de la cámara de Fenton, la había reclamado para la causa escocesa. La toma de esta formidable fortaleza para los rebeldes tenía sentido, y después de que las armas estuvieran aseguradas, se había plantado en medio del campo y había aceptado la lealtad de los hombres de su hermano.

Pero una parte de ella se afligía por un hogar perdido.

La ola de lino la hizo mirar hacia abajo. La calidez la invadió al ver a Liam y a su esposa abajo y cómo la abrazaba entre las sombras.

Emmaline se apartó de su momento privado, agradecida de que les hubiesen dado una segunda oportunidad. Ante los caballeros del castillo, Keylan había sorprendido a Liam nombrándole maestro de armas del castillo de Breac. Él y su esposa permanecerían aquí para no separarse nunca más.

El suyo era un final feliz, un destino que a ella se le escaparía. Pero ella tenía planes y haría su propio camino, la vida que tenía ante sí dentro de las Tierras Altas.

—Pensé que te encontraría aquí—. Ante el profundo tono de voz de Keylan, ella se volvió. Un dolor creció en su corazón mientras contemplaba al poderoso lord escocés, un hombre que mandaba a muchos, un hombre tan admirado como temido, pero para ella, el hombre que le había enseñado a amar. Rodeado por el verde del bosque y el fluir de los arroyos, este poderoso escocés había conquistado su corazón. Pero aún le ocultaba su amor, y con sus cicatrices emocionales, siempre lo haría.

—Siempre he disfrutado de estar de pie sobre el paseo de la muralla contemplando la tierra —dijo ella con voz calmada, sin dar ningún indicio de las turbulentas emociones que se estaban gestando en su interior.

Él la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Es casi tan hermosa como tú.

Dentro de la seguridad de sus brazos, le dolía el corazón. Ella deseaba la única cosa que él nunca le daría. Ella lo sabía, lo había sabido desde que lo había visto caminar hacia ella después de la batalla. Desde entonces, él no había hablado de su futuro, solo de sus planes para reforzar las defensas del castillo de Breac.

Su vida.

Una que no la incluía a ella.

Él bajó su boca hasta la de ella, suave, intensa. Las lágrimas amenazaron con caerle.

Con un suspiro, se echó hacia atrás, el deseo en sus ojos le robaba el aliento.

—Cae la noche, el castillo de Breac está asegurado y hemos cenado. Ven conmigo, deseo hacer el amor con una mujer que me conmueve como ninguna otra.

Ella lo conmovía como ninguna otra. Dudaba que sus sentimientos fueran alguna vez algo más, o para ella, suficientes.

—Te amo —susurró. Unos penetrantes ojos verdes la miraron fijamente, duros, calientes, con una intensidad que nunca había visto antes. El silencio se extendió entre ellos, arremolinándose a su alrededor.

Ella contuvo la respiración. Esperó aquellas palabras mágicas, pero su silencio proclamó la verdad. Solo en la intimidad del dormitorio le mostraría la profundidad que sentía por ella con gestos. Gestos que era incapaz de transformar en palabras.

—Emmaline, yo...

—No te pido que me digas lo mismo. Esta noche también deseo compartir tu cama.

Con un gemido, Keylan levantó a Emmaline en brazos. La acunó contra sí y se dirigió hacia las escaleras.



La bruma de la luz matinal se filtró por la cámara, despertando a Keylan. El aroma a sexo era suave contra la fresca brisa primaveral. Una sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en las muchas veces que Emmaline y él habían hecho el amor a lo largo de la noche. Puede que él hubiera iniciado la partida la víspera anterior, pero ella había descubierto y explotado rápidamente sus debilidades como una tentadora experimentada.

Los recuerdos de su pasión se enroscaban en su mente. Lo que ella le hacía sentir tenía poco que ver con sus necesidades y todo que ver con un anhelo de su alma. Ella había aportado una plenitud a su vida que hasta que la había conocido nunca había sabido que existía, ni siquiera con Iuliana, una mujer a la que había creído amar. Ahora comprendía que lo que había sentido por ella palidecía en comparación con las emociones que le inspiraba Emmaline.

Deseando abrazarla, oler el aroma de su piel contra la suya, saborear la sonrisa ,que era únicamente suya, se dio la vuelta y extendió la mano.

Sus dedos se deslizaron por la maraña de sábanas.

Keylan abrió los ojos. Frunció el ceño al contemplar la franja vacía de la cama donde ella había yacido, donde su cuerpo le había dado la bienvenida y donde él la había tomado por

completo. Miró alrededor de la cámara.

Vacía.

Su corazón se detuvo. ¿Dónde estaba ella?

El suave crujido de la ropa le hizo volverse hacia la ventana de la esquina. Mezclada entre las sombras, Emmaline miraba por la ventana cómo amanecía.

—¿Emmaline?

Enderezó la espalda y se giró lentamente. Una sonrisa se dibujó en su boca, pero sus labios contenían un halo de tristeza.

La inquietud se apoderó de él.

—¿Qué ocurre?

—Deseo que organices una escolta para que pueda partir hacia las Tierras Altas hoy mismo.

Confundido, se puso en pie de inmediato.

—¿Por qué? Esta es tu casa. Eres libre de quedarte.

—¿Mi hogar? —Una brizna de pesar se deslizó en su voz—. Si este fuera realmente mi hogar, no tendría que ser informada de lo que soy libre o no de hacer. —Abrió la boca para hablar, pero ella negó con la cabeza—. A menos que me encarcelen, me iré.

No tenía ni un ápice de sentido lo que decía.

—Nunca te encarcelaría.

—¿Entonces me dejarás marchar?

¡No! Él quería que se quedara para poder ir con ella por las noches, para que pudiera compartir para siempre sus sueños. ¿Pero eran los suyos los deseos de un hombre egoísta? Reteniéndola en el castillo de Breac, la ponía en peligro. En cuanto el rey Eduardo supiera que se había apoderado de la fortaleza escocesa, Longshanks tomaría represalias.

Tampoco podía olvidar la pena en su rostro cuando habían enterrado a Tremont. Aunque despreciaba a su hermano, guardaba buenos recuerdos de su infancia, de haber amado al hombre antes de que su alma se hubiera vuelto negra.

No, no podía perderla. Pero, por equivocado que estuviera, por egoísta que fuera, no quería que se fuera.

—Quédate conmigo.

Emmaline lo observó, con unos ojos lavanda tan intensos que era como si mirara directamente a su alma.

—El deseo no es más que algo temporal. Necesito más.

Con el corazón dolorido, Keylan se acercó y ahuecó su rostro entre sus manos.

—Dijiste que me amabas.

Una lágrima resbaló por su mejilla.

—No lo hagas.

Entonces comprendió el camino errante por el que se habían desviado sus pensamientos. Keylan rio, inundándolo la alegría. Emmaline intentó liberarse de su caricia.

—Suéltame. —Se puso serio.

—Si lo hiciera, sería un idiota. Te quiero, Emmaline. ¿No te das cuenta de eso? —Ella dejó de forcejear.

—¿Qué?

Su corazón se hinchó como si fuera a estallar.

—Nunca creí que confiaría en otra mujer, pero tú me has enseñado a confiar y, lo que es más importante, a amar. —Le secó una lágrima de la mejilla—. Preferiría vivir un día contigo que soportar toda una vida viviendo solo.

Las lágrimas corrieron libremente por sus mejillas.

—No podría haber recibido un regalo más bonito que ser bendecido por tu amor. —Hizo una pausa, necesitaba que ella comprendiera lo que estaba diciendo—. Te he hecho daño, soy indigno de tu amor, pero eso no cambia nada. Yo te amo. Si me dejas, nunca me recuperaré. Eres mi corazón, mi alma, y la mujer a la que siempre amaré. Quédate conmigo, Emmaline. Sé mi esposa.

Las emociones le apretaron la garganta mientras miraba fijamente a Keylan, al hombre que la hacía completa.

—Cuando te liberé de la celda —susurró—, estaba furiosa porque Fenton se atrevió a traicionarme, a robarme mi derecho a elegir al hombre al que amar y casarme. Juré entonces que nunca más, nadie, excepto yo misma, elegiría mi destino—.

—Nunca te quitaría esa elección. —Keylan le dio un suave beso en los labios—. Te amo, Emmaline, por la mujer que eres. No te exijo que te cases conmigo. Quiero que me ames libremente.

Sus palabras la atravesaron como un deseo concedido, una ofrenda que nunca había creído que él le otorgaría. La piedra preciosa de su bolsillo se calentó suavemente. No necesitó mirar para saber que brillaba, o para comprender que por mucho que él creyera lo contrario, la magia existía.

—Bésame, Keylan. Él vaciló.

—No has dicho si serás mi esposa.

—¿No lo he dicho? —respondió ella con una sonrisa, con el corazón henchido—. Eres el hombre al que amo, el hombre al que juro mi corazón, y el hombre que me ha enseñado a creer que el amor es la mayor cura de todos.

—Eso todavía no es un sí.

Emmaline rio, la calidez y la felicidad borrarón las sombras persistentes de su corazón.

—Entonces, puedo decir... sí.

La estrechó entre sus brazos y reclamó su boca en un beso feroz, su lengua exigiendo, tomando, encendiendo el calor en el centro de su pecho. Con una felicidad que nunca había creído posible, volcó su alma en ese beso.

Puede que Keylan hubiera reclamado el castillo de Breac, pero ella había robado el corazón de este rebelde escocés.